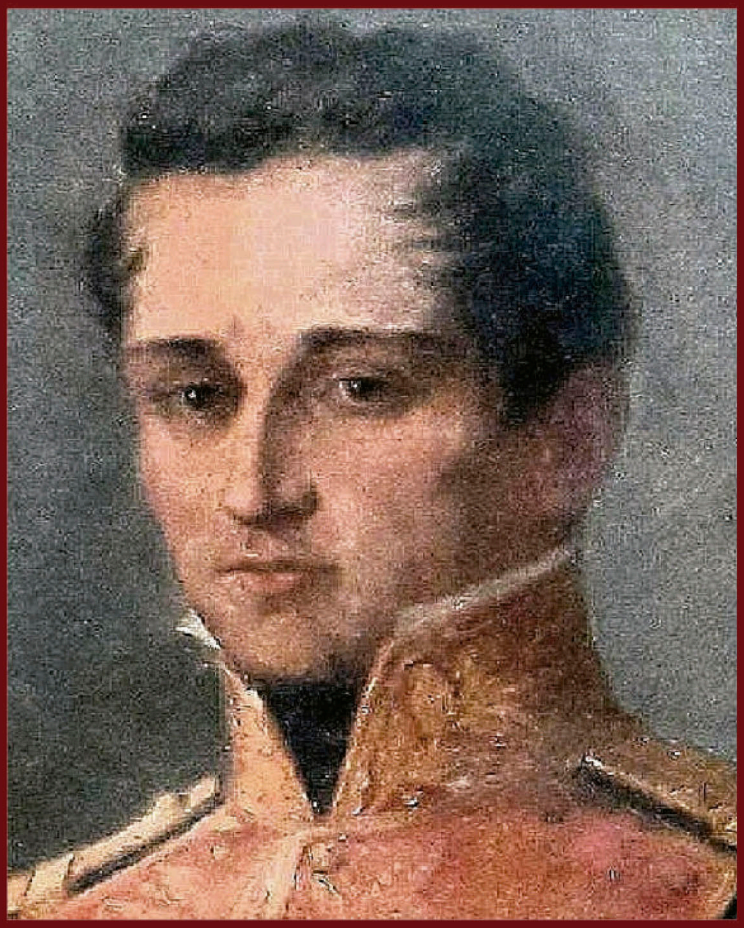
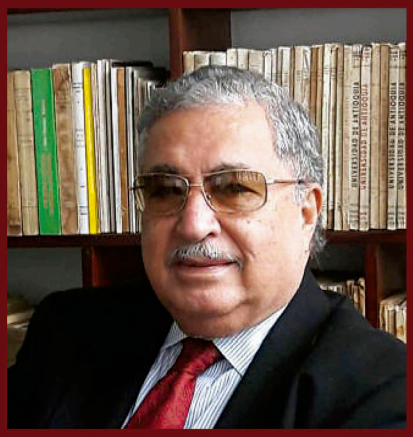
Armando Barona Mesa

CÓRDOVA



gloria y asesinato del héroe

Tomo I



Armando Barona Mesa es un escritor de disciplinas múltiples. Es abogado con un dilatado ejercicio en el foro.

Ha sido político y ocupó escaño en las dos Cámaras del Parlamento Colombiano, al tiempo que desempeñó diferentes cargos públicos y representó a Colombia como embajador en varias oportunidades.

Ha sido igualmente columnista por largos años en diferentes periódicos y pertenece a las Academias de Historia del Valle del Cauca y Santander.

Prolífico y activo ensayista, ha escrito obras de gran interés histórico como MOMENTOS Y PERSONAJES DE LA HISTORIA en tres tomos, LA SEPARACIÓN DE PANAMÁ, EL MAGNICIDIO DE SUCRE, NARIÑO Y MIRANDA, DOS VIDAS PARALELAS, CALI PRECURSORA, al igual que de una obra de mitología griega titulada LOS DIOSES HECHICEROS. Así mismo ha escrito seis libros de poesía, el último de los cuales se titula LA SOMBRA DEL RUISEÑOR.

Esta obra en dos tomos, CÓRDOVA, GLORIA Y ASESINATO DEL HÉROE, recoge la biografía de aquel héroe antioqueño triunfador de la batalla decisiva de Ayacucho que liberó al Perú, y por ella desfilan todos los héroes de la Independencia sudamericana, especialmente Bolívar con toda su carga de méritos y errores.

El autor no solo demuestra su estudio amplio de todo ese proceso, sino que su exposición, extensa en estos dos tomos, está inmersa en un estilo literario ágil, que atrae al lector y despierta su interés.

armandobaronamesa@yahoo.com

Armando Barona Mesa

CÓRDOVA

gloria y asesinato del héroe

Prólogo del académico Antonio Cacua Prada

TOMO I

Primera Edición:

Título original: Córdova gloria y asesinato del héroe - Tomo I

Autor: Armando Barona Mesa

ISBN: 978-958-48-7145-9
ISBN Obra completa: 978-958-48-7144-2

Diagramación:
Marcela Barona Montúa

Impresión:

Cali, Colombia, 2019

INDICE

PRÓLOGO 9

A MANERA DE PRESENTACIÓN 17

PRIMERA PARTE
LAS CONVULSIONES DE LA REVOLUCIÓN

1. LA GUERRA A MUERTE 27

2. LOS AÑOS MÁS ACIAGOS..... 39

3. ORÍGENES Y PRIMEROS MOVIMIENTOS EN LA VIDA DE JOSÉ MARÍA CÓRDOVA 47

4. EL BAUTISMO DE SANGRE DEL JOVEN SUB-TENIENTE EN EL RÍO PALO. LA LLEGADA DE MORILLO 55

5. LA SEGUNDA BATALLA DE LA PUERTA Y EL DERRUMBE EN VENEZUELA. BOLÍVAR TOMA SANTAFÉ EN NOMBRE DE TORRES Y REGRESA AL MAGDALENA. LUEGO SITIA EN NOMBRE DEL CONGRESO A CARTAGENA. VIAJE A JAMAICA Y HAITÍ 65

6. BOLÍVAR EN JAMAICA. LA CARTA FAMOSA. HAITÍ Y LA AYUDA DE PÉTION. EL TOQUE FEMENINO DE PEPITA MACHADO 79

7. EL SITIO DE CARTAGENA. LA RECONQUISTA ESPAÑOLA..... 93

8. EL DERRUMBE DE LA QUE CALDAS LLAMÓ LA PATRIA BOBA, PRESIDENCIAS DE TORRES Y DE FERNANDEZ MADRID. LAS RUTAS DE LA DESGRACIA. DERROTAS DE BÁLAGA Y CACHIRÍ 99

9. LA CAÍDA DE SANTAFÉ E INICIO DE LAS DOS MARCHAS. SOBREVIVIENTES DEL EJÉRCITO PATRIOTA 111

SEGUNDA PARTE
VENEZUELA Y LOS LLANOS

10. EL LLANO. PÁEZ, Y LOS INTRÉPIDOS CENTAUROS. VICTORIAS.....131

11. LOS CENTAUROS Y EL LLANO INTENSO. TRIUNFO EN LA BATALLA DE YAGUAL 139

12. EL VIL CRIMEN DE SERVIEZ Y DE DON LUIS GIRARDOT 147

13. RETIRO DEL GENERAL SANTANDER Y DE OTROS DEL LADO DE PÁEZ Y EL CASI FUSILAMIENTO DE CÓRDOVA. BATALLA DE MUCURITAS Y FINALMENTE EL VIAJE DE CÓRDOVA AL LADO DE BOLÍVAR EN GUAYANA VIEJA 155

14. LO QUE FUE EL REGRESO DE BOLÍVAR DE HAITÍ Y REINICIO DE LA CAMPAÑA CON SUS TERRIBLES ALTIBAJOS. BOLÍVAR DERROTADO UNA VEZ MÁS, DEBE VOLVER A SALIR HACIA HAITÍ. NUEVO REGRESO A VENEZUELA Y A LA LUCHA.....159

15. REINICIO DE LA LUCHA AL SEGUNDO REGRESO DE HAITI. RIVALIDADES Y EMULACIONES CASI INSALVABLES. LLEGADA A BARCELONA Y ABANDONO DEL MISMO PUERTO. GRAN TRIUNFO DE PIAR EN LA BATALLA DE SAN FÉLIX. CONFORMACIÓN DE UN GRUPO DE AMIGOS DE VERDAD 169

16. EL CONGRESO DE CARIACO Y SU FRACASO. FUSILAMIENTO DE PIAR. ÓRDENES DE REGRESO A CARACAS. LA NUEVA DERROTA PATRIOTA DE LA PUERTA EN EL RIACHUELO DE SEMEN. MORILLO ATRAVESADO CON UNA LANZA. EL LIBERTADOR ENFERMO BUSCA DE NUEVO EL LLANO 187

TERCERA PARTE
DE LAS DERROTAS HACIA LA VICTORIA

17. CAMPAÑA CONTRA MORILLO. MÁS REVESES. CONGRESO DE ANGOSTURA. BOLÍVAR DESISTE DE VOLVER A CARACAS. APERTURA HACIA LA NUEVA GRANADA 207

18. LA CAMPAÑA DE SANTANDER Y EL EJÉRCITO SOBRE CASANARE. BOLÍVAR SOBRE LOS ANDES. EL TERRIBLE PASO DEL PÁRAMO DE PISBA. EL PANTANO DE VARGAS Y EL PUENTE DE BOYACÁ. ENTRADA A SANTA FE, FUSILAMIENTO DE BARREIRO POR SANTANDER QUIEN ASUME EL MANDO POR ÓRDENES DE BOLÍVAR. REGRESO URGENTE DE ÉSTE A VENEZUELA. MORILLO 223

19. EL NUEVO REGRESO DE BOLÍVAR A VENEZUELA. DE NUEVO EL CONGRESO Y LA EXPEDICIÓN DE LA CONSTITUCION DE ANGOSTURA. SE FUNDA LA GRAN COLOMBIA. EL ARMISTICIO Y TRATADO DE HUMANIZACIÓN DE LA GUERRA CON MORILLO. ENTREVISTA DE SANTA ANA. EL REGRESO DE MORILLO Y LA BATALLA DE CARABOBO 255

20. CÓRDOVA EN ANTIOQUIA, EN SARAGOZA, EN MAGANGUÉ Y EN EL MAGDALENA MEDIO 269

21. EL MAGDALENA MEDIO. MOMPÓS, BARRANCA, SOLEDAD, SANTA MARTA Y CARTAGENA. LIBERACIÓN DE TODO ESTE TERRITORIO HASTA MARACAIBO. CARTAGENA LIBRE DE ENEMIGOS 287

CUARTA PARTE
LA NUEVA EPOPEYA. LOS CAMINOS DEL SUR

22. LOS CAMINOS DEL SUR. PRESENCIA DE SUCRE EN GUAYAQUIL Y EN QUITO, DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA Y ANEXIÓN DE PANAMÁ A COLOMBIA.CÓRDOVA EN MOVIMIENTO HACIA EL SUR. LA BATALLA TRIUNFAL DE PICHINCHA Y LA TRISTE DE BOMBONÁ .. 313

23. VIAJE Y ANEXIÓN DE GUAYAQUIL. LA ENTREVISTA DE LOS DOS LIBERTADORES BOLÍVAR Y SAN MARTÍN EN GUAYAQUIL. EL SILENCIO QUE LA RODEÓ Y LOS COMENTARIOS POSTERIORES . 331

24. UN DICIEMBRE DE SANGRE EN PASTO 341

25. LAS DIFERENTES HAZAÑAS DE LA GUERRA CONTINÚAN EN PASTO. AGUALONGO VUELVE A SUS ANDANZAS Y DESALOJA A SALOM. CÓRDOVA VA EN AUXILIO DESDE POPAYÁN Y DEBE REGRESAR EN RETIRADA. CÓRDOVA SE ENAMORA Y COMETE UN CRIMEN PASIONAL POR UNA ÑAPANGA. CAMBIO DE ESTRATEGIA CON LOS PASTUSOS. EL GENERAL MIRES.SANTANDER EN CONTRA DE NARIÑO. LOS TOROS DE FUCHA. DEFENSA DE NARIÑO ANTE EL CONGRESO TRASLADO DE CÓRDOVA DE NUEVO AL SUR.....357

26. FINALMENTE EL PERÚ. LOS DÍAS GLORIOSOS DE LIMA AL LADO DE MANUELA. LA ENFERMEDAD DE PATIVILCA. TRAICIÓN DE RIVA AGÜERO Y SU APRESAMIENTO. OTRAS TRAICIONES Y DESASTRES ...375

27. CÓRDOVA SALE DE NUEVO DE POPAYÁN. EL VENCIMIENTO DE TODAS LAS VISCISITUDES. EL CONGRESO CONSTITUYENTE Y LA DICTADURA DE BOLÍVAR EN EL PERÚ. EL GOBERNADOR OLAÑATE DEL ALTO PERÚ ES ABSOLUTISTA REAL MIENTRAS EL VIRREY LASERNA ES CONSTITUCIONALISTA. LA GRAN OPORTUNIDAD DE BOLÍVAR. DE LA DERROTA SEGURA PARTE A LA VICTORIA. LA GRAN MOVILIZACIÓN HACIA LOS ANDES 389

28. LAS BATALLAS DE JUNIN Y AYACUCHO. LA GRAN VICTORIA 411

29. VUELVE MANUELA.LIMA Y LA MAGDALENA DE NUEVO. DIFICULTADES E INTRIGAS PÁEZ SE LEVANTA EN VALENCIA. SANTANDER Y EL CONGRESO APREMIAN A BOLÍVAR AL REGRESO... 443

BIBLIOGRAFÍA 455

DEDICATORIA

Dedico esta obra a mi querida hija
MARCELA BARONA MONTÚA DE NESSIM,
quien ha sido mi compañera en esta empresa
de relatar lo principal de la Epopeya, sin dejarme
decaer en el largo relato. Ha sido mi acicate, mi
inspiración, mi ayuda y mi sol.

PRÓLOGO

EL ARTE DE LA HISTORIOGRAFÍA

Por Antonio Cacua Prada
Miembro honorario de la Academia Colombiana de Historia
y de la Sociedad Bolivariana. Numerario de la Lengua.
Correspondiente de las Reales de España y de la Academia de Historia
del Valle del Cauca.

De hace varios años a este 2019, aquí en nuestra amada Colombia, donde desde 1982, acabaron con la enseñanza de la Historia Patria, empezaron a hablar de dos hechos centenarios. El grito de Independencia, el 20 de Julio de 1810, y el Bicentenario de la Independencia Nacional, el 7 de Agosto de 1819, para conmemorarlos en el presente.

El primero lo celebraron a punta de ritmos folclóricos, y el segundo está en "veremos".

PATRIOTISIMO EN EXTINCIÓN

Los pocos patriotas que aun viven, agrupados en las Academias y Centros de Historia, Sociedades Bolivarianas, entidades Patrióticas, o individualmente, hacen sacrificados esfuerzos para recordar las hazañas gloriosas de nuestro pasado

histórico, las cuales a fuerza de heroísmo y de martirio crearon la República de Colombia y nos legaron la independencia y la libertad.

Gracias a estos héroes, las futuras generaciones de colombianos despertarán y construirán su propia identidad nacional, en este mundo globalizado, sin fe y sin principios, carcomido por la corrupción.

Por fortuna aún existen ciudadanos, que siguen las directrices de genuinos estadistas, filósofos y oradores, como Marco Tulio Cicerón, quien nos enseñó:

"La Historia es testigo de las edades, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida y heraldo de la antigüedad".

ARMANDO BARONA MESA

Tal el caso del destacado académico, historiador, abogado, periodista, ensayista, catedrático, orador, don Armando Barona Mesa, quien además fue destacado funcionario, Representante a la Cámara, Senador de la República, diplomático y autor de numerosos libros, entre ellos: "Momentos y Personajes de la Historia", 3 tomos. "La separación de Panamá", "El magnicidio de Sucre, juicio de responsabilidad penal", "Los dioses hechiceros, mitología griega", "La ronda de las Hespérides", "Poemas al viento", "Miranda y Nariño, dos vidas paralelas" y "Cali Precursora".

Mi distinguido colega y amigo, don Armando Barona Mesa, por generosa distinción, la cual me abruma, me solicitó un texto preliminar para su nuevo aporte a la historiografía nacional, con motivo de la epopeya bicentenaria de nuestra independencia, en dos tomos, titulado: "Córdova, gloria y asesinato del Héroe".

Con especial afecto hacia la figura estelar del joven General de División, quien con su grito de victoria: "Armas a discreción. Paso de vencedores", puso fin a la emancipación de la América del Sur, del imperio español, en el campo de Ayacucho, y en cumplimiento de mi deber, como miembro honorario de la Sociedad Cordovista de Colombia, cumplo con el encargo.

OBRAS BIOGRÁFICAS

Después de releer las grandes obras biográficas sobre el ilustre hijo del municipio de Concepción, Antioquia, o la "Concha", como familiarmente lo denominan los "paisas", naturales antioqueños, escritas por los académicos: Monseñor Rafael Gómez Hoyos, oriundo de la misma parroquia, como también el catedrático, Jaime Arismendi Díaz, doña Pilar Moreno de Ángel y el señor General Álvaro Valencia Tovar, todos de muy grata memoria, acometí la tarea de aprender la lección en este nuevo y extraordinario texto de mi distinguido y apreciado compañero, don Armando Barona Mesa.

> *"…en mundo tan singular, el vivir solo es soñar, y la experiencia me enseña que el hombre que vive sueña lo que es hasta despertar".* Escribió don Pedro Calderón de la Barca, en "La vida es sueño". Este poeta dramático español no se equivocó.

EL ESTILO ES EL HOMBRE

Bien lo anotó el naturalista y filósofo francés- 1707-1788- Jorge Luis Leclerc de Buffón, en su renombrado discurso de recepción a la Academia, - 1752": "El estilo es el hombre".

Cada ser humano tiene su personalidad o individualidad que lo caracteriza. "E*s el rasgo distintivo de la forma y la fisonomía espiritual de la expresión".*

El gran filósofo madrileño y ensayista español, don José Ortega y Gasset, escribió en su obra: "El Espectador", sobre este tema:

> *"El estilo de un escritor, es decir, la fisonomía de su obra, consiste en una serie de actos selectivos que aquél ejecuta. En torno al artista abre su ilimitada cuenca el mundo. Allí están todas las cosas pasadas, presentes y futuras. Allí está lo material y lo espiritual, lo penoso y lo jocundo, el Norte y el Mediodía. Allí están las palabras*

todas del diccionario, colocadas en batería, cada cual con su significación presta a dispararse. Y vemos cómo el escritor, de entre todas esas cosas innumerables, elige una y la hace objeto general, tema céntrico de su obra. En esta elección primera comienza a constituirse el estilo: es ella la decisiva. Hay una afinidad previa y latente entre lo más íntimo de un artista y cierta porción del universo. Esta elección, que suele ser indeliberada, procede de que el poeta cree ver en ese objeto el mejor instrumento de expresión para el tema estético que dentro lleva, la faceta del mundo que mejor refleja sus íntimas emanaciones".

IMPORTANCIA Y TRASCENDENCIA DE ESTA OBRA

Mi tarea es comunicarles a los amables lectores la importancia y trascendencia de esta obra, preparada y elaborada con benedictina paciencia durante largos años de erudita y selecta investigación, por parte del académico don Armando Barona Mesa, donde le hace honor a su estilo.

El nos va a ilustrar sobre quien fue el General de División José María Córdova, dentro de su especial personalidad y características. Su objetivo es contarnos como se vivió esa época de la Primera República. La pacificación del Mariscal Pablo Morillo, y las independencias de Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia, utilizando su inconfundible modo de hacerlo.

Las biografías del historiador Barona Mesa, no son la narración histórica de una persona. El describe los hechos y acontecimientos más importantes de su actuación.

Lo novedoso consiste en presentar un panorama de la forma de vida social del conglomerado en el cual actúa el biografiado, las instituciones, el gobierno, la política, las costumbres, la educación, el periodismo, la religión y en esos años de guerra, los ejércitos.

REVIVIR EL PASADO

Nuestro atildado escritor maneja con donosura y aplicación el arte de la historiografía al dar a conocer el pasado cimentado en la verdad verdadera. Pocos como él, utilizan cotejar varios autores para concluir en la conformidad evidente.

La historia no es relatar o describir personas o hechos solamente, es investigación y critica de lo ya sucedido. Recordar lo pasado es revivirlo, actualizarlo. Esta es la labor magistral que realiza el ensayista Armando Barona Mesa, en su nueva obra "Córdova, gloria y asesinato del Héroe".

Como la historia es ciencia y constituye un género literario, el maestro y catedrático hace gala de la propiedad, elegancia y pureza del lenguaje. Un idioma sencillo, preciso, rico en ideas, limpio, y a veces florido, vehemente, enérgico, y elocuente.

Con oportunas reflexiones busca siempre la verdad. "Véritas ante Omnia".

TODA UNA ÉPOCA

Este texto no es un libro más en la estadística bibliográfica, sino una obra trascendental y oportunísima en la conmemoración del bicentenario de nuestra independencia.

Es la radiografía de toda una época, donde queda consignada la conciencia de muchos personajes con su auténtico rostro humano.

Con su lectura, amena, fácil, agradable o imposible de creer, aprendí muchísima historia que no conocía. Es un libro enciclopédico, pero sin pretensiones, con una certificación de honradez absoluta.

ORDEN Y DETALLES

"Córdova, gloria y asesinato del Héroe", esta dividido en 6 Partes o Capítulos, y 48 temas específicos. Comprende el periodo entre 1812 y 1832, del siglo XIX.

Son veinte años, situados geográfica y cronológicamente en el mapa suramericano, rico en detalles sobre la vida de las personas y de las cosas. Pero al mismo tiempo todo es muerte, enfermedades, deserciones. "Eran tiempos de decir todo lo contrario de lo que se iba hacer". Se vivía entre alifafes, contumelias, odios, venganzas, pugnacidades, incomprensiones, sectarismos ambiciones y traiciones.

Por lo anterior es más grande y admirable la obra de nuestros libertadores. De ahí que Simón Bolívar fuera "El hombre de las dificultades".

Este libro elaborado con esmero, es un reflejo de la patria martirizada, y un testimonio que golpea el sentimiento universalizado del solar nativo. Es una clara enseñanza que marca el porvenir.

ALGUNOS NOVELONES

Como biógrafo de Manuelita Sáenz Aizpúru, ante algunos novelones difundidos sobre Manuelita y el General José María Córdova, valga la pena comentar: Ellos se conocieron el lunes 27 de Mayo de 1822, en el atrio de la Catedral de Quito, a la salida de los oficios religiosos, con los cuales honraron al héroe de Pichincha, el Teniente cuencano, Abdón Calderón. El Marqués de San José le presentó al General Sucre; y éste al Coronel José María Córdova. El antioqueño no le cayó nada bien, a la quiteña, por "su petulancia, egoísmo y ambición". Esa incomprensión se aumentó con el paso del tiempo. La situación se agravó con motivo de la insurrección en Lima de la Tercera División del Ejército Colombiano, bajo el mando del Coronel socorrano, José María Bustamante.

Este levantamiento contra el Libertador lo hicieron por la imposición de la Constitución Boliviana en el Perú. Esta sublevación irrumpió el viernes 26 de Enero de 1827.

Manuelita, quien se encontraba en Lima "quiso provocar una contrarevolución", pero no encontró respaldo. Por casualidad estaba de paso para Bogotá, procedente de Bolivia, el General José María Córdova. Al saber Manuelita de su presencia en la capital peruana, lo contactó y le pidió asumiera el mando de los

amigos de Bolívar, quien había viajado a Venezuela. Córdova no la atendió. Esto la exasperó y profundizó su enemistad. Para completar, el miércoles 11 de Abril del mismo año 27, en el bergantín inglés "Bluecher", embarcaron a los oficiales colombianos partidarios del Libertador, con destino al puerto de Buenaventura. Los nuevos mandatarios peruanos en el mismo barco expulsaron como prisioneras de guerra a Manuelita, a Jonatás y Nathán, sus servidoras, y al General Córdova.

En el Capítulo VIII, de mi libro: "Manuelita Sáenz, Mujer de América". Academia Colombiana de Historia. Biblioteca de Historia Nacional. Volumen CLVIII. Editora Guadalupe. Bogotá. 2002.- Antonio Cacua Prada. Manuela Sáenz, Generala de América. Ediciones Aurora. Bicentenario 1819- 2019. 2ª Edición,- encontrarán los lectores la relación del viaje del Callao a Bogotá, de la Coronela Manuelita Sáenz.

Manuelita amó a Simón Bolívar con fidelidad y lealtad ejemplares. No tuvo "amores pecadores". Con entereza y valor le salvó la vida en varias oportunidades, y fue el personaje más importante en los últimos ocho años de su vida.

UN MARTIRIO INFAME

Llegamos a los estertores de la cruel agonía impuesta por unos oficiales extranjeros, al insigne y joven General José María Córdova, de tan solo 29 años de edad, el sábado 17 de Octubre de 1829, en el sitio de El Santuario, en el hoy Departamento de Antioquia.

Córdova no mereció ese martirio infame, en su propia tierra natal. Lo mismo le ocurrió al Almirante y General José Prudencio Padilla, a quien le rompieron la vida en un ignominioso cadalso en Bogotá.

A estos dos mártires los asesinaron las pasiones, los odios, las venganzas y las envidias de sus propios camaradas.

Doscientos años después de tan viles asesinatos, es de justicia contar la verdad histórica de tan abominables crímenes.

Esa es la dolorosa tarea de la historia.

MAGNÍFICO ESTUDIO

Bienvenida esta Obra: "Córdova, gloria y asesinato del Héroe". Oportuna y necesaria, en estos momentos de desesperanza, de locura y de alucinamiento cuando la humanidad ha perdido el rumbo, la fe, la moral, los valores y la ética. Es urgente extraer de las experiencias del pasado una nueva plataforma de vivencias que nos conduzcan a la auténtica trilogía de Dios, Patria y Familia, para llevar nuestra existencia con honestidad y dignidad.

Congratulaciones y albricias para el maestro Armando Barona Mesa, quien con su personal estilo histórico y literario, de exquisita forma, sacude y despierta, con este texto genuinamente patriótico, un nuevo resurgimiento, de fervoroso y decidido amor y devoción por nuestra amada Colombia. La Patria es un sueño, un ideal, una esperanza!.

Que el Dios de nuestros mayores gratifique al académico don Armando Barona Mesa, con los dones de la sabiduría y del espíritu, y a esta nación, la oriente bajo sus preceptos, y le otorgue el beneficio inconmensurable de la paz.

A MANERA DE PRESENTACIÓN

Las sociedades son cuerpos vivientes esencialmente humanos. Esos cuerpos son pensantes, sensibles, incompletos, dinámicos, modificables y modificadores. Empero, las sociedades y el hombre no han sido ni sencillos, ni fácilmente comprensibles. Tienen una serie de características, con infinitas variables, pero con líneas constantes de comportamientos colectivos. Digamos que son desenvolvimientos que van cuajando largas y cortas eras y distancias, al fin y al cabo el curso indetenible del tiempo, en el juego pertinaz del hombre y su temporalidad con esa carga de horas, días y años que constituye la historia.

Sí, es la historia la que registra y expresa el movimiento del hombre, gregario y social, a través de los tiempos dentro de su invisible anonimato. Esa es la regla. Pero esos mismos pueblos, invisibles y anónimos, son los que eventualmente producen unos individuos excepcionales que emprenden una increíble carrera por la eliminación de lo malo y desueto que impera en la sociedad. Y acometen lo que parece imposible: un cambio radical. Ellos han existido en tantas oportunidades como los momentos cruciales los han reclamado.

Son la respuesta al sonido apagado y humillado de los otros hombres y a su necesidad; de ahí que se convierten en su intérprete y en su símbolo. Esos personajes, por supuesto, son los héroes, que estudia magistralmente el escritor inglés del siglo XIX Thomas Carlyle.

Por cierto, ¿qué es el héroe? Digamos de comienzo que los elementos impulsores del hombre son básicamente de carácter subjetivo, pero actúan en un intercambio positivo con los elementos objetivos del ambiente y del tiempo. Mejor, lo que se denomina la coyuntura, que es el resultado entre el espacio temporal, las circunstancias del momento y la acción que subsigue.

La interioridad del ser, es decir su subjetividad, constituye sin duda el elemento psíquico, que es el que marca su presencia y superioridad histórica. Pero es el enfrentamiento con el ambiente y las circunstancias lo que determina la acción por encima del subjetivismo. O sea que el hombre es un resultado social del ambiente y las circunstancias, agregado a su siquismo y acción.

Resulta entonces digno de destacar que en todas las sociedades el ser humano ha tenido necesidades ineludibles para enfrentar su propio destino, que modificó él mismo hasta tornarlo cambiante y en ascenso. De hecho no hay sociedad ni época que haya sido inferior a la anterior.

Y en la inicial labor del agente humano pensando como sociedad, la primera hazaña que acometió fue la de crear dioses que debían suplir su indefensión y darle un poderoso auxilio mental. La segunda, fue la de crear héroes.

La sociedad necesitó siempre unos dioses y aun los necesita, porque alientan su intelecto, castigan el mal y dan aliciente a la virtud. En teoría, por supuesto. Esto a pesar de los esfuerzos realizados por algunos pensadores, filósofos y críticos de la historia en contra de ese fenómeno teocrático. El comunismo, por ejemplo, buscó por todos los medios la eliminación de la religión –el opio de los pueblos- y no pudo lograrlo porque ella ha sido un elemento primordial de toda sociedad, complementario de la debilidad natural de los hombres. Un gran dios inyecta y galvaniza a un pueblo, convoca a su progreso, fustiga al enemigo al cual ayuda a vencer con una superioridad que el hombre crea en sí mismo, porque no obstante que el dios es una figura sobrenatural, también es fruto de otra creación imperceptible de la mente del hombre.

Pero no solamente en el campo de lo divino el ser social establece sus propias deidades y teogonías, en el campo humano, en la entraña social, requiere además de la existencia del héroe, como un arquetipo, porque éste asimila en sí la esencia y características de los demás. Él mismo encierra su idiosincracia, su presencia, y el valor y coraje que reclaman las grandes dificultades del diario vivir. Éste con su sola imagen conduce pueblos –el Cid Campeador muerto y galopante en su última batalla- e influye en levantar su psiquis y su honor, mientras le da vigor al alma pusilánime de las grandes masas. Mahatma Gandhi, Martin Luther King, Mandela.

Es más, sin los dioses y los héroes, no pueden existir ni prosperar los pueblos y las sociedades. Resulta evidente que todo progreso tuvo por principio a los dioses y a los héroes; y toda decadencia se ubicó en la decadencia y muerte de los dioses y de los héroes. Cuando Constantino adopta la religión cristiana y entrega a los papas el poder temporal por allá en el 313 de nuestra era con el Edicto de Milán, desaparecen los dioses griegos, reencarnados en los romanos, y se anuncia la desaparición de ese gran imperio de dioses, que de hecho hasta allí lo fue.

Igual había ocurrido con los dioses asirios y los egipcios y todas las teogonías mayores y menores de civilizaciones que también fueron mayores y menores y desaparecieron con sus dioses.

Cuando un joven adolescente dio muerte a un gigante que atemorizaba a la sociedad hebrea, ésta adquirió a un héroe que fue su símbolo viviente y actuante de las siguientes grandezas y bienandanzas de ese pueblo: el rey David. Los griegos crearon, al lado de sus dioses múltiples, a héroes de tanto valor como Heracles, Teseo, Perseo, Aquiles, Edipo, Odiseo, e incluso a un poeta, Homero, perdido en las tinieblas, que resaltaba el heroísmo de la guerra de Troya; y otro ciego, Tiresias, que veía el futuro y predecía las desgracias fatalistas.

Y tantos otros, colindantes del dios en la leyenda y el mito, pero esencialmente héroes humanos nacidos de mujer.

En esta obra no vamos a hablar de religión ni de los dioses, que es un tema que ya hemos tratado[1]. Pero sí miraremos lo que es un héroe y cómo surgen en todos los desenvolvimientos de los tiempos. Cuál es la cinta humana que los cubre y cuál la calidad de semidios, así sea laico, que eventualmente asume. Además, cuáles son sus diferentes categorías, sus proyecciones y su estrato. Y sus limitaciones físicas. Heracles y Julio César eran epilécticos.

Pero, ¿qué es realmente un héroe? Thomas Carlyle, el gran escritor inglés de *Los Héroes* -1840- no lo definió. Los identificó, los vivió y los recreó. Su obra magistral –aun hoy-, salió de seis grandes conferencias en las cuales fue tomando las vidas de unos héroes de gran significado, los mayores para su gusto, aunque quedara por fuera la gran mayoría. Entre ellos estuvieron los héroes de la guerra, siempre los más grandes y numerosos, por la tendencia del hombre a venerar a otro proporcionalmente por la capacidad de muerte que lleva en sus manos; y a la guerra como expresión de la gloria, del heroísmo y del valor humano contra sus congéneres. Pero también recoge Carlyle a grandes poetas, escritores, pensadores, filósofos y políticos.

Todos estos héroes dan vida a su tiempo. Impulsan –o por lo menos lo intentan- el desarrollo y los modos de vivir, rescatan los valores fundamentales tan fáciles de perderse y construyen el futuro, que, como ya esbozamos, curiosamente y como una constante, siempre fue mejor a los tiempos que lo antecedieron.

Carlyle tocándolo con sus propias manos, descubre al héroe, lo valora, se diría que lo manosea para verificar en él no a ese ser predeterminado que es el superhombre de Nietzsche, sino al hombre de emociones, de angustias, de dolores y sentimientos y pasiones buenas y malas. Es decir, al ser humano, como motor de su época.

El héroe tiene, como todo en el tiempo, unas fases. Hay por supuesto el nacimiento de héroe, independiente del nacimiento humano. En realidad como el dios Dionisos, el héroe nace dos veces: su nacimiento de hombre y su nacimiento de héroe. Una

---

[1] "Los dioses hechiceros", Armando Barona Mesa

gloria subsiguiente que es la que le permite el desarrollo de su propio poder sustancial, que básicamente no radica en él sino entre sus congéneres sociales que en él creen. El héroe ya no necesita sino su nombre y su presencia corporal, que lo demás lo hace la gloria. Por lo menos la mayoría de las veces.

El heroísmo puede ser gradual, esto es obedecer a un solo acto heróico o a una complejidad de acciones. En Bolívar uno encuentra al héroe vencedor o vencido, torciendo las rutas de Los Andes y confundiéndolas en su alucinante epopeya con la de las estrellas, pero siempre al borde de todas las dificultades y amarguras. Es altamente compleja la vivencia del héroe. En Sucre hay la misma complejidad de acciones y la llegada a tres puntos cumbres que fueron Pichincha, Junín y Ayacucho. Pero en medio de toda esta gloria, la tragedia lo acecha.

Lo mismo puede decirse del héroe que nos proponemos estudiar en esta obra, José María Córdova, metido en la acción con conciencia de héroe desde los 15 años –el Niño le decían- y culminando con acciones inigualables en las dos cúspides andinas, con gloria imposible de que le fuera arrebatada, o atribuible a otras personas o acciones.

Porque hay algunos que se apropian de la gloria del héroe y sus virtudes y las hacen suyas. Stalin nunca fue el héroe de la Revolución de Octubre, que lo fueron Lenin y Trosky. No, en el caso de Córdova, él solo, en función de héroe, como ocurrió en Ayacucho, extendió su gloria a otros, entre ellos a Bolívar y a Sucre sus jefes inmediatos.

Naturalmente el acto de heroísmo no puede ser aislado de los sucesos de un pueblo, ni puede ser algo insólito cuya presencia nadie esperaba. No, el héroe construirá por sí solo las circunstancias, bien aprovechando lo que ya existía, o creando unos elementos externos que den ambiente a la acción. Pero además, para que éste se destaque e impacte un círculo social, es preciso que el círculo social esté en su momento atravesando por una situación desgraciada, o padeciendo de una tiranía, de un desafuero, de una inferioridad histórica, y que sobre el oleaje de tal situación venga la acción del héroe encaminada a mantener un rasgo de justicia o a liberar a su entorno. Desde este punto

de vista Córdova no solo fue un héroe en las batallas libertarias, sino en la rebeldía de su final, enfrentando casi inerme a una dictadura, que lo fue en esos momentos, y oponiéndose a la oprobiosa idea de levantar una monarquía e n el territorio recién liberado de otra. Tal vez en ese final trágico pero sublime de su lucha es donde mayormente se encuentra su heroísmo. David triunfa sobre un gigante guerrero con un instrumento casi infantil y redime a su pueblo. Pancho Villa y Emiliano Zapata son héroes de largas acciones contra unas tiranías cada vez más malvadas y asesinas. Ganan, pero encuentran la traición y el crimen a sus espaldas. Espartaco es, era y seguirá siendo un héroe, aunque nunca alcanzó más reconocimiento que el de un esclavo criminal.

También puede decirse que el héroe es a su vez un producto de la temporalidad y como tal el tiempo le llega con toda la furia de las circunstancias, objeto de maledicencias, enredos y calumnias. En esos momentos tendrá sus eclipses y horas crepusculares.

Y por supuesto le llegará la muerte entre las imprevisibles formas que rodean el incierto futuro. Rara vez un héroe muere en su lecho. Gran parte de ellos es sorprendida por un crimen que nadie esperaba: Julio César, Mahatma Gandhi, Abrahan Lincoln, Lenin que también sufrió un atentado que predispuso su muerte, Uribe Uribe, Gaitán, Kennedy, Sucre y el mismo Córdova. Son cosas impredecibles dentro de los giros y conveniencias de la política. O de la mente perturbada de un delirante, como en el caso de Gaitán.

Como ya anunciamos, en este libro nos proponemos examinar, con estos criterios, la fascinante vida de ese verdadero héroe que fue José María Córdova Muñoz. Él es, en cierta forma, el producto de una época marcada por unos hitos no tan invisibles de la historia. Todo un concierto de acaeceres se dan cita para forjar, con todas las dificultades y crueldades, una nueva historia en estos países que, hasta entonces, todavía se denominaban el Nuevo Mundo.

La epopeya emancipadora está llena de héroes. En el juego por etapas de la lucha armada y cruenta de los patriotas americanos contra los realistas españoles, hay un fluir permanente de héroes, de las dos partes enfrentadas. Lo fueron los realistas

Monteverde, Tomás Boves, Sámano, Latorre, por supuesto Pablo Morillo, Agustín Agualongo y todos los demás que derramaron sangre, propia y ajena, y lucharon con intrepidez y sin escrúpulos.

Fueron así mismo los patriotas, el primero de ellos Simón Bolívar, Francisco de Miranda, Santiago Mariño, Piar y toda esa pléyade en escala de los que abrazaron la causa de la independencia y lucharon por ella, algunos hasta más allá de la entrega de su propia vida.

Todos iban a la conquista de la Gloria, especie de diosa que conquistaron muchas veces, pero luego volvieron a perder en los abismos de Tique, aquella inconstante diosa de la Fortuna de los griegos.

Estas guerras americanas, mezcladas con los meridianos históricos en los que hacían presencia avasalladora Napoleón y las ideas de libertad que surgieron de ese manantial de la Revolución Francesa, son en realidad una enorme réplica de la guerra de Troya, con héroes participando de lado y lado en las grandes carnicerías de hombres ensalzadas por la poesía épica de Homero. Solo que aquella -la Ilíada- era un poema de reminicencias, y lo de acá fue una deformación de la realidad hasta donde alcanzaba la imaginación.

O sea que, cuando estudiamos a un héroe cargado del valor de José María Córdova, una especie de Aquiles de la guerra de Troya, lo encontramos siempre rodeado de figuras de inmensa talla, héroes a su vez, en esa lucha brutal por la independencia y la libertad de una patria esquiva y contradictoria.

En esta obra, por supuesto, es preciso encontrarse con la acción de todos estos héroes imbricados en la ardiente lucha de ideales, intereses y circunstancias de toda su época.

Encontrará usted, amable lector, la epopeya completa, principiando por la lucha de Bolívar, a quien el autor de esta obra, no obstante sus contradicciones y equivocaciones, considera un gran idealista y un hombre de honor. Está igualmente Santander, opuesto a todo lo que significaba el Libertador, con sus defectos grandes igualmente y sus enormes virtudes que sin duda superaban aquellos. Y los personajes secundarios que aparecían y desaparecían al ritmo de aquellos sucesos. Sin duda alguna

fueron ellos los que transformaron la vida de estas colonias y dieron existencia al tiempo que siguió.

Finalmente, el método para escribir esta obra no es el de la investigación de fuentes y la visita a los lugares de los hechos, labores que al fin y al cabo ya hicieron otros que son luminarias de aquellas historias y dejaron allí esas fuentes de conocimiento para los que llegaríamos después.

Así, pues, el autor ha escogido con un criterio muy amplio los escritos de quienes vivieron esas experiencias, en la medida en que se iban produciendo; o de los que escribieron en un pasado relativamente lejano. De ahí que, guardado el respeto debido, aparezcan las citas pertinentes de quienes realizaron esa labor investigativa, en el empeño de complementar y dar solidez a nuestras propias anotaciones.

Siempre será fascinante introducirse en aquellos hechos y ver de cerca a esos personajes, héroes casi todos, que conforman nuestra historia. Porque el hombre, como una sucesión de pensamientos y de acciones, constituye la historia, como lo anotaba el filósofo alemán Wilhelm Dilthey.

PRIMERA PARTE

Las convulsiones de la revolución

1
LA GUERRA A MUERTE

La cruenta y dolorosa guerra de independencia de los pueblos latinoamericanos fue larga y cada vez más cruel. El escenario de terror se fue dando auspiciado por el propio derecho positivo español, complemento de la Inquisición y rezago bárbaro de la Edad Media, que permitía descuartizar a una persona después de haberla ahorcado y exponer sus restos en las puertas de una o varias ciudades. O, buscando una mayor crueldad, someter a un reo al desmembramiento, amarrando sus extremidades a cuatro bestias poderosas cada una tirando para el lado contrario. Ese, pues, no era un derecho que pudiere perdonar o siquiera mitigar el rigor, porque era ejemplarizante y vengativo. Era un derecho implacable, rezago todavía del famoso código Hammurabi.

Por supuesto que tal normativa bárbara inicialmente era para el delincuente común; pero luego habría de extenderse, como crimen mayor, a los que atentaran contra los intereses de la corona española.

Esas leyes existían y eran conocidas. No hay quien no supiera qué le ocurría si lo atrapaban en rebeldía contra el rey. De ahí que el que en estos países decidiera tomar las armas y emprender la acción bélica contra esa España poderosa, ya de por sí era un héroe en perspectiva y estaba dispuesto a entregar su vida y sus bienes por la causa. Ese patriota que se atrevía a tal, sabía sin duda que su destino era la muerte infamante y dolorosa en el caso de que perdiera su batalla, como era lo más probable, ya

que casi siempre peleaba en condiciones y número inferiores a los del enemigo. Su vida quedaba colgada de la incertidumbre hasta que lo atraparan. De hecho ya era un nombre muerto.

La guerra se extendió en el tiempo y el espacio y sus diferentes etapas cada vez fueron más crueles. En un principio el sentimiento de los patriotas por la independencia y libertad de sus pueblos había sido sereno, altruista y noble, pero ahora, con los nuevos acontecimientos, se tornaba pasional y terrible. Era odio vivo y feroz el que reinaba contra el español, odio, por supuesto, que era común y creciente en ambos bandos. Y fue causa directa de la "guerra a muerte" que se inició por decreto del libertador en 1813, pero ya era aplicada, de hecho, por los españoles desde el fatídico 1812.

Fueron muchísimos los casos de barbarie en Venezuela que aun hoy nos estremecen. Para mostrar solo unos casos en la época de José Domingo Monteverde y de Tomás Boves, los fusilamientos, las depredaciones, incluso las mutilaciones, marcaron un sendero de horror solo parangonable con las violentas hazañas y ejecuciones de Atila.

Francisco Javier Cervériz era el hombre de mayor confianza de Monteverde. Inicialmente fue comandante en La Guaira, donde saqueó, violó, despojó y asesinó a los prisioneros criollos que había encerrado en los calabozos; seguidamente, por orden suya, pasó a sangre y fuego a la reconquista de Cumaná, que en ese momento se econtraba en poder de los patriotas. Allí asesinaron a lanzazos, en el propio hospital donde se hallaba herido, a Vicente de Sucre, el hermano del joven coronel de veinte años Francisco José, al igual que a su hermana Magdalena. Luego el bárbaro Cervériz y sus secuaces pasaron por la noble casa de los Sucres donde profanaron el hogar. La madrastra del futuro mariscal de Ayacucho, doña Narcisa Márquez, ante el horror que infundían esas hordas criminales, debió defenestrarse ella misma para no ser violada.

Cervériz acostumbraba pagar un peso por cada oreja de patriota que le presentaran como prueba de su muerte. Y los españoles, antes de recibir esa recompensa, las instalaban con ganchos en sus sombreros para exhibirlas como trofeos. Antonio

Zuazola, segundo en el mando de aquel, no solo cortaba orejas, sino narices y hasta las mejillas, o les hacía desollar las plantas de los pies y los ponía a caminar sobre piedrecillas o botellas quebradas.

En La Cabrera, después de la fatídica batalla de La Puerta de 15 de junio de 1814, donde se perdió la segunda república y solo escaparon Bolívar y unos pocos más, Boves hizo degollar a mil seiscientos patriotas vencidos.

Todo esto, es natural, envenenó los espíritus y dio vía libre a todos los desenfrenos y bestialidades en el camino de la sangre, porque el hombre almacena el odio como una potentísima fuerza destructora e irracional.

Bolívar, por la traición de un subalterno en quien confió, el venezolano de ascendencia italiana Francisco Fernández Vignoni o Vinoni, perdió Puerto Cabello a cuyo cargo se encontraba por delegación que le hiciera el entonces Generalísimo Francisco de Miranda y Rodríguez en la primera república venezolana. Esta dolorosa pérdida determinó al gobierno presidido por el mismo Miranda, gran maestro de toda la revolución y a quien había traído el mismo Bolívar en una comisión de patriotas que viajó a Londres enviada por el gobierno inicial de Venezuela. Tal pérdida de Puerto Cabello arruinó esa primera república y obligó a Miranda a la firma de una capitulación ante el victorioso jefe realista Domingo Monteverde y esto, por supuesto, significó la pérdida de todo el esfuerzo hecho hasta allí.

Y algo más grave pasó: cuando Miranda, derrotado, iba camino del exilio y había llegado a La Guaira para embarcarse en la fragata inglesa Zaphire rumbo a Curaçao, la noche del 30 al 31 de junio de 1812, Bolívar y un grupo más de once conjurados, cometió la repudiable acción de entregar, a cambio de un salvoconducto, a su maestro Miranda al jefe realista vencedor Domingo Monteverde. Fue una conspiración bien planeada y ejecutada por el propio Simón Bolívar en persona.

Miranda estuvo preso por seis años, primero en La Guaira, luego en La Habana y finalmente, hasta su muerte, en la Carraca de Cádiz.

Por su parte Bolívar, unos días después de la entrega del Precursor Miranda, abandonó Caracas con el salvoconducto que en compensación le entregara Monteverde, rumbo a Aruba de donde, después de unas semanas de amargura, partió para Cartagena a reiniciar incansablemente su labor revolucionaria.

Esta parte de la biografía de Bolívar constituye sin duda alguna un gran lunar. Esa traición -esa es la palabra- a Miranda es quizás resultado de las circunstancias y de la débil e imperfecta condición humana. Pero ese pecado, ciertamente mayor, incentiva a ese oficial joven que solo alcanza el grado de coronel, a desarrollar en adelante una lucha de gran relieve, heroísmo y dolor en todos los hechos que siguieron en esa lucha pertinaz y constante de Bolívar. Después de la batalla de Boyacá volveremos a hablar de este tema cuando Bolívar encuentra allí, entre los vencidos españoles, al traidor Fernández de Vinoni y después de descubrirlo, cuando éste trata de ocultar el rostro, le pregunta: Ah, aquí está el traidor; dime ¿qué pena crees que mereces?, y éste le hace una señal de ser colgado. De inmediato Bolívar, sin más fórmula de juicio, lo hace ahorcar.

Así es que, cuando se malogró esa primera república, fueron muy largas las penalidades que debió pasar en Aruba ese menguado coronel sin experiencia militar y sin dinero, que llevaba por nombre Simón Bolívar, hijo de una familia de abolengos que en Venezuela se conocían como los mantuanos. El pecado de la entrega de su maestro, cuyas banderas recogió después del triunfo de Boyacá, le impusieron el tener que soportar sobre su conciencia y en silencio esa amarga carga de la culpa por la derrota de Puerto Cabello y por la entrega injusta de Miranda.

Finalmente se va para Cartagena y allí lanza una proclama escrita presentándose como el coronel Simón Bolívar, defensor de Puerto Cabello, en la que analiza con gran profundidad los errores cometidos en Venezuela, al tiempo que previene sobre los peligros que en las precarias circunstancias que viven los amigos de la independencia, acarrean las ideas federalistas defendidas con tanta pasión por muchos patriotas capitaneados por el congreso presidido por Camilo Torres.

Sin duda esa proclama es grande. Allí brilla el talento y el lenguaje empenachado que tanto gustaba después de la Revolución Francesa. Su pluma es elegante, erudita y apropiada a la sensibilidad de los hombres. De esta forma logra que los patriotas cartageneros le den un mando sobre un grupo pequeño, insignificante se diría, compartido además por el coronel francés Pedro Labatud, quien también había llegado a Cartagena. Cargado éste de envidias con ese venezolano que arribaba derrotado, desplegó todo tipo de intrigas en su contra. Después, desde Santa Marta a donde llegó triunfante, desarrolló unos planes de pillaje de los que hablaremos después, cuando suceda la segunda llegada del Libertador a Cartagena.

Pero Bolívar, ansioso de una oportunidad, acepta el pequeño mando y se enfoca a los distintos pueblos del río Magdalena, pasando por encima de dificultades sin cuento. Empero, después de una vertiginosa campaña relámpago, arrasa al enemigo en las costas del río hasta llegar, aquende su rivera, a Mompox y luego, en una cadena de victorias, arribar al otro lado del río. Y así se presenta en Ocaña, con el propósito de avanzar a Venezuela e inexorablemente a Caracas. Era su meta obsesiva. En esos momentos entiende que primero debe liberarse a Venezuela y después a la Nueva Granada. Después, bajo los golpes de la experiencia, comprenderá que primero era ésta y después su patria Venezuela. Así lo estudiaremos adelante.

En Cúcuta recibe a los enviados del Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada enviados por el ya citado prócer Camilo Torres. Éste le manda un apoyo halagador, que supone, entre otros, el grado de general de Brigada. En "*Nariño y Miranda, dos vidas paralelas"*[2] narro este episodio así:

> "*Claro que la victoria* –se refiere a la victoria de Nariño sobre el Congreso en el asalto que hicieran a Santafé las fuerzas del Congreso el 9 de enero de 1813- *no había por el momento arreglado las diferencias enormes con los líderes del Congreso. Camilo Torres, tan grande*

[2] "Nariño y Miranda, dos vidas paralelas", Armando Barona Mesa

como era y tan patriota, seguía cultivando rencores y equivocaciones contra Nariño. Y cuando simultáneamente se había producido el vertiginoso despliegue victorioso de ese coronel venezolano Simón Bolívar, que había llegado a Cartagena derrotado en octubre de ese amargo año 1812, fatal para él después de la traición de Puerto Cabello –se refiere a la que le hizo el execrable teniente Francisco Fernández Vinoni- *y a quien el presidente de Cartagena Manuel Rodríguez Torices había dado una misión secundaria, que el venezolano había excedido en una acción brillante de limpieza de españoles por el río Magdalena, como culminación de la cual ya había emprendido la marcha con rumbo a Venezuela en una campaña que por lo demás se consideraba vital para los intereses neogranadinos. Torres le ofrece su apoyo y estimula con tropas frescas de refuerzo, que son las que Nariño ha liberado, y recursos logísticos. Pero tiene otras intenciones revanchistas.*

"Cuando Bolívar se detiene en Cúcuta para organizarse mejor, ya se ha dicho, Torres le envía unos emisarios a halagarle los oídos. El congreso está dispuesto a hacerlo ciudadano, general de brigada y a aumentarle las ayudas, pero a cambio Bolívar le hará el favor de someter a la díscola Santafé. Y Bolívar, necesitado como está de todas las ayudas, no obstante que en el manifiesto escrito unos meses antes titulado "Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño" coincide en sus apreciaciones con todo lo que Nariño ha escrito y hablado durante todo ese período en contra del federalismo, acepta el compromiso.

"Pero no obstante que ciertamente es ascendido a general de Brigada por Torres, no se devuelve a Santafé sino que promete a éste que la acción contra Nariño la dirigirá después, como quiera que su interés mayor era Venezuela y ya había comenzado su "campaña admirable". En realidad después cumplió esa palabra.

"Empero, envía a su pariente el coronel venezolano José Félix Rivas, primero a que visite a Torres, y luego a Nariño en Santafé., Éste, cuando unos pocos meses atrás se enteró del manifiesto de Bolívar de Cartagena, por la extraordinaria afinidad del pensamiento, le envía cartas y le promete ayuda física para su campaña. Y así es que cuando a fines de marzo de ese nuevo año 13 Rivas llega a Santa Fe, Nariño, que como se dijo había caído enfermo, lo recibe con aprecio en la Milagrosa[3] y manda a su sobrino José María Ortega y Nariño, que ya ostenta el grado de capitán, a que le reclute unos hombres con destino a Bolívar; entre tanto que a su viejo amigo el español Enrique Somoyar, que como se recordará fue quien le dio la mano en Cartagena a él y a su hijo cuando la desgracia de su segundo cautiverio, y cuyo nombre utilizó Nariño como uno de sus seudónimos, le pide que reúna entre los comerciantes una suma digna de la obra en que está empeñado el general Bolívar. Y de esta forma le entrega un contingente de ciento cincuenta hombres y veinte mil pesos, que son un dinero significativo de aquella época. A esto había que agregar la provisión de armas, artillería y municiones con que completó la ayuda. Ese era Nariño".

Es, pues, el presidente del congreso granadino, Camilo Torres, quien lo asciende a general de brigada y le extiende las autorizaciones para continuar su *campaña admirable*, que desde allí tomó ese nombre.

Bolívar continúa con celeridad su marcha triunfante hacia Venezuela, que no para hasta llegar a Caracas. Le acompañan, por supuesto en su mayor parte oficiales y soldados granadinos que ha ido recogiendo a través de esa campaña relámpago en el largo recorrido desde Cartagena, a quienes se agrega todo ese personal granadino que le ha puesto a su servicio Camilo Torres y el Congreso. Allí están a su lado Atanasio Giradot y Antonio Ricaurte, entre otros.

---

[3] La Milagrosa es la casa de campo donde vive Nariño en Santafé.

Curiosamente los aguerridos venezolanos no creían en el valor de los granadinos, a los que humillaban y odiaban, situación que siempre ocurrió durante la larga guerra. Era inexplicable esa conducta entre quienes luchaban por la misma causa. El propio Libertador Simón Bolívar en el Diario de Bucaramanga de Luis Perú de la Croix[4], en medio de las confidencias que le transmite el Libertador Bolívar a este coronel francés en los días en que se celebra en la ciudad cercana de Ocaña la convención, le dice:

> *"Ya desde el año 13, en que meditaba la unión de Nueva Granada y Venezuela, mi política tendía a hacerme valer y querer de los granadinos, y después del año 19 seguí el mismo plan para la conservación de la unión que había logrado. Véase mi decreto de 30 de septiembre del año 13, dado en Valencia, para honrar la memoria del coronel Atanasio Girardot: fue un bravo, seguramente, murió como un valiente en el campo de honor, en Bárbula y como había combatido en Palacé, pero ese es el deber de todo militar, y sin un motivo político tal como el que se movía no hubiera dado el decreto mencionado. Ricaurte, otro granadino, figura en la historia como un mártir voluntario de la libertad, como un héroe, que sacrificó su vida para salvar la de sus compañeros y sembrar el espanto en medio de los enemigos, pero su muerte no fue como aparece, no se hizo saltar con un barril de pólvora en la casa de San Mateo, que había defendido con valor, yo soy el autor del cuento, lo hice para entusiasmar a mis soldados, para atemorizar a los enemigos y dar la más alta idea de los militares granadinos. Ricaurte murió el 25 de marzo del año 14 en la bajada de San Mateo, retirándose con los suyos, murió de un balazo y un lanzaso y lo encontré en dicha bajada tendido boca abajo, ya muerto, y las espaldas quemadas por el sol".*[5]

---

[4] Diario de Bucaramanga. Perú de la Croix.

[5] Esta, que es por cierto la verdadera historia de la muerte del héroe Ricaurte, transmite como se ve, un embuste político del Libertador, en aras a lograr un mayor aprecio de los venezolanos con los granadinos. Y por supuesto supone

La crueldad de los españoles ha llegado a tanto en el inicio de esta segunda república, que en Santa Ana -Venezuela- el ya general Bolívar, en el mes de junio de ese mismo 1813, dicta su famosa proclama y decreta la guerra a muerte:

> *"Nuestro odio será implacable, y la guerra será a muerte*:
>
> *"Españoles y canarios, contad con la muerte aun siendo indiferentes si no obráis activamente en obsequio de la libertad de Venezuela; americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables".*

En cumplimiento de tal decreto habrá de producirse el increíble genocidio de españoles en Caracas de febrero de 1814, bajo el impulso de una orden expresa del Libertador. Era consecuencia directa de lo que venía obrándose en una práctica macabra por los españoles. Y así habría de continuar otros cuatro años, hasta las reuniones y el armisticio que se firmó en la misma ciudad de Santa Ana con Pablo Morillo, quien, según se lamenta en su diario, sostiene que Bolívar jamás cumplió.

Este episodio de sangre tan lamentable de la guerra a muerte se produjo cuando, sin que hubiera transcurrido aun un año de todo ese conjunto de desgracias de 1812, y después de la fulgurante campaña que se inicia en Cartagena, ciudad que le debe al mismo Bolívar haberla llamado Heróica, se encontraba triunfante por vez primera y al mando en Venezuela. Ocupaba la ciudad de Caracas y había sido proclamado ya su Libertador. Eran finales del año 13.

Dentro de las medidas que dictó en medio de la feroz contienda, estaba la orden de prisión de todos los españoles combatientes o no, que fueron a parar a la cárcel no solo de la capital sino de La Guaira. El número de prisioneros, naturalmente, es elevado y por lo tanto los costos de alimentación superan

---

una revisión obligada del himno nacional de Núñez al irrespetuoso verso "Ricaurte en San Mateo, en átomos volando". Pero hay algo peor, el símbolo de la aviación colombiana -parece mentira-, es el mismo Ricaurte precisamente por aquello de "en átomos volando".

las escasas provisiones del Tesoro. A más de eso, se habla insistentemente de la sublevación de estos prisioneros.

Naturalmente se han hecho esfuerzos con Boves para canjearlos con los prisioneros patriotas confinados en Puerto Cabello; pero esas negociaciones habían llegado al fracaso. Eran los comienzos de febrero de 1814.

Bolívar, en busca de limar asperezas con su émulo también patriota Juan Francisco Bautista Arismendi le ha confiado a éste el mando de la capital; y mientras la batalla continuaba con la mayor ardentía en el oriente venezolano, el ya Libertador ve las cosas con gran preocupación. Él mismo se encuentra atendiendo personalmente los asuntos de la guerra y participando activamente en ella, desde la ciudad clave de Valencia.

Entonces, el día 4 de ese mes y año recibe dos informes: el primero de Arismendi en el que le plantea la gravedad del asunto de los prisioneros españoles y el rumor de su levantamiento. El otro del coronel José Leandro Palacios, su pariente y comandante de La Guaira en igual sentido. Deja pasar siete días con los informes sobre el escritorio. Al día 8, le dicta al ayudante dos despachos con una orden terminante:

> *"Al Comandante de la Guaira José Leandro Palacios. Por oficio de U.S. de 4 del actual me impongo de las críticas circunstancias en que se encuentra esa plaza con poca guarnición y un crecido número* de *presos. En consecuencia, ordenó a U.S. que inmediatamente se pasen por las armas todos los españoles presos en esas bóvedas y en el hospital, sin excepción alguna.*
>
> *"Cuartel general Libertador en Valencia, 8 de febrero de 1814, a las ocho de la noche.- Simón Bolívar".*

El escribiente, con ojos sobresaltados, según cuenta el historiador venezolano Guillermo Ruiz Rivas[6], murmura al Libertador:

---

[6] Guillermo Ruiz Rivas, Simón Bolívar más allá del mito , Librería Piñango, Caracas.

"Idéntico oficio me despacha usted al Comandante de Caracas, coronel Juan Bautista Arismendi".

Bolívar le ordena cumplir lo mandado y enviar los dos despachos que suponen el asesinato en frío de tantos seres humanos, no obstante no ser beligerantes y estar indefensos.

Y en agotadoras jornadas manuales se ejecutan esas órdenes perentorias, tanto en Caracas como en La Guaira con un resultado que sobrepasó 816 muertes de civiles nacidos en España.

Antes de producirse este genocidio y ante su inminencia, el arzobispo de Caracas, monseñor Colt Pratt, conocido y hasta amigo de Bolívar, le envió una carta pastoral instándolo a la sensatez frente a un acto tan repudiable. Bolívar degradado a los extremos de la inclemencia, contestó al prelado:

"Lo hago no solo para vengar a mi patria, sino para detener el torrente de sus destructores… uno menos que exista de tales monstruos es uno menos que ha inmolado e inmolará a centenares de los nuestros. El enemigo viéndonos inexorables, a lo menos sabrá que pagará irremisiblemente sus atrocidades y no tendrá impunidad que lo aliente…"

Página negra sobre la crueldad humana, que lo lleva a uno a preguntarse: ¿Hasta dónde, según las circunstancias, puede llegar en materia de criminalidad homicida aun un hombre tan grande como Bolívar? No hay una respuesta satisfactoria, pero bajo el impulso de las pasiones, puede afirmarse que a todo hombre le es posible agotar los archivos de la imaginación en la carrera homicida. Tal vez esto sucede, porque el hombre, como lo dijera Protágoras, es la medida de todas las cosas.

2
LOS AÑOS MÁS ACIAGOS

Los años más aciagos para la independencia grancolombiana se iniciaron con el año 12 en que se pierde la primera república de Venezuela. El 14, en el que se precipitó la caída de Nariño en el Sur del país, después de que había levantado un valiente y numeroso ejército triunfante en los primeros combates del Sur. Perdida la batalla por Nariño en los ejidos de Pasto y dispersado el ejército sin brújula, Nariño debió entregarse heróicamente a los pastusos el 14 de mayo de 1814. Causa de este desastre fue la aleve traición de un coronel llamado José Ignacio Rodríguez, conocido de todos como La Mosca.

Este Mosca sintió el impulso a la traición como consecuencia de un rencor pasado con el presidente Nariño, ocasionado en el reproche que éste le hizo a raíz del escarnio que siguió a la muerte aleve que aquel le dio al valiente coronel español Ignacio Asín, después de terminar con el triunfo patriótico la batalla de Calibío cerca a Popayán. Mosca, ya vencido Asin, le dio muerte, lo decapitó y engarzó la cabeza destroncada de este coronel español en la punta de su lanza y la paseó con saña por el campo.

Además de lo anterior, siempre estuvo presente en el ánimo de Rodríguez, de cuerpo entero, la vieja reyerta entre federalistas -Torres, Caldas y otros- y centralistas -Nariño-, siendo él de los primeros en seguir a los federalistas.

Llegando a Pasto Mosca, al frente de las reservas del ejército en Tacines donde lo había dejado Nariño, abandonó su puesto y huyó con las tropas, sin que nadie lo estuviera hostigando porque era la retaguardia. Eran esos los momentos decisivos en que su jefe necesitaba tales refuerzos, vitales para una contienda hasta allí casi ganada.

A esto hay que agregar que Bolívar, en el mismo año 14, vuelve a caer y a perder todo lo que había conquistado promisoriamente en el año 13 cuando logró conquistar a Caracas, en la terrible batalla de La Puerta. Y es allí el final de la segunda república.

Y funesto fue en la Nueva Granada el año 16, cuando después del último gobierno centralizado que hubo en Santafé de Bogotá de José Fernández Madrid, patriota nacido en Cartagena, éste, en un acto cobardía más que de traición, está decidido a una claudicante rendición. En las cartas dirigidas al Pacificador mostraba, como una plañidera, su dolor y arrepentimiento por la traición que los patriotas habían cometido contra el rey.

Descubierto en el doble juego, a la vista de esos mismos documentos que fueron incautados por el general Manuel Serviez, el presidente Fernández aceptó finalmente que se dividieran los remanentes del ejército republicano y que unos marcharan hacia el Sur al mando de Liborio Mejía y los otros, bajo el comando del francés Serviez, para los Llanos Orientales.

Los que partieron para el Sur eran plenamente conocedores de que iban a seguir la misma huella marcada por Nariño y el mismo resultado. Pero no se acobardaron. Estaban comandados por el joven héroe Liborio Mejía, designado como último presidente de la república -cargo que solo ejerció por un mes- y quien peleó con brío indomable al frente de unos setecientos hombres hasta ser vencido en la Cuchilla del Tambo por Sámano. Logró huir para luego ser capturado por Carlos Tolrá en el municipio de La Plata. Tenía 24 años cuando, por órdenes directas de Pablo Morillo, fue fusilado en Bogotá el 3 de septiembre de ese año 16.

Veamos en relación con el presidente Fernández Madrid un diciente párrafo que trae en su obra el historiador Roberto Botero Saldarriaga:[7]

---

[7] Autor, ob.cit.

"Cuando en 1835 visitaron los generales Soublette y O·Leary al general Morillo en su residencia de la Coruña, España, el Jefe expedicionario de Tierra Firme en 1815, obsequiólos con muchos y valiosísimos documentos referentes todos a la guerra de emancipación de las antiguas colonias españolas en la América del Sur. Entre ellos se encontraban las cartas de Madrid dirigidas a La Torre y a Morillo y en las cuales reafirmaba su sumisión al rey y hablaba de los motivos que le habían impedido su entrega a las fuerzas invasoras como último presidente de la Unión, y las que el mismo Madrid había remitido a los jefes invasores Morillo, La Torre y Calzada proponiendo una capitulación y entrega de la Capital por órdenes expresas y reiteradas del Congreso de la Unión y los anhelos del Cabildo de Santafé; papeles que Serviez retuvo y no dejó seguir al campo realista y que en la jornada de la Cabuya de Cáqueza, junto con los papeles del ejército que comandaba, cayeron en poder del jefe español Capitán Gómez y fueron a manos de Morillo.

"Estos papeles contribuyeron a salvar la vida de Madrid.

"En esas cartas de Madrid a Morillo se señala como obstáculo para reducir la guarnición de Popayán al rey don Fernando, a un oficial que asumió la postrera dirección de la República: el Coronel y doctor Liborio Mejía, quien con sus bravos compañeros y en presencia de la patria sojuzgada, proclama la guerra a muerte a los invasores; enluta sus banderas, y cubre con crespones sus cajas de guerra; marcha sobre los realistas, se bate con desesperado y heroico valor, sucumbe en la jornada y, hecho prisionero, es enviado a Santafé en donde se le fusila. Mejía salvó el honor de la República moribunda".

También habrían de correr la misma triste suerte el prócer y también presidente santandereano Custodio García Rovira, Francisco José de Caldas, Camilo Torres Tenorio y todo ese martirologio que incorporamos en gran parte.

Como se ve, esas cartas originales de Fernández Madrid, que están en poder de Morillo veinte años después en España, le fueron obsequiadas por éste, como recuerdo histórico, a los generales Soublette y O´Leary, tal como lo anota Botero Saldarriaga.

Aquellas cartas eran, por supuesto, el canto de la palinodia del señor Fernández Madrid, como hubo tantísimos otros, en medio del Terror que ya no se haría esperar.

En efecto, don Pablo Morillo, llamado por sí mismo el Pacificador, entró triunfante en Santafé el 26 de mayo de ese pavoroso año. Con inocultable orgullo y prepotencia ni siquiera quiso aceptar y participar en el recibimiento que con arcos triunfales le brindaron todos los ciudadanos atemorizados; y de inmediato puso en marcha tres grandes tribunales para castigar.

Poco tiempo después lo más granado de la inteligencia criolla caía bajo las feroces órdenes de ese Pacificador carnicero y brutal. Entre los eminentes próceres sacrificados estarían además Camilo Torres, Francisco José de Caldas, Joaquín Camacho, Frutos Joaquín Gutiérrez, Jorge Tadeo Lozano, Antonio Villavicencio, Manuel Rodríguez Torices, José María Cabal, Policarpa Salvarrieta, Antonia Santos, Cusodio García Rovira, Liborio Mejía y José Cayetano Vásquez. Por supuesto muchos más en las provincias.

No figura allí el atildado patriota don José Fernández Madrid. De algo le sirvieron sus cartas; y tampoco Nariño que estaba preso de los realistas en España.

Se dijo atrás que, antes de entrar los españoles a Santafé de Bogotá, el presidente Fernández Madrid había finalmente aceptado que el ejército patriota se dividiera en dos y una parte siguiera la ruta del Sur hacia Popayán y la otra división hacia los llanos.

Esta última es la que vamos a abordar en esta obra, porque es la que nos interesa al efecto de seguir el camino de nuestro héroe, el teniente efectivo José María Córdova, entonces de dieciséis años.

Marchó él a los Llanos Orientales al mando del general Manuel Serviez, con los coroneles Francisco de Paula Santander, Conde, Blanco, Carreño y otros pocos.

Cuando se reunieron la última noche en Tunjuelo, eran dos mil hombres, que iban en la esperanza de unirse al ejército de los llaneros, rufianes en su mayor parte, pero valientes e intrépidos, conducidos por el entonces teniente coronel José Antonio Páez. Esto ocurría el 5 de mayo de 1816.

Al día siguiente 6, cuando este ejército se aprestaba a seguir su marcha hacia el llano, entraron los españoles a Santafé.

Los habitantes de esta ciudad de intelectualidad, tenían ya la mente vencida ante el enemigo triunfante, quizás porque sabían inminente la gran ordalía de la Reconquista. Entonces dieron muestra de los mismos arrepentimientos y abyección que había expresado don José Fernández Madrid en sus cartas a Pablo Morillo. El miedo es otra de las emociones humanas.

Veamos cómo cuenta el historiador José María Groot[8], en su obra *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada ,* esa llegada:

> *"El día 6 de mayo entraron las tropas del rey en Santafé en medio del más grande regocijo, bajo arcos triunfales, con repiques de campanas en todas las iglesias, cohetes y riego de flores que se les arrojaban desde los balcones. Muchos aun de los mismos que habían sido patriotas exaltados se daban la enhorabuena. Tal era el aburrimiento y cansancio en que todos habían quedado con los seis años de república federal y la confianza tan grande en que estaban de que con un pequé, como decía el patriota Carbonell quedaban perdonados, restituidos a la gracia del soberano que los miraría con la ternura de padre recibiéndolos entre sus brazos como el del pródigo del Evangelio. !Fatal engaño que hizo tantas víctimas, tantos enemigos a ese rey y tantas desgracias al país con la pérdida de tantos hombres eminentes y de tantos buenos ciudadanos!"*[9]

---

[8] José María Groot, "Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada

[9] Cita de Roberto Botero Saldarriaga, General José María Córdoba.

Por su parte José M. Caballero, en su Diario de la Patria Boba[10], recoge esos momentos de dolor disfrazados de alegría por la llegada de los españoles de la siguiente manera:

> *"Lunes, 6.- A las diez del día entraron algunos curros a caballo, y a las 11 entraron los demás, como 200 en todos.*
>
> *En todos los balcones y ventanas pusieron banderas blancas y colchas de lo mismo. Ese día fue cuando se conocieron sin rebozo los regentistas y realistas, y fue día de la transfiguración, como allá en el Monte Tabor, porque dentro de una hora –que fue de las diez a las once- se transfiguraron todos de tal modo que todos los resplandores eran de realistas; aun aquellos patriotas distinguidos se transfiguraron, que por los muchos resplandores yo no conocía a ninguno. Día maravilloso, ya se ve, día en que de nuevo se nos han remachado los grillos y las cadenas; y ahora sí que es de veras nuestra esclavitud. Si antes teníamos un alivio, ahora no lo habrá; todo se ha perdido, como dijo Enrique VIII; ya para nosotros no habrá consuelo; caímos en las manos de Faraón; paciencia y barajar. Las mujeres era cosa de ver cómo salieron por las calles con banderitas y ramos blancos, gritando vivas a Fernando VII, entraron en tumulto al palacio y cubrieron los balcones, y a las once que entraron los curros, ellas desde el balcón les echaban vítores con mucha alegría y algazara. La plaza se llenó de gente, con ser que más de media ciudad había emigrado. A las cuatro de la tarde entró la infantería, compuesta de cuatro batallones; hubo muchos vivas. El 1º y 2º batallones eran de españoles, y los demás mulatos y negros de la Provincia de Venezuela, y varios reclutas de toda la Provincia del Socorro y Tunja."*

De este modo, bajo ese marco de quebrantos e incertidumbre, en el piedemonte llanero, de los dos mil soldados que

---

[10] José M. Caballero, "Diario de la Patria Boba".

eran la noche del 5 en Tunjuelo, a la mañana del 6 solo quedaban seiscientos, entre oficiales, soldados y algunos desplazados civiles que huían de los españoles. Al frente, como ya lo anotamos, de estos héroes de vocación y valor, continuaban el general francés Manuel Serviez, asesinado durante el curso de esa empresa, como luego veremos, y entre los otros, el coronel Francisco de Paula Santander y el joven adolescente José María Córdova Muñoz, quien iniciaba su camino pisando, tempranamente, el ardoroso suelo de su patria en llamas.

Y es así como se inicia y proyecta la imagen del héroe antioqueño, quien no pudo tener la adolescencia de los jóvenes de su generación, porque irrumpió intrépidamente en la batalla, haciendo parte de ese ejército incipiente, con armas desiguales y en número infinitamente inferior al del despiadado enemigo. No existió para él el despertar amable de la vida, sino el tronar de los cañones, la lucha mortal cuerpo a cuerpo con bayonetas y lanzas y machetes, el desfiladero de la cordillera, el hambre que tantas veces desveló sus noches y un deseo inquebrantable de sobreponerse a todas las dificultades para ser, como lo fue, un auténtico héroe. Ya veremos en esta obra su gesta, su valor, su inteligencia e hidalguía. Y su ocaso marcado por traiciones e intrigas bajas, pero levantando sus pensamientos democráticos contra la dictadura de Bolívar y su proyecto inicial de convertir la incipiente república en una monarquía. Veremos igualmente la desesperación del final en Santuario, en donde dramáticamente, cuando su amigo y paisano, el coronel José Manuel Montoya, situado en el bando contrario y tratando sensatamente de disuadirlo de su rebeldía final le dice: "-*General es imposible vencer",* y Córdova, impasible y sin alterarse, le contesta: "*Pero no es imposible morir".*Y encaminó sus pasos, con el mismo coraje de siempre, hacia la muerte villana que sufrió.

3
ORÍGENES Y PRIMEROS MOVIMIENTOS EN LA VIDA DE JOSÉ MARÍA CÓRDOVA

La genealogía de nuestro héroe, el general José María Córdova, la cuenta el escritor antioqueño Roberto Botero Saldarriaga, uno de sus mejores biógrafos[11], tomando a su vez notas y datos él de Alejandro Mesa Nicholls[12].

> *"Entre las familias que de Copacabana vinieron a Concepción se encontraba la de Don Diego Fernández de Córdova, nacido en la ciudad de Santafé de Antioquia y descendiente del español don Andrés Fernández de Córdova. Don Diego era casado con Doña Bárbara de Meza, matrimonio que se celebró en la ciudad de Medellín -entonces Villa de la Candelaria- el 30 de septiembre de 1750. Hijo de don Diego y de doña Bárbara fue don Miguel Crisanto de Córdova, quien casó con doña Pascuala Muñoz en Barbosa. He aquí la interesante y limpia genealogía de los Córdovas: "Don Andrés Fernández de Córdova, del linaje del Gran Capitán, natural de Sevilla (viudo de doña Sebastiana de la Blanca) casó en segundas nupcias con doña Teresa Rodríguez de Salamanca, hija de don Juan Rodríguez de Salamanca y de doña Manuela Hurtado de*

[11] Roberto Botero Saldarriaga, Autor, obra citada.

[12] "Biografía de Salvador Córdova" Alejandro Mesa Nichols.

Hurrízola, y de este matrimonio nació en Sevilla don Andrés Laureano Fernández de Córdova, el martes 11 de julio de 1673, quien llegó a Antioquia en 1720, y allí casó con doña Petronila de Tobón y Mesa Villavicencio. Su hijo don Diego casó en Antioquia con doña Bárbara de Meza y Pelaéz, hija del Capitán Juan de Meza y de doña Mencía Rosa Pelaéz.

"Fueron sus hijos: don Crisanto, que casó con doña Pascuala Muñoz y Castrillón, hija de don Gabriel Ignacio Muñoz de Rojas y de doña María de Castrillón; don Joaquín que casó con doña Rita Vallejo, hija de don Félix Vallejo y de doña Jacoba Arias; don Clemente, que casó con doña María Josefa Carvajal; doña Paula, que casó don José Carvajal; doña Micaela, que casó con don Simón de Estrada, hijo de don Pedro Leonil de Estrada y de doña María Vicencia Peláez; y doña Petronila, que casó en primeras nupcias con don Fernando de Góngora y en segundas con don Sebastián Figueroa y Camacho, ambos de Bogotá.

De don Crisanto Fernández de Córdova y Meza y de doña Pascuala Muñoz y Castrillón nacieron: Doña Venancia que casó con don Joaquín Quijano, hijo de don Francisco Quijano y doña Teresa Fajardo; el general José María, que murió soltero, el General Salvador, que casó con doña Ana María Jaramillo, hija de don Francisco Jaramillo y Villegas y de doña Martina Muñoz y Castrillón; don Vicente, que casó con doña Pastora Obregón, hija de don Pedro Obregón; y de doña María Josefa Muñoz y Castrillón; doña Mercedes que casó con don Manuel Antonio Jaramillo, hijo de don Manuel Jaramillo y de doña María Josefa Romero Puerta; doña Mariana, soltera".

Se observa que es una de esas numerosas familias antioqueñas de clara raíz española, a las que en Colombia se les dicen *paisas.* Son tradicionalistas, creyentes, prolíficos, laboriosos, intrépidos y no se arredran ante las dificultades que parecen

aumentar su espíritu de desafío. Son valientes y, sin duda, buenos para cualquier batalla. Han desbrozado las agrestes montañas de una geografía arisca y quebrada y allí fundaron numerosas poblaciones sobre el filo de la cordillera, que hicieron progresar con sudor y esfuerzo.

Ese es el marco en el que nace el 8 de septiembre de 1799 José María Córdova en la pequeña población de Concepción, que era un centro minero, de una prosapia castiza e hidalga, común a casi todos los pobladores de esa región antioqueña. Pero pobres y, como se ve, de las más limpias raíces y ánimo para el trabajo. Antioquia era una provincia básicamente minera, agrícola y por supuesto ganadera.

Don Crisanto era hombre de reconocida prestancia. Las autoridades coloniales lo tuvieron en muy alta opinión y es así que había desempeñado oficios de representatividad: fue alcalde y juez pedáneo, que era un juez de causas menores, que juzgaba a pie, es decir, en el lugar del conflicto, bajo el sistema de verdad sabida y buena fe guardada. Esta institución venía del derecho romano. Además también fue por varios períodos mayordomo de Fábrica. Básicamente era un hombre de trabajo del campo y pequeño negociante. En 1802 don Crisanto se traslada con su familia a una población mejor, denominada San Vicente; y en 1808, atendiendo la educación de su prole, fija su residencia en Ríonegro, la muy importante e histórica ciudad cercana a Medellín.

Y allí, bajo la sabia tutela de don Manuel Bravo, el niño José María aprende las letras básicas de la escuela primaria, única academia que lo acompañó en su vida. A él, como a casi todos los jóvenes de aquellas épocas, era la universidad de la vida la que les daba la flor de sus conocimientos, acompañados de un esfuerzo autodidacta permanente.

Pero en 1812, cuando el muchacho va a cumplir trece años, don Crisanto, bajo el impulso de su aventurero ancestro castellano, decide ir a probar fortuna junto al mar y, en la compañía de su hijo mayor José María, emprende el azaroso viaje que comprendía largos rodeos por el Oriente antioqueño en busca, primero del río Cauca y luego del Magdalena, entre

pueblos infestados de maleantes y atracadores, fruto de las guerrillas realistas procedentes de Santa Marta, que combatían por todos los medios a los patriotas cartageneros que ya habían proclamado la independencia. Pero en realidad solo eran facinerosos de alta criminalidad.

No obstante todos esos peligros, don Crisanto y su joven hijo logran llegar ilesos e indemnes al puerto fluvial de Nare, desde donde descendieron por el río en un rústico transporte fluvial alquilado. Y más adelante, cuando iban a proveerse de las vituallas para el viaje en uno de tantos pueblucos y caseríos, les salieron unos de esos atracadores de las guerrillas realistas, que los ultrajaron y despojaron de todos los haberes. Ni siquiera les dejaron los elementos para preparar sus alimentos.

El joven Córdova tascó el freno e hizo sentir su ira, inútilmente, porque no obstante sus repulsas, el atraco y la humillación se produjeron. Pero no olvidó el rostro del más furioso de los agresores. Y ¡vaya con la fortuna! Por los años veinte, cuando estaba en plena campaña libertadora, Córdova con el grado de teniente coronel, un día encontró vencido bajo sus armas a aquel rufián. Su ira revivió bajo el impulso del recuerdo y, tal como hizo Bolívar después de la batalla del puente de Boyacá con el vil Vinoni, inmediatamente lo hizo fusilar.

Padre e hijo regresaron a Rionegro en 1813 habiendo perdido todo lo que aquel llevaba de capital de trabajo. Un año había tomado la riesgosa aventura. El muchacho frisaba ya los catorce años y pensaba en su futuro, mientras veía desde lejos el desenvolvimiento acumulado de los hechos que iban marcando los primeros pasos de esa primera república en la Nueva Granada, perdida entre una niebla de irrealidades y rencores.

Por entonces arriban a Medellín, donde ejerce como Dictador don Juan del Corral en nombre de la república y favorable a los federalistas, los próceres payaneses Francisco José de Caldas y el doctor Francisco Antonio Ulloa, quienes a su vez han sido adalides del grupo patriota federalista dirigido por Camilo Torres como presidente del Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada y desde luego enemigos de Antonio Nariño, el presidente centralista de Cundinamarca.

La primera república granadina se enzarzó en agrias disputas entre sus líderes. Había unos que abogaban por el federalismo al estilo de los Estados Unidos, y otros a cuya cabeza se encontraba Nariño, que solo creían posible una unidad centralista como forma de enfrentar vigorosamente, en esa conjunción de fuerzas y de mando, al español que volvería, con bríos y ferocidad renovados, a recuperar lo perdido.

Alrededor de estos antagonismos se fueron creando odios irreconciliables que terminaron en una guerra insulsa pero cruel y bárbara. Ocurrió que las fuerzas del Congreso, cabeza del federalismo y cuyo presidente era don Camilo Torres y Tenorio, se sintieron reforzadas por la traición que hiciera al gobierno de Nariño el coronel Antonio Baraya, con talentos militares muy discutibles, por cierto. Esa defección al gobierno de Santafé le fue premiada a Baraya por los federalistas con un absurdo grado de mariscal; y envalentonados con el refuerzo, los líderes del Congreso vieron una oportunidad de dirimir, de una vez por todas, aquel conflicto tan grande, pero en el fondo liliputiense. Y, previos unos ruidosos preparativos y algunas súplicas de Nariño concitándolos a la sensatez, atacaron a Santafé de Bogotá el 9 de enero de 1813.

Nariño, que anduvo desesperado tratando de disuadir a los federalistas, recibió en el último momento la ayuda decisiva –la fe mueve montañas- del Generalísimo de las Milicias, Jesús Nazareno, imagen del culto bogotano que aun perdura; y con esta ayuda celestial, obtuvo una gran victoria –si es que esto es una gran victoria- contra el Congreso y sus enemigos republicanos, consolidando de esta forma su poder dictatorial del momento.

Es necesario decir que el término poder dictatorial -por lo menos en ese momento- no se refiere al de las dictaduras modernas, sino que proviene de los antiguos romanos antes del Imperio, sobre todo recordando el episodio famoso de Cincinato, investido de todos los poderes para salvar a la patria.

Luego el prócer Precursor iría a emprender la dolorosa campaña del Sur, la que se perdió, como lo hemos mencionado atrás, por la traición de un militar a quien apodaban la Mosca Rodríguez, uno de los simpatizantes del Congreso.

Francisco José de Caldas y Francisco Antonio Ulloa, después de la victoria de Nariño contra el ataque del Congreso, no encontraron ambiente en esa Santafé polarizada, y se desplazaron, se diría que huyendo, a Antioquia, donde el dictador Juan del Corral, federalista igualmente, los admiraba y apreciaba y les brinda la mayor hospitalidad.

Caldas, que es un sabio de reconocida trayectoria, ha entrado en el escalafón militar del Congreso y ostenta el grado de coronel de ingenieros. Ese escalafón es el mismo, en cabeza de Torres, que le dará después a Bolívar, como se anotó antes, el grado de General de Brigada, que después sería de División.

Y entre los varios destinos que le otorga Del Corral a un hombre de tantos talentos como Caldas, está la fundación de una academia militar, cuando el destino de toda la Nueva Granada y las demás patrias suramericanas, ya está determinado por la guerra. En ella habrá de luchar toda la generación de patriotas que buscan la emancipación. Pero pareciera que aun después de aquellas fechas emancipadoras, esa es la historia ineludible de estos pueblos: la guerra intestina de la que los colombianos no hemos podido salir.

La Academia Militar, pues, se funda el 12 de abril de 1814 por el eminente patriota don Juan Del Corral, oriundo de Mompox y radicado en Antioquia, en donde, por su inteligencia y valor, lo han elevado al máximo cargo de la nueva organización política, con la plenitud de todos los poderes. Esa academia tiene como primer director al coronel Francisco José de Caldas y como ayudante militar al teniente coronel francés Emmanuel Roergas de Serviez.

Luego fallece prematuramente Del Corral en la ciudad de Rionegro el 7 de abril de ese mismo año, víctima de una dolencia en esa época incurable: neumonía. Era un hombre muy joven –tenía 36 años-, lleno de vida y proyectos. Su deceso constituyó una gran pérdida para los patriotas.

Como sucesor es nombrado don Dionisio de Tejada, quien continuó con igual empuje patriótico las iniciativas del dictador muerto, entre ellas la academia militar. Para ponerla en funcionamiento hizo que se otorgaran becas a estudiantes; y

uno de esos alumnos becados, ya de quince años, se llamaba José María Córdova Muñoz.

Esto quiere decir que en ese corto pero intenso tiempo, el joven cadete, valeroso y ávido de conocimientos y de acción, iba a tener como preceptor en el campo del saber, a nadie menos que al sabio Caldas; y en el campo de la milicia a un militar de la talla de Emanuel Roergas de Serviez, veterano de los ejércitos napoleónicos y de lo que fue la grandeza militar de toda esa época en Europa.

Todo entonces en aquellas circunstancias de gran beligerancia era intenso, e intensos fueron los acontecimientos. Por lo tanto, en tan corto tiempo de escuela, se tenía que aprender toda la academia militar conocida. Lo demás lo iría enseñando, al que sobreviviera, la ferocidad de esa guerra de horror.

No hubo una parte del territorio de America Latina donde alguien se sintiera seguro y en paz. Todo conducía a la confrontación bélica, al rompimiento, a la abominación y a desatar demonios encerrados en aquellos seres aparentemente apacibles de la Colonia. Había que despertar el ingenio y las fuerzas físicas para el único destino válido, que era matar. La grandeza y la gloria estaban en la guerra.

4

EL BAUTISMO DE SANGRE DEL JOVEN SUB-TENIENTE EN EL RÍO PALO. LA LLEGADA DE MORILLO

¿Cuánto tiempo estuvo Córdova en la academia militar? Es desconocida la respuesta, pero se puede afirmar que meses que seguramente no alcanzaron al año. Porque, cuando en medio de las penurias que siguieron al desastre de Nariño en Pasto en el año 14, lo que quedó de las fuerzas diezmadas de ese ejército que llegó a alcanzar 4.000 hombres, no sumaba setecientos soldados, que entró a comandar con gran pundonor el general vallecaucano José María Cabal Barona, quien a base de esfuerzo y disciplina las fue aumentando con nuevas fuerzas. Botero Saldarriaga[13] narra la distribución de esas fuerzas antes de la decisiva batalla del río Palo así:

> *"El coronel Cabal, nombrado Comandante en Jefe de las tropas, ordenó el 29 de noviembre el alistamiento general y obligatorio de los ciudadanos capaces de llevar las armas y la presentación de todas aquellas y elementos de guerra que tuvieran los particulares en su poder.*
>
> *"El 19 de diciembre tenía acantonadas sus fuerzas así: seiscientos hombres en Buga, quinientos en Cali,*

[13] Autor, obra citada

cuatrocientos en Caloto, y trescientos cincuenta que componían la vanguardia a las órdenes del valeroso Coronel Pedro Monsalve situados en las orillas del río Ovejas. El Cuartel General permanecía en Cali."

Entre tanto Juan Sámano, a quien había derrotado Nariño en Popayán y en el Bajo Palacé el 27 de febrero de 1811, había vuelto a tomarse a Popayán y a asolar por toda la región suroccidental de la Nueva Granada. Empero, los patriotas de Popayán, en los tiras y aflojes de la guerra, habían constituido un Colegio Constituyente presidido por el doctor Manuel Santiago Vallecilla.

Éste actuaba al mismo tiempo como gobernador y tenía como consejeros al doctor José Cornelio Valencia y al entonces capitán vallecaucano Pedro Murgueitio, veterano de la excursión de Antonio Nariño. Cabal, que había logrado no solo mantener parte de las fuerzas del gran ejército del Sur después de la traición de Mosca, sino aumentar la guarnición en la forma señalada antes, se había declarado vasallo y obediente de las órdenes de aquel Colegio.

Justo es aclarar que no todo el desastre de Nariño se debió a la traición de la Mosca José Ignacio Rodríguez. Hubo, por supuesto, errores irredimibles de táctica de parte del valiente Precursor. Por ejemplo eso de dejar en la retaguardia en la distante región de Tacines el grueso de su ejército, y bajo los impulsos de la emoción comentarle a su hijo que iban a comer pan caliente para el desayuno en Pasto, no era un acto de temeridad y valor como los que acostumbraba el gran Nariño, sino una bisoñada imperdonable, ausente de toda previsión y malicia.

Al enemigo nunca se lo debe subestimar, sobre todo cuando está imbuido de una sacra creencia en valores superiores, como lo estaba Pasto al servicio de Dios y su representante en la tierra el rey.

Curiosamente, Nariño, como antes se anotó, venció al ejército del Congreso cuando había puesto bajo la comandancia superior al Generalísimo Jesús Nazareno. Y los pastusos lo vencieron a él cuando, por su parte, habían nombrado Generalísima de sus fuerzas a la Virgen de las Mercedes, a la que sacan en aquellos momentos en procesión, igual que hizo Nariño, con salmos e

incienso por las calles de Pasto, cuando los intrusos, que eran los patriotas, habían hecho aparición en los ejidos.

El historiador Alberto Silva Scarpetta[14] recoge ese ambiente de comienzos de 1815 en la región suroccidental:

> *"El colegio Constituyente permaneció en Popayán cuatro meses más, en un ambiente enrarecido por la mala disposición de sus habitantes quienes seguían tercamente el vaivén de las condiciones políticas que variaban de forma permanente y donde no tomaban partido definitivo. El 9 de octubre resolvieron sus miembros abandonar a Popayán, la capital, y trasladarse al Valle del Cauca, donde encontrarían mejores condiciones y mejor acompañamiento de la población para prepararse con el fin de contrarrestar la acometida esperada del presidente de Quito Toribio Montes, quien preparaba ya su ejército para ese fin y había dado un término perentorio de 22 días para que el gobierno provincial de Popayán reconociera al Rey Fernando VII.*
>
> *"Así las autoridades civiles y la comandancia militar se situaron en Cali. Conocieron pronto la aproximación a Popayán de las tropas patianas comandadas por Vicente Parra. El comandante general del ejército de la Unión, José María Cabal, inició la reorganización de su ejército, con la ayuda del coronel francés Manuel de Serviez, quien fue nombrado Mayor General, el coronel Carlos Montúfar y otros oficiales más. Hizo acopio de caballerías, dispuso avanzadas a la entrada del valle geográfico del río Cauca, en Ovejas, coordinó los pagos a los 600 combatientes, restos de las tropas de las diferentes regiones de la Unión, que en un número de 2.000 combatientes habían partido de Santafé con Nariño un año atrás, y estableció el adiestramiento de los reclutas ordenado en las diferentes poblaciones del Valle del Cauca, para completarlos."*

---

[14] "Alberto Silva Scarpeta, "Bicentenario de la Independencia vallecaucana", Edit. Cargraphicsa.

Al finalizar ese fatídico año para los patriotas de 1814, el comandante del ejército realista para la región era el coronel español Aparicio Vidaurrázaga. Éste, tal como lo temía el Colegio Constituyente, entró a Popayán sin resistencia alguna el 29 de diciembre. Ya los miembros del Colegio habían emigrado hacia Cali. No obstante el español impuso en la ciudad los más implacables castigos. Y arrogantemente mandó a intimar rendición a los patriotas encabezados por el valiente general José María Cabal Barona, quien con el orgullo de su raza, no dio respuesta a las admoniciones y amenazas del comandante español, quien le doblaba en tropas. Con valor se trasladó a Llanogrande, hoy Palmira, y allí se apertrechó y dispuso para una lucha a muerte, sin rendición.

Pero al pasar por Quilichao recibió unos pequeños refuerzos que le enviaba el gobierno central de Cundinamarca y el Congreso, ya unidos en ausencia de Nariño prisionero, al mando de ese coronel francés antes nombrado, ahora oficial al servicio de éstos, Manuel Serviez.

Cabal, de inmediato, por sus conocidas virtudes en el campo militar lo nombra Jefe del Estado Mayor General. También iba el ecuatoriano Carlos Montúfar, hijo, como habrá de recordarse, de quien había iniciado en Quito el estallido revolucionario como presidente del cabildo, que se tradujo en la primera constitución independiente americana del Sur de 10 de agosto de 1809, don Juan Pío de Montúfar, II Marqués de Selva Alegre.

La historia de don Carlos Montúfar es bastante interesante: nacido en Quito, vástago de la noble familia del Marqués, había llegado de España, en donde se había alistado en la lucha contra Napoleón, como delegado de la Junta de Regencia de Cádiz y en esa condición fue enviado a la Nueva Granada con Antonio Villavicencio para preparar el respaldo de los súbditos americanos a Fernando VII y a la Junta de Regencia. Pero se quedó con los patriotas y posteriormente fue mártir de la revolución, pues en la reconquista sangrienta fue fusilado en Buga. Cabal, quien ya lo conocía, lo nombró inmediatamente como Cuartel Maestre General del Ejército.

Así mismo recibió el general Cabal unos pocos refuerzos de la provincia de Rionegro, llamados Conscriptos de Antioquia. Estaban comandados por los dignos patriotas Francisco Montoya Zapata y José María Pino. Y entre estos conscriptos estaba un jovencito que ya ostentaba el grado de subteniente y quien solo tenía 15 años. Al verlo el general Serviez, lleno de alegría, lo reconoció como su alumno y amigo. Le convalidó el grado inferior de subteniente y lo nombró su ayudante. Obviamente era José María Córdova.

A partir de ese momento iba a iniciar, sin camino de regreso y contra el deseo de su padre, una larga carrera militar entre estrellas y espinas.

Con tales aportes a la causa, bajo el magnífico comando del general Cabal y sus ayudantes, los regimientos rebeldes del sur-occidente alcanzaron nuevamente un número de mil quinientos hombres. Ese, por supuesto, ya era un ejército medianamente armado, con disciplina y gran parte de ellos con experiencia. La guerra había graduado de guerreros a casi todos aquellos hombres.

Y así llegaron a un punto neurálgico en la importante vía del camino real, que había sido diseñado no por el rey sino por los indios, al río Palo, cerca a lo que hoy es Puerto Tejada en el Departamento del Cauca, en la misma vía de Cali.

A la margen izquierda acampó el ejército patriota. Se sabía que de un momento a otro Vidaurrázaga vendría en persecución. Y lo hizo saliendo de Popayán a los finales del mes de junio. Era el 1815. Para entonces los rumores de que venía una expedición de diez mil hombres en plan de reconquista de España, estaban confirmados con noticias frescas venidas de Madrid. Empero, eso no arredraba a los valientes que esperaban a Vidaurrázaga.

Pero mientras se desplaza éste con sus hombres, el batallón Socorro, con cuatrocientos hombres al comando del valeroso coronel Monsalve, el día 3 de julio, le hace frente en el camino. Vidaurrázaga viene al frente de un batallón de dos mil combatientes. En la región de Ovejas, en el departamento del Cauca de hoy se produce una batalla intensa y dura con Monsalve. Los realistas ven allí la garra de los independientes.

Monsalve, por supuesto, debe emprender la retirada, mientras Vidaurrázaga avanza. Al día 5 de julio del 15, los españoles avistan el ejército patriota en la margen izquierda del río Palo. Y se ubican al frente, en un pequeño valle llamado Japio, teniendo al río de por medio.

Iba a tener lugar una de las confrontaciones más gloriosas para la causa independentista, tal vez la primera de la gesta emancipadora: la batalla del Palo, ganada limpiamente por los criollos.

Los dos ejércitos dispusieron sus filas de infantería a lado y lado del río. Los patriotas a la izquierda, protegidos en cierta manera por el acantilado que da cauce a las aguas; las fuerzas españolas –con muchos criollos en sus filas- al lado derecho de aquel río de mediano caudal. Veamos cómo cuenta esta batalla Botero Saldarriaga, a quien acudimos por su gran claridad y conocimientos[15]:

> *"El terreno en que se iba a librar la batalla es una hermosa llanura ligeramente ondulada, que no ofrecía mayores ventajas de posición a ninguno de los combatientes. El ejército realista marchó sobre el patriota aceleradamente en formación de una extensa línea de infantería, protegida en sus flancos por sus escuadrones de caballería. Los patriotas marcharon también formando una línea paralela a la de ataque de los realistas, defendida su izquierda por los altos barrancos que bordean la orilla del río Palo, y su derecha por su escasa pero selecta caballería que marchaba a doscientos metros de distancia de aquella.*
>
> *"Conforme con las reglas de combate del tiempo, los independientes hicieron destacar sus compañías de cazadores que provocaron las de igual calidad del enemigo hasta trabarse la batalla general a muy poca distancia, lo que hizo que el fuego fuera para ambas partes muy mortífero. Mientras esto pasaba en el frente*

[15] Autor, obra citada-

de batalla el valeroso y porfiado jefe de los patianos, don Joaquín de Paz, logró atravesar el río Palo por el paso real, y amenazaba envolver a los patriotas por su retaguardia. Fue éste el momento preciso en que Serviez, que como jefe de Estado Mayor observaba las peripecias de la lucha, ordenó y condujo personalmente una irresistible carga a la bayoneta sobre el centro enemigo, que puso en completa derrota a los realistas. El valiente jefe patiano –que estaba con el enemigo- Joaquín de Paz trató de sostener la retirada, pero al repasar el río al frente de sus soldados, que huían, fue muerto de un balazo. El coronel Cucalón, segundo de don Aparicio de Vidaurrázaga, murió honrosamente sobre el campo de batalla cuando éste se contentó con ver el combate desde la orilla opuesta del río y huyó de los primeros al darse cuenta de que sus fuerzas perdían la partida."

Bella batalla, si las muertes del enemigo que van en mayor proporción con las propias, pueden ser hermosas. Serviez había sido el héroe decisivo y al lado suyo había sobresalido el Niño –así lo llamaban entonces- subteniente Córdova, que recibió su bautismo de sangre. Su intervención oportuna, arrojada y llena de coraje, inclinó la balanza hasta producir la fuga del arrogante español Vidaurrázaga.

Y hubo trescientos muertos del ejército del rey y ciento sesenta y siete heridos que quedaron en el campo de batalla tinto en sangre. De los patriotas hubo solo sesenta bajas. Y claro, quedaron numerosos prisioneros y se incautaron parque, armas ligeras y pesadas, tiendas de campaña y todo lo demás de que tan necesitados estaban los patriotas.

El triunfo del Palo habría sido auspicioso y presagio de mejores sucesos, si las cosas hubieren tenido una secuencia gobernada solo por el heroísmo y valor de nuestras fuerzas. Ah, pero no habría de ser así. Ya don Pablo Morillo estaba llegando.

En relación con Córdova, ese día una bala le atravesó su sombrero y se dio por muerto en el parte de victoria. Pero todos

lo habían visto brillar con su denuedo y valor. Tanto que sobre el mismo campo de batalla, su jefe Manuel Serviez, lo ascendió a teniente efectivo, sin haber cumplido los dieciséis años.

El desempeño del coronel Serviez en la acción hizo que su jefe lo nombrara comandante especial de una fuerza de persecución a los realistas que huyeron retrocediendo sus pasos. Y Serviez los siguió, cumpliendo sus órdenes al pie de la letra hasta darles alcance y someterlos en un sitio llamado Alegrías, donde los derrotó e hizo prisioneros a la mayor parte.

Luego siguió invicto hasta Popayán, ciudad abandonada y desprotegida alternativamente ora por el ejército patriota ora por el ejército realista. Ese hecho importante se cumplió dos días después de la victoria de El Palo, o sea el 7 de julio de 1815. Lo que seguía de allí para estos patriotas era la reivindicación del Sur. Era el momento de volver a Pasto, y el teniente Córdova soñaba con eso. Seguramente en aquellas nuevas circunstancias los resultados hubieran podido ser distintos.

Los pastusos tenían una deuda por cumplir con los patriotas. Los fusilamientos en Pasto de 26 de enero de 1813 del presidente Joaquín de Cayzedo y Cuero y diez de sus hombres de Cali y el Valle del Cauca, al igual que del norteamericano Alejandro Macaulay, hechos que constituyeron una afrentosa traición de los pastusos al pacto de Catambuco, celebrado por ellos mismos, que establecía el derecho de regreso de los patriotas. Posteriormente la aprehensión de Nariño y el fin desgraciado de esa campaña hasta ese momento victoriosa, era la otra parte inolvidable de la deuda.

Pero la situación en ese momento no estaba para hacer ese tipo de planes vindicativos. Los expedicionarios de la reconquista, al mando del General de División don Pablo Morillo, con una fuerza naval y de infantería de 10.000 hombres, ya habían llegado a Puerto Cabello en Venezuela.

Y mientras acababan con los esfuerzos de los independientes de varios años en el país hermano, cosa que logró personalmente Morillo, sin pérdida de tiempo se habían desplazado desde este mismo puerto hacia Santa Marta el día 12 de julio de 1815. Morillo llega el 22 del mismo mes y año a Santa Marta.

Ya en este puerto de tradición realista, Morillo dispuso su plan de acción y la distribución de sus tropas, tácticamente desplegadas para la reconquista que en condiciones tan ventajosas era una fácil empresa.

Entraron de inmediato en movimiento, sin que los patriotas, en cinco años de independencia, se hubieren preparado para esa acometida sin oír las voces del Precursor Nariño que tanto había insistido en todas esas consideraciones. Se la habían pasado peleando entre sí. Ahora los aturdían los hechos, luego los bañarían en sangre.

5

LA SEGUNDA BATALLA DE LA PUERTA Y EL DERRUMBE EN VENEZUELA. BOLÍVAR TOMA SANTAFÉ EN NOMBRE DE TORRES Y REGRESA AL MAGDALENA. LUEGO SITIA EN NOMBRE DEL CONGRESO A CARTAGENA. VIAJE A JAMAICA Y HAITÍ

Cuan terrible fue para Simón Bolívar aquel año de 1814. Su vida estaba deshecha el 8 de mayo de 1815, luego de los muy graves errores cometidos, el más grave de todos el sitio que por las armas impuso a Cartagena, que luego veremos. Tiene que renunciar a un mando que le había otorgado el prócer Camilo Torres.

En ese momento no había en la Nueva Granada un territorio que le pudiere brindar un asilo. Huérfano de mando y de fortuna, vilipendiado por todos, aun aquellos por los que había luchado primero como un soñador, luego como un guerrero inclemente y duro. Era el fracaso total, que también había sufrido en Venezuela su patria. Pero así era esa guerra. En aquellos momentos ese caraqueño, al que todas las circunstancias daban por vencido, era un hombre sin horizonte ni destino, maldito ya por las sinuosidades de la vida.

Los hechos que decretaron su segundo gran fracaso tanto en Venezuela como en la Nueva Granada, ocurrieron así:

Después del excelente triunfo de 27 de *mayo* de 1814 en las Sabanas de Carabobo de las tropas revolucionarias, a la cabeza de las cuales se hallaba personalmente el mismo Bolívar, se traslada a Caracas en donde multiplica sus esfuerzos para salvar la república frente a los avances descomunales de Tomás Boves. Éste, más que militar, que lo era y muy valiente, era un caudillo populista. Liberaba esclavos y les daba tierras de los blancos, al tiempo que levantaba bandera contra los odiados mantuanos.

Se aproxima la confrontación definitiva. Tanto los españoles como los patriotas saben que esa batalla para la que todos se preparan, habrá de definir la suerte final. Y ese enfrentamiento tendrá lugar en la garganta montañosa de La Puerta, y será la segunda batalla que allí tenga lugar. La primera, que atrás se vio, la ganó el Libertador.

Leamos la narración que de la parte decisiva de ese encuentro hace inigualablemente el historiador venezolano Guillermo Ruiz Rivas [16]:

> *"Bolívar salió para el frente el 12 de junio, con su lucido estado mayor: el capellán del ejército, presbítero Llorente; Muñoz Tébar, Marcelino Plaza, Bernardo Herrera, Manuel Fortique, Pedro Briceño Méndez, Leonardo Palacios, Mariano y Ambrosio Plaza. El 13 durmieron en La Victoria, el 14 en Peñas Negras y el 15, por la mañana llegaron al sitio donde debían quedar sepultadas las esperanzas.*
>
> *"Mariño ya había salido al encuentro de Boves, acampando en el centro de la garganta de La Puerta, en un lugar en el que cerrajones o quebradas a derecha e izquierda protegían suficientemente a sus tropas; en un relieve del terreno colocó un obús al cuidado de Jalón; las posiciones ocupadas eran ventajosas para su infantería. Los españoles avanzaron con el batallón de cazadores al mando de Nicolás López a la izquierda, y*

[16] Guillermo Ruiz Rivas, "Bolívar más allá del mito", Edit. Piñango, Caracas, 1972.

a la derecha con Juan Viso comandante del batallón de La Corona, sostenido por una compañía de carabineros a cargo de Julián Poncho. Mientras Francisco Morales embestía, con el Batallón del rey por el centro, Boves se abalanzó con el fuerte de su caballería sobre la izquierda de los americanos, cortándoles la retirada. El fuego de cañones y fusilería de los patriotas no alcanzó para sostener la avalancha española, cuyos soldados tomaron bravamente las alturas, pasando a machete a cuantos vieron con las armas en la mano. A Boves le mataron el caballo de un balazo y, aún herido en una pierna, volvió a la lucha con un valor sobrehumano. Las cargas de infantería y caballería se repartieron sin descanso, mientras escuadrones enteros eran destruidos a culata y lanzazos en tremenda carnicería. Allí cayeron el inteligente Ministro Muñoz Tébar, Manuel Aldao, García de Serna y Pedro Sucre, hermano de Antonio José. Freites, al ver todo perdido, se suicidó con su pistola. La batalla duró dos horas y media. Los vencedores no hicieron prisioneros, con excepción de Diego Jalón, a quien Boves condujo después del triunfo a Villa de Cura, le invitó a almorzar y al terminar, le decapitó frente a la mesa.

"Bolívar, con Briceño Méndez, Leonardo Palacios, sus edecanes Herrera, Ambrosio Plaza y algunos soldados, a pie y a caballo, pudo escapar por el camino real. Bermúdez salvó la vida porque tiró su capa a quienes le seguían con la lanza en los riñones, y Mariño, Valdés y Monagas, con otros orientales, se escurrieron por el camino del Pao de Zárate. El desastre para las armas venezolanas estaba consumado en forma tal que el victorioso era un asesino tan cruel como valiente e irresponsable, a quien con esto quedaba abierto y a sus órdenes el territorio de Venezuela."

Patético relato de una batalla tan significativa y cruenta, pero que solo duró el fugaz espacio de dos horas y media. Todo lo demás a continuación será para Bolívar desastre tras desastre.

Cuando esos y otros sucesos se dan, después del fracaso de La Puerta del 15 de junio de 1814, perdidos los esfuerzos de aquella que con justicia se había llamado la Campaña Admirable, todavía le faltaba a Bolívar un catálogo de amarguras por sufrir en ese año.

En Cumaná y otros sitios hubo de soportar el Gran Caraqueño horribles vejámenes, entre ellos uno de su tío político José Félix Ribas, a quien tanto él había servido, y de Francisco Bermúdez. Estuvo además a punto de ser fusilado por Manuel Piar. Vale la pena ver la carta informe que Ribas le envía el 9 de septiembre a Martín Tovar y Ponte en relación con su sobrino –José Félix Ribas era casado con una tía de Bolívar- y los graves delitos de que lo acusaban, cuando éste lo puso prisionero:

> *"Cuanto te han dicho en orden a Bolívar y Mariño, es poco para lo que han hecho: ellos se embarcaron furtivamente en la noche del 26 del pasado, llevándose la escuadrilla con toda la plata de las iglesias de Caracas, oro y piedras preciosas, toda la pólvora, fusiles y pertrechos que había en Cumaná, dejándonos indefensos hasta el extremo. En el mar repartieron los dos con Bianchi[17], quien era el comandante de la escuadrilla, compuesta de nueve buques, Bianchi, tomó su destino con los buques y artículos que le tocaron, y Bolívar y Mariño, con los suyos llegaron a Carúpano acosados del hambre y de la sed, porque carecían de provisiones; allí los sorprendí, arresté sus personas y les quité la plata, pertrechos y fusiles que le habían cabido en suerte; los dejé allí bajo su palabra de honor, pero luego que monté a caballo para venirme, la quebrantaron fugándose con los dos*

[17]Giovanni Bianchi era un corsario italiano con algunas embarcaciones que trabajo con los partidos patriotas en algunas oportunidades. Bolívar y Nariño le confiaron el tesoro de la plata labrada en las iglesias de Caracas, que embarcaron en la goleta Jove de propiedad del corsario, quien aprovecho la ocasión para intentar robársela. Finalmente, Bolívar debió aceptar que se quedara con una tercera parte para rescatar el resto. Ese cargamento se componía de 24 cajas y contenía 104 arrobas de plata.

buques de guerra que trajeron corrompiendo a los comandantes de ellos al efecto".

Pero, como cosa curiosa, después de leer esta carta acre y tan acusatoria, es ese mismo pariente de Bolívar, Ribas, quien ha escrito dos días antes otra misiva dirigida al presidente Camilo Torres del Congreso granadino en la que alienta la lucha de su sobrino y le da aliciente para el porvenir. Es que quizás Ribas escribió esta carta bajo la influencia de las murmuraciones que golpeaban a Bolívar y antes de oír las explicaciones del sobrino; pues consta por lo demás, que el mismo Ribas se apresuró a hacer embarcar a los dos jefes Mariño y Bolívar, antes que llegara Manuel Piar con perversas intenciones. Y aún más: le entregó a Bolívar la siguiente carta para el Presidente del Congreso de Nueva Granada:

"Excelentísimo Señor:

"Habiendo sufrido nuestras armas tan crueles reservas que nos hicieron perder la capital de Caracas y casi toda su provincia, obligándonos a retirarnos a esta Cumaná, he deliberado de acuerdo con el ciudadano Simón Bolívar que pase este Gobierno, no solamente para que procure e impetre de él los auxilios que V.E., juzgue bastantes a restaurar lo perdido, sino también para que continué sus servicios en esa Confederación, bien sea en la lucha contra Santa Marta o dirigiéndose por Ocaña, como lo verificó en el año próximo pasado, penetrando por Cúcuta hasta encontrar con la división que tenemos por las provincias de occidente al mando del General Urdaneta. Entretanto, yo quedo organizando cuerpos o aumentando la fuerza hasta donde sea posible para sostener lo que poseemos y reconquistar lo que hemos perdido, si fuere posible. Dios guarde a *V.E*

7 de *Septiembre de 1814. José Féliz Ribas".*

José Félix Ribas había estado, como se debe recordar, con Camilo Torres y Bolívar un año antes en la Nueva Granada.

Pero no obstante esta última carta y tal como se observa en la primera, las acusaciones con que cargaba el tío a Bolívar eran terribles: desde la cobardía, hasta el robo del tesoro de Caracas, que efectivamente había sido evacuado ante la inminencia del regreso de los españoles.

Todo esto fue una peripecia abominable, en la que, curiosamente, se le atribuían a Bolívar las mismas faltas de que éste había acusado a Miranda.

Empero, y aun bajo el peso de tantas desventuras y acusaciones, en Carúpano, ese mismo 7 de septiembre de 1814, es decir en la misma fecha de esta última misiva transcrita, Bolívar lanza un manifiesto analítico sobre el desastre, asumiendo su cuota de culpa –ser humano al fin y al cabo-, pero levantando la bandera con honor y valor hacia el porvenir. Este es uno de los apartes:

> *"… Sí, yo he traído la paz y la libertad, pero en pos de estos inestimables bienes han venido conmigo la guerra y la esclavitud. La victoria conducida por la justicia fue siempre nuestra guía hasta las ruinas de la ilustre capital de Caracas, que arrancamos de manos de nuestros opresores. Los guerreros granadinos no marchitaron jamás sus laureles mientras combatieron contra los dominadores de Venezuela, y los soldados caraqueños fueron coronados con igual fortuna contra los fieros españoles que intentaron de nuevo subyugarnos. Si el destino inconstante hizo alterar la victoria entre los enemigos y nosotros, fue solo en favor de los pueblos americanos que una inconcebible demencia hizo tomar las armas* para *destruir a sus libertadores, y restituir el cetro a los tiranos.*
>
> *"Así parece que el cielo para nuestra humillación y nuestra gloria, ha permitido que nuestros vencedores sean nuestros hermanos, y que nuestros hermanos únicamente triunfen de nosotros. El ejército libertador exterminó las bandas enemigas, pero no han podido ni debido exterminar unos pueblos por cuya dicha ha*

lidiado en centenares de combates. No es justo destruir los hombres que no quieren ser libres, ni es libertad la que se goza bajo el *imperio de las armas contra la opinión de seres fanáticos, cuya depravación de espíritu les hace amar las cadenas como los vínculos sociales. No os lamentéis, pues, sino de vuestros compatriotas que intrigados por los furores de la discordia os han sumergido en ese piélago de calamidades, cuyo aspecto sólo hace estremecer a la naturaleza".*

Al leer esta proclama se piensa que en realidad estaba muy lejos el Libertador de estar definitivamente derrotado. Las suyas eran dolorosas contingencias del camino de las cuales con fe en el destino y confianza en su lucha habría de levantarse.

Y bajo ese impulso interior indoblegable, regresa a la Nueva Granada y se dirige a Cartagena. Lleva dos goletas y un reducido personal de estado mayor.

En Cartagena a la sazón preside el gobierno Manuel del Castillo y Rada -hermano de José María quien sería ministro del Libertador en la Dictadura-, con quien Bolívar había tenido serias diferencias en el comienzo de la Campaña Admirable en la ciudad de Cúcuta. Hay en Cartagena un ambiente agitado porque se iba a elegir nuevo gobierno y había bandos políticos enfrentados: el del actual goberante Castillo y el de los Gutiérrez de Piñeres. Nunca hubo unidad en ninguna parte de aquella primera república granadina. Los contrarios a del Castillo trataron de inmiscuir, contra su voluntad, al propio Libertador y finalmente Bolívar terció por la facción liberal encabezada por los hermanos Gutiérrez de Piñeres.

Castillo, muy preocupado y ansioso de proseguir en el mando, el día en que se reunía el cabildo para la elección, temiendo la injerencia de los venezolanos, mandó a entrar al recinto a sus propias tropas y así impuso la reelección. La facción liberal de los Piñeres había sido derrotada.

Entre tanto llegó a Cartagena un grupo de exiliados venezolanos, entre los cuales se encontraba el general José Francisco Bermúdez, aquel valeroso militar venezolano que fue en varias

ocasiones gran enemigo de Bolívar, acompañado entre otros del joven y futuro general Antonio José de Sucre, mientras llovían mensajes de acusaciones desde Venezuela contra ese Bolívar derrotado, calumniado y odiado por sus propios émulos. Pareciera ser que la condición de mantuano de Bolívar y su baja estatura le acarreaban cierto repudio entre los otros venezolanos. Estos mensajes también llegaban como flechas al presidente del Congreso Camilo Torres.

Bolívar, pues, no encontró ambiente ni amistad, como en otras veces, en el gobierno de Cartagena; y así las cosas, tomó con sus pocos amigos el río y fue a parar a Mompox de donde se trasladó a Ocaña y luego a Cúcuta, ciudad a la que fue a encontrarse con su amigo el general Rafael Urdaneta, quien al mando de un pequeño ejército, supérstite de los desastres venezolanos, entró en la Nueva Granada. El suyo era al fin y al cabo un ejército que había nacido del Congreso granadino cuando la Campaña Admirable y a él estaba supeditado.

Urdaneta no alcanzó a verse con su amigo el Libertador en Cúcuta y se dirigió a Tunja para presentarse al Congreso, que a la sazón funcionaba allí. Pero hizo saber de la presencia de Bolívar en la zona. Y así, cuando esas pequeñas fuerzas llegaron a Pamplona, los soldados se levantaron pidiendo la presencia de su jefe Bolívar. Éste, finalmente, llegó y fue aclamado con delirio por una tropa que aún lo quería y veía en él a su jefe natural. El encuentro, por supuesto, sirvió para avivar una gran emoción en aquel hombre proscrito, pero se diría que invencible así lo derrotaran, que soportaba sobre sus espaldas las maldiciones de la derrota anterior.

Pero no quiso el Libertador alterar la línea de mando a cargo de Urdaneta, ni del general Custodio García Rovira y el coronel Santander, quienes mandaban en el sector las tropas del gobierno granadino. Respetó esos mandos y organizaciones.

Después de esos momentos gratos el Libertador se trasladó a Tunja con el propósito de presentar informe a su amigo Camilo Torres. Como se sabe, eran demasiadas las acusaciones que pesaban contra él; pero realmente ese aspecto poco importaba a Torres, porque, eran otros los planes que el Congreso tenía para

aquel venezolano cuyos valores le eran altamente conocidos. Lo que realmente querían él y Caldas, todavía en su entorno, era cobrarse el viejo odio contra Nariño y los centralistas, no obstante que éste estaba ya prisionero. Esos odios y equivocaciones fueron constantes y encendidos.

Entonces Torres, conocedor de las cualidades militares de Bolívar, le pide que tome militarmente a Santafé de Bogotá. Era esta una acción relativamente fácil para un gran jefe como era este general venezolano.

Bogotá estaba gobernada en ese momento, ya desaparecido de la escena Nariño, por el muy respetable tío de éste don Manuel Bernardo de Álvarez. El mismo Precursor lo había dejado en ese cargo.

Acordados estos aspectos dentro de la nueva acogida que el Congreso le hace a Bolívar como su oficial, para culminar el entendimiento que acababan de tener, le fue ofrecido por Torres el rango de capitán general. En realidad en esas circunstancias importaba poco que Bolívar, al igual que Nariño, fuera un caracterizado centralista como lo había expresado en varias proclamas.

Y a un lado esas convicciones, Bolívar aceptó el encargo, aplazado ya largo de un año cuando Torres lo ascendió a general de brigada e hizo igual requerimiento de la toma de Santafé. Pero esta vez sí sería.

Fue entonces cuando, en acto solemne, ante ese oficial derrotado y un poco acomplejado por las fallas pasadas que le atribuían, Torres se negó a seguir escuchando las excusas que éste elocuentemente presentaba de sus culpas; y le dijo con su mejor tono de orador grandilocuente:

> *"General: vuestra patria no ha muerto mientras exista vuestra espada; con ella volveréis a rescatarla del dominio de los opresores. El Congreso Granadino os dará su protección porque está satisfecho de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un grande hombre".*

Quedaba entonces por cumplir la nueva orden. El Libertador se trasladó con un ejército de mil doscientos soldados a Bogotá. Era el 7 de diciembre de 1814. Acampó en la región de Techo, desde donde mandó a la ciudad una carta dirigida al conocido oidor don Juan Jurado, que contenía este ardiente ultimátum:

> *"Amigo: Como Ud. es el único que tengo de este nombre en esta ciudad… Mi objeto es ahorrar la sangre hermana y para eso deseo que Vmd. entre en negociaciones que pongan a cubierto a esos habitantes de los horrores de un sitio y de un asalto que dentro de poco tendré que dar; entonces morirán millones* (sic) *de víctimas inocentes y no quedará vivo un solo godo o regentista… Santafé va a presentar un espectáculo espantoso de desolación y muerte; las casas serán reducidas a cenizas, si por ellas se nos ofende. Llevaré dos mil teas encendidas para reducir a pavesas una ciudad que quiere ser el sepulcro de sus libertadores y que recibe con oprobios, los más ultrajantes, al que viene de tan remotos países a romperle las cadenas que sus enemigos quieren imponerle…"*

Al respetable presidente, Don Manuel Bernardo Álvarez le envió otro mensaje, más meditado y más político:

> *"Destinado por el gobierno general de la Nueva Granada* -el de Torres por supuesto- *a esta capital, a emplear los medios más eficaces para hacer efectiva la unión de Cundinamarca con los Estados Unidos e independientes de esta república, es mi deber, me lo dicta mi corazón, y es para mi una necesidad imperiosa poner en ejecución la vía de las negociaciones fraternales y amistosas, antes de disparar un tiro y de dar principio a una campaña fratricida, abominable y digna en todo de la execración de los hombres.*
>
> *"Ciudadanos de una misma república, profesando la misma sublime religión de Jesús, y compañeros de armas, de causa y de origen, nada es más impío que hostilizar a quienes tantos títulos tenemos para amar y servir.*

"Yo, ciudadano Presidente -se refiere a don Manuel-*, me contemplo degradado a la esfera de nuestros tiranos cuando veo las huestes vencedoras de tantos monstruos venir a manchar el brillo de sus armas invictas con la sangre de una ciudad hermana, a la que debemos una parte de la liberación de Venezuela, Popayán y Nueva Granada; una ciudad que es orgullo de este bello territorio, la fuente de las luces y la cuna de ilustres varones. Santafé será respetada por mí y por mis armas, mientras quede un solo rayo de esperanza de que pueda entrar por la razón y someterse al imperio de las leyes republicanas que han establecido los representantes de los pueblos en el Congreso Granadino. La justicia exige esta medida, la fuerza la pondrá en acción y a la prudencia toca evitar los estragos de la fuerza.*

"El cielo me ha destinado para ser libertador de los pueblos oprimidos, y así jamás seré el conquistador de una sola aldea…."

Bolívar, naturalmente, no se detuvo. Órdenes son órdenes y entró estratégicamente dispuesto con sus hombres a la acción bélica. Pero nadie le opuso resistencia en esa ciudad, -salvo algunas voces aisladas- que, como lo recabara el Libertador, era cuna de la inteligencia y bastión de la libertad. Todo esto ocurre el 12 de diciembre de 1814.

Naturalmente, Torres no se hizo esperar. Con sus seguidores acudió a Santafé desde Tunja el 15 de diciembre. Un día después, con cierta solemnidad, consolidado su dominio federalista, ascendió al jefe militar triunfante al ya ofrecido grado de Capitán General. Entre los presentes estaba José Fernández Madrid, quien poco tiempo después sería el penúltimo presidente de la Nueva Granada.

Las órdenes que siguieron para Bolívar eran las de tomar de nuevo su conocido itinerario por el río Magdalena para limpiarlo de fuerzas realistas, teniendo como destino final la liberación de la ciudad de Santa Marta. El francés aventurero Pedro Labatud, a quien el gobierno de Cartagena comisionó, como se recordará en

la primera venida de Bolívar para que al alimón lucharan ambos contra los españoles en el litoral del río Magdalena y en Santa Marta, se había apoderado de esta última ciudad en donde había establecido un régimen de corrupción y boleteo para su propio beneficio, contrario en todo sentido a los ideales de la revolución de independencia.

La misión de Bolívar ahora era la de retomar aquella ciudad y poner preso al francés y a los realistas que allí imperaban.

En el camino de esa misión el Libertador debería aumentar sus fuerzas y robustecer su material de intendencia y de guerra. También estaba en sus órdenes obtener ayuda de Cartagena en esos propósitos. Por supuesto en este punto olvidaron que en esta última ciudad clave gobernaba el coronel Manuel del Castillo y Rada, gran enemigo de Bolívar como se ha visto páginas atrás. Y este asunto, por esas circunstancias desafortunadas, tomaría insospechados giros en el discurrir azaroso de la guerra.

Las acciones sobre el río fueron, como era fácil de predecir, altamente satisfactorias. Pero cuando se trató de buscar para el paso definitivo hacia Santa Marta el concurso de Cartagena, como también era previsible, saltó la liebre. Castillo se negó a colaborar, a pesar de los padrinos que trataron de zanjar las dificultades y desavenencias entre ambos jefes. Y como Bolívar era impulsivo, después de varias escaramuzas sin obtener el resultado que el comandante Castillo esquivaba con argucias y engaños, resultó sitiando a Cartagena unos meses antes de que lo hiciera el odiado Pablo Morillo. Hasta dónde puede llegar a veces la irracionalidad de la guerra.

Veamos cómo cuenta estos amargos episodios el historiador venezolano citado ya varias veces Guillermo Ruiz Rivas[18]:

> *"Bolívar sometió a sitio a Cartagena. Disparatada determinación, pero la más conforme con su agresividad. Entonces, los hombres de juicio en Santafé conceptuaron que con ello se rompía lo poco que restaba de unidad política de la Nueva Granada. La acción despertó las*

[18] Autor citado, "Bolívar más allá del mito".

más acerbas censuras entre los legalistas de ese tiempo, capaces de bañarse el pescuezo para no ensuciar la soga con que los iban a premiar próximamente los representantes de su amo el Rey; cuanto acontecía era que el Virreinato de Santafé, incluso Cartagena, era realista, realista en mayoría abrumadora. Las clases dirigentes de la Nueva Granada permanecían fieles a España con mayor entusiasmo que las clases populares de Venezuela. Los hombres eran pacíficos, educados en conventos de frailes y se horrorizaban ante la violencia. Castillo y sus amigos fomentaron la predisposición granadina contra los soldados venezolanos a quienes consideraban, no sin razón, emisarios de muerte y exterminio. Bolívar contaba con la gratitud y el respeto de un reducido grupo de patriotas, pero no con el cariño del pueblo. Se jugaba un porvenir incierto y las gentes cambiaban ante cualquier situación, buscando rápidamente su acomodo porque su vida, como su pensamiento, no tenía rumbo.

"El 13 de marzo acometió Bolívar la aventura. El 14 llegó a Zambrano, el 18 estuvo en el Yucal y condujo sus tropas hasta Arjona. Estableció su cuartel general en Turbaco. Entonces comprende lo inútil de ese esfuerzo, convoca una Junta y le expone sus deseos de retirarse del mando. Pero le convencen de insistir en el asedio y el 27 salen a dormir en el Tejar de Acibia. El 30 son batidas sus columnas, pero logra tomarse el cerro de La Popa, subiendo por la cuesta, el caballo que monta se le asusta con una bala de cañón y una rama de árbol le rasguña la cara. Tomados la garita y el convento, los sedientos soldados hallan unas cisternas con el agua adulterada porque sus compatriotas han arrojado en ella cueros podridos y perros muertos. El 26 de mayo le ataca el coronel Castillo, ha perdido unos trescientos hombres y las enfermedades aniquilan a su gente.

"Entre tanto, la tropa española no pierde tiempo. Treinta días antes el Capitán Ignacio La Ruz da un salto

al Peñón, incendia a Chiriguaná, atraviesa con barquetas el río César y sale al Magdalena por la Ciénaga de Cuatro Bocas, mientras que Valentín Campmani toma a Barranquilla el 25 de abril y recoge buena cantidad de parque. La Ruz ocupa Mompox el 29. Y ha llegado mayo. El día 8 abandona la lucha el Libertador y después de despedirse de sus hombres escribe al Presidente del Congreso:

"Cualquiera que sea mi suerte en lo adelante, mi último suspiro será siempre por mi país. Siempre conservaré en mi memoria la gratitud que debo al gobierno de la Unión y jamás olvidaré que los granadinos me abrieron el camino de la gloria. Aseguro a V.E. que cualquiera que sean los días que la Providencia me tenga destinados, todos, hasta el último, serán empleados en servicio de la América. El sacrificio del mando, de mi fortuna, y de mi gloria futura no me han costado esfuerzo alguno. Me es tan natural preferir la salud de la república a todo, que cuanto más dolor sufro por ella tanto más placer interior recibe mi alma.

"Excmo. Señor, yo no pido por recompensa de mis servicios más que el olvido de mis faltas. ¡Quiera Dios que puedan equilibrarse!"".

Y así, cuando se acerca la invasión de Morillo, Bolívar con raciocinio ecléctico, en vez de continuar el irracional sitio a la Ciudad Heróica, como él mismo la había llamado, y la que en el pretérito le había ofrecido su apoyo, propone que le den el mando unificado de las diferentes fuerzas de la república para enfrentar las acciones de Morillo. Pero eran ánimos refractarios aquellos, y no obstante el peligro que tenían encima, no lo hacen.

Entonces, ese día amargo del 8 de mayo de 1815 que se menciona en el inicio de este capítulo, cuando más golpeado se hallaba, resuelve tomar distancia y se va, con unos pocos hombres de estado mayor, para Jamaica, desde donde habrá de pasar a Haití, república primera en independizarse en América y en la que recibe una ayuda decisiva del presidente Alexander Pétion y se prepara la conocida excursión de Los Cayos de San Luis hacia Venezuela.

6

BOLÍVAR EN JAMAICA. LA CARTA FAMOSA. HAITÍ Y LA AYUDA DE PÉTION. EL TOQUE FEMENINO DE PEPITA MACHADO

Cuando Venezuela y la Nueva Granada se ahogan en sangre por la expedición de la reconquista de Pablo Morillo, estas eran las noticias del norte:

Es preciso decir que Simón Bolívar fue en gran parte de su vida –si no en toda- un atormentado. Fueron muchas las amarguras que oscurecían sus noches y alienaban sus días; sintió tantas veces el cierre del camino y fue objeto al mismo tiempo de muchas traiciones. Pero igualmente le asaltaban contradicciones internas muy graves, surgidas de las amargas circunstancias que le tocaron en suerte, como la propia traición a su maestro Francisco Miranda, el sitio de Cartagena que acabamos de ver y el fusilamiento de su émulo Manuel Piar, que adelante veremos. Y claro que hubo muchas más.

Y fue, además, propenso a la lisonja y oía con cierto deleite la adulación y la intriga.

Cuando pasaron los años, su alejamiento unilateral de José María Córdova, que veremos a espacio en la parte final de esta obra, fue en gran parte producto de esas intrigas malsanas y perversas que no tuvieron descanso en la mente y la acción del general Tomás Cipriano de Mosquera, cobrando viejos agravios que nunca olvidaba. Eran sus más notables defectos.

Pero continuemos con el relato más allá de esas consideraciones. Bolívar llega a Kingston a bordo del velero Decouverte con un reducido número de fieles oficiales. Le asaltan deudas, incomodidades y horas de sombras en las que decaen sus sueños, pero luego recobra su lucidez y torna a declarar ante los pesimistas, que todo lo ven perdido con la presencia de la expedición punitiva española a cargo de Morillo que: "*Nada está perdido. Yo volveré.*"

Debe ocupar una mala pensión con su gente. A él le corresponde dormir en el comedor, donde cuelga pobremente su hamaca. Una noche en que debió dormir por fuera, movido por sus propias sospechas de que algo iba a ocurrir, al regresar encuentra a su comisario de seguridad de apellido Amestoy, que había dormido en su hamaca vacía, asesinado con unas cuchilladas.

Leamos cómo lo cuenta el propio Libertador, citado por Peru de la Croix[19]:

> "*… supe que la dueña de la posada en que estaba alojado con el actual general Pedro Briceño Méndez y mis edecanes Rafael A. Páez y Ramón Chipia, había tratado mal, y aun insultado, a este último, faltándole así a la consideración debida*, *lo que me hizo, no solo reconvenirla fuertemente, sino que determiné mudar de alojamiento. Efectivamente, salí con mi negro Andrés con el objeto de buscar otra casa sin haber participado a nadie mi proyecto; hallé lo que buscaba y me resolví a dormir en ella aquella misma noche, encargando a mi negro llevarme allí una hamaca limpia, mis pistolas y mi espada; el negro cumplió mis órdenes sin hablar con nadie, aunque no se lo había encargado, porque era muy reservado y callado.*
>
> *"Asegurado mi nuevo alojamiento, tomé un coche y fui a comer a una casa de campo de un negociante que me había convidado. Eran las doce de la noche cuando me retiré y fui directamente a mi nueva posada.*

---

[19] Luis Perú de la Croix, Diario de Bucaramanga-

"El señor Amestoy, antiguo proveedor de mi ejército, debía salir de Kingston para los Cayos al día siguiente, en una comisión de que lo había encargado, y vino aquella misma noche a mi antigua posada para verme y recibir mis últimas instrucciones; no hallándome, aguardó pensando que llegaría de un momento a otro.

"Mi edecán Páez se retiró un poco tarde para acostarse, pero quiso antes beber agua y halló la tinaja vacía, entonces despertó a mi negro Piíto, y éste tomó dicha tinaja para ir a llenarla; mientras tanto, el sueño se apodero de Amestoy, que, como he dicho, me aguardaba, y él se acostó en mi hamaca, que estaba colgada, pues la que Andrés había llevado a mi nuevo alojamiento la había sacado de los baúles. El negro Pío o Piíto, pues así lo llamábamos, regreso con el agua, vio mi hamaca ocupada, creyó que el que estaba dentro era yo, se acercó y dio dos puñaladas al infeliz Amestoy, que quedó muerto. Al recibir la primera dio un grito, moribundo, que despertó al negro Andrés, quien al mismo instante salió para la calle y corrió para mi nuevo alojamiento, que solo él conocía; me estaba refiriendo lo ocurrido cuando entró Pío, que había seguido a Andrés…".

Algunos dicen que Bolívar había pasado la noche en una cita galante. Porque en medio de las tribulaciones que lo acongojaban, sabiendo lo que estaba pasando en su patria con la reconquista española, las privaciones que le ocasionaban su pobreza total y las insolencias de la vieja rezongona y fastidiosa de la pensión donde vivía, había logrado conocer a una mujer morena y bella, mulata de Santo Domingo llamada Julia Cobier, quien a su vez venía golpeada por un dolor de amores. Triste ella, dice Indalecio Liévano, y triste él, hicieron un amor inicialmente triste, que fue soltando el fuego de la mulata y los ardores volcánicos de Bolívar."*La amante feliz salvó al jefe revolucionario vencido.* –dice Liévano Aguirre[20]-. *Solo este extraordinario renacimiento de*

[20] Indalecio Liévano Aguirre, "Bolívar", edit. Oveja Negra, Bogotá.

sus energías puede explicar la producción de un documento tan trascendental como la llamada Carta de Jamaica." [21]

Esa famosa carta, fue escrita sin la asistencia de biblioteca alguna, deja sentir a un elevado estadista de su época, conocedor de cifras y gobiernos de los distintos países de un planeta inmenso que entonces nadie conocía en su totalidad. Y allí está el hombre empinado sobre su pobre condición del momento, divagando extensamente y con la mayor propiedad sobre la economía mundial, la democracia, los defectos de los diferentes sistemas de gobierno y la concepción iluminada de las afinidades de los pueblos de América India y sus grandes diferencias, para concebir, con el sueño de ese Miranda, su maestro traicionado por él mismo, pero cuyas enseñanzas siempre fueron su faro, una unidad continental y un gobierno que bien podría centralizarse en Panamá, como aparecía en el ideal mirandino.

Escribe Bolívar en un aparte del lúcido documento, acorde con el pensamiento mirandino, lo siguiente:

> *"Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; más no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América.* ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los *griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración; otra esperanza es infundada, semejante a la del abate*

[21] Carta de Jamaica, autor Bolívar, edit. La oveja negra.

St. Pierre, que concibió el laudable delirio de reunir un congreso europeo para decidir de la suerte y de los intereses de aquellas naciones".

Se supo después, con toda seguridad, que el atentado a Bolívar en Jamaica fue planeado y pagado por Pablo Morillo. Parece increíble que en la privación de las comunicaciones ágiles de hoy, existía una elaborada red de espionaje y todo se sabía en relación con la contraparte, así como los detalles e informes que circulaban con exactitud. Morillo, en plena acción punitiva de la reconquista, sabía los movimientos y aun las angustias que vivían los patriotas, especialmente Bolívar, refugiado en Jamaica. Conocía igualmente sus limitaciones económicas; pero especialmente sabía de su espíritu irreductible.

El gran historiador don Vicente Lecuna[22] hizo las averiguaciones e investigaciones del caso y encontró, escrito en las memorias de don Andrés Level de Goda, patricio español, miembro de la Real Audiencia de Caracas, un extenso relato sobre el tema, del cual consignamos solo lo pertinente:

"*En estas circunstancias me ocurrió* -escribe don Andrés Level de Goda- *con Morillo un lance bien pesado. había este jefe contratado con un catalán por cinco mil pesos el asesinato de Bolívar, cuando éste se hallaba en Jamaica, y nadie, absolutamente nadie, sabía del hecho e historia. El catalán fue a Jamaica y se puso de acuerdo con un criado de Bolívar, el cual por una casualidad se quedó divertido en casa de un amigo suyo, y siendo ya las diez de la noche no vino a su casa o cuarto, donde tenía colgada su hamaca en que dormía. N. Amestoy aprovechando la oportunidad se acostó en esa hamaca, quedose dormido, y el criado de Bolívar, creyendo ser su amo el que allí estaba, disparó un trabuco sobre la hamaca de Amestoy y esté pereció; el catalán pudo salvarse porque había tomado*

[22] Vicente Lecuna, "Los papeles de Bolívar", Caracas 1917.

sus medidas con anticipación y el criado de Bolívar fue ahorcado en el mismo Jamaica, pero el catalán se presentó cobrando sus cinco mil pesos a Morillo, quien le opuso el reparo de no haberse consumado el acto, aunque se hizo todo para consumarlo, y de las mutuas reconvenciones y alegatos resultó haberse conformado el catalán con tres mil pesos, que Morillo le dio efectivamente. Pidió aquél a los Ministros generales de real audiencia el reintegro de los tres mil pesos manifestándoles los comprobantes que por real orden estaba prevenido que la cuenta de lo invertido en gastos reservados por el que manda un ejército se rindiese con los correspondientes comprobantes cuando cesasen los motivos de la reserva. Los Ministros contestaron a Morillo que cumplirían lo que fuese justo, tan luego como examinaran los comprobantes; y trayéndoselos consigo me dieron parte los dos personalmente. Los ví en su presencia, y les dije que de ninguna manera pagaran ni un maravedí, por lo cual habiendo mandado Morillo a la contaduría general por el dinero, contestaron los Ministros verbalmente que no lo mandaban por tener orden para no darlo y me avisaron en persona esta novedad y contestación. Al día siguiente mandó Morillo donde los Ministros un teniente Plandolit, hombre muy alto y audaz, a decirles que si no le mandaban los tres mil pesos iría el mismo a romper la caja y los sacaría, pero el modoso tesorero Cambreleng dijo a Plandolit que aguardase un poco, mientras daba aviso a sus jefes, y Plandolit se aguardó. El tesorero me dio parte, y le dije que se vistiese luego de uniforme grande toda la dependencia de la oficina, y así vestida se pusiese cada cual en el salón ocupado sus respectivos asientos en el trabajo de sus mesas guardando profundo silencio entrara quien entrase: que los dos Ministros hicieran lo mismo, y junto con el tenedor de libros en su mesa, y la caja en un costado ocuparan ellos en el siguiente salón la testera bajo el dosel con el retrato del Rey donde se

sentaban conmigo para las almonedas, y me pusieran por delante las llaves de la caja, sentándose a mi frente vestido de negro Don José Ma. Ravelo el escribano de real hacienda; y que antes de todo esto despachando a Plandolit con el recado de que no entregaban los 3.000 pesos, y cuando quisiera Morillo venir a romper la caja lo hiciese, yo estaría en la oficina. Inmediatamente me vestí de garnacha, y me fui a ella ocupando mi lugar. La tesorería estaba imponente, y nadie sabía lo que tanta novedad significase.

"Muy luego llegó Morillo, y al poner el pie sobre el quicio de la puerta del primer salón, viendo aquel respetuoso espectáculo de toda la dependencia y oficiales de contaduría tan magníficamente decorados y tan profundamente silenciosos, cada cual con la pluma por delante, quedó mustio y pensativo; dio tres pasos con sombrero en mano, y volviendo el rostro a la derecha vió en el siguiente salón ocupadas las sillas bajo el dosel por los Ministros generales, y yo en el medio, el gran retrato del Rey sobre mi cabeza, y la mesa larga toda cubierta de damasco encarnado por delante de nosotros tres, carpeta de damasco verde, tres hermosos tinteros de plata, y una campanilla de lo mismo; se dirigió a este salón, y en la puerta dijo con voz de trueno: "¿Qué es esto? ¿Qué significa este aparato? Este aparato significa, señor general, le contesté, significa el solemnísimo acto de romperse la caja del Rey en presencia de S.M., que aquí está presente, para sacar del tesoro tres mil pesos. Tengo aquí por delante las llaves de las arcas, pero no quiero abrirlas; y el general Morillo podrá romperlas, según lo vino a intimar el teniente coronel Plandolit en su nombre. Se puso negruzco y lo vimos temblar. Contestó: "Yo no he mandado decir tal cosa, sino únicamente que se me manden los tres mil pesos que se me deben". "No es para este punto de pago que se ha congregado la dependencia de hacienda presidida por S. M. sino para el grande acto de romperse la caja

del real tesoro por el general don Pablo Murillo; y pues que ha negado esta pretensión, puede retirarse". Entró el portero al sonido de la campanilla y le mandé cerrar la puerta de nuestro salón, en el cual quedé con los Ministros y el escribano, a quien es necesario arreglar el expediente haciendo constar en él por medio de las correspondientes notas los partes verbales que me habían dado, mis contestaciones y disposiciones, y el último acto que con presencia de Morillo se había tenido, dando el escribano de real hacienda la correspondiente fé de todo. (…)"

La situación de Bolívar empeoraba con el gasto diario para él y sus hombres. Un comerciante británico de nombre Maxwell Hislop, que vivía en Kingston, le ha proveído en varias ocasiones. Para entonces todo lo ha vendido y consumido. Incluso, cuando publica la Carta de Jamaica, el editor le ha cobrado cien pesos que Bolívar paga con seis onzas de oro que le prestó Hislop. Ya no tiene para comer; y es entonces cuando en medio de la desesperación, le envía una nueva misiva conmovedora al comerciante inglés:

"(*30-X-15) Ya no tengo un duro: ya he vendido la poca plata que traje. No me lisonjea otra esperanza que la que me inspira el favor de usted. Si usted no me concede la protección que necesito para conservar mi triste vida, estoy resuelto a no solicitar la beneficencia de nadie, pues es preferible la muerte a una existencia tan poco honrosa. La generosidad de usted debe ser gratuita, porque me es imposible ofrecer ninguna recompensa, después de haber perdido todo; pero mi gratitud será eterna."*

Hyslop prestó el dinero, y puso al margen de la carta:" *Di 100 dólares en préstamo."*

Tiempo de pensamiento y meditación este de Jamaica para Bolívar. Allí examina las contradicciones de su propia vida y sus

errores. Y un cambio de estrategia se impone: en Venezuela no será en adelante el elemento básico de su lucha el reducido sector de los mantuanos –privilegiados de cuna y fortuna-, a los que él mismo pertenece, sino que, como se lo ha demostrado Boves en su portentosa batalla que acabó con sus esfuerzos de la segunda república, la extracción popular del indio, del mulato, del negro y del humillado por la vida, debía ser el alma de esa revolución, hoy aparentemente perdida. La liberación de los esclavos y la protección de estas hordas de desposeídos ha de ser en adelante su bandera. Como lo fue para Boves.

Y mientras decanta esos pensamientos, le llega una carta de los patriotas de Cartagena en la que, rectificando su conducta, le suplican que vuelva y tome el mando que al unísono le entregan. Y el caraqueño decide con su pequeño séquito volver a Cartagena. Cree que allí está su esperanza.

Y se embarca desde Port Royal. Pero al inicio de su travesía, una chalupa los interfiere. En ella hay un viajero que ha estado en esta ciudad mártir y le cuenta al general venezolano lo que fue el sitio de Morillo. Bolívar entonces, sobre la misma marcha, ordena rumbo a Haití, ese país que ha logrado vencer a los franceses y ganar su independencia y donde ya no existe la esclavitud. Llega a Puerto Príncipe el 31 de diciembre de 1815.

Su llegada a Los Cayos y las posteriores entrevistas personales en lengua francesa con el presidente Alexander Petion fueron alimentadas por el optimismo. Éste, convencido de la necesidad de la independencia del continente, le ofrece a ese general caraqueño, carismático, que hablaba francés perfectamente, todo su apoyo, con la única condición de erradicar la esclavitud en los países suramericanos que bajo su mando pudieran emanciparse.

Haití ha proclamado su independencia desde comienzos del siglo, basada en los postulados de la Revolución Francesa. Ha sido un período largo y cruento, pasando por la "guerra de los cuchillos" y la muerte de todos los blancos, que se consolida el 1º de enero de 1804. Napoleón había enviado cerca de veinte mil hombres, al mando de su cuñado y gran camarada Charles Victor Leclerc, mariscal de Francia y a quien le ha entregado en matrimonio a su propia hermana Pauline, para dominar ese

movimiento que especialmente vulneraba su propio orgullo. Y había hecho incluso una paz con los ingleses para tener un amplio movimiento en las Antillas. Pero todo resultó un fracaso y lo que no liquidaron los negros haitianos lo consiguió la peste que acabó hasta con el propio Leclerc. Como consecuencia, Haití fue dividida en dos por los triunfadores; y Jean Jacques Dessalines no tuvo inconveniente en asumir la zona nororiental como emperador, mientras que su émulo, más propenso al pensamiento liberal, Alexandre Petión, asumió como presidente en el suroeste, que incluía la ciudad de Los Cayos de San Luis.

Entre tanto habían llegado al mismo punto geográfico de Los Cayos los patriotas que escaparon en la goleta Constitución de Cartagena y otros muchos con sus reducidos recursos humanos y logísticos. Tales fueron entre otros: Francisco Antonio de Zea, el canónigo Marimón, Gabriel y Vicente Piñeres, el bogotano Luis Durán, Santiago Mariño, Manuel Piar, José Francisco Bermúdez, Diego Rafael Mérida, Mariano Montilla, Juan José Valdez, Carlos Soublette, José Antonio Anzoátegui, Gregorio Mc Gregor, Luis Aury, Gustavo Hippisley, Charles Le Vaux y Ducodray Holstein y algunos otros.

Con ellos vendría la primera batalla de Bolívar por el mando de lo que no existía y era solo un propósito afiebrado y obsesivo. Allí estaban enemigos suyos de antaño y de ahora, con celos y pasiones de mando: Piar, Bermúdez y Mariño. Convencerlos de la unidad de mando, tan necesaria, se veía como una labor imposible. Y así fue. Leamos cómo cuenta Indalecio Liévano[23] el encrespado episodio:

> *"Poco tiempo después el puerto se convirtió en centro de una considerable concentración de los jefes y soldados que los españoles habían arrojado del continente, los cuales, por orden de Petion, recibieron una ración diaria de pan y carne. Logrado su principal deseo, el Libertador dejó a Puerto Príncipe y se trasladó a Los Cayos con el propósito de convocar una asamblea*

[23] Indalecio Liévano Aguirre, "Bolívar", ya citado antes.

de oficiales, para imponerla de los recursos obtenidos y solicitar de ella el nombramiento del alto mando de las fuerzas expedicionarias.

"Cuando el Libertador llegó a la amplia y rústica enramada, bajo cuyo techo esperaban los miembros de la histórica Asamblea de Los Cayos, en las primeras filas le fue fácil distinguir a Santiago Mariño, Francisco Bermúdez, Briceño Méndez, Soublette, los hermanos Montilla, Mac Gregor y Zea, advirtiendo en la actitud de algunos inequívoca simpatía y en la de los otros disimulada o franca hostilidad. En corta y bien meditada exposición dio a conocer a los presentes la importancia de los recursos ofrecidos por el presidente, y después de analizar cuidadosamente las posibilidades de una pronta reanudación de la guerra en el continente, solicitó la elección de las autoridades respectivas.

"Al terminar Bolívar, comenzó a evidenciarse la existencia de un núcleo de opinión interesado en oponerse a su nombramiento como jefe supremo y en último caso a limitar hasta el máximo el radio de sus atribuciones como director de la guerra. Como adalides de esta opinión figuraban principalmente Francisco Bermúdez y el corsario francés Aury, quienes, desde los primeros momentos, declararon que en su carácter de abanderados de una causa libre no estaban dispuestos a aceptar la dictadura del caraqueño y concluyeron pronunciándose a favor de una jefatura plural de tres o cinco miembros…"

En la reunión estaba presente como parte principal un amigo muy cercano de Bolívar, que habría de ser almirante de la independencia, nacido y muerto en Curazao, llamado Pedro Luis Brion. Era un armador y había ofrecido su decidido apoyo a la revolución. Allí mismo tenía cinco goletas puestas al servicio de la causa, a las cuales había apertrechado y artillado el presidente Petion. Él, que admira y quiere a Bolívar, interviene y amenaza con llevarse sus goletas. Pero Aury, partidario de

Francisco Bermúdez y dueño de la goleta Constitución, en la que éste y otros habían viajado desde Cartagena, también intervino agriamente y todos los demás lo hicieron. Incluso hubo desafíos a duelo. Leamos cómo continúa el relato Liévano Aguirre[24].

> "*Brion declaró entonces que no aportaría sus goletas para una empresa condenada de antemano al fracaso por la pluralidad de su mando y propuso la designación del Libertador como jefe supremo de las fuerzas expedicionarias. Polarizada en esta forma la opinión de la asamblea, las deliberaciones se agriaron y los vocablos ofensivos aumentaron la exaltación de los ánimos. Mariano Montilla* –quien habría de ser en el futuro un gran amigo de Bolívar hasta su muerte- *y Bermúdez se expresaron en términos descomedidos para Bolívar, obligándole a intervenir en el debate con igual o mayor agresividad, a elevar su voz de jefe y de caudillo para imponer respeto a su persona y defender su dignidad de hombre; comenzaron entonces a oírse en sus labios esas castizas interjecciones castellanas que habrían de imponer, con el tiempo, disciplina a los toscos soldados de la revolución americana. Al producirse la votación, en ella, por su gran mayoría, fue elegido el Libertador generalísimo, las injurias que de parte y parte se habían causado, concluyeron en graves encuentros personales entre Brion y Mariño, Lugo y Piar, y el mismo Bolívar con Mariano Montilla, quienes llegaron a desafiarse a duelo, que solo pudo evitar la enérgica y oportuna intervención del presidente* -Petion-."

Al fin, pues, y muy a regañadientes, aceptaron la jefatura de Bolívar y dispusieron la marcha de la pequeña flota. Pero faltaba un ingrediente más de discordia, que solo puede ser entendido por las gentes galantes. Bolívar, que tenía el corazón abierto a todas las galanterías, enamorado más del amor que de las

---

[24] Autor, obra citada.

mujeres, no dejaba pasar ninguna oportunidad de un encuentro romántico y de juegos amatorios. Estaba enamorado de nuevo de una linda mujer llamada Josefina Machado, con la que había tenido unos amores turbulentos dos años atrás. Ella está en Saint Thomas y le envía una carta arrobadora a aquel hombre de ensueños y de acción que la ha cautivado con su genio y le dice que está dispuesta a entregarle la vida y a acompañarlo en toda la temeridad del desafío de esa guerra a muerte. Que la espere en Los Cayos que ella ya llega en otro bergantín. Bolívar ordena la espera, aun contra la voluntad de Brion. Pero pasa una semana y ella no llega.

Entonces, a pesar de todas las protestas de aquel, la flota sale el 31 de marzo de 1816. Está compuesta por seis goletas que llevan abundantes armas y municiones provistas por el presidente Petion. Mas cuando arriban a un sitio llamado La Beata, le informan a Bolívar –las comunicaciones de todos modos funcionaban- que al día siguiente de haber partido de Los Cayos había hecho su arribo Josefina. Pleno de ardor, se detiene y ordena –para algo ya es el jefe supremo- que vaya a su encuentro la goleta Constitución del corsario francés Aury, su enemigo de ayer, y traiga a Josefina Machado, en esos momentos símbolo del patriotismo y el amor.

Luego, ya en sus brazos en el Constitución, y después de dos días de batalla encarnizada en el lecho de Eros, parte al encuentro de ese destino marcado por los doce mil hombres de Morillo y la profusión de sangre patriota vertida en toda la geografía de esa patria, que solo era suya en los ensueños afiebrados.

Josefina Machado, o Pepita Machado, era una venezolana de alguna alcurnia social y económica, hermosa y sensual como pocas. Cuando Bolívar en agosto de 1813 entró triunfante a Caracas, ella era una de las del coro de muchachas que recibían al héroe con guirnaldas de flores. Desde ese momento se enamoraron y ella tomó lugar en las cosas del gobierno revolucionario como una heroína que asume de reflejo el mando de su amante. Cuando ese triunfo se esfumó en las manos de Boves, Bolívar en el año 14 debió partir una vez más al exilio,

como se ha visto, que supuso la ruta de la Nueva Granada, Cartagena y finalmente, tal como se comentó, Jamaica y Haití.

Josefina, su madre y hermanas debieron salir hacia el Caribe, donde se refugiaron en Saint Thomas. Pero mantuvieron una fluida correspondencia que les permitió el contacto y los planes del reencuentro que, finalmente, cumplieron a bordo del Constitución y en el rumbo hacia la recaptura del poder, empresa tan distante en ese tiempo como la luna.

Salen con el convoy rumbo a la isla Margarita, el 10 de abril de 1816. Por cierto, la historia de estos amores interrumpidos y frustrados pero llenos de pasión, la escribe con detalles la historiadora venezolana Mirla Alcibíades.

7
EL SITIO DE CARTAGENA Y LA RECONQUISTA ESPAÑOLA

Mientras esto ocurría en Haití en abril de 1816, en Venezuela y la Nueva Granada ya habían acontecido en finales de 1815 los hechos monstruosos de la reconquista española. Desde el puerto de Santa Marta, tradicionalmente realista, se habían desplazado bajo las órdenes de Morillo, estratégicamente, varias expediciones cuyas misiones eran arrasar todo lo que encontraran a su paso y las que concluirían inicialmente en Santafé de Bogotá, de donde habrían de proseguir por los llanos hasta encontrarse en Venezuela, donde se había iniciado.

En la misma ciudad samaria dispone Morillo, que marchen hacia la reconquista del Chocó el aguerrido capitán Julián Vargas y sus doscientos hombres de regimiento. Así mismo le ordena marchar al coronel Francisco Warletta con otros quinientos soldados río arriba del Cauca hasta Zaragoza para tomar la provincia de Antioquia, donde deberían unirse Vargas y Warletta para seguir a ocupar la provincia de Popayán y completar así la ocupación de medio país.

Por su parte el teniente coronel realista Donato Ruiz de Santacruz, al mando de cuatrocientos efectivos, prosiguió de Mompox a bordo de dos lanchas cañoneras grandes, remontando el Magdalena hasta Honda y Mariquita. Donato Ruiz debía mantener contacto permanente con las tropas de Miguel de la Torre, que simultáneamente remontaba el río por la margen

derecha y con Warletta, armonizando la expedición como un solo hombre en sus propósitos de reconquista a sangre y fuego.

Por su parte el general José Tomás Morales, curtido y sanguinario, partió por tierra rumbo a Cartagena al frente de 3.500 soldados, veteranos venezolanos de la época de Boves. Otro contingente auxiliar de 1.000 hombres iría a Mompox con el fin de apoderarse del río Magdalena y tener movimiento sobre el eje central de la República. Iba éste al mando del brigadier Donato Ruiz de Porras.

El también brigadier Sebastián de la Calzada, desde Barinas, había organizado la que fue famosa Quinta División, cuya misión final era entrar al centro administrativo del gobierno federalista de entonces en la parte central del Nuevo Reino de Granada. Se había adentrado a Cúcuta y de allí a Ocaña, desde donde tenía movimiento hacia toda la Nueva Granada central.

Y, como para dar un empuje contundente y definitivo contra el punto más neurálgico y significativo que era Cartagena, el propio Morillo desembarcó en Galerazamba, cerca de esta ciudad, el 18 de agosto de 1815 con toda la parte central de su muy bien equipado ejército y la compañía de un ser repugnante en su odio a los americanos, no obstante haber nacido en Cuba, que era Pascual Enrile.

José Antonio Páez en su autobiografía, lo llama *deshonra del nombre americano.* Era el segundo comandante de Morillo. También llegaba por tierra el ya mencionado Francisco Tomás Morales.

En Turbaco, en cercanías de Cartagena, el Pacificador monta su cuartel general en un lugar llamado Torrecilla.

En un libro no editado, perdido y vuelto a encontrar, escrito por su autor en París y en idioma francés con el título de *Memorias del general Pablo Morillo*[25] aparecen en los inicios muchísimos manifiestos cargados de melifluidad del general en los que habla de amnistías, perdones, amor a las colonias y a sus habitantes a

---

[25] "Memorias del general Pablo Morillo", publicadas en francés, traducidas por el senador Arturo Gómez Jaramillo, publicadas por el Senado, 1985 Gráficas Margal, Bogotá.

quienes reparte el nombre de españoles y hermanos, todo bajo los auspicios del justísimo y generoso monarca Fernando VII. Pero detrás de sus palabras se encuentra la dureza y crueldad de ese español con alma de carnicero que, después del sitio inhumano de la Ciudad Amurallada, ganó con ironía el título de Conde de Cartagena, que gustaba tanto a su vanidad.

Veamos un aparte de lo que le escribió Morillo a los habitantes de esa noble ciudad, desde la Playa de Sabanilla el 15 de agosto de 1815:

> *"… mis esfuerzos resultaron infructuosos, Vi mis intenciones acogidas con arrogancia y desprecio. Y a mi pesar, me vi obligado a recurrir a la fuerza de las armas.*
>
> *"No obstante, en esta posición tan dolorosa como urgente, busqué agotar las vías de la conciliación; quise hacer menos terrible la influencia de la guerra; dar a estos desgraciados tiempo para que abrieran los ojos sobre su impotencia. Podía en pocos días destruir esta ciudad, hacer perecer a todos sus habitantes bajo los escombros o reducirlos por el hambre. Las bombas y las granadas que tenía a mi disposición me convertían en el amo. Y por tanto, siempre fiel a mi plan de pacificación preferí las fatigas y la duración de un sitio, con todos los flagelos que iban a caer sobre mis soldados, a la certeza cruel de la pronta destrucción de Cartagena y a la ruina de mis más caras esperanzas".*

Cartagena, que había sido el refugio y bastión de los patriotas y que con tanta eficacia había auxiliado a Bolívar y a los demás venezolanos que a ella llegaron de huida en momentos de gran apremio, estaba perdida quedando en su poder y bloqueada desde el 22 de agosto de 1815.

El sitio a que fue sometida iba a durar 108 días, hasta diciembre 6 y en él iba a morir la tercera parte de una población de treinta mil almas, bajo el rigor del hambre, de la peste que provocó el hambre y de la enorme superioridad de fuerzas que ostentaban los realistas.

La cosa fue demasiado trágica. Cuando se acabaron los avituallamientos, que fue pronto, la gente se comió los caballos, después los perros, los gatos y hasta las ratas. Cuando éstos desaparecieron, acudieron a todas las cosas de cuero y finalmente a los zapatos. No faltaron casos de antropofagia. Y cuando no había ya nada más, porque no podían asomarse al mar para pescar, se murieron en las calles sin que se pudieran recoger e inhumar los cadáveres y la contaminación provocó la peste.

Pero nadie, en momentos tan aciagos, levantó una bandera blanca ni habló de rendición.

El asedio que padeció esta ciudad, símbolo de heroísmo y libertad, sigue siendo conmovedor. Cartagena, había proclamado su independencia el 11 de noviembre de 1811 y se había erigido en estado independiente, aunque perteneciente a la federación. En aquellos momentos de terrible calamidad, estaba bajo el mando del prócer cartagenero don Manuel del Castillo y Rada, como atrás se vio. Pero a partir de allí, éste habría de durar menos de un mes más al frente del gobierno. En octubre la población aglomerada en tumulto elige para que lo reemplazara en el mando al gran oficial venezolano José Francisco Bermúdez, émulo de Bolívar como se ha visto y refugiado en Cartagena igualmente desde cuando se derrumba la segunda república venezolana.

Con él, así mismo, se encuentran el francés Louis Aury, del que también ya se habló y dueño de la goleta de guerra Constitución. Era un corsario de vida legendaria y tenía a su disposición unas embarcaciones, mal dotadas, en las que intentaron, en una orden temeraria de evacuación de Bermúdez a comienzos de diciembre, huir por la bahía de Las Ánimas, con los otros venezolanos que los acompañaban Mariano Montilla, Antonio José de Sucre, Carlos Soublette – dijimos que era francés-, Manuel Piar, Bartolomé Salom, Plaza y Palacios y muchos civiles.

El autor venezolano J. A. Cova,[26] narra este momento:

---

[26] Jesús Antonio Cova, Sucre, ciudadano de América, Sociedad Impresora Americana. Buenos Aires.

"Bermúdez, quien manda en jefe la plaza, antes que rendirse, concibe la idea de evacuar la población con una pequeña flota de bergantines y goletas que todavía mantiene bajo sus órdenes. Mil seiscientos hombres, entre jefes, oficiales, soldados y civiles, se deciden a correr la aventura de desafiar los cañones enemigos que vomitan sobre los fugitivos "cien proyectiles por minuto". La goleta de guerra Constitución sale rompiendo audazmente con sus fuegos, por delante de los barcos españoles que custodian la amplia bahía. En ella van a su bordo, Aury, su comandante, Bermúdez, Sucre, Montilla, Soublette, Salón, Piar, Plaza y Palacios y tras de la Constitución la escuadrilla, que no combate para vencer, sino para abrirse paso, y salvar a aquel puñado de valientes".

Viaje fatal que encuentra en su camino un tremendo vendaval con naufragio y todo de los bergantines que repletos de civiles los acompañan, y del cual pueden salir, aunque mal librados, los próceres venezolanos Bermúdez, Soublette, Manuel Piar y Sucre que llegan a Haití en el mencionado barco Constitución. En esta isla, como se sabe, se encuentra Bolívar preparando una nueva y modesta expedición a la costa oriental de Venezuela. Y es allí, en Haití, donde habrán de acaecer los hechos que antes se expusieron y que habrían de ser cruciales en ese camino de obstáculos y dificultades que fue la independencia.

Hay que anotar, además, que en las fuertes confrontaciones verbales que se presentaron por el mando supremo en Los Cayos haitianos entre Bolívar y sus émulos Piar, Bermúdez y Mariño, Antonio José de Sucre, el futuro mariscal de Ayacucho, toma partido en favor de Bolívar en la confrontación de estos jefes hacia éste, al que no conocía pero el que lo subyuga por la agilidad de su pensamiento. En el futuro inmediato a él uniría su destino.

Así mismo ocurriría con Córdova, quien, ya en el furor de la contienda en Tierra Firme, fuera el segundo a bordo de Sucre en aquellas grandes confrontaciones de Venezuela y luego en las batallas decisivas sobre la cresta de los Andes. Cuando Córdova pudo conocer al Libertador, después del segundo regreso de éste de Haití a Venezuela, lo hizo objeto de su admiración y afecto mientras servía con valor y entrega a su misma causa.

8

EL DERRUMBE DE LA QUE CALDAS LLAMÓ LA PATRIA BOBA, PRESIDENCIAS DE TORRES Y DE FERNÁNDEZ MADRID. LAS RUTAS DE LA DESGRACIA. DERROTAS DE BÁLAGA Y CACHIRÍ

Es necesario enfocar los acontecimientos a los sucesos que estaban ocurriendo en Santafé en ese año fatídico de 1815, cuando se supo de cierto acerca de la expedición de reconquista de los españoles. Y es de observar en primer lugar que ninguno de los que ejercían el poder en ese momento en la capital tenía las suficientes fuerzas, la autoridad y el don de mando, ni los elementos con los cuales pudiera enfrentar tan temible invasión.

Es así que el 15 de noviembre de 1815, en gesto desesperado, el Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, mientras se desarrollaba el sitio de Cartagena y el país se llenaba de tropas expedicionarias realistas, aunque la mayoría eran criollos, daba por terminado el gobierno anterior cuyo presidente era don Manuel Rodríguez Torices y vicepresidente don Antonio Villavicencio; y en su reemplazo se eligió al propio don Camilo Torres Tenorio como presidente de la república, quien después de la toma de Cundinamarca por parte de Bolívar, siguiendo las órdenes que le había impartido aquel y que vimos atrás, había venido fungiendo desde la capital Bogotá el mismo cargo de presidente del Congreso Federal. Todo este movimiento se daba frente a ese cúmulo de sucesos brutales que se estaban desarrollando.

En realidad la escogencia de Torres era una salida sin posibilidad alguna de éxito y todos lo sabían. Pero era una medida necesaria. Torres tenía un liderazgo probado de jefe superior y digamos que el deber lo llamaba.

Vale la pena recordar que toda esta hazaña libertaria había tenido su iniciación cinco años atrás, el 20 de julio de 1810, teniendo como escenario la ciudad de Santafé de Bogotá.

El capítulo trastabillante de esta primera república había comenzado con la visita a Santafé de don Antonio Villavicencio en compañía de don Carlos Montúfar, ambos quiteños. El segundo era hijo del prócer marqués de Selva Alegre, Don Juan Pío de Montúfar y Larrea, quien había iniciado en Quito la independencia de España con el documento proclamado el 16 de agosto de 1809. Venían ambos como delegados de la gran Junta de Regencia de Cádiz.

Fue en honor suyo que se iba a celebrar en Santafé una recepción el 20 de julio de 1810, para atender la cual unos comisionados, los hermanos Morales, fueron provocadoramente a prestar, no un florero como ordinariamente se dice, sino una charola donde un chapetón muy conocido que tenía un almacén en la esquina principal de la plaza real, en frente de la catedral.

A decir verdad, todo esto estaba calculado y preparado, según se supo ampliamente después, como un acto de incitación al español de nombre José González Llorente. Sabían a ciencia cierta que éste habría de montar en cólera y provocar un escándalo, porque además el lenguaje que iban a utilizar también estaba preparado para producir la reacción. Éste español en verdad era un buen comerciante y hombre servicial y honrado. Pero un chapetón irascible.

El insigne académico y escritor doctor Antonio Cacua Prada describe con detalle estos episodios complejos en su obra "Los Morales del 20 de julio de 1810", en la que especialmente trata lo relativo a la actuación en ese día del coronel Francisco Morales Fernández y de sus hijos Francisco y Antonio Morales Galavis[27].

---

[27] Antonio Cacua Prada, "Los Morales del 20 de julio de 2010".

Dentro de los planes que se fueron ejecutando, se habían reunido desde días atrás en el observatorio astronómico de Bogotá distintos patriotas decididos a iniciar los pasos decisivos a la emancipación de España. El ambiente para eso estaba maduro y la circunstancia del cautiverio de Fernando VII a manos de Napoleón y la abusiva imposición en la metrópolis de José I, al que ya llamaban Pepe Botellas por su afición a la bebida, eran motivos de gran inconformidad para los criollos americanos.

El incidente provocado ese día como el inicio de la ira popular, debía ser el comienzo. Se trataba de iniciar un gran barullo con el conocido español González Llorente -escogido cuidadosamente-, en desarrollo del cual los criollos buscarían levantar los ánimos de las gentes y culminar con un cabildo abierto. Ese, sin duda, fue primer paso de la revolución.

El señor Antonio Morales Fernández y sus hijos Antonio y Francisco Morales Galavis fueron escogidos como los agentes provocadores. Y en verdad que supieron hacer su tarea. Se provocó un gran alboroto con vías de hecho que causaron indignación y furor entre los habitantes de aquella vieja y apacible Santafé; y todo ello, conforme a los planes, concluiría en la celebración improvisada de ese cabildo abierto.

Hacia las cinco de la tarde, como lo anota el autor citado últimamente, ya se había reunido ese cabildo y se había dado inicio a la arenga de don José Acevedo y Gómez, un hombre ilustrado nacido en Charalá y poseedor de una extraordinaria elocuencia.

Ese discurso se constituyó en un momento afortunado que generó la directriz en la conducta de todo un pueblo. Conmovedor y directo, con una frase elevó la siquis de los mestizos y criollos americanos y los condujó a la acción directa: "*Santafereños -dijo con potente voz Acevedo y Gómez-: Si perdeis estos momentos de efervecencia y calor, si dejáis escapar esta ocasión única y febril, antes de doce horas sereis tratados como sediciosos. Ved los grillos, los calabozos y las cárceles que os esperan.*"

Conmovidos y beligerantes los numerosos presentes y agotado el desahogo verbal contra la humillación a que nos sometía el régimen colonial, se constituyó una junta provisional

de gobierno presidida por el propio Virrey Amar y Borbón, de quien sabían que iba a declinar, pero lo hacían cubriendo la espalda hacia el incierto futuro.

A esas alturas de la historia todos sabían cómo era el gobierno de los españoles después de un padecimiento mayor de trescientos años. Don José Miguel Pey era el tercer gran dignatario de ese gobierno, que él sí ejerció con autonomía y liderazgo hacia la futura república.

Y es precisamente desde ese momento histórico que se fueron constituyendo los otros cabildos y gobiernos autóctonos en todo lo que fue la Nueva Granada.

Naturalmente es imperativo destacar que la conformación del Cabildo de Cali, en iguales circunstancias, se había anticipado al de Santafé dos semanas.

Este último cabildo fue ciertamente el precursor. Bajo los impulsos de un sentimiento patriótico formalizó una junta de gobierno con varios municipios -Cali, Buga, Cartago, Toro, Anserma y Caloto- y promovió la conformación del primer gran grupo geopolítico en la Nueva Granada que se llamó "Las ciudades amigas" o "Ciudades confederadas".

El cabildo de Cali con sus definiciones y avances, irrumpió en la vida nacional el 3 de julio de ese mismo año 1810. O sea que sin lugar a dudas Cali fue, en verdad, la gran precursora de la independencia nacional, así lo ignoren u oculten los diferentes gobiernos e historiadores.

Como una característica común de los diferentes cabildos que se formaron, todas las provincias expresaban su apoyo al rey Fernando VII, conforme se ha anotado prisionero de Napoleón en esos momentos, como una forma de paliar sus verdaderas intenciones de independencia total, que desde esos momentos los animaban.

Era lógico pensar que aquellos pioneros de la emancipación sabían el riesgo que corrían. Aun estaban frescos los recuerdos de la revolución de los Comuneros y la crueldad que demostró la metrópolis con sus protagonistas.

Sentados estos recuerdos, es necesario retomar el hilo de este nuevo y amargo capítulo que sobrevenía al discurrir esos

primeros cinco años, como un golpe de gracia para todo el pueblo americano.

Porque es lo cierto que para entonces ya se había proclamado en todo el territorio granadino la independencia total del rey y de España. Y es forzoso decir además que en realidad la administración que iba a dirigir el nuevo presidente don Camilo Torres Tenorio, era en cierta forma un rezago moribundo de la que presidió don Manuel Bernardo Álvarez, tío y sucesor de Antonio Nariño, a quien había derrocado Torres bajo la mano de Bolívar, tal como se ha dejado escrito.

Fue esa la era de la primera república granadina, que el propio Francisco José de Caldas llamó con ironía la Patria Boba y, por supuesto, nadie ignoraba, incluido él mismo, que el mandato de Camilo Torres, que así se iniciaba, iba a ser muy corto.

De inmediato Torres dictó una serie de medidas de estado de sitio y ordenó concentrar el mayor número de fuerzas en Bogotá para defender la ciudad y el régimen independentista. Y así, dentro de ese empeño prioritario de defender la capital, Torres, después de unos días, nombra al recién llegado triunfador del río Palo, coronel Manuel Serviez, como segundo en el mando del general Custodio Cayetano García Rovira, cargo que no acepta Serviez por la diplomática razón de que él era un oficial de carrera, veterano de grandes batallas y el general Custodio, buen patriota, era un general a dedo sin formación alguna en materias castrenses. De hecho casi todos los oficiales eran empíricos.

Pasados otros días, Torres, al ver agravarse la situación de todo el territorio y atendiendo un clamor general, prescinde de los servicios de don Custodio García Rovira y designa como general y comandante de las fuerzas militares al francés. Tal vez todas estas medidas llegaban, como había sido previsible, tarde a unos hechos ya determinados. Pero no había más qué hacer.

Desde luego que, como ya se ha observado, nada presagiaba que el mando de Torres viniera a ser eficaz. No fue él ni un visionario, ni un estratega militar. Tampoco un hombre dúctil a las circunstancias. Ya hemos visto algunos de sus errores. Pero, sin duda alguna, fue un gran patriota que entregó su vida al ideal republicano, como casi todos los que participaban en esa etapa embrionaria de la república.

Y es en medio de todos esos escollos, que resonaban al unísono con la armonía de una orquesta de fatalidades, cuando Torres renuncia el martes 12 de marzo de 1816 ante lo que le queda de Congreso. No había completado los cuatro meses y las cosas estaban peor que cuando asumió.

Claro que el personal disponible para reemplazarlo no era abundante. Entonces, lo que queda de Congreso, nombra en su reemplazo al cartagenero, miembro de la misma corporación y residente en Santafé, don José Fernández Madrid. La razón principal para esta designación estriba en que en el inmediato pretérito Madrid había propuesto un plan estratégico de prevención y defensa, que era coincidente en líneas generales con el que de antes había trazado el presidente Antonio Nariño. Desafortunadamente en su momento a ninguno de los dos se oyó.

Es claro que la secuencia de estos sucesos desgraciados debía conducir al retiro, amargo y doloroso de la función pública, del gran hombre que fue Camilo Torres. Debía dejar el Congreso, escenario equivocado de gran parte de sus luchas, y dar la espalda hacia un retiro aflictivo, en espera de la muerte que pronto vendría. El historiador citado varias veces Botero Saldarriaga[28] cuenta ese epílogo así:

> *"En el azoramiento de esta emergencia, don Camilo de Torres, Presidente de la República, renunció su elevado puesto. Cediendo a un alto sentimiento de honor personal amargado por las críticas que se le hacían de falto de carácter enérgico y de ninguna innovación en sus medidas y planes, se presentó ante el Congreso e irrevocablemente declinó la presidencia de la Nueva Granada…*
>
> *"En pleno período de eliminación de hombres, en la búsqueda del que fuera capaz de afrontar tan difícil situación, el Congreso, en su sesión del 14 de marzo, eligió para suceder a Torres al diputado por Cartagena, doctor José Fernández Madrid.*

[28] Autor, ob. cit.

"Había adquirido el doctor Madrid grande y justificada notoriedad porque en esos días, en que principiaba el eclipse voluntario de muchos de los hombres de la revolución ante un estado de cosas que parecía gravísimo, él había presentado un enérgico y oportuno plan de defensa nacional contra la invasión española, en el Congreso, y con su oratoria persuasiva y vehemente le había sostenido haciendo hincapié en el momento de actualidad que no podía dejarse pasar sin obrar decidida y enérgicamente.

"Empero el 14 de marzo -1816-*, fecha en que se le eligiera, las cosas habían variado totalmente: las fuerzas de que disponía el país habían sido en su casi totalidad destruidas; el enemigo se acercaba a la Capital y no había esfuerzo que valiera para detenerlo; en una palabra, ya era demasiado tarde para aplicar aquel plan que tan oportuno fue cuando él lo presentara al Congreso, Madrid renunció categóricamente al honroso y difícil puesto en aquellas circunstancias, y como sucede siempre su actitud fue acremente criticada".*

Como se ve de la cita, Fernández Madrid inicialmente declinó tan honrosa pero incinerante designación. El Congreso en esa fase final de desesperación, se negó a aceptar la declinación de Madrid afirmando que esos honores eran indeclinables. Entonces éste, muy de su pesar, se posesionó y asumió el cargo. Todo, pues, era confusión y desastre.

Empero, como lo dice un pensador reciente[29] "Toda situación por difícil que sea siempre será susceptible de empeorarse".

Al confuso panorama general en que han quedado la Nueva Granada después de la caída de la Primera República y Venezuela después de la caída de su Segunda, vienen a sumarse otros acontecimientos deplorables. El coronel Francisco de Paula Santander se encontraba con algunas columnas en Ocaña cuando hace su irrupción en el territorio granadino el brigadier

[29] Se atribuya el denominado Código de Murphi.

Sebastián de la Calzada con toda su Quinta División. Santander sufre el impacto y, como le correspondía, reculó con lo que le quedaba de tropa hacia Piedecuesta, donde se hallaba el gran prócer santandereano Custodio Cayetano García Rovira, a quien ya mencionamos, como comandante en jefe de las tropas republicanas.

A él, naturalmente, se unió Santander y permanecieron a la expectativa de algún destino donde pudieran ser útiles.

Y es por esos mismos días, como se vio en otro capítulo, cuando el general Rafael Urdaneta, a cargo de un poco más de mil hombres sobrevivientes de los desastres del ejército libertador conducido por Bolívar en Venezuela, llega a la Villa del Rosario de Cúcuta donde se encuentra con Santander y el general García Rovira, quienes ya habían sufrido otro nuevo y doloroso enfrentamiento el 25 de noviembre de ese fatídico año 15, con Calzada en su paso avasallante.

Urdaneta después de este encuentro entre derrotados, continuó con sus hombres rumbo a Tunja para presentarse ante el Congreso, como se vio antes, pero, conociendo la presencia de Bolívar en la región, sus soldados pidieron en Pamplona reunirse con el Libertador, cosa que hicieron tal como también se narró antes.

Prosiguieron a Cúcuta y Bolívar, siguiendo las órdenes del aun presidente del Congreso Torres, según se vio en capítulo precedente, se fue a someter a Santafé de Bogotá.

Entre tanto el general Urdaneta, tan cercano como siempre fue al Libertador, prosiguió al mando de sus hombres, en la casi desbandada en que quedaron. Allí vendría lo peor: en un punto llamado Bálaga, en el río Chitagá, habría de darse una nueva batalla, aterradora para los idependentistas. Decían que este desastre se debió a una aventura galante del general venezolano, que lo retrajo de cumplir con sus deberes del frente.

Don José María Caballero apunta sobre el tema:

> *"Don Rafael Urdaneta ha entregado el mando al General Rovira, quien, dicen, ha encontrado el ejército en mal pie, pues quedó así desde la acción que perdió*

en Chitagá, y dicen la perdió por defender a una mujer. Pues, Generales de estado, ahora que debían estar con los terrores de Marte se hallan con las caricias de Venus. No hay tu tía, los godos se entran." …

El general Rafael Urdaneta pertenecía a una élite de venezolanos graduados de militares en la lucha, muy allegado a Bolívar como se ha visto, quien también, derrotado para entonces en Cartagena, había partido ya a Las Antillas en busca de un rincón de refugio.

Ese rincón, como se recuerda, era Jamaica desde donde habría de continuar la lucha. Entretanto en Venezuela y Caracas se vivía esa época indescriptible de humillación y pérdida.

La derrota de Bálaga, tal como se ha dicho que ocurrió, fue una gran mancha para Urdaneta. Después de ese bochornoso incidente marchó éste como pudo hacia la capital de la república. Y allí, en Santafé de Bogotá, fue sometido a un consejo de guerra en el que finalmente fue absuelto, a pesar de la dama.

Pero no recuperó la confianza de militar valiente; y en una especie como de escarmiento, fue enviado hacia los llanos orientales para habilitar a unos cuantos llaneros en las artes militares.

Mas la suerte alternaba en zig-zag, y es así que el desespero de las malas noticias se ve compensado por una buena. El 31 de octubre, sobre el oriente llanero, en un pueblo llamado Chire, ocurre lo que parecía imposible: el general patriota Joaquín Ricaurte, a quien llamaban cariñosamente *El Bola,* con fuerzas menguadas, logra vencer al invicto general Calzada y a su gloriosa Quinta División. Producido este desastre, Calzada, batiéndose en retirada con su ejército en desorden, va a refugiarse a La Salina, al norte de Casanare.

Esta noticia llega a Bogotá esperanzadoramente el 7 de noviembre.

Como se dijo antes, Serviez y los vencedores de El Palo, habían sido llamados a Bogotá por el gobierno en los primeros días de octubre. Habían llegado el 17 -año 15- y continuaban al mando de Serviez. Este oficial francés era plenamente consciente

de sus valores militares, veterano de las gestas napoleónicas y un excelente estratega militar. Es por eso que cuando Torres en sus primeros días de mandato lo nombra segundo comandante –el primero, se recordará, era el general Custodio García Rovira-, respetuosamente declina el nombramiento. No iba él a ser segundo de un militar sin academia alguna. Y continuó simplemente en la labor de adiestramiento e instrucción de nuevas fuerzas, con sede en Tunja.

Por su parte el brigadier español Calzada, se ha reagrupado en La Salina y asistido en el estado mayor por dos grandes oficiales realistas, teniente coronel Carlos Tolrá y mayor Ruperto Delgado. Siguiendo su consejo, rápidamente dejan ese lugar, y en silencio marchan.

Es allí donde se le brinda la oportunidad a don Antonio Palacios, quien se desempeñaba como gobernador en Tunja y se había apropiado del ampuloso título de Capitán General. Reúne Palacios las fuerzas de voluntarios que pudo y marcha hacia La Salina para capturar a Calzada y su Quinta División. Por lo menos esa era su pretensión. Llega, sin tardar mayor cosa, y sin darse cuenta de que éste había abandonado el lugar, entra en bizantina discrepancia con el coronel Serviez, quien también había llegado al sitio con órdenes del presidente Torres de asumir el mando, ordenándole al pomposo Capitán General que se le uniera y salieran en persecución de Calzada.

Nada gustó esa injerencia al bueno de don Antonio, investido de tan flamante grado de capitán general. Entonces se inventó una ingeniosa disculpa para su orgullo. Serviez era el comandante de las fuerzas regulares del estado nombrado por el nuevo jefe del ejecutivo, pero él, Palacios, lo era de los voluntarios y por lo tanto no estaba obligado a obedecer al oficial francés. Mientras tanto, Calzada se alejó tranquilamente por el territorio de Boyacá rumbo a Ocaña. Y es así cómo el 25 de noviembre se dio la derrota de Rafael Urdaneta en Bálaga de la que hablamos antes, y queda desembarazado de enemigos fuertes el jefe español.

Obviamente de nada, al final, había servido el triunfo patriótico de Chire del general Joaquín Ricaurte, ni el del Palo.

Pero un golpe todavía más duro que Bálaga vendría a reducir las esperanzas independentistas en los comienzos del año 16: Cachirí tuvo lugar el 22 de febrero. En el bando republicano ejercía como comandante el general Custodio García Rovira y segundo al mando Santander. Veamos cómo lo narra en su intensidad Botero Saldarriaga [30]:

> *"El coronel don Sebastián de la Calzada, a quien hemos seguido en su marcha de la Salina hacia el interior del país, después de derrotar en Bálaga a Urdaneta hizo alto en Pamplona y allí permaneció algunos días. Indudablemente que para cumplir con las instrucciones de Morillo, y también para desarrollar el plan estratégico que se había trazado de hacer abandonar a Rovira las fuertes posiciones que ocupaba, emprendió su marcha hacia Ocaña, atravesando los páramos de Cachirí. El Jefe patriota –conforme lo había previsto Calzada- se lanzó a la persecución de los realistas, y el 7 de febrero lograba un éxito parcial que lo envalentonó y lo llevó a continuar su marcha sobre los enemigos. Calzada continuó en orden su retirada; esperaba pronto auxilio del Cuartel General y su previsión se vio exactamente cumplida al unirse con el capitán del Regimiento de La Victoria, don Silvestre Llorente, quien regía trescientos cazadores, elegidos entre lo mejor de los mejores batallones expedicionarios. Con este refuerzo devolviose Calzada en busca de los republicanos, quienes al mando de Rovira y de Santander se habían detenido a atrincherarse en el páramo de Cachirí. En sus propias y fuertes posiciones atacó el jefe realista a los soldados patriotas en la tarde del 21 de febrero; al día siguiente, verificado un movimiento de flanqueo, los derrotó totalmente, destruyéndolos en su mayor parte. Rovira y Santander, seguidos de unos pocos hombres, escaparon hacia el Socorro, población a donde arrimaron en un estado desastroso."*

[30] Autor, obra citada.

En esa batalla de Cachirí, según anota el historiador Antonio Cacua Prada, el ejército republicano perdió 2.000 hombres. Se salvaron 30 jinetes y 40 de infantería, que García Rovira entrega en el Puente Nacional a Santander, mientras intenta inútilmente en su provincia -en el actual Santander- restaurar las fuerzas patriotas. Vuelve a Bogotá, hace parte del ejecutivo anterior y finalmente renuncia. Ya todo está agotado.

De la diversa crónica sobre la batalla de Cachirí, se hizo famosa la frase que se ha atribuído a García Rovira con la que alentaba a sus tropas: "!Firmes Cachirí!", pero en realidad lo que el mártir y héroe santandereano exclamó fue: "!Firmes carajo!".

García Rovira después de afrontar muchas dificultades en sus intentos de recuperar sus tropas, fue juzgado por los realistas y condenado a muerte. Fue ahorcado en la Huerta de Jaime en Bogotá en agosto 8 de 1816.

Con este duro porrazo se marcó el final de la primera república granadina y se daba inicio al estremecedor martirologio de ese fatídico año.

Las mayores desgracias, por supuesto, estaban por venir. Y en todo este sombrío panorama, el teniente José María Córdova despertaba a la vida castrense en la ruta hacia los llanos orientales, cuando el único camino que quedaba era proteger los pocos remanentes de las fuerzas patriotas marchando, unos hacia el llano y otros hacia el sur. Córdova pues emprendería ese camino acompañado de su maestro Serviez, de Santander, de Conde, de Blanco, de Carreño, de Manrique, de Valdez, de Morales y los otros pocos sobrevivientes de los desastres.

9
LA CAÍDA DE SANTAFÉ E INICIO DE LAS DOS MARCHAS. SOBREVIVIENTES DEL EJÉRCITO PATRIOTA

Los españoles entran en Santafé el 6 de mayo de 1816, como atrás se vio. El Pacificador Pablo Morillo lo hace el domingo *26* del mismo mes y año. Lleva con él, entre otros, a don Francisco Montalvo, último virrey, quien ha permanecido en Santa Marta, y de nuevo es entronizado en su silla. Por cierto habrá de durar poco tiempo más, y será reemplazado por el guerrero don Juan Sámano.

Vale la pena leer lo que en cita del médico historiador Pedro M. Ibáñez apunta el también historiador Rafael Sevilla, sobrino de Enrile, sobre el viaje de Zipaquirá a Santafé y la entrada de Morillo, inflamado de superioridad y gran desprecio por esos habitantes que ahora le rendían pleitesía.[31]

> *"El domingo 26, Morillo y su séquito salían de Zipaquirá para Santafé trayendo a la cola de sus caballos al Cura y al Coadjutor de esa población, doctor Fernando Buenaventura y fray Mariano Forero.*
>
> *"En el libro del coronel historiador Rafael Sevilla, sobrino de Pascual Enrile, el temible compañero de Morillo*

[31] Autor citado, "Crónicas de Bogotá", 2a edici. T III.

-relación a veces inexacta y apasionada de lo sucedido-, se refiere así la traslación de los expedicionarios desde Zipaquirá a la capital:

"El general dispuso que el ejército le siguiese como a una legua de distancia; se puso un levitón que le cubría todo el cuerpo y parte de la cabeza; un ancho sombrero de paja, sin insignia alguna, le acababa casi de ocultar el rostro; montó en un caballo común, y acompañado del General Enrile, su mayordomo y un ordenanza de caballería, se puso en marcha para la capital del Reino neogranadino, que estaba cerca. Yo seguía en la vanguardia del Ejército. Antes de andar una legua se encontró ya con una brillante cabalgata de señoras lujosamente ataviadas, y caballeros, en fin, con familias principales, a caballo y en coche, una buena música acompañaba a dicha numerosa y lujosa comitiva. Al ver a aquellos cuatro hombres, las amazonas y sus acompañantes hicieron parar la música y los detuvieron, una de las señoras, que venía adelante en un magnifico caballo blanco, fue la primera que tomó la palabra, obligando a hacer graciosas cabriolas a su corcel de pura raza andaluza.

"Caballero -dijo con voz dulce y armoniosa, fijando en Morillo sus grandes ojos negros- ¡salud al victorioso Ejército pacificador de Tierrafirme!. Esta comisión de señoras y señoritas de la nobleza bogotana, que tengo el honor de presidir, así como la de caballeros que nos sigue, queremos saludar y felicitar al invicto General Morillo. ¿Nos podrán ustedes decir dónde hallaremos a su Excelencia?.

"El aludido recorrió con la vista aquella brillante pléyade de hermosas mujeres, gallardamente montadas sobre ricos palafrenes, y después de una breve pausa contestó:

"-Gracias, señoras y caballeros, por las frases lisonjeras que por boca de tan linda dama acabáis de prodigar al valeroso Ejército de que formamos parte, pero el General en jefe… viene atrás" Y haciéndole una cortés

pero fría señal de despedida con la mano, continuó su camino.

"-¿Dónde está el General Morillo? Le preguntan sucesivamente los jinetes que iba encontrando al paso.

"-Atrás viene, contestaba su Excelencia invariablemente.

"A la entrada de la ciudad y en la calle que había de recorrer para llegar a su habitación, encontró multitud de arcos triunfales y carros con comparsas, y banderas españolas, y flores, cortinas de damasco en todos los edificios, y señales del mayor entusiasmo y acendrado españolismo. El General permaneció impasible ante tan ruidosas manifestaciones. Morales le hubiera dado un abrazo si hubiera ido con él.

"¿Cuál es la casa destinada a Morillo? Preguntó a un grupo; y habiendo obtenido las señas que solicitaba, se dirigió a ella y se encerró sin saludar a nadie. Pronto llegaron a nosotros las cabalgatas.

"¿Dónde está el General Morillo? Exclamaban.

"Va adelante. Ya debe estar en la ciudad, contestó un Coronel, quitándose la gorra, correspondiendo al saludo de las amazonas.

"Pronto penetramos en aquella ciudad, que parecía un ascua de oro.

"En breve circuló el rumor de que el general estaba en su casa, y que había desairado el recibimiento que se le tenía preparado. Muchos objetaban que no podía ser, puesto que, él había admitido análogos obsequios en otras poblaciones cercanas.

"Para salir de dudas, se formó una comisión que fuese a ver si realmente era Morillo el hombre del levitón.

"El General la recibió muy cortésmente, vestido de gran uniforme.

"-Señores, les dijo: no extrañen ustedes mi proceder. Un General español no puede asociarse a la alegría, fingida o verdadera de una capital, en cuyas

calles temía yo que resbalase mi caballo en la sangre fresca aún de los soldados de su Majestad en que ellos hace pocos días cayeron a impulsos del plomo traidor de los insurgentes parapetados en vuestras casas.

"Aquella respuesta, que pronto se hizo pública, aguó por entonces la fiesta."

Sí, esa fiesta que esperaban los oportunistas y los de la palinodia.

Los españoles pues entran con desprecio a la capital. Pocos días después de las abyecciones y los arcos triunfales de los vencidos hacia el vencedor, se siente la mano del vengador implacable Morillo, ordenando sin piedad los fusilamientos y las persecuciones por la arisca geografía granadina.

A los dos o tres días de su llegada creó varios comités: el Consejo Permanente de Guerra, cuya función, como cualquier tribunal antiguo de la Inquisición, era aparentar un juicio justo que siempre terminaba con pena de muerte contra los infelices procesados, a quienes se les privaba de todos sus bienes; un Consejo de Purificación, que buscaba encontrar los espíritus puros, más allá de las palabras, que no tuvieran ni una mancha o una sombra siquiera de independentismo, que por supuesto no los había; y no habiéndolos, era preciso que a los sospechosos se los purgara con destierro, privación de bienes y otros castigos ejemplares; y una Junta de Secuestros, cuya función obviamente era entrar al despojo de los bienes de los réprobos.

El número de fusilados creció. La sed de sangre era insaciable. Cómo sería, que aun el propio virrey don Francisco de Montalvo, entronizado nuevamente por el propio Morillo, apunta que las cosas que pasaron en ese año de 1816 fueron terribles; y que "*a esto se agregan las ejecuciones de más de siete mil individuos de las principales familias del virreynato, que han sido pasados por las armas por sentencia del Consejo Permanente a las órdenes del General Morillo."*

He aquí parte de ese martirologio sucedido exclusivamente en ese año 1816:

Feb. 14	José María García Toledo	Abogado	Cartagena
	Miguel Granados	Abogado	Cartagena
	Antonio Ayos	Abogado	Cartagena
	Manuel del Castillo	Brigadier	Cartagena
	Pantaleón Germán Ribón	Coronel	Cartagena
	Santiago Stuart	Coronel	Cartagena
	Martín Amador	Coronel	Cartagena
	José María Portocarrero	Comerciante	Cartagena
	Miguel Anguiano	Ingeniero	Cartagena
Mar. 11	Fernando Carabaño	Coronel	Mompox
	Roque Betancourt	Teniente	Mompox
	Eustaquio García	Paisano	Mompox
Mar. 18	Pedro Arévalo	Coronel	Girón
Abr. 6	Joaquín Umaña	Abogado	Leyva
Abr. 9	Miguel Carabaño	Coronel	Ocaña
	J. Salvador Cancino	Paisano	Ocaña
	Hipólito García	Paisano	Ocaña
May. 28	Carlota Armero	Dama	Mariquita
Jun. 5	Antonio Villavicencio	General	Santafé
Jun. 14	Tomás Pérez	Coronel	Quibdó
Jun. 19	Ignacio Vargas	Abogado	Santafé
Jun. 19	José de la Cruz Contreras	Capitán	Santafé
	José María Carbonell	Ministro	Santafé
	José Ramón Leyva	General	Santafé
Jul. 6	Crisanto Valenzuela	Abogado	Santafé
	Miguel de Pombo	Abogado	Santafé
	Francisco Javier García H.	Abogado	Santafé

	Jorge Tadeo Lozano	Marqués	Santafé
	Emigdio Benítez	Abogado	Santafé
	José Gregorio Gutiérrez	Abogado	Santafé
Jul. 8	José Agustín Rosas	Capitán	Popayán
	José España	Oficial	Popayán
	Rafael Lataza	Oficial	Popayán
Jul. 20	Antonio Baraya	General	Santafé
	Pedro de la Lastra	Comerciante	Santafé
	Carlos Montúfar	Coronel	Buga
Ago. 3	Juan N. Quiguarana	Comercio	Zipaquirá
	Agustín Zapata	Paisano	Zipaquirá
	Francisco Cárate	Paisano	Zipaquirá
	José Gómez	Paisano	Zipaquirá
	Luís Sarache	Paisano	Zipaquirá
	José Vicente Riaño Cortés	Paisano	Zipaquirá
	María Josefa lizarralde	Paisana	Zipaquirá
Ago. 8	Custodio García Rovira	Abogado	Buga
	Hermógenes Céspedes	Capitán	Buga
	José Gabriel Peña	Abogado	Buga
Ago. 13	José Ayala	Coronel	Santafé
	José María Quijano	Mayor	Popayán
	José María Cabal	General	Popayán
	Mariano Matute	Oficial	Popayán
Ago. 29	Joaquín Hoyos	Abogado	Santafé
Ago. 31	José Nicolás de Rivas	Coronel	Santafé
	Mariano Grillo	Capitán	Facatativá
	Joaquín Grillo	Sargento	Facatativá
	Joaquín Camacho	Abogado	Santafé

Sep. 3	José Antonio Ardila	Abogado	Socorro
	Miguel Angulo	Gobernador	Socorro
	Pedro Monsalve	Capitán	Socorro
	Juan José Monsalve	Coronel	Socorro
	Emigdio Troyano	Coronel	Socorro
	Pedro Ramírez	Capitán	Honda
Sep. 3	Liborio Mejía	Coronel	Santafé
	Silvestre Ortiz	Capitán	Santafé
	Andrés Linares	Coronel	Santafé
	Félix Pelgrón	Capitán	Santafé
	Rafael Niño	Capitán	Santafé
	Pascual Andreu	Teniente	Santafé
	Martín Cortés	Abogado	Santafé
Sep. 5	Joaquina Arocha		Purificación
Sep. 10	José María Arrubla	Comerciante	Santafé
	Manuel Bernardo Alvarez	Presidente	Santafé
	Manuel García	Escribano	Santafé
	Dionisio García Tejada	Gobernador	Santafé
Sep. 19	José María Ordoñez	Capitán	Santafé
	Bernabé González	Paisano	Santafé
	Antonio José Vélez	Coronel	Santafé
	Manuel Cifuentes	Paisano	Santafé
	José María Gutiérrez	Coronel	Popayán
Sep. 24	Manuel Santiago Vallecilla	Gobernador	Popayán
Sep. 26	José Díaz	Brigadier	Neiva
	Luís García	Abogado	Neiva
	Benito Salas	Coronel	Neiva
	Fernando Salas	Coronel	Neiva
	Francisco López	Coronel	Neiva
	José María López	Capitán	Vélez
	Santiago Abdón Herrera	Capitán	Vélez
	Antonio Palacio	Gobernador	Tunja

Oct. 5	Manuel Rodríguez Torices	Presidente	Santafé
	Camilo Torres	Presidente	Santafé
	José María Dávila	Congresista	Santafé
	Pedro Felipe Valencia	Conde	Santafé
Oct. 7	Francisco Julián Olaya	Paisano	La Mesa
	Andrés Quijano	Alférez	La Mesa
Oct. 12	Salvador Rizo	Pintor	Santafé
Oct. 18	Joaquín Morillo	Oficial	Santafé
Oct. 20	Estefania Linares		
Oct. 22	Francisco Cabal	Gobernador	Santafé
Oct. 25	Francisco Aguilar	Capitán	Santafé
	Francisco Olmedilla	Coronel	Pore
	Frutos Joaquín Gutiérrez	Abogado	Pore
	José Antonio Monsalve	Oficial	Santafé
	Juan Salías	Sargento	Pore
	Luís Abad	Oficial	Pore
	Joaquín Zerda	Comandante	Pore
Oct. 26	Manuel José Sánchez	Paisano	Leyva
	Juan Bautista Gómez	Paisano	Leyva
	Agustín Navia	Alcalde	Quilichao
	Pedro López	Teniente	Caloto
Oct. 29	José Miguel Montalvo	Abogado	Santafé
	Miguel Bush	Gobernador	Santafé
	Francisco José de Caldas	Ingeniero	Santafé
	Francisco A. Ulloa	Abogado	Santafé
	José León Armero	Gobernador	Honda
	Agustín Calambazo	Cacique	Pitayó

Nov. 6	Joaquín Chacón	Coronel	Santafé
	Ramón Villamizar	Juez	Cúcuta
	José Gabriel Gallardo	Paisano	Cúcuta
	Luís Mendoza	Paisano	Cúcuta
Nov. 11	Francisco Antonio Caicedo		Popayán
	Joaquín Valllecilla		Popayán
	Francisco Portaza		Popayán
Nov. 12	Antonio Campuzano		Ambalema
Nov. 23	Francisco Morales	Paisano	Santafé
Nov. 28	José Buitrago		Mariquita
	Manuel Montaño		Mariquita
Nov. 29	Juan Nepomuceno Niño	Gobernador	Tunja
	José Ramón Lineros	Coronel	Tunja
	José Cayetano Vásquez	Gobernador	Tunja
	Nicolás M. Buenaventura	Coronel	Santafé
	Miguel José Gómez Plata	Paisano	Santafé
Dic. 6	Inés Osuna	Paisana	Guateque
Dic. 12	Higinio Ponce	Comandante	Santafé
	Isidro Plata	Paisano	Sogamoso
	Pedro Manuel Montaña	Escribano	Sogamoso
Dic. 29	Martín Gamboa	Paisano	Chita
	Victorio Valbuena	Paisano	Chita
	Juan Nepomuceno Piedri	Abogado	Nutrias

Y muchos más. Es claro que todo este castigo que se vino encima causó una serie de claudicaciones. Altas personalidades cargadas de méritos, pero vencidas por el miedo, llegaron a actos de abyección. Por ejemplo, un historiador tan notable y estudioso de la extensa historia de la Revolución de Colombia, hombre

de gobierno del propio Bolívar como José Manuel Restrepo, desterrado por Morillo a Kingston, separado de su familia que se mantenía en Antioquia, le escribe una carta al gobernador –de esta provincia- Sánchez Lima en la que le expresa abrumado:

"Aquí permaneceré hasta que pueda conseguir un indulto de nuestro augusto soberano el Señor Don Fernando VII. Entre tanto mi conducta será la más fiel a S. M. como lo justificaré llegado el caso, pues ha mucho tiempo que detesto cualquier idea revolucionaria y solo deseo vivir tranquilamente en el seno de mi familia." [32]

Hay otra historia que antes se había anticipado, vergonzoza por cierto, que tiene como autor al presidente Fernández Madrid, de quien ya hemos mencionado sus "pliegos" a Morillo y algunas otras cartas, en una de las cuales le decía: "*Yo juro a Vuestra Excelencia que mi hermano y yo seremos los vasallos más fieles y que nuestra conducta será irreprensible…"*.

Después de unos días de la llegada de Morillo a Santafé, instalado como estaba en el antiguo palacio virreinal donde no hacía tanto tiempo había vivido y despachado Fernández Madrid, llegó éste a una audiencia con el Pacificador. Se hizo acompañar de su hermano Francisco, quien con él prometía que serían los "vasallos más fieles", y de su mujer, doña María Francisca Domínguez. Ceremonialmente hicieron genuflexiones ante el verdugo e imploraron su perdón. Morillo, que era un rudo militar, en tono adusto les dijo: "*Dentro de tres días marchará usted a la Corte de Madrid. Vaya usted a aprender lealtad de sus parientes. Y se llevará a su mujer y a su hermano."*

Pero existe una anécdota hermosa que cuenta el mismo historiador venezolano Ruiz Rivas[33] y cuyo protagonista lo fue el doctor José Miguel Monsalvo, de Honda. Puesto preso en la Montaña de los Andaquíes fue llevado al Consejo Permanente de Guerra que presidía, por órdenes directas de Morillo el

---

[32] "Bolívar más allá del mito", Ruiz Rivas, autor citado.

[33] "Bolívar más allá del mito", Ruiz Rivas.

coronel Casano, para el interrogatorio. Entonces, al iniciarse las preguntas, el doctor Monsalvo comenzó a leer como respuestas el Manifiesto liberal de la Junta de Sevilla:

"Desde este momento españoles americanos, os veréis elevados a la dignidad de hombres libres; no sois los mismos de antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estábais del centro del poder"…

- Eso no viene al caso, interrumpió Casano.

- "…os miraban con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia…."

- "-¡Eso no viene al caso, interrumpió! Casano

- -"… Vuestros destinos no dependen ni de los Ministros ni de los Virreyes; están en vuestras manos…"

"-¡Eso no viene al caso volvió a gritar el furibundo Casano.

"-Lo que viene al caso, le contestó Monsalvo imperturbable, es el haber dado esa proclama para enviar seguidamente a ustedes. Una de las dos cosas estaban demás".

Casano logró hacerle callar. Al retirarse el preso, le dijo airado:

-Advierta usted que ha faltado gravemente al Consejo!

"-Pues, entonces, échele otra bala al fusil."

El doctor José Miguel Monsalvo fue ejecutado, como se ve en el cuadro de arriba, el 29 de octubre de ese año fatídico de 1816 en la ciudad capital.

Mientras estas cosas trágicas se iban produciendo, los restos del ejército patriota, dividido en dos, como se ha señalado, marchan uno rumbo al Sur, el otro hacia los llanos orientales.

Es pues el momento de retomar la marcha de esos dos menguados ejércitos patriotas después de la división creada bajo la autoridad de Fernández Madrid en Santafé.

Los que marchaban al Sur, ya se dijo, iban a repetir la marcha de Nariño, con el mismo resultado adverso. Irían inicialmente al mando del presidente José Fernández Madrid y luego de que éste calculadamente se retirara, del prócer y mártir antioqueño, último presidente de esa Primera República, el joven jurisconsulto de veinticuatro años Liborio Mejía.

La otra parte del regimiento patriota marcha hacia los llanos orientales, como atrás también lo narramos, al mando del ya general Manuel Serviez. Con él desfilan, entre otros, el coronel Francisco de Paula Santander, y el joven teniente efectivo José María Córdova. También un numeroso grupo de desplazados que llevaban consigo sus pertenencias de valor, entre ellos los doctores Yánez, Méndez y Becerra. Adelante irían a encontrarse con el general Rafael Urdaneta, a quien había mandado al llano el general García Rovira, como antes se observó, después de la derrota de Bálaga.

Empero, antes de proseguir el relato secuencial es conveniente retrotraerse un poco para resaltar algunos aspectos circunstanciales de estas dos marchas:

El presidente José Fernández Madrid vacilaba en autorizarlas. Se sabe que las marchas, de todas maneras ante la crítica situación, significaban salvar unas tropas y alistarse para un futuro sin apostatar de la fe republicana. Fernández era partidario de entregarse ante el enemigo triunfante. Pero lo peor es que ese pensamiento no era el suyo propio sino también el de lo que quedaba del Congreso.

Cierto es que Fernández Madrid, al momento de aceptar la presidencia, había hecho un llamamiento general a las armas y él mismo había anunciado que se pondría al frente de ellas. Pero solo seis personas estuvieron dispuestas a enrolarse. No importándole, aparentemente tal fracaso, el presidente traslada su despacho a Zipaquirá el 2 de abril del mismo 1816 para aprontarse a recibir al enemigo del norte, dejando en cierta forma a salvo a Santafé.

Por su parte Serviez después de abandonar Tunja con el nombramiento de comandante en jefe de las armas, se traslada a Puente Real, punto estratégico cerca de la ciudad de Vélez. No dura en ese sitio mucho tiempo, porque es desplazado por La Torre y Calzada, que allí llegan a unir las fuerzas. Serviez mide el aceite y se retira militarmente, sin apretujones, para ubicarse en Villa de Leiva.

Todo esto está pasando el 2 de abril de 1816. Serviez tiene un contingente de 1.200 hombres con reclutas incluidos y una caballería más o menos adiestrada. Allí se presenta el diputado del Congreso José María Dávila en consulta y le enseña unos pliegos de rendición ante Morillo que le manda el presidente Fernández Madrid, con la advertencia de que ese es el pensamiento del Congreso. El general francés se opuso rotundamente a dar ese paso. Ya sabía él lo que había acontecido con los patriotas de Cartagena y lo que venía pasando en Antioquia y demás provincias por las que llegaba la reconquista española.

Informado por Dávila del resultado negativo de su consulta, Fernández envía un parte al Congreso de Tunja. Este cuerpo dilucida y le envía una orden terminante al presidente en que le dice que sus órdenes son iniciar esas negociaciones con los españoles y que si no lo hace le recaerían serias responsabilidades. Fernández Madrid da la contraorden a la orden ya expedida.

Ante esta situación Serviez no tuvo otra alternativa que convocar una junta de oficiales ante los cuales expuso cuál era la comisión de Dávila y enseñó la copia de los pliegos con destino a Murillo y La Torre en que se planteaba la capitulación y se intentaba desagraviar de palabra al rey. La palinodia. Todos los oficiales estuvieron de acuerdo con su comandante Serviez y desaprobaron los planes del Congreso auspiciados por el presidente.

Por su importancia, veamos unos apartes escritos por el general Francisco de Paula Santander sobre estos episodios, que cita Botero Saldarriaga[34] en especial sobre los pliegos de Dávila y la reunión de oficiales:

---

[34] Botero Saldarriaga, "Córdova".

*"Estos documentos y la respuesta unánime y negativa que los coroneles Vergara, Conde, Concha, Tomás Montilla y yo habíamos dado a Serviez cuando nos preguntó si creíamos conveniente al país una capitulación con Morillo, y varias cartas que Serviez había recibido de Casanare de patriotas granadinos y venezolanos en que le hacían la más lisonjera pintura de los recursos del país en caballos y ganados, del entusiasmo de los llaneros, y de las ventajas que las tropas independientes habían alcanzado en la provincia de Barinas, en distintos combates con el enemigo, decidieron a Serviez de acuerdo con los oficiales venezolanos que había en el ejército a enviarme cerca del gobierno supremo que desempeñaba el presidente José F. Madrid, para que con vista de todos los documentos precitados lo decidiese a que se retirase hacia Casanare con las tropas y demás recursos que fuera posible." (*hasta aquí Santander)

Pero Botero Saldarriaga continúa ese relato:

"En efecto, *Santander se trasladó a Zipaquirá a mediados del mes de abril, en donde se encontraba Madrid y cumplió correctamente con su misión: él informó al presidente de la Unión del avance de los invasores; de la pérdida de la provincia de Antioquia; de la conducta sanguinaria y feroz de Morillo y sus tenientes; del buen éxito con que luchaban los patriotas en Casanare, de los grandes recursos de estos territorios, de las conveniencias militares de una retirada hacia ella; de lo absurdo que sería emprender una marcha hacia Popayán, estudiada desde todo punto de vista, y de muchísimas otras consideraciones favorables al plan de Serviez y los militares que le acompañaban. Ante la precisión y brillo de los argumentos de Santander, Madrid dio orden de que la retirada se efectuara a Casanare y, firmada por Castillo y Rada con fecha 17 de abril del ya mencionado año 1816, fue entregada por Santander al General Serviez el 18 del mismo mes en Chocontá, pueblo en que se encontraban*

las tropas patriotas después de haberse retirado de Chiquinquirá, pues, sabida la ocupación de Villa de Leiva por los jefes realistas Latorre y Calzada, Serviez marchó a Chocontá con el objeto de cubrir el camino principal entre Tunja y la capital…

"El 21 de abril revocaba Madrid la autorización que con Santander había enviado cuatro días antes a Serviez para retirarse a Casanare. El Congreso de la Unión se había disuelto en esa fecha, y sus miembros llenos de pánico procuraban salvarse de algún modo. El presidente Madrid abandonó a Zipaquirá el 1º de mayo y se trasladó al pueblo de Chía. Fue allí en donde recibió al Síndico Procurador General del Cabildo de Santa Fe, doctor Ignacio Herrera, quien iba oficialmente delegado por aquella Corporación, la heredera del Cabildo del 20 de julio de 1810 para que ante el Presidente de la Unión recabara las medidas conducentes a entrar en una capitulación con el Jefe español de manera de evitar toda clase de hostilidades contra la provincia y la capital.

"Esta petición del Cabildo de Santa Fe y las últimas órdenes del Congreso de la Unión hicieron que Madrid confeccionara nuevos pliegos para Morillo y que los remitiera a este jefe…"

Se refiere a los mismos pliegos que fueron interceptados y decomisados por enviados de Serviez, los cuales, a su vez, también le fueron decomisados a éste por los españoles, como se anotó atrás, y obsequiados por Morillo varios años después en España, a los generales Soublette y O´Leary.

O sea que la orden de marchar todo el ejército, del cual era comandante en jefe Serviez hacia Casanare, ya dada y rubricada, quedaba revocada por Madrid.

Empero, las cosas no pararían allí. El oficial francés y sus tropas se negaban a cumplir la nueva medida del gobierno. Entonces el propio Serviez decidió pasar a Chía para enterar a Madrid de la decisión de sus tropas y convencer una vez más a éste de que la única salida razonable era que él mismo –el presidente- y todas las tropas marcharan hacia Casanare. Y lo

hizo. Conversaron el 1º de mayo por la mañana y en las horas de la tarde el presidente había suscrito otras órdenes, acordes con el pensamiento del comandante.

Pero esas nuevas órdenes de Madrid fueron rechazadas por los jefes militares que lo acompañaban y el batallón Socorro. No aceptaban ellos la ida a los llanos sino que reclamaban proseguir con el propio presidente hacia el Sur, más concretamente a Popayán.

Pero aun vendría otra inconformidad. Madrid, frente a los informes de avanzada de los realistas, abandonó Chía y fue a ubicarse desesperadamente en Funza. Y allí, mientras los miembros del Cabildo suplicaban la capitulación no solo del gobierno sino de las fuerzas armadas, los oficiales de las escasas fuerzas que lo acompañaban volvían a insistir en la marcha al Sur. En medio de esas tribulaciones, Madrid nombra comandante en jefe al coronel Santander y le pide que vaya donde Serviez y le ofrezca pasaporte por si él y otros insisten en enfilarse a Casanare. Éste convoca una junta de oficiales y reunidos examinan la cuestión y votan. Luego aprueban un mensaje breve: "*No se aceptan las órdenes de un presidente cuyos pasos eran dirigidos a capitular con el enemigo y a sacrificar al ejército.*"

Al mismo tiempo, para darle sustento probatorio a lo afirmado, se ordenó publicar los pliegos dirigidos a Morillo y Calzada. Santander, hombre de leales y valientes convicciones, estuvo de parte de los patriotas que acompañaban a Serviez. Y así quedó la cosa.

Ahora, es de destacar que no obstante esta decisión rebelde de Serviez y sus oficiales, puede afirmarse que éste jamás desobedeció las órdenes impartidas por el presidente. Porque en efecto, Madrid, después de muchas vacilaciones, debió aceptar la división de las tropas, y él mismo iinició la marcha, por lo menos en el comienzo, con los que salieron hacia el Sur.

Serviez, como ya se ha visto, según lo convenido, no partió hacia el llano sino el día 5 de mayo (año 16), desde Tunjuelo, y después de haber escoltado a su presidente y a las otras tropas que de allí partieron a su destino.

En efecto, las últimas órdenes de éste las expidió a través de una carta que le envió a Serviez el general Custodio García Rovira el 1º de mayo. En lo pertinente esa misiva decía:

"…El Excmo. Señor Presidente me manda a decir a US. que se sitúe con su ejército en un punto en que al mismo tiempo en que cubra su retirada sobre Casanare, sin que ésta se verifique por la ciudad de Santafé, amenace al enemigo y lo contenga, protegiendo de este modo las fuerzas que vayan con el Gobierno de Bogotá. Por tanto US. no se retirará sino en el último caso en que lo exijan las circunstancias, para no descubrir al enemigo sus designios ni dejar expuestas las expresadas fuerzas de Bogotá; y a efecto de aumentar éstas y apoyarlas con alguna artillería, hará US. que vengan inmediatamente a reunírsele el escuadrón Bogotá, al mando del Jefe Hoyos, el de Ubaté, y el de Tunja, todos con sus respectivos caballos de remonta. (…)"

Fue en esa misma forma que ordena la carta como se hizo por el francés. Hecho lo cual parte ya hacia el llano el 5 de agosto (1816) desde Tunjuelo. La víspera eran, también ya se dijo, unos mil doscientos hombres mal alimentados, mal vestidos, casi descalzos. Por supuesto las deserciones en ambos contingentes eran brutales. No había moral ni logística. Todos iban en busca de una quimera.

Cuando emprenden la marcha, como ya se ha anotado antes, solo han quedado seiscientos hombres en armas, más los civiles desplazados que en un número importante los acompañan con todas sus pertenencias. Es posible que la situación no pudiera ser peor y que el camino tanto hacia el Sur del presidente, como el de los llanos de Serviez, no ofreciera nada atractivo ni para el combate futuro ni para la salvación inmediata. Pero eran las encrucijadas que debían asumir los patriotas en el empeño de lograr algún día la libertad.

El camino al Sur, ya probado por Nariño, fue fatal. El presidente José Fernández Madrid habría de abandonarlo muy tempranamente y en su lugar asumió como presidente Eliseo Arango.

SEGUNDA PARTE

Venezuela y los Llanos

10

EL LLANO. PÁEZ Y LOS INTRÉPIDOS CENTAUROS. VICTORIAS

Es aquí, realmente, en donde comienza en firme la vida militar de José María Córdova como héroe y gran guerrero. Ha recibido ya una fuerte enseñanza en la escuela de la desgracia. Ha tenido de cerca el dolor y ha conocido la crueldad y la perfidia. También ha visto a los hombres de cerca y le son conocidas sus virtudes y miserias, esa extraña aleación de que está compuesto el ser humano.

Ahora salen los seiscientos soldados. Entre ellos va él con su grado de teniente efectivo y los civiles de Tunjuelo a emprender la larga marcha por la cordillera que luego conducirá al llano, que él no conoce, pero que sabe es extenso y plano como un mar. Por supuesto que de esta marcha se han enterado los jefes españoles, que no perdonan. En consecuencia, ordenan la persecución inmediata de esta pequeña tropa. Solo llevan una corta ventaja. Pero avanzan vertiginosamente.

El 13 de junio (1816) casi los alcanza La Torre en Ocoa, lo que les obliga a acelerar más la marcha. El 22 se presenta una confrontación en Upía que no los detiene para llegar a Pore el 23 de junio. Llevan un mes largo de camino, que ya es mucho. En Pore reciben un pequeño refuerzo de caballería que les envía el general Rafael Urdaneta, ya instalado en el llano después del desastre de Bálaga que atrás vimos.

Morillo está pendiente de toda esta persecución y considera vital para los intereses españoles acabar con esos reductos escapados de Santafé. Tiene Morillo, oficial rejugado en lo que llaman el *arte de la guerra,* la sensación de que del llano saldrán las nuevas fuerzas para dar inicio a otro período del carrusel. Nada está completo si no se destruyen esos brotes rebeldes. Y no se equivocaba. Por eso es su afán de impedir que Serviez y acompañantes lleguen a Venezuela a reforzar los eslabones sueltos de la cadena. Así, desde San Gil dispone que el coronel Manuel Villavicencio parta al frente del batallón Húsares de Fernando VII y otras fuerzas de caballería en busca de estos fugitivos. Deben impedir que se unan a Urdaneta que se encuentra en Chire.

En la laguna de Guachiría los alcanzó Villavicencio y se trabó el combate. No obstante la superioridad numérica y el mejor equipamiento de los españoles, la caballería patriota demostró mayor fortaleza e hizo devolver por el pie de monte al ejército de Villavicencio. Era el 29 de junio y esta victoria, aunque no definitiva, les daba aliento. Así, pues, con mayor vigor continuaron hasta encontrarse, por fin, con el general Urdaneta el 1º de julio (1816).

Sin embargo las cuentas estaban muy lejos de ser buenas. Éste tenía solo cuatrocientos hombres, llaneros y expertos jinetes. Cuando Serviez llegó a Pore, capital entonces de Casanare, le acompañan sus brillantes oficiales, los desplazados y solo cincuenta y seis soldados de los que habían salido de Santafé. Los demás habían desertado o muerto.

Además, era la época de las lluvias torrenciales, de las inundaciones, de los desplazamientos de tierras y el cierre de los caminos. Todo esto, que estaba en contra de los patriotas mal vestidos, mal comidos y enfermos de malaria, era del conocimiento de Morillo.

Tres fuerzas republicanas diferentes e independientes se movían en la región: primero la comandada por el coronel Miguel Valdés, cuyo asiento era la ciudad venezolana de Guasdualito. Las otras dos, sin un asiento fijo, eran las del gobernador de Casanare coronel Juan N. Moreno y la del recién llegado general Serviez con el general Urdaneta.

Era natural que los tres grupos pidieran una reunión de oficiales donde adoptaran una política de entendimiento y unión. La iniciativa la tomó el gobernador Moreno y tuvo lugar en Arauca, última población de la Nueva Granada, a orillas del río fronterizo del mismo nombre. Ni Urdaneta ni Serviez –que eran los generales- asistieron a la reunión, pero delegaron con plenos poderes al coronel Santander. Tampoco lo hizo el gobernador Juan N. Moreno, quien delegó con plenos poderes al comandante Francisco Burgos.

Esta reunión de Arauca tuvo lugar el 16 de julio (1816). La presidió el coronel Miguel Valdés. A ella asistieron los coroneles Miguel Guerrero, José María Carreño y Francisco de Paula Santander; y cinco tenientes coroneles dentro de los cuales encabezaba José Antonio Páez y varios oficiales menores.

Acordaron adoptar varios puntos muy optimistas como políticas múltiples para la hora aciaga que vivían. Por el primero, proclamaban como presidente del territorio en que se encontraban al doctor Fernando Serrano, patriota santandereano y abogado, quien había sido gobernador de Pamplona, por el segundo, nombraban como jefe de las tropas al coronel Francisco de Paula Santander, por el tercero, designaban como consejeros de Estado a los generales Rafael Urdaneta y a Manuel Serviez.

Se podrá anotar que el doctor Fernando Serrano fue, pues, el primer presidente de lo que podría llamarse esta etapa incipiente de la segunda república.

Por lo demás, era obvio que a Urdaneta le tenían desconfianza. Algo pesaba en el ambiente la historia de Bálaga; y a Serviez lo rechazaban por ser extranjero.

Santander debió aceptar mal de su gana la designación. No eran tiempos de remilgos. Sabía él que eso no iba a funcionar. El mismo lo escribe en su libro[35] hablando de ese episodio:

> *"Demasiado preveía yo que todo lo que se estaba haciendo se desbarataría el día que lo quisiese alguno de aquellos jefes, que por la analogía de costumbres*

[35] "Apuntaciones para la Memoria sobre Colombia y la Nueva Granada", Francisco de Paula Santander.

debía tener influencia sobre los llaneros; además, ya para entonces se me había tachado de enemigo de los venezolanos con motivo de las diferencias suscitadas en Cúcuta entre Bolívar y Castillo. El resultado correspondió a mis recelos: a los dos meses de mi nuevo mando los emigrados de Venezuela hicieron revivir los celos entre granadinos y venezolanos, que tanto se habían fomentado cuando Bolívar bloqueó a Cartagena en 1815.

"… No puedo pasar en silencio esa campaña de Apure, donde las privaciones, las penalidades y los peligros se acumularon para probar nuestra constancia. Descalzos absolutamente, sin ropa, sin recursos y alimentados solamente con carne mal asada y sin sal, deseábamos los riesgos para acabar con gloria una vida tan amarga."

Santander en ese nuevo mando que él sabía no iba a funcionar, dispuso varias cosas necesarias. La primera, que los desplazados o emigrados que los seguían desde Santafé, que eran gente muy respetable, granadinos y venezolanos, y los cuales se habían quedado en Casanare, se reunieran con ellos en Guasdualito. Fue una marcha dolorosa, pero restituyó la confianza en éstos, que otra vez se sintieron protegidos por los propios. Sin duda esa medida era necesaria.

La segunda era la movilización y permanencia igualmente de las tropas patriotas en el mismo Guasdualito en Venezuela, distante solo cinco leguas de Arauca.

Los días pasaron, sin que en general los llaneros obedecieran a Santander como jefe. Posteriormente, como que se trataba de un ejército en movilización, ordenó el desplazamiento hacia Trinidad de Arichuna. En esta localidad Santander, que era previsivo y organizado, se dedicó a conseguir caballerías y aperos de que estaban tan necesitados. Fueron estas acciones causa o no del detonante, que seguramente estaba meditado de tiempo atrás.

La cosa es que el 16 de septiembre (1816) se insubordinaron las tropas llaneras y contra la voluntad del comandante en jefe formaron filas y se reunieron en abierto desafío a deliberar.

Santander, que cuando era necesario sin duda era intrépido, desenvainó su espada y con voz autoritaria entró en el conciliábulo y les ordenó disolverse, advirtiendo que se dejaría matar combatiendo, pero no dejaría desconocer su autoridad.

Los llaneros se disolvieron en el momento, y restablecido el principio de respeto a las jerarquías, Santander renunció al cargo ante el presidente Fernando Serrano. Los llaneros entonces volvieron a reunirse y aclamaron como jefe supremo al teniente coronel José Antonio Páez. Era un jefe muy joven -26 años- llamado para el mando.

Páez en sus memorias describe así este asunto:

> *"El general Servier (sic), jefe de los patriotas en la desgraciada retirada de Bogotá a Casanare, solo pudo salvar cosa de doscientos hombres de la dispersión que le había causado en Cáqueza, el 11 del mismo mes el teniente coronel Antonio Gómez. El 13 de junio* (1816) l*e alcanzó Latorre (sic), pero no pudo impedir la retirada que logró verificar si bien con algunas pérdidas, por haberla cubierto con el río Ocoa. El 22 le volvió a alcanzar en Upía y acabó de dispersarle, siendo muy insignificante el número con que llegó el 23 a Pore, en donde se hallaba el general Urdaneta y se reunió a la emigración. Por el mismo tiempo fue éste destituido del mando, de orden del coronel Miguel Valdés, que había reemplazado en Guasdualito al general Ricaurte, en virtud de su renuncia, y desconocido a Urdaneta, so pretexto de que el gobierno se hallaba disuelto y no había podido nombrarle en lugar de aquel jefe. En Pore quedó mandando el coronel Juan Nepomuceno Moreno con el título de gobernador, pero sin fuerza ni recursos suficientes para sostenerse.*
>
> *…El coronel Juan Villavicencio bajó de San Gil con doscientos setenta caballos, y el 29 de junio tuvo un encuentro en las llanuras de Guachiria con ochenta hombres la misma arma y sesenta y cinco infantes al mando de Moreno, quien le disputó bizarramente el campo, abandonado por ambos en la oscuridad de la*

noche a causa del mutuo recelo de ser cargados por fuerzas mayores. Villavicencio volvió hacia la cordillera con bastantes pérdidas y los patriotas hacia Pore, quedando así dueños otra vez de la llanura hasta que evacuaron la ciudad y se dirigieron con una gran parte de la emigración a la villa de Arauca.

Latorre ocupó a Pore el 10 de julio (1816) *y los persiguió hasta Bocoyes; pero no pudo alcanzarles y regresó a aquella ciudad, tomando allí cuarteles de invierno mientras duraba lo recio de las lluvias y bajaban los ríos crecidos entonces."*

Esta narración de Páez, testigo vivo de los acontecimientos, como se ve, coincide con la que antes expusimos. Ahora, en relación con los hechos en que es proclamado Páez como el jefe máximo, con cierto pudor se abstiene de narrarlos el jefe llanero, para transcribir lo que escribe el historiador venezolano Rafael María Baralt[36] con un sentido crítico acertado en su Historia de Venezuela. Éste anota:

"Valga la verdad -dice hablando del gobierno de Serrano y Santander- este aparato de gobierno regular en aquellos desiertos, trazado por unos cuantos fugitivos sin súbditos ni tierra que mandar, era altamente ridículo, ilegal, y lo que es más, embarazoso. Serrano era un hombre excelente; pero siendo granadino y hallándose en territorio venezolano, ¿cuál era la república que iba a dirigir? Y el ejército de Santander, granadino también y desconocido en Venezuela, a la que jamás había hecho el más pequeño servicio, ¿dónde estaba? Servier (sic) francés de nacimiento y oficial granadino, no podía inspirar ninguna confianza, y los nombres de Urdaneta y Yánez, tan respetados en Venezuela y Nueva Granada, poco valían para dar autoridad y peso a aquel cuitado

[36] Rafael María Baralt, "Historia de Venezuela". Historiador de la época. Tomo 1º, pág. 289.

gobierno, en medio de hombres semibárbaros para quienes las virtudes civiles, y aun las militares de cierto orden elevado, eran cosa extraña y peregrina. Aquel tren duró, pues, como era natural, muy poco tiempo, porque apenas llegó a la Trinidad de Arichuna, cuando varios jefes venezolanos pensaron en destruirlo para poner en su lugar lo que convenía entonces, es a saber, un jefe único y absoluto que tuviese la confianza de los llaneros y los condujese a la guerra. Intentose un motín de tres escuadrones en tanto que una junta de oficiales se reunía para fingirse intimada, buscar medios de apaciguar la tropa, y encontrarlos en la deposición de Santander. Éste cortó con tiempo el alboroto, presentándose en la junta y seguidamente a dichos escuadrones; pero conociendo que él no era el hombre de aquellas circunstancias, renunció inmediatamente el mando ante el presidente Serrano. La junta, compuesta de los coroneles Juan Antonio Paredes y Fernando Figueredo, de los tenientes coroneles José María Carreño, Miguel Antonio Vásquez, Domingo Mesa, José Antonio Páez y del sargento mayor Francisco Conde, pasó luego a elegir una persona que ocupase a un tiempo el lugar de Santander y el de Serrano, o mejor dicho, que fuese *jefe absoluto en las llanuras."*

La insubordinación, que ese es el nombre, en tiempos *de facto* equivalía a la legalización de lo actuado. Y si es así que Santander había logrado su ascenso a general en una reunión similar en Pore, también fue en Trinidad de Arichuna ascendido a general José Antonio Páez, saltando el grado de coronel efectivo. Eran los tiempos de las vías de hecho. Porque, como lo dijo el propio Páez, refiriéndose a esa circunstancia, "*no había otra soberanía a la que ellos representaban".*

Como consecuencia de estas determinaciones troperas, Páez, que no se hacía rogar para mandar, ordenó la supresión de la presidencia de Serrano y él asumió el discutible –por lo incierto- poder que se le brindaba como Director Supremo de la

Guerra en los Llanos. Luego convocaría una junta de oficiales para determinar el paso siguiente que más conviniera a los intereses de la patria. Allí, expuestos los diferentes criterios, se determinó una movilización hacia el Bajo Apure. El primer paso suponía arremeter contra el coronel Francisco López, gobernador realista de Barinas, quien en ese momento se encontraba en Achaguas.

Posteriormente Páez, con muy buen sentido, dividió sus precarias tropas en tres divisiones: la primera la comandaría el general Rafael Urdaneta, la segunda, el general Manuel Serviez, en la que formaba filas el joven Córdova, la tercera la comandaría el general Santander, quien había aceptado de buen grado el cambio operado.

11

LOS CENTAUROS Y EL LLANO INTENSO. TRIUNFO EN LA BATALLA DE YAGUAL

¿Cuál era el estado general de esas pocas fuerzas diseminadas en tan vastos territorios pero rodeados de enemigos feroces? Vale la pena volver a Páez, porque nadie tenía más autoridad que él, conocedor de la región y de esos sucesos, para narrarlo:

> *"A punto viene aquí dar al lector una idea del estado en que se encontraban las tropas y de los recursos con que contaba para salvar el país. Los caballos del servicio, indómitos y nuevos, estaban extenuados, porque en la parte de los llanos que ocupábamos, el pasto escasea y es de mala calidad. La mayor parte de los soldados no tenían más arma que la lanza y palos de albarico, aguzados a manera de chuzos, por una de sus puntas: muy pocos llevaban armas de fuego. Cubríanse las carnes con guayucos; los sombreros se habían podrido con los rigores de la estación lluviosa y ni aun la falta de silla para montar podía suplirse con la frazada o cualquier otro asiento blando. Cuando se mataba alguna res, los soldados se disputaban la posesión del cuero que podía servirles de abrigo contra las lluvias durante la noche en la sabana limpia, donde teníamos que permanecer a fin de no ser cogidos de sorpresa, pues a excepción del*

terreno que pisábamos, todo el territorio estaba ocupado por los enemigos, y más de una vez fueron perseguidos y muertos los que cometían la imprudencia de separarse del centro de las fuerzas."

Se tiene conocimiento, no se sabe si con razón o no, que el escritor fantasma de esta autobiografía de Páez lo fue el poeta Rafael Pombo, con quien mantuvo una estrecha amistad aquel León de Apure, desterrado años después de haber ejercido el mando supremo de su país en la Nueva York de mediados del siglo 19. Allí residía Pombo y vivía escasamente de sus escritos. Eso tal vez explique la magnífica escritura del texto. El pensamiento, por supuesto, era auténtico del León de Apure. Veamos cómo continúa la exposición anterior:

"¡Oh tiempos aquellos!, sabe Dios lo que sufrimos, y si era preciso más que la estoicidad y el heroísmo para no irse a las poblaciones, arriesgando más bien la vida en brazos de una tiranía despiadada y vengativa, que no arrostrar una existencia llena de peligros y necesidades mayores que los que a la humana condición parece dado resistir. Jamás podrán nuestros hijos ni aun imaginar tan solo a qué precio se compró la independencia. Pero aquellos tiempos trajeron a aquellos hombres que si tenían cuerpo de hierro, no llevaban el alma menos templada. Nada nos quedaba entonces, sino la esperanza y una resolución indomable, superior a todas las calamidades y desgracias reunidas. La esperanza nos alimentaba; nuestra resolución sirvió de base para levantar de nuevo el altar de la patria."

Estaban, como se recuerda, en Trinidad de Arichuna. De allí pasaron en movilización de toda la tropa y los emigrados, a los médanos de Araguayuna. Aquí, necesariamente y al adentrarse en lo profundo del llano venezolano, fue inevitable separarse de los emigrantes, con gran sentimiento de amargura. Según Páez, que también narra esos momentos de despedida, hubo lágrimas salidas de esos rostros endurecidos por la fatiga y la ira de los combates. Porque, se dijo antes, en esta pelea no prevalecían ya los sentimientos altruistas de la libertad, sino el odio y la venganza acumulados sin remedio en esos corazones ansiosos de sangre enemiga.

Al poco tiempo de la marcha divisan a un capitán enemigo de apellido Mirabal, el que, con una guardia de cincuenta y seis soldados, conduce una cuadra de cien caballos frescos de repuesto rumbo al cuartel realista. El caballo, por supuesto, es el alma del llanero. Páez arremete cargado de coraje y luego de unas cuantas embestidas violentas, se apodera de las caballerías.

Ese era un gran triunfo, primero de otros que vendrían en cadena. Ve entonces Páez el momento de atacar como el primer objetivo trazado desde que asumió el mando, al gobernador de Barinas situado en Achaguas. Era el coronel Francisco López.

Fortalecidos y llenos de bravura, Páez y sus llaneros se dirigieron a Achaguas. López era un curtido militar español. En esos momentos contaba con un contingente de mil setecientos hombres de caballería más setecientos de infantería, municiones plenas y tres cañones pesados. El combate se da cerca al estero del Yagual. Allí había una casa grande y un hato de ganadería. Es el 8 de octubre de 1816.

Encarnizado fue el encuentro. Los llaneros, encabezados por Páez, arremetían como demonios con sus lanzas en las caballerías al vuelo. Y era de noche. Las tres divisiones del ejército patriota trabajaban en frentes diversos, respondiendo con la mayor eficacia, como las falanges de Epaminondas, a la superioridad de fuerzas del contrario. Cuando a Urdaneta lo tenían acosado, Paéz da órdenes certeras que determinan el triunfo. Oigámoslo otra vez en su autobiografía:

> *"Mientras el capitán José María Angulo, con un piquete de carabineros, hacía un reconocimiento del terreno a la derecha del enemigo, fue acometido por fuerzas superiores de la misma arma, y como yo lo reforzase con el resto de la compañía, conoció López que el ataque general podía empeñarse por aquel flanco: dispuso en consecuencia que un escuadrón de carabineros saliese por su izquierda a flanquear mi derecha. Acercáronse éstos a menos de medio tiro de carabina, favorecidos por una cañada llena de agua que se hallaba entre ambos cuerpos, y que formando*

varias sinuosidades, nos hubiera sido necesario pasar muchas veces para ir a atacarlos. Rompieron el fuego con gran ventaja de su parte, no solo por lo corto de la distancia que nos separaba, sino porque no teníamos bastantes armas de fuego con que contestar a sus disparos. Destaqué entonces la mitad del escuadrón de Santander, al mando del intrépido Género Vásquez, para que atravesando la cañada desalojase al enemigo de aquella posición. Así lo ejecutó Vásquez, y ya los realistas empezaban a huir cuando les vino el auxilio de un escuadrón de lanceros con lo que Vásquez se vio obligado a combatir, perdiendo el terreno que había ganado. Envié entonces al coronel Santander con la otra mitad, y pudo ésta rechazar de nuevo al enemigo.

"Resuelto el jefe realista a no ceder el terreno, envió nuevos refuerzos de dos escuadrones, y yo dispuse entonces que el general Servier (sic) avanzara con el segundo escuadrón en auxilio de Santander, y que procurase al mismo tiempo blanquear y envolver al enemigo por su costado derecho. Cuando Santander y Servier se hallaban más empeñados en un rigurosísimo combate a lanza, salió por la derecha el coronel Torella, segundo de López, con un escuadrón de doscientos hombres, al mando del comandante Morón, jefe de la mayor confianza de López, con el propósito de destruir por retaguardia las fuerzas de aquellos jefes; para lograr dicho objeto mandó López al mismo tiempo cargarle con todo el resto de su caballería. Al ver el movimiento ordené al general que le saliese al encuentro, y acompañándolo yo en persona, nos le fuimos encima con tal denuedo que ni aun tiempo tuvo el realista para ejecutar su maniobra, pues al dar frente a Urdaneta, éste le estrelló contra las orillas de una laguna que les quedaba a un costado. El combate fue desesperado y sangriento, viéndose al fin algunos obligados a arrojarse a la laguna y pasarla a nado. Este triunfo salvó las brigadas de Santander y Servier que se encontraban en grande aprieto."

El triunfo de Yagual a que se refiere Páez no terminó allí. El coronel Francisco López huyó con gran parte de su tropa y aquel lo persiguió en lanchas y por tierra. Se valió de todas las estratagemas y audacias, válidas en la guerra. Hasta el punto de que el propio gobernador de Barinas aprendió a admirarlo por sus talentos especiales y le hizo saber que quería reunirse con él.

Un poco extrañado Páez aceptó la entrevista que tuvo lugar en la mitad del río Apure en una canoa. Y allá llegó éste y se entrevistó con un hombre educado, de buenos modales, a diferencia de la rusticidad del llanero. El jefe español le alabó por su talento y valor y se dolió que los realistas lo hubieran tratado mal para perderlo a la causa. Paéz respondió cortantemente que él nunca había pertenecido a las fuerzas realistas. Su carrera la había iniciado con los patriotas en cuya causa él creía y allí habría de terminar. Se separaron cordialmente. Y Páez anota en su libro que, al verlo marchar, pensó: "*Quien hubiera hecho creer entonces a aquel hombre que sus días estaban ya contados y que no pasarían muchos sin que terminara la carrera de su vida.*"

Y en efecto, pocos días después fue capturado a base de astucias válidas en una lancha. Cuando fue llevado al cuartel general de Paéz, ya instalado en Achaguas desde el 14 de octubre (1816), en el patio de formación, el Director General de la Guerra del Llano hizo leer la sentencia de muerte; y al terminar la lectura, se acercó un negro sargento, muy musculoso, de nombre Pedro Camejo, a quien apodaban *El Primero*, y desde atrás, con una peinilla grande, descargó un mandoble certero, limpio, que desgajó la cabeza haciéndola rodar por el suelo.

Efectivamente la profecía de Páez sobre los días contados del coronel español Francisco López se había cumplido exactamente. Tenía Páez el don de la clarividencia.

La lucha continuó implacable. Páez poco a poco, pero de manera constante, se iba adueñando del llano. No importaba el número de combatientes, que Páez y sus brigadas siempre estaban en minoría y siempre ganaban. Los jefes españoles perdían y le tenían un miedo indescriptible.

Esos llaneros eran osados y veloces, una especie de "centauros indomables", como los llama el himno nacional de

Rafael Núñez, que mataban al contricante sobre el vuelo del caballo, que manejaban el caballo solo con los pies puestos en los ijares, y las manos sueltas para destruir con el sable o la lanza. Y en todo esto estaba el espíritu resuelto y decidido de Páez. El mismo anota sobre su ejército una cita de Bolívar en su libro:

> "*Bolívar se admiraba, no tanto de que hubiera formado ese ejército, sino de que hubiera logrado conservarlo en buen estado y disciplina, pues en su mayor parte se componía de los mismos individuos que, a las* órdenes de Yánez y de Boves habían sido el azote de los patriotas."

Sí, la guerra cruel, sin reglas, a muerte y sin respeto alguno por los derechos humanos, que habían descubierto Yánez y Boves, se había convertido en una forma de vivir para muchos. Una guerra del odio de los de abajo contra los de arriba, sin importar embelecos como la patria o la nacionalidad. Esos eran los motivos, una excusa para encubrir la licencia para matar y el desahogo del odio de clase, que era lo que se determinaba como motivación verdadera.

Y detrás de eso estaba la ferocidad corsaria y el robo. Era vivir el día de hoy, que mañana puedo estar muerto. Luego hay que sacarle partido es al día de hoy. Esas hordas llaneras, heredadas de aquellos dos caudillos españoles que tanto daño hicieron a la segunda república de Venezuela, ahora mataban españoles y realistas con la misma saña con que lo hicieron con los patriotas venezolanos dos y tres años atrás.

Por supuesto Páez era no solo un caudillo igual a éstos, sino un dictador con una disciplina a base de muerte, que todos, en líneas generales, acataban. El que desafiara sus reglas era hombre fusilado o decapitado o ahorcado.

Quizás este caudillo fue necesario a la causa de la independencia, como lo proclama él en su mismo libro. Eran momentos altamente depresivos y sin conciencia. La Nueva Granada estaba inundada en sangre por Morillo, La Torre, Calzada, Sámano y los

demás expedicionarios españoles. Bolívar y los principales jefes venezolanos estaban en esos momentos en Jamaica y Haití, como lo vimos en capítulo anterior.

La única bandera americana victoriosa que se levantaba era la de estos llaneros del Apure, creciendo y extendiendo su territorio como una nueva esperanza para una revolución que ya había sido sofocada y solo subsistía en el horizonte histórico por estas hazañas, crueles y bárbaras, como también lo eran las de los españoles, según se ha visto.

Morillo así lo había vislumbrado desde los patíbulos granadinos. Sabía él que no había que dejar con vida a quienes se habían aglutinado en sus fugas respectivas en esos valles inmensos donde el sol se ocultaba en un desgarramiento de vida y de sangre. Ahora la persecución de los llaneros era una prioridad vital para él, y él mismo iría en persona a combatirlos.

12
EL VIL CRIMEN DE SERVIEZ Y DE DON LUIS GIRARDOT

Páez evidentemente no quería a Serviez, cuyo apellido nunca aprendió bien. Lo veía como un extranjero y un émulo. Tampoco quiso a Santander, a quien veía como un señorito de universidad y sin el coraje alzado de un llanero. De paso tampoco le era atrayente la figura del joven Córdova, no obstante que éste sí tenía los mismos arrestos para pelear en el cuerpo a cuerpo o en la lanza y la cabalgata a galope tendido de cualquier llanero. De Urdaneta tenía mala opinión, por no decir que lo odiaba. En realidad a todos odiaba, porque todos le estorbaban en el respeto a las reglas de la guerra; y porque era egoísta y sin escrúpulos. Era en verdad un temperamento salvaje el de este héroe casi analfabeto en los comienzos de la gesta emancipadora.

Y por supuesto las necesidades de la tropa y sus oficiales eran todos los días más acuciantes. En el archivo del general Santander[37] figura este apunte que bien refleja el estado de absoluta necesidad en que vivían:

> *"Lo último que le quedó al General Santander disponible para poder conseguir un real con qué comprar cazabe fueron sus charreteras que tuvo que rifarlas en Achaguas, y pasaron al uso del General Páez, a quien se las regaló el oficial Juan Palacios."*

---

[37] Archivo del general Santander, tomo XIII.

Increíble. Por lo demás, es evidente que Santander ya era general y Páez, que también lo era, apenas iba a lucir sus insignias. La presencia de Morillo y quizás el despotismo del León de Apure –por algo el apodo-, hizo que se planteara una deserción masiva.

Las cosas, según todos los historiadores que han repasado estos sucesos, se habían vuelto, como en la época de Boves y Yánez, un circuito de corrupción y crimen. Eran ladrones, asesinos despiadados, viciosos y todo lo demás que no tocara los intereses del caudillo. Éste, por supuesto, participaba igualmente de los oscuros negocios de latrocinio.

Tres hechos atroces suceden por esa época: el asesinato y robo del general Manuel Serviez, hecho alevoso y vil en el cual, según todas las opiniones, estuvo metido el propio Páez. El otro fue el asesinato del valeroso coronel venezolano Miguel Valdés, a quien un cáncer le había atacado el rostro. Lo persiguieron para robarlo y para robarlo lo mataron. El tercero fue otro crimen repugnante. El eminente ciudadano francés don Luis Girardot, padre del héroe Atanasio, también fue seguido y estudiados sus movimientos para luego asesinarlo para robarlo por los mismos facinerosos del comando de Páez.

Emanuel Roergas de Serviez era un oficial sin parentescos en América, hombre solo, soltero, se había casado solamente con la independencia de este país al que amó como propio y a él había consagrado sus energías. Era sin lugar a dudas, un gran militar. Por lo tanto, y dadas esas condiciones, andaba con una impedimenta bastante incómoda: cargaba todos sus haberes en unos cajones y había adquirido algún oro en polvo, tal vez plata también, que en su equipaje portaba en unas botellas. Recientemente había tenido unos quebrantos de salud y había pedido licencia a su jefe Páez para retirarse temporalmente del servicio, permiso que le fue concedido. Entonces se fue a vivir a una pequeña casa cerca al río, de propiedad de una señora llamada Presentación.

Allí llegaron una noche a caballo cuatro hombres y después de algunos engaños, lo asesinaron y le robaron el oro en polvo que tenía en botellas y todo lo demás que tuviera algún valor.

Al otro día, en las mesas de juego, esos hombres hicieron ostentación de parte de esas riquezas, a la vista de todos.

El historiador venezolano y combatiente de la independencia presbítero José Félix Blanco[38] apunta sobre el tema:

> *"Ocupada la isla de Achaguas por Páez, Serviez eligió para su habitación un pequeño rancho bohío frente a la isla, con el río de por medio, y allí vivía casi incomunicado, porque apenas lo visitábamos el Coronel Tomás Montilla y yo. Algunos jefes apureños que estaban pobres, desnudos, y más que todo, viciosos, se propusieron por rica presa los baúles del General Serviez, porque los juzgaban con dinero; y en una noche del mes de noviembre* -1816- *lo asaltaron, le dieron muerte horrorosa a machetazos y saquearon su tesoro, el cual rodaba al siguiente día apenas, en las mesas de juego, en onzas de oro. Ninguna providencia vimos tomar al gobernador, Coronel José A. Paredes, ni tampoco al General Páez, a su regreso del sitio de San Fernando, para siquiera cubrir el expediente, como suele decirse, con una ligera averiguación sumaria. Juzgue el lector por los antecedentes la acerba pena que me causó tamaño y tan escandaloso atentado."*

Páez, aunque acusado del crimen, escribe en su autobiografía -que hemos citado varias veces- justificando la impunidad del crimen:

> *"El general Servier se separó con mi permiso del cuartel general de Achaguas para ir a descansar al campo, por algunos días, de las fatigas de la guerra que habían quebrantado su salud, y se dirigió al Chorrerón, lugar distante una legua de Achaguas, a la casa de una mujer llamada Presentación. Estando allí, cuatro hombres*

---

[38] "Documentos para la historia política del Libertador", 14 volúmenes, publicada en 1875 a 77 en Caracas.

a caballo, según declaró esta mujer, se presentaron en las altas horas de la noche, y llamando a la puerta dijeron que llevaban una orden mía para el general. Contestó éste que se la mandasen; pero los hombres replicaron que era verbal y querían comunicársela a él en persona. Salió Servier a la puerta, y cayendo sobre él los bandidos, que deberían ser algunos de los dispersos del Yagual, le llevaron al bosque inmediato y allí le asesinaron. Exquisitas diligencias se hicieron para averiguar el paradero de los autores del asesinato. La única testigo que había no los conoció, y ningún dato posterior se presentó nunca para saberlo ni sospecharlo. En aquellos tiempos en que había tanto hombre suelto por los campos, no pertenecientes al ejército, era una imprudencia del general haberse ido lejos de él, y mucho mayor cuando a él le sobraban enemigos que le habían seguido de la Nueva Granada".

Adquiere cierto tufillo de sospecha que Páez culpe de imprudencia a la propia víctima, que además se apresure a colocar fuera del ejército a los malvados y, sobre todo, que le atribuya el crimen a unos "enemigos", dentro de los muchos que según él le sobraban al héroe francés, que le habían seguido desde la Nueva Granada.

Botero Saldarriaga[39], comenta el caso y aduce unas citas muy importantes:

"Páez en estos apuntes –se refiere a la autobiografía- *se muestra débil, reservado, y sin comprobantes algunos. Veamos en cambio sobre lo que de él piensan algunos de sus compañeros de aquella época: Córdova escribía a Santander: "Páez, sin educación, sin ningunos principios, inmilitar (sic), debía haber hecho lo que ha hecho para corresponderse en todo, porque ¿qué acción buena se espera de quien mandó a asesinar al General Serviez,*

[39] Autor citado, "Córdova", edit. Bedout.

de quien ha desobedecido al Libertador repetidas veces en las campañas de los años 18 y 19 ? Corazón sencillo, dice él, amigo de las leyes… ¡Vaya! Que el hombre es demasiado sencillo."

Y agrega esta terrible cita de O´Leary:

"Ese amor que el General Páez manifiesta por la justicia debía haberle hecho antes más justo y arreglado. Aun viven algunos de los que asesinaron de su orden al general Serviez y a su inocente asistente porque no diese razón; y su oro y plata fueron repartidos, entre él mismo, el Coronel Rangel y el doctor Pumar." [40]

Sobre otro hecho criminal, igualmente atroz, Botero Saldarriaga revela la descomposición que reinaba, y la cohonestación de Páez a todo este imperio de criminales:[41]

"Más grave aun para la reputación de Páez es la siguiente declaración, -se refiere a la cita que a continuación hace del padre José Félix Blanco- *cuando a su turno cayó bajo la sevicia de sus oficiales el Coronel Miguel Valdés:*

"Como la impunidad abre la puerta del crimen, luego tuvo lugar el homicidio, perpetrado a orillas de la propia isla, en las personas de los franceses Serviez y Girardot, por aprovecharse de unas botellas de oro en polvo que cargaban consigo.

""Y muy en seguida vimos salir al doctorcito Nicolás Pumar (Secretario privado y mentor del general Páez) *con una partida de doce carabineros, dizque en comisión importante del servicio, la cual se dirigió a alcanzar al Coronel Miguel Valdés, que había tomado pasaporte de Páez para ir a la Guayana a curarse de un cancro que tenía en la cara, y encontró la más desastrosa muerte. La partida de Pumar lo alcanzó en Suapire, del otro lado*

---

[40] O´Leary, Memorias, Tomo 11, Carta del Coronel Guerrero al General Bolívar.
[41] Autor citado, "Córdova", edit. Bedout.

del Orinoco, le tomó las onzas y dinero menudo que llevaba, y lo dejó a la inclemencia; ¡Abandonado en aquel desierto, a merced de las fieras! En efecto murió de pesar, a los dos días de la sorpresa… Cuando yo marché de Achaguas para Angostura en el siguiente diciembre, me tocó dormir en la misma Troje donde aquel ilustre caraqueño rindió su postrer aliento."[42]

El crimen de don Luis Girardot, un francés respetabilísimo que vivía en Santafé de Bogotá, y quien seguramente andaba en busca de las huellas de su hijo Atanasio, el abanderado del Bárbula, es otro de los ignominiosos crímenes de esa época, por las mismas causas mezquinas. Botero Saldarriaga cuenta este crimen:

"El 8 de enero de 1817 el valiente y activo jefe realista, Coronel Salvador Gorrín, hizo una salida de San Fernando de Apure, en donde estaba sitiado por los patriotas, derrotando totalmente a las fuerzas que comandaba el Coronel patriota don Miguel Guerrero. En la retirada emprendida por los llaneros hacia Achaguas, con motivo de este desastre, fue cuando encontrando al padre de los célebres guerreros, Atanasio Girardot, muerto en el Bárbula, Pedro, muerto después en Juanambú, y Miguel, quien sucumbió también en El Sombrero, don Luis Girardot, lo asesinaron para robarlo de los cortos haberes que llevaba, para sostenerse en ese desierto.

"Desde entonces se hizo imposible la permanencia de los granadinos cultos y hombres de bien en aquel medio y con semejantes soldados patriotas.

"Estos sangrientos desórdenes –dice José Manuel Restrepo- *y la incompatibilidad de las actitudes de los llaneros de Apure con las de los hombres civilizados que por las circunstancias se hallaban en aquel ejército, hicieron que todos los que no eran del Llano fueran abandonando la división que mandaba Páez.""*[43]

---

[42] Autor citado, "Córdova", edit. Bedout.
[43] J. M. Restrepo, Historia de Colombia, T. I

Se había creado, pues, una situación tirante, se diría que inaguantable como lo anota el gran historiador Restrepo, para los granadinos en el territorio comandado por Páez. Y esto provocó un deseo de retiro masivo de este personal ubicado en una tierra y en una guerra extrañas y sin garantía alguna para sus vidas. A eso había que agregar que las noticias –que caminaban frescas al fin y al cabo- informaban que Bolívar había vuelto a desembarcar en Venezuela con unas nuevas tropas y en el oriente estaba preparando la organización del ejército durante la segunda mitad del año 16.

De José Antonio Páez, ese catire venezolano con una personalidad tan contradictoria como sorprendente y variada, escribe el historiador Guillermo Ruiz Rivas:

> *"Muchos desearían que la vida de este grande hombre se desarrollara al revés: que comenzara en Nueva York y terminara en Mucuritas. Lo admirable, lo ético, lo asombroso en esa maravillosa personalidad es el que hubiera tenido tan oscura y desfavorable procedencia, que hubiera realizado –con moral o sin ella- los tremendos actos que llevó a cabo, que hubiese aprendido a tocar el violín, a usar el tenedor y la cuchara, a leer y escribir, que hubiese henchido de hazañas gloriosas la historia de la humanidad, que llegara a ocupar las más altas posiciones y alcanzara las dignidades supremas, arrancándole los pies oscuros de Manuelote, hasta ver desfilar en su honor los pulidos cadetes de la Escuela Militar de West Point."*

Por su parte José Martí, el gran líder y escritor cubano, en el prefacio de la Autobiografía de Páez, anota poéticamente:

> *"…y cantan los pájaros, esmeraldas aladas, y todo entona con estallidos y chispazos el venturoso concierto de la vida, así el alumno de la señora Gregoria[44], el criado*

[44] La señora Gregoria era la profesora de las primeras y únicas letras que Páez adquirió en la escuela.

de la pulpería, el que traía y llevaba los camazos, pone el oído en tierra, oye a lo lejos, convocando al triunfo, los cascos del caballo de Bolívar, monta, arenga, recluta, arremete, resplandece lleva caballo blanco y dolmán rojo, y cuando se le ve de cuerpo entero, allí está, en las Queseras del Medio, con sus ciento cincuenta héroes, rebanando enemigos, cerrándolos como en el rodeo, aguijoneando con la lanza, como a ganado perezoso, a las hordas fatídicas de Morales. Pasa el río; se les va encima; los llama a pelear; les pica el belfo de los caballos; finge que huye se trae a las ancas toda la caballería. ¡Vuelvan caras! *dice y con poco más de cien, a la luz del sol, que volvió a parar su curso para ver la maravilla, clavó contra la selva a seis mil mercenarios, revueltos con el polvo, arrastrados por sus cabalgaduras, aplastados por sus cañones, caídos sobre sus propios hierros…"*

Ese era Páez y mucho más. Un hombre cargado de valor y nervio, con coraje para enfrentar solo a todas las falanges del infierno, pero ambicioso y sin moral. Capaz de todo, hasta de ser un gran héroe y al mismo tiempo un gran forajido.

13

RETIRO DEL GENERAL SANTANDER Y DE OTROS DEL LADO DE PÁEZ Y EL CASI FUSILAMIENTO DE CÓRDOVA. BATALLA DE MUCURITAS Y FINALMENTE EL VIAJE DE CÓRDOVA AL LADO DE BOLÍVAR EN GUAYANA VIEJA

El general Francisco de Paula Santander, cuando se produce el retiro masivo de granadinos del entorno de Páez, fue uno de los que pidió y obtuvo pasaporte, sin el cual se era considerado desertor, delito tan grave que estaba sancionado con la pena de muerte.

Santander lo logró para sí y sus amigos Conde, Blanco, Carreño, Manrique, Valdéz, el doctor José María Salazar, y otros emigrados que aun seguían la marcha, como el doctor Yánez y los presbíteros Méndez y Becerra. Por supuesto no tuvo ninguna dificultad.

No así le ocurrió a Córdova, quien muerto su maestro Manuel Serviez en las condiciones tan reprochables que se vieron e impune el crimen, no podía soportar estar al lado de los verdugos. Inicialmente pidió pasaporte que le fue negado. Entonces él y un grupo tomaron el camino de la noche y se perdieron bajo las sombras. Pero tuvo mala fortuna y de las sombras mismas de la noche salió una compañía a cargo del capitán Ramón Durán que vigilaba todos los rincones con órdenes expresas de Páez; y el grupo de fugitivos, con el mismo Córdova, fue capturado.

Conducidos a la presencia del general Páez, éste, enfurecido, los recriminó con las peores palabras. Mientras los amarraban a unos palos para ser alanceados, improvisó un consejo de guerra y les hizo leer una sentencia cajonera de muerte. Córdova, en quien no podía desconocer su valor en la batalla, al ser preguntado por las razones de su crimen de deserción, lejos de quedarse callado, con el valor que le caracterizaba le reprochó el crimen del general Serviez en la impunidad. Además reprochó al jefe su carácter áspero y el haberle negado el pasaporte para irse a unir a Bolívar.

Páez oyó desapacible y cuando se iba a ejecutar la sentencia, intervinieron con súplicas en favor del reo hombres duros como el sacerdote combatiente con el grado de coronel Nicolás Travieso, el antiguo gobernador de Casanare, Coronel Juan Nepomuceno Moreno y el negro Pedro Camejo, antes sargento y ahora teniente o capitán, que fue, como se recordará, el que dio el machetazo maestro en la cabeza del coronel español Francisco López.

En realidad lo que pesó más en la voluntad del temible llanero era el valor en la batalla de Córdova y le perdonó la vida y lo reincorporó de inmediato a la lucha.

En el tiempo que siguió Córdova, pelea como un llanero de pecho desnudo. En su lejana tierra había aprendido a montar en pelo como el mejor chalán. Era su orgullo a los catorce años, como el de todos los demás muchachos paisas, dominar la cabalgadura, sacarle pasos, hacerles volteretas y cabalgar inagotablemente tendido por cordilleras o llanos como una parte adicional del paisaje.

Por ese coraje indiscutible, pasó a formar parte del que fuera famoso batallón Primero de Páez, en el que libró decisivos combates. Se dice, por el mismo Páez, que este batallón jamás perdió una batalla. Y en él peleó Córdova como un felino en la más famosa de entonces: Mucuritas, 28 de enero de 1817.

Los llaneros de Páez divididos en tres contingentes, se enfrentaron a las fuerzas expedicionarias de Morillo al mando del general Miguel de La Torre en una lucha intensa entre la infantería de éste y la caballería de Páez, lucha que no obstante su larga duración, no se decidía a favor de ninguno de los dos contrincantes.

Se demostró, según anota alguno, que tanto esa infantería de De La Torre era invencible como la caballería del llanero y se

agregó que la partida quedaba en tablas. Pero fue en esa situación, en el instante decisivo, que sobrevino la astucia del catire Páez.

La guinea que cubre la sabana del llano es alta. Tapa a un jinete con su cabalgadura. Y en épocas no lluviosas como aquella, se seca como paja. Páez la incendió para el lado de los realistas; y las llamas y el humo, combatiendo a favor de los patriotas, ganaron la batalla. La Torre tuvo que huir a través de un cinturón de árboles que se desprendía del llano y se internaba en el pie de monte. Paez ganó y Córdova, que había peleado como un legítimo llanero, era uno de esos triunfadores.

Pero siguió con el mismo grado de teniente, sin que sus méritos valieran un ascenso. Hasta que un día, meses después, Páez, de buen genio, le dio el pasaporte y Córdova pasó, en una marcha angustiosa cuajada de peligros, a reunirse con Bolívar en Guayana Vieja, donde éste había recalado en su regreso después de los fracasos. Tal era el destino del Libertador, terco e intransigente contra el cúmulo de dificultades que lo seguía como una sombra, a pesar de haber visto la cara ruisueña de la victoria muchas veces.

Eran los finales del mes de junio de 1817 cuando se produce el encuentro con Bolívar. Ahí están también Santander y los que se le habían adelantado, quienes han estado combatiendo al lado de otros jefes.

El joven Córdova nunca había estado junto al Libertador y por supuesto no lo había visto; pero éste de entrada, le hizo saber que sus méritos le eran conocidos por informaciones de estado mayor; y también de entrada, lo ascendió a capitán. Estaba llegando Córdova a la edad de dieciocho años, que cumpliría en septiembre.

Y además, Bolívar lo incorporó a su propio estado mayor. O sea que aquel oficial antioqueño ya es un militar de rango intermedio, no obstante lo joven, consagrado por su capacidad militar y el valor inigualable que ya ha demostrado repetidas veces en batalla. Bolívar lo ha observado con esperanza de futuro, de la misma manera que lo ha hecho con Antonio José de Sucre, un poco mayor que Córdova. Ambos habrán de brillar en un escenario que entonces solo atisbaba el Libertador, que era un visionario y distinguía de entrada el valor de las personas y las cosas.

14

LO QUE FUE EL REGRESO DE BOLÍVAR DE HAITÍ Y REINICIO DE LA CAMPAÑA CON SUS TERRIBLES ALTIBAJOS. BOLÍVAR DERROTADO UNA VEZ MÁS, DEBE VOLVER A SALIR HACIA HAITÍ. NUEVO REGRESO A VENEZUELA Y A LA LUCHA

Ya se había anunciado en el capítulo séptimo que las noticias del Norte trajeron hasta el llano donde Páez luchaba como león, lo que fue el regreso del Libertador al Oriente venezolano. Era el regreso optimista de Bolívar desde los Cayos de San Luis en Haití, pero que, como casi todos los acontecimientos de su vida, fue al mismo tiempo tormentoso.

En el capítulo pertinente lo dejamos al héroe caraqueño mientras abandonaba Los Cayos, el 10 de abril de 1816. Se ha despedido en la forma más amigable del presidente Pétion. Su flota es reducida a un bergantín y seis goletas. Lo acompañan 300 hombres, entre ellos sus enconados enemigos de la víspera. Y del mañana. Solo se han quedado en Haití el corsario Louis Aury, a quien le quitan la patente de corso y le imponen la prohibición de usar el estandarte mirandino –amarillo, azul y rojo-, José Francisco Bermúdez por sus accesos iracundos y sus arrebatos insociables y Mariano Montilla –el futuro gran amigo del Libertador-, quien decidió irse para Estados Unidos y México.

En la pequeña isla La Beata deben bajar a Florencio Palacios porque demuestra una alienación mental y se riñe con el dueño

de casi todos los barcos que es el muy próximo almirante Luis Brión.

El resto del viaje, incluyendo a bordo los amores del Libertador con Josefina Machado, fue normal hasta el 2 de mayo (1816). Ese día, ya a la altura de las rocas de Los Frailes, en territorio venezolano, se presentaría una acción naval significativa. Una patrulla española integrada por el bergantín *El Intrépido* a cargo del capitán Rafael de la Iglesia, equipado con 14 cañones y 140 tripulantes acompañado de una goleta, patrullaba esas costas. Brión, viejo marino, dirigió el combate. Atacó a babor con el Constitución, mientras la goleta *Bolívar*, por el otro lado, hacía sentir sus cañones y fusilería. Al entrar en el abordaje Luis Brión, con el sable, hirió mortalmente al capitán del bergantín español de apellido Iglesia. Y todo lo demás fue rápido: los patriotas tomaron los reductos que quedaron a salvo del combate.

Sin duda alguna, y sin importar que fue una escaramuza desigual para los españoles, que estaban en minoría de hombres y equipo, fue la primera victoria de esta etapa. Se contaron allí 42 muertos del bando realista, 31 heridos y 40 prisioneros. Y por supuesto armas, municiones y demás equipos pasaron a robustecer a los republicanos.

Es allí donde el valiente y generoso Luis Brión gana el grado de almirante, primero que se tuvo para las insignias patrióticas. Era, sin duda, un buen comienzo.

Luego enfilaron proas hacia la isla Margarita en la que estaba Arismendi sobreviviendo en medio de privaciones totales. Bolívar llega y les entrega víveres, armas y uniformes. Mil fusiles y una batería de cañones. Es el 3 de mayo del año 16. El día 7 Mariño, con órdenes de Bolívar, reúne a la población en la iglesia. Y allí, ante el pueblo, cumpliendo la palabra empeñada con el presidente Pétion, pronuncia un gran discurso en pro de la libertad y contra la esclavitud. Y decreta la libertad de los esclavos. Fecha que debió ser guardada en la memoria por su sublimidad. Pero las cosas no saldrían así y esa libertad aun estaba muy lejana.

En la nueva fase de la conflagración, ordena Bolívar la cesación de la guerra a muerte, no obstante que Morillo se encontraba en

la más encarnizada y cruenta reconquista española. Ya habían sucedido el sitio de Cartagena y los grandes fusilamientos de Santafé y Venezuela.

Mariño, por su debilidad de momento, daba la apariencia de haber olvidado sus rencores pasados con Bolívar. Pero estaban bien vivos y pronto los volvería a mostrar, con gran soberbia, al lado de Juan Francisco Bermúdez, aquel al que Brión había tenido que dejar en Los Callos de San Luis por su talante agresivo y pendenciero.

El asunto es que este regreso del gran caraqueño, que parecía ser el más promisorio, se convirtió en el mayor y más rápido fracaso. La flota que había traído de Haití se movió hacia occidente y después de tomar precariamente algunas poblaciones, llegó al importante puerto de Ocumare el 6 de julio de 1816.

Esta ciudad, antes en poder de los españoles y al mando del comandante realista Francisco Morales, estaba desierta. La habían desocupado. Entonces Bolívar imparte órdenes terminantes al coronel Carlos Soublette para que se desplace con unos hombres hacia el sitio estratégico de La Cabrera, que debían tomar. Soublette era un joven oficial sin malicia; y cuando el zorro de Morales hizo creer, con espías que abundaban por todas partes, que él atacaría La Cabrera con un contingente mayor, Soublette, ingenuo e inexperto, se movió de su sitio sin consultar a Bolívar e incumplió sus órdenes. Allí comenzó el desastre.

Frente a este grave hecho, Bolívar desconcertado y al mismo tiempo desesperado, le envía una carta de instrucciones a Soublette en la que le ordena nuevamente que, haciendo a un lado la prudencia, se arriesgue y tome la iniciativa. En una parte de tal mensaje se puede leer:

> *"… La audacia debe salvarnos. Lo que parezca a V. S. temerario es lo mejor, pues la temeridad en el día es prudencia. Yo sé a punto fijo el número de tropas que tienen las españoles en Caracas, La Guaira, Puerto Cabello y Valencia; todos estos cuerpos pueden ser destruidos por el que V. S. manda. …."*

Y mientras estas cosas están sucediendo, a los capitanes de la flota patriótica que estaba a discreción a una legua de distancia de Ocumare también les llega la guerra síquica por medio de la magia de los espías, y les hicieron creer las especies más inauditas, a todas luces increíbles. A tal punto llegó el episodio, que un sujeto de apellido Alzuro, que hacía transporte del pueblo al puerto y del puerto al pueblo, no tuvo inconveniente en hacerle saber a Bolívar que Soublette había capitulado ante los españoles. Y la perfidia se aumentaba porque a Soublette le soplaron la noticia de que Bolívar desesperado se había embarcado dejándolo todo al garete. Desde luego que el resultado de toda esta confusión fue el estruendoso fracaso que siguió.

La flota, sin las órdenes del máximo jefe Bolívar, partió de su sitio cerca de Ocumare y dejó en la playa abandonado todo el armamento, que con tanto sacrificio había sido traído desde Los Callos de San Luis por el propio Bolívar. Y entonces, cuando éste cargado de angustia logra llegar a ese punto, encuentra allí los mil fusiles tirados sobre la arena de la playa, mientras de su ánimo se apoderaba la mayor desesperación. No era para menos.

Empero, en medio de esta zozobra, uno de los marineros de la flota que zarpa, Jean Baptiste Videau, lo alcanza a ver desde su barco, se detiene y manda a recogerlo en una lancha. Bolívar, con mucha gratitud, apenas le dice: *"Gracias amigo. Ya iba a darme un pistoletazo".*

Unos días después el jefe realista Francisco Morales habría de encontrar ese regalo de la Divina Providencia abandonado en aquella playa desierta. Morales envió todo ese armamento a los cuarteles generales al servicio del Rey. Todo pues, en esta nueva iniciativa tan llena de esperanzas, se convierte en el mayor golpe del infortunio.

Con la ayuda de Brion, siempre leal a Bolívar, éste tiene que dejar todo lo poco que le queda cerca a Ocumare e ir a Bonaire donde pasa unos días y de allí nuevamente, bajo el impulso de su espíritu irreductible, a Venezuela donde se dirige a la ciudad de Güiría. Es entonces cuando se encuentra una vez más en la boca de los cocodrilos.

En Guiría están Santiago Mariño, segundo al mando nombrado por el propio Libertador, y José Francisco Bermúdez que acaba de llegar. Sus viejos enemigos, que se han apoderado de lo que se rescató de la flota y de la tropa; y con todo su odio a flor de labio, lo ultrajan, mientras Bermúdez organiza un motín entre la gente diciendo que es Bolívar el que no quiere que los ejércitos revolucionarios entren a Caracas y ante su furor criminal desafiante, obliga al jefe Bolívar a sacar su espada, mientras Bermúdez intenta traspasarlo con la suya.

Leamos cómo narra este momento el historiador venezolano Guillermo Ruiz Rivas:[45]

> *"Entre tanto el Libertador deambula por el Caribe haciendo gambetas a la escuadrilla española para dirigirse a Güiría, Mariño el retardado, debe encontrarse allí … quizás la guerra no haya llegado a esos lugares, y se enrumba hacia ese puerto en donde dos horas antes ha desembarcado el general José Francisco Bermúdez. ¡Bermúdez, el mismo que abandonó en tierra de los Cayos de San Luis por su arrebatado carácter, el mismo a quien no dejó desembarcar en Margarita Arismendi por sus instrucciones, y quien llegaba hecho un saco de rencores contra su discutido jefe. Ahora estaba frente a él, ahora tendría que explicar por qué había arrebatado a su jefe Santiago Mariño la primacía del mando de la expedición y llegaba con tremenda responsabilidad de haber abandonado en Ocumare a sus compañeros de armas! ¡Apenas era natural que Bolívar, metido entre la boca el lobo, soportara, como soportó, la indiferencia de Mariño mientras Bermúdez preparaba, seis días después, una asonada del populacho que reventó con los gritos de ¡Abajo Bolívar, vivan Mariño y Bermúdez! Entre la furia de sus compatriotas, tuvo que salir hasta una flechera con la espada desnuda, mientras el impulsivo de Bermúdez se le fue encima con la suya, dispuesto a*

[45] Autor citado, Bolívar más allá del mito.

atravesarle. Al coronel Manuel Isaba, al licenciado don Gaspar Marcano y en especial al general Mariño, que intervinieron en el lance, se debió que Bermúdez no pudiera cometer su atentado."

La situación pues era candente. De vida o muerte y estaban en ese momento mejor posicionados los encarnizados enemigos de aquel Hombre de las Dificultades, como él se llamó a sí mismo. Es así, pues, que Bolívar, que todo lo entendía, se dio cuenta de que debía despejar el camino y buscar otra salida momentánea. Y así, de la flechera en que escapó con el auxilio de Luis Brión, pudo salir a un barco y en él tomar un rumbo amigo. Enderezó la proa nuevamente hacia Haití, donde logró desembarcar en el puerto de Jacmel el 2 de septiembre de 1816.

Su amigo Pétion, con el que tuvo ahora menos contacto, de todas maneras continuó interesado en la causa venezolana. Se había hecho elegir presidente vitalicio de la parte occidental de la media isla haitiana. La otra mitad, como es de todos conocido, corresponde a la República Dominicana.

Como antecedente del nuevo rumbo que había tomado Pétion en la historia de sobresaltos de Haití, están las hazañas de Jean Jacques Dessalines, su antiguo jefe, quien se había hecho coronar, folclóricamente, como Emperador y se había convertido en un déspota sanguinario. El mismo Pétion, su discípulo, había encabezado un complot salvador para matarlo y finalmente, entre regueros de sangre, logró su objetivo. Dessalines, pues, solo había permanecido en el cargo por dos años. Y por supuesto Pétion, sin repetir la hazaña principesca de aquel, se volvió dictador en ese país dedicado al desorden.

A pesar de que Petión se desentendió un poco de su amigo venezolano y así se perdía una esperanza para el Libertador en momento tan crítico, Bolívar pudo conocer allí mismo a un personaje inglés, Mr. Robert Sutherland, quien era un rico comerciante. Y con él hace negocios con pago a futuro y adquiere más armas, parque y avituallamientos.

Ese general caraqueño, Simón Bolívar, pequeño de estatura, trigueño, muy delgado pero fibroso, tenía un magnetismo personal

que cautivaba. Su porte era señorial de refinadas maneras, ágil, atento a todo -aunque San Martín decía que no miraba de frente sino de soslayo-. Pero la conversación y el conocimiento que tenía sobre todos los temas, su palabra sonora y firme y la convicción con que hablaba, producían un encantamiento general entre todos aquellos que fueren sus interlocutores, mujeres u hombres. Era una fascinación que resaltaba su grandeza.

Las esperanzas de Bolívar cuando estaba casi a punto de derrumbarse, renacieron cuando supo desde Haití, que su "amigo irrevocable" Juan Bautista Arismendi, después de los dolorosos sucesos de Güiría, había condenado la conducta criminal de José Francisco Bermúdez y de Santiago Mariño por haber permitido los irrespetos de que fue objeto y había elaborado un manifiesto en el que reconocía la Jefatura Suprema de Simón Bolívar, al tiempo en que le presentaba disculpas en nombre de los venezolanos y lo instaba a retornar a la patria con todos los reconocimientos del mando.

Y también conoció que su propio émulo de siempre, el general Manuel Carlos Piar, en misiva que recoge la Academia de Historia de Venezuela en el boletín No. 70 de la época, se expresa, no obstante su marcada rivalidad con Bolívar, de la siguiente manera:

> "*Instruído exacta y circunstanciadamente por el coronel Chipia de los escandalosos atentados ejercidos en Güiría por el sedicioso José Francisco Bermúdez contra la persona y autoridad del Excmo. Señor Jefe Supremo de la República, me he confirmado en la importancia y necesidad del artículo 3º de mis instrucciones a Ud. S. E. se vio en fuerza de ello obligado a abandonar momentáneamente a Venezuela y en su ausencia su segundo, el general Mariño, debía sucederle en el mando, pero desgraciadamente este jefe se halla envuelto en los crímenes de Bermúdez; él hallándose con el mando de las fuerzas de Güiría no se opuso al motín ni impidió sus efectos: Él ha usurpado inmediatamente después de la salida del Jefe Supremo títulos que no le pertenecen,*

ha protegido y distinguido con empleos y honores al criminal Bermúdez, y ha resistido en fin los justos reclamos hechos por el general Arismendi para que aquel delincuente fuese sometido a un consejo de guerra."

A finales de septiembre atraca en Jacmel la goleta Bruja, procedente de Ocumare. En ella llega un patriota neogranadino que tendrá gran figuración en el inmediato futuro venezolano: el doctor Francisco Antonio Zea. Él ha ido a ponerse al servicio de la causa revolucionaria, escapado de la pavorosa reconquista de don Pablo Morillo en la Nueva Granada, y le presenta toda su fe en los destinos de la patria. Va enviado por Arismendi y las fuerzas leales venezolanas.

Y unos días después arriba también al mismo puerto haitiano el amigo de siempre, el almirante Luis Brión, que llega de un viaje accidentado a los Estados Unidos, como que al regreso naufragó frente a la isla Los Pinos en la Cuba española.

Por cierto Brión estaba cumpliendo una muy importante misión encomendada por Bolívar desde la isla Bonaire, después del fracaso de Ocumare y Güiría: lo nombró embajador extraordinario con todas las facultades y poderes ante el gobierno del país del Norte para negociar tratados futuros de cooperación y obtener ayuda. Brión, que se ha rehecho del fracaso, como que era un armador muy rico, le insiste a Bolívar en la necesidad del regreso.

Éste en realidad nunca ha dejado de pensar en ese regreso. Y ahora menos que nunca, cuando se ha armado nuevamente y está fortalecido con la ayuda del presidente Pétion y por supuesto de míster Robert Southerland, el nuevo amigo.

Y así el Libertador, sin más pérdida de tiempo, se embarca en una goleta que lleva el nombre de Diana el 21 de diciembre del mismo 1816 rumbo a Tierra Firme –con este nombre se conocía en la época a Venezuela-; y el 28 desembarca en el puerto venezolano de Juan Griego, donde, en el momento, se hallan parte de las tropas de Arismendi.

Éste no está. Se encuentra realizando un gran esfuerzo para recuperar y mantener a Barcelona, pero ha dejado a su

segundo en mando, el valiente Francisco Esteban Gómez, todas las órdenes de reconocimiento a Bolívar como el Jefe Supremo y los honores correspondientes, que le rinde con sus tropas. Hay que emprender un reinicio, pero nada es halagador en esos momentos.

Los informes reflejan la situación más caótica y anárquica, cosa que ya conocía Bolívar, frente a unos jefes autónomos y violentos, sembrados de un heroísmo ególatra y excluyente y de unas ambiciones desubicadas. Empero, como si nada de esto estuviere pasando, a todos manda mensajes que lleva Arismendi en los que pide encarecidamente la unidad de mando.

15

REINICIO DE LA LUCHA AL SEGUNDO REGRESO DE HAITI. RIVALIDADES Y EMULACIONES CASI INSALVABLES. LLEGADA A BARCELONA Y ABANDONO DEL MISMO PUERTO. GRAN TRIUNFO DE PIAR EN LA BATALLA DE SAN FÉLIX. CONFORMACIÓN DE UN GRUPO DE AMIGOS DE VERDAD

Como Santiago Mariño se ha demarcado una frontera en el Oriente Venezolano, donde se ha proclamado Libertador y requiere el tratamiento de Excelencia, territorio donde solo tienen acción él y sus tropas, Bolívar, olvidando las cosas del pasado y procurando borrar los odios y las emulaciones, le escribe una carta muy diciente, casi humilde, cargada de razones[46]:

> "*Querido amigo, no crea Ud. que yo deseo mandarlo, por el contrario, debe Ud. persuadirse que yo deseo someterme a un centro de autoridad que nos dirija a todos con la más severa rectitud. Deseo cordialmente que nuestro jefe en común sea de un carácter inflexible e imparcial, y en caso de que no sea así, vamos a tener mucho que sufrir por los partidos que se aumentan*

[46] Citada por el escritor venezolano Guillermo Ruiz Rivas, "Bolívar más allá del mito".

siempre en razón de las desgracias y del tiempo. En fin compañero, reciba esta carta con indulgencia y véala como la expresión más ingenua de la amistad más franca."

Es plenamente consciente el Libertador de que la lucha dividida en pequeños feudos, irreconciliables además, conduce a la destrucción de todo lo hecho hasta allí, sobre todo cuando se es conocido ya que Morillo deja la Nueva Granada para internarse en Venezuela en su lucha de exterminio contra los patriotas.

Dos días después de llegar a Juan Griego, se va Bolívar a Barcelona y se encuentra con el fiel Arismendi, que ha mantenido con un gran esfuerzo esa importante plaza. Estando allí recibe el Libertador la visita del capitán A. G. Villaret, comandante del barco el *Indio Libre,* que ha transportado desde Haití las adquisiciones logísticas y militares que logró en su última permanencia en esa isla. Se inyecta una vez más de confianza y fe en sí mismo y prosigue con pasión el desarrollo de su auto misión sagrada, a pesar de las olas impetuosas de la adversidad.

Sabe que es vital la unidad de mando en todas las tropas revolucionarias, como le anota a Santiago Mariño y así les hace saber a todos. Pero ve alzarse la figura impetuosa y rebelde de Manuel Piar, quien a pesar de la noble y patriótica carta que acabamos de ver de reconocimiento a la jefatura de Bolívar, ha llegado a ser comandante en jefe de un ejército que el mérito del irlandés Gregory MacGregor y otros crearon con singular esfuerzo.

Al mando de ese ejército Piar ha obtenido victorias muy significativas y su ego ha crecido. También se hace llamar Excelencia y se siente el dueño de Guayana.

Es conveniente saber quien era este general curazoleño que ostentaba el pomposo nombre de Manuel Carlos María Francisco Piar Gómez, nacido en Curazao un 28 de abril de 1774, de estampa hermosa, aunque mestizo moreno, elegante en el vestir y con un monóculo que usaba con aristocracia colgado de una cinta negra. Su padre, aparente, era un español canario de nombre Fernando Alfonso Piar y su madre una bella mulata llamada María

Isabel Gómez. Empero la leyenda cuenta que lo más seguro es que su padre haya sido el duque de Braganza José Francisco, heredero del trono portugués, quien habría llegado de incógnito a Venezuela haciéndose pasar por el noble español Conde de Arcos. Allí conoció a una mujer muy bella llamada Soledad Jerez de Aristiguieta, con todo el linaje mantuano[47], a la que sedujo y dejó embarazada. Al nacer la criatura fue entregada a sus padres adoptivos Fernando Alfonso Piar y María Isabel Gómez, quienes recibieron una recompensa de la Casa Braganza. También se dijo que su padre verdadero con la dama Aristiguieta lo había sido don Manuel Ribas, así mismo mantuano y padre de José Félix Ribas, pariente cercano de Bolívar del que se ha hablado atrás, aunque habría de convertirse en su enemigo eventual. Y no falta alguno que asegurara que el padre de Piar lo fue el mismo don Juan Vicente Bolívar y Ponte, padre de Simón. Finalmente hay otra versión que establece que era hijo de un noble mantuano y de una esclava. Cada versión tiene sus testigos y aumenta la leyenda, aunque seguramente la válida es la última por la ostensible mezcla de razas.

Esa era la personalidad evanescente del controvertido caudillo general Manuel Piar, quien además, fuera de ser un hombre con gran valor y coraje personal, era poseedor de un temperamento iracundo y violento. Hay necesidad de agregar que Piar se sentía a sí mismo un hombre excluido por ser pardo y mantenía un gran rencor con los depositarios de los privilegios ancestrales de Venezuela.

Es preciso además observar que durante la última ausencia del Libertador en su segunda visita a Haití, ocurrieron unos hechos que vale la pena resaltar. En Ocumare, donde como atrás

---

[47] Los mantuanos en Venezuela eran los aristócratas que ostentaban riquezas y apellidos. Bolívar, por supuesto, fue uno de ellos. La revolución fue hecha en un principio por los mantuanos, frente a lo cual el comandante español Tomás Boves levantó la bandera de las reivindicaciones sociales y la igualdad de los blancos con los pardos –mestizos-, negros e indios. Y pasado el tiempo, también lo hizo Piar. Por su parte Bolívar, a su regreso de Haití y de Jamaica, había abandonado la política primitiva de clases y privilegios para adoptar una postura liberal de defensa del indio, del negro y del mestizo, política sin la cual jamás habría triunfado la emancipación.

se vio había sido comisionado por el propio Bolívar el entonces coronel Carlos Soublette para sostener el lugar conjuntamente con el cargamento de fusiles traídos del primer viaje a Haití, éste, por malos entendidos, chismes y desobediencias terminó abandonando la posición y a la postre el armamento quedaría abandonado en una playa donde lo apañó el feroz enemigo Francisco Morales, como se vio páginas atras.

Después de aquel episodio desgraciado el coronel Soublette, aunque había obrado de buena fe, tomó camino con sus pocas tropas hacia Choroní, donde llega el 14 de julio -1816-.

Para entonces, como acaba de narrarse, habían tenido ocurrencia aquellos hechos vergonzosos de Güiría y el Libertador, muy abatido como se ha dejado reseñado, había tenido que emigrar de nuevo hacia Haití.

A la sazón Soublette estaba enfermo de fiebres palúdicas. Por lo demás, allí, en Choroní, habían confluido sin ningún acuerdo varios jefes menores con unas pocas tropas a las que se suman las que lleva Soublette. Se unen y están dispuestos con ardor a proseguir la lucha. Entre todos eligen a un coronel irlandés llamado Gregory MacGregor como comandante. Éste había hecho demostración de su gran valor y talento en sucesivas batallas.

Hechos los primeros reconocimientos, se dirigieron a Chaguaramas, en la parte alta del llano en donde tuvieron un primer encuentro con el español Tomás García, del que ya se ha hablado y quien en esos momentos tenía a su mando a 150 hombres. De éstos quedaron tendidos en el campo 44. Con lo poco que le quedaba, García huyó.

MacGregor no lo persiguió y decidió marchar hacia María de Ipire, pasando por Pascua. Allí se encontró con tropas amigas al mando del ya veterano y corajudo Pedro Saraza y con Julián Infante, aguerrido comandante de un escuadrón de caballería. Se unieron. Eran fuerzas menores que ya sumaban 550 infantes fusileros y 80 jinetes lanceros. De inmediato atacaron al jefe realista Quero al que le cobraron 23 soldados amigos del rey, muertos en la acción. Estos hechos heroicos hicieron noticia en el campo oriental, mientras las tropas contrarias anunciaban una movilización represiva.

Gregory MacGregor y sus tropas hicieron un descanso en Cabrutica, donde se les sumó el valeroso José Tadeo Monagas, que mantenía otra pequeña fuerza de más de doscientos hombres veteranos. Completaron así 600 fusileros y 380 lanceros de caballería. Ya eran un ejército decidido, bien comandado y con deseos de gloria. Se dan a la acción y se dirigen a la Villa de Aragua, sin que la fatiga de más de ciento cincuenta leguas recorridas, el sol y las lluvias intensas los disminuyeran. Eran bravos.

Entran en Guatacaro el 3 de septiembre de 1816. Para ver estos interesantes hechos con la mayor objetividad es necesario volver al honrado y erudito historiador venezolano Guillermo Ruiz Rivas, al que hemos citado varias veces por su objetividad. Así los narra[48]:

> *"Allí MacGregor tiene noticia de que Morales avanza sobre Santa María de Ipire y resuelve retroceder para cortarle el contacto con la costa; pero el coronel español Rafael López, quien le esperaba en Aragua, creyendo que su enemigo rehuía la pelea, resolvió atacarle con fuerzas inferiores. El 6 de septiembre se encontraron en El Alacrán. MacGregor formó el consabido cuadro de la estrategia usual; Saraza despedazó la caballería realista; MacGregor decidió la acción y Monagas remató el triunfo persiguiendo y rematando a cuanta gente topó en su camino. Unos y otros lograron hacer combatir de su lado a indios caribes armados de flechas y mazas. Allí murió un tal Quijada, teniente de Boves, y el jefe López perdió cerca de 300 hombres. Reanudaron su marcha sobre Aragua, pasaron por Carito y El Pilar, y el 14 de septiembre tomaron sin dificultades a Barcelona.*
>
> *"No obstante estos triunfos, ante el temor de ser batidos en un futuro encuentro que sería obligatorio con el fiero Morales, enviaron comisiones en busca de las gentes de Arismendi, de Mariño y de Piar, a fin de presentar, reunidos, un combate decisivo contra las fuerzas españolas.*

---

[48] Autor obra citada

"Morales al conocer la suerte desgraciada de su camarada López, en vez de continuar su avance sobre Barcelona, desvió hacia El Juncal a orillas del mar, y comenzó a reorganizar su tropa. Contaba el denodado jefe español con unos 90 hombres infantes y 200 de caballería y disponía de la experiencia y valor de Quero, Tomás García, Rosete y Miraval, tan temerarios como él en la pelea. Manuel Piar, que operaba en la zona de Maturín, unido a las guerrillas de Freyte y Barreto, derrotó a dos compañías entre el 22 y el 24 de agosto (mismo año 16) *y se fue sobre el caño de Ortiz con el deseo de cercar a Cumaná. Pero acudió al llamamiento de MacGregor. Reunidos resolvieron atacar a Morales.*

"El 26 de septiembre (1816) *a las 8 de la mañana comenzó la batalla de El Juncal. Piar, por la izquierda; MacGregor, al centro; y Monagas a la derecha, atacaron con resolución y denuedo. Mirabal, segundo de Morales, al encontrar débil el ala comandada por Piar, se fue sobre ella, derrotándola en pocos momentos; Piar, al sentirse aislado, dio por perdido el encuentro y salió de huida al galope de su caballo por el camino de San Bernardino hacia Barcelona. MacGregor, aguantó el golpe; con valor sin igual tomó la bandera y arengó a los suyos: ¡Soldados, a la bayoneta, a vencer o a morir! Se arrojó como fiera; Monagas respaldó bravamente su movimiento con la caballería y Morales tuvo que huir hacia Clarines, dejando 17 muertos y cerca de cien heridos. Rosete perdió la vida y García y Quero lograron salvarse gravemente heridos".*

Estas victorias de El Alacrán y El Juncal, y todo el conjunto de lo que fueron las acciones de MacGregor, Monagas, Pedro Saraza y los demás patriotas, sembró una gran admiración entre los protagonistas de esta historia y por supuesto en Bolívar, cuando a su regreso se entera de estos hechos, informado por Monagas. Además el heroísmo de Mac Gregor y sus compañeros contrastaba con la mezquina y desleal actuación de Piar, que acaba de verse.

Pasan los días después de la batalla del Juncal y aparece de nuevo en la escena el rabioso curazoleño José Manuel Piar, quien, aprovechándose de su rango y de la situación de extranjero de MacGregor, sin ninguna consideración, lo despoja del mando que asume él. Se trata ya de un ejército bien adiestrado y valeroso. MacGregor, con gran desengaño por la causa de la revolución sudamericana, se retira a isla Margarita. Los demás quedan flotando.

Piar, pues, se hace a la jefatura de este regimiento que considera como cosa propia y parte hacia Guayana en el Oriente. Enterado Bolívar de estos acontecimientos por los propios despojados cuando llega a Barcelona y asume el mando, tasca el freno. Sabe amargamente que ni Mariño, ni Bermúdez ni Piar lo quieren. Son sus émulos y enemigos. Pero es la hora de la prudencia y calla.

Hemos anotado que a su regreso por segunda vez de Haití, Bolívar, nuevamente cargado de ilusiones, se traslada a Barcelona donde Arismendi ha mantenido el dominio de ese puerto estratégico. Allí ha recibido, como se vio, los auxilios venidos de Haití. Tiene un parque que traslada a la casona convento de los Franciscanos, lugar en donde, además de los frailes, había familias enteras asiladas. Era la guerra encendida que produce desplazamientos y abandonos. Empero, las fuerzas que mantenía Juan Bautista Arismendi y José Tadeo Monagas no pasaban de ochocientos hombres.

Pero Bolívar, que es el comandante supremo como lo han reconocido en varios documentos los otros jefes -aunque en la práctica lo desconocen y son sus enemigos-, encuentra que Manuel Piar tiene su ejército que usurpó a MacGregor y que suma unos 1.500 a 2.000 hombres en la región oriental de Guayana, Santiago Mariño, con otras tropas importantes, se encuentra en Cumaná, ciudad que ha rescatado de los españoles. Al lado de Mariño se hallan valiosos oficiales, entre ellos Rafael Urdaneta, amigo futuro entrañable de Bolívar y un joven capitán llamado Antonio José de Sucre, que no conoce exactamente a Bolívar, a pesar de haber estado con él en Centroamérica. También se encuentra en Cumaná José Francisco Bermúdez, el joven y arisco militar que estuvo en Güiría a punto de pasar a Bolívar con la espada.

El paisaje es desalentador porque Bolívar, comandante en jefe nombrado en forma tan accidental en Los Cayos, no tiene un ejército. Sabe que irremisiblemente la dispersión terminará con la derrota definitiva, que ya se ha experimentado dolorosamente en el pasado. También sabe que de un momento a otro su posición en Barcelona será vencida por los españoles.

Es por eso que, anticipándose a estos desastres, se aventura el 8 de enero de 1817 en compañía de Arismendi y Monagas y el valiente Pedro María Freytes, con tan solo 700 hombres, a enfrentar a los españoles en el sitio conocido como Clarines. Gran desastre. El capitán realista Francisco Jiménez lo derrota con sevicia. Mueren 200 soldados y 120 son heridos. En tan precarias condiciones, como puede, escapa y regresa maltrechamente a Barcelona con la poca guarnición que le queda.

Es de anotar que con Jiménez estaban unos indios con fechas. Habían peleado en las filas españolas contra los americanos.

Sabe entonces Bolívar que su situación es insostenible. Y se juega una última carta. Envía mensajes a todos los comandantes. Carlos Soublette, que había quedado al margen en los hechos de Choroní, cuando nombran a MacGregor comandante, sigue fiel a Bolívar, quien lo asciende a general. Con él le envía una carta a Santiago Mariño que vale la pena leer:

> *"El general Soublette, comisionado por mí cerca de V.E., le informará detalladamente de nuestra situación, fuerzas y recursos. El objeto de su misión es convencer a V.E. de la absoluta necesidad en que estamos de reunir nuestras fuerzas y obrar de acuerdo, para salvar la República. No creo que V. E. se deniegue a contribuir a la obra de nuestra vida, de nuestra gloria y de nuestro corazón. Yo creo no poder defender a Barcelona, ni V. E. tomar a Cumaná si yo pierdo esta plaza, evacuándola o pereciendo en ella. Cualquiera de los dos partidos me parece igual, pues con perderla perdemos todo, no teniendo bagajes con qué retirarme, ni habiendo recibido aun los elementos militares que traigo en la escuadra y que deben llegar de un momento a otro.*

"Sin Barcelona no tendremos puertos donde recibir auxilios exteriores, ni víveres con que poder continuar la campaña sobre Caracas, ni las operaciones contra Cumaná.

"Si fuese fácil tomar a Cumaná con la cooperación de las tropas de Barcelona, yo iría en persona con ellos, aunque perdiésemos esta plaza; pero estoy cierto que no llevando muchos víveres o no tomándola al asalto, nuestra situación empeoraría, y al final nos veríamos reducidos a introducirnos en los llanos a hacer la guerra de bandidos.

"Evitemos todos estos escollos reuniéndonos.

"Salvemos la patria cubriéndonos de honor, no menos por vuestra prudencia que por nuestro valor. Demos a nuestros enemigos y a nuestros amigos un ejemplo de virtudes políticas obedeciendo, combatiendo y sacrificándolo todo por el bien de nuestros hermanos. Simón Bolívar."

Soublette entregó la carta en sus manos a Mariño en los cuarteles de Cautaro. Éste vaciló y demoró su respuesta. Él mismo se encontraba escaso de municiones, que el Libertador sí tenía traídas de Haití. Entonces Bolívar, que estaba desesperado, envió de mediador con facultades de plenipotenciario a Pablo Garrido, un licenciado amigo de ambos. Mariño se regodeó. Ya usaba el título de Libertador y general en jefe de las provincias orientales y entonces, según lo cuenta Daniel Florencio O´Leary, le impone a Bolívar sus condiciones. Mariño debe asumir con el reconocimiento de todos el cargo de General en Jefe de la Fuerza Armada. Claro, Bolívar continuaba como el general máximo.

No había más remedio: Bolívar aceptó. Como consecuencia, Mariño se dispuso a enviar hacia Barcelona un contingente al mando del general José Francisco Bermúdez, el antiguo enemigo de Güiría.

Los españoles por su parte, que veían fácil emprender una gran ofensiva hacia Barcelona para vencer de una vez por todas a Bolívar, dispusieron el ataque. Con todo el aparato del despliegue enviaron hacia este puerto la corbeta Bailén y dos goletas más.

Por tierra iba el general Julián del Real al frente de tres mil ochocientos hombres. Al llegar éste a Barcelona, encuentra la ciudad en su parte baja deshabitada. Casi todo el pueblo se encuentra en el convento franciscano y en las demás iglesias.
Del Real desconfía y piensa que es una trampa, y con un sentido de prudencia que algunos españoles calificaron con cierta razón de cobardía, ordena abandonar Barcelona y sigue a la población vecina de Clarines, donde se instala. Mientras se operaban estos movimientos del enemigo, se favoreció el avance de las fuerzas enviadas por Mariño, que lograron llegar a Barcelona para unirse a Bolívar como Jefe Supremo.

Entre tanto llegan ataques constantes de los españoles, que llenan la ciudad de muertes. Pero cuando Bermúdez se hace presente y los enfrenta con decisión y coraje, los españoles retroceden y abandonan. Barcelona queda sumida en la mayor desolación.

Liévano Aguirre[49], comenta que "*La ciudad queda oscurecida por el humo de la fusilería y cubiertas sus calles de cadáveres y heridos, cuyos gemidos hacían más impresionante aquel terrible espectáculo de desolación y muerte.*"

Terminado este episodio, Bolívar se acerca a su antiguo atacante de Güiría y hace las paces emocionado con este nuevo José Francisco Bermúdez. Al darle un abrazo con toda sinceridad y afecto lo llama: *"Mi amigo, el Libertador del Libertador."*,

En reflejo de la situación salvadora que llegan ambos a cumplir, esta amistad se mantuvo hacia adelante.

Pero Bolívar sabe que obtenida esta última victoria, un tanto pírrica, debe atacar enseguida a los españoles y, sin consultarlo con el rijoso Mariño, le envía un mensaje al general Pedro Saraza, uno de los amigos del comandante irlandés MacGregor cuyas hazañas se comentaron antes, que dice:

> *"Salgo mañana con el general Mariño a la cabeza de 3.000 hombres a destruir el resto de las fuerzas españolas que se han hecho fuertes en el pueblo del Pilar."*

---

[49] Bolívar, Indalecio Liévano Aguirre, Edit. Oveja Negra, Bogotá

Mariño, que conoció el aludido mensaje, montó en cólera. El compromiso suyo con Bolívar, según lo anotó éste en la carta transcrita en parte antes, era el de defender a Barcelona y posterior a ello el Libertador debía concurrir con sus tropas a prestar el mismo servicio en la toma de Cumaná, de donde era oriundo Mariño. Éste declara el incumplimiento, y como no tiene ningún nexo de subalternidad ni sentimiento de unidad, da por cancelado el compromiso con el Libertador y toma rumbo hacia esta última ciudad, dejando a Bolívar con los días contados al frente de Barcelona. Bermúdez toma la misma ruta.

Calamitosa situación, frente a la que el Libertador busca afanosamente otra salida. Decide que debe abandonar este puerto tan significativo, donde tiene un parque de municiones y las súplicas de todo el pueblo en el convento de los franciscanos y en las otras iglesias. El pueblo todo, por votación, se opone a la difícil evacuación que, con sentido práctico dentro de su desespero había propuesto Bolívar. Al frente de los destinos militares queda al pundonoroso y valiente general Pedro María Freytes, barcelonés de gran coraje y temerario, a sabiendas de que no podría defender con éxito la ciudad del ataque del nuevo jefe español Juan Aldama, quien había reemplazado a del Real y a Morales.

Simón Bolívar decide, en su aparente callejón sin salida, irse a buscar a Manuel Piar, a pesar de conocer su temperamento. Y el 25 de marzo de ese año 1817 abandona la ciudad de Barcelona con la escueta compañía de quince oficiales y sus ayudantes. Sin tropa alguna, que queda en aquella ciudad. Pero le acompaña en recuas el parque de municiones y armas que ha traído, como se ha dicho, esta segunda vez de Haití.

Es preciso decir, igualmente, que el almirante Bryon conserva su flota que se moviliza así mismo hacia el Orinoco. Viaje terrible este del Gran Caraqueño por territorios enemigos, sin poder afrontar ningún encuentro. Bolívar queda confiado a lo que diga el destino.

En el fragoroso camino, en la región de Guayana La Vieja, el 15 de abril estaban desembarcando del Orinoco, en el sitio conocido como el Pao, los generales Francisco de Paula Santander, Manuel

Manrique, José María Vergara, Francisco Conde y Fernando Serrano para unirse a Bolívar; y, además, también habría de llegar, aunque retrasado por los motivos vistos antes, el joven José María Córdova.

Todos, como se recordará, salieron huyendo de los procedimientos despóticos y atrabiliarios de José Antonio Páez.

Dos días después hacen presencia en Villa de Aragua, igualmente para sumarse a su ejército, un grupo militar muy importante encabezado por el general José Francisco Bermúdez. También lo hacen Pedro Saraza, Valdez, Almario y el propio Carlos Soublette. Celebraron con emoción el regreso de Bolívar y acogieron su mando.

Quedaba Bolívar con 550 infantes y 150 hombres de caballería, fuera de la fuerza naval de Luis Bryon. Iba en crecimiento no obstante la arrogancia y los malos tratos que le daban Mariño y Piar a su gente.

También supo allí Bolívar que la plaza de Barcelona había caído en poder del general Juan Aldama, quien ostentaba fuerzas tan superiores. Este desenlace fue dramático y sangriento, como se esperaba. Mariño, quien se había negado a auxiliarlos una segunda vez para atender sus propios asuntos, finalmente decide enviar en auxilio de Freytes a Monagas y a Urdaneta. Pero ya era tarde. Los hechos se habían producido con dolor y sangre para los patriotas republicanos. Guillermo Ruiz Rivas narra así estos sucesos:

> *"Aldama y sus tropas lograron vencer a los heroicos defensores de Barcelona. Degollaron cerca de 700 hombres de armas y más de 300 ciudadanos, mujeres y niños. A los refugiados en las iglesias les asesinaron sin respeto por esos sagrados asilos. La sangre se halló hasta en el sagrario. Cayeron los sacerdotes Godoy, Sifontes y Castro y un fraile español, Tejada, como también 50 enfermos que se encontraban en los hospitales. A solo cuatro mujeres conservó Aldama con vida para hartar su desenfreno.*
>
> *En la lucha perecieron el joven inglés Chamberlain, antiguo edecán del Libertador, los granadinos Gutiérrez*

de Piñeros, Félix Manrique, el coronel Meza y Eulalia Ramos, esposa de Chamberlain, a quien quiso acariciar un oficial. Pero ella le correspondió con un pistoletazo. Al valiente Pedro María Freytes y el gobernador Francisco Esteban Ríos los remitió Aldama a Caracas, donde Moxó les hizo fusilar."

Estos dramáticos momentos fueron recogidos por el general Florencio O´Leary[50], edecán de Bolívar, quien los vivió en gran parte y reconstruyó a la muerte del Libertador. Hombre lleno de defectos y pasiones este irlandés, pero un historiador serio al que han acudido como fuente casi todos los historiadores.

Hay además que señalar que Bolívar, ser humano cargado así mismo de defectos como todos los hombres, mantuvo hasta ese momento la creencia errónea de que la guerra había que librarla solo en el Norte para alcanzar la capital Caracas. Él que dos veces antes tuvo a Caracas y la perdió, que llevó desde Londres a Miranda a que dirigiera desde allí la primera República, que también se perdió precisamente por el fracaso a manos suyas de Puerto Cabello, entendía que la larga refriega podía tener un fin pronto si se tomaba de nuevo a Caracas; y no concebía el triunfo de modo diferente.

Es cierto que en Güiría le enrostraron Mariño y Bermúdez este grave error como el motivo directo de su desagrado, como se vio. Pero en ese error permaneció hasta ese día, desgraciado para él, del 25 de marzo de 1817 en que debe abandonar Barcelona.

Se negaba a creer que en los llanos, en el Orinoco y en las provincias de Oriente como Angostura, Guayana o Cumaná se podría no solo librar sino ganar la guerra. A su conocimiento habían llegado las noticias que mostraban a Páez, al que no conocía, conquistando grandes éxitos con sus centauros en el llano. Y era por supuesto posible que, bajo un solo mando y en el frente oriental, se pudiera lograr la victoria no solo para Venezuela sino para la Nueva Granada. Ahora las circunstancias lo llevaban a esa convicción.

---

[50] Memorias del general Daniel Florencio O´Leary

Hay un episodio interesante en la marcha triste hacia Guayana, en medio de peligros inenarrables, cuando Bolívar marchaba desde Barcelona con solo sus quince acompañantes y los ayudantes y el parque a unirse con Piar, quien lo esperaba y reconocía, aunque de dientes para afuera, como el jefe supremo. Estos datos y movimientos, muy importantes, fueron rescatados, como atrás se mencionó, por el general Daniel Florencio O´Leary, edecán de Bolívar.[51]

Cuando están acampando en Quiamare sienten un movimiento de gente emboscada que sueltan una descarga de fusilería. Cae herido el coronel José María Carreño y todos se sienten en peligro. Entonces Bolívar y sus subalternos dan órdenes a una tropa inexistente para hacerles creer a los atacantes que no estaban solos sino acompañados de su ejército; y los atacantes creen el cuento y se evaporan.

A Carreño entonces lo conducen a San Mateo, antiguos predios de Bolívar, donde lo dejan en restablecimiento. Siguen a Santa Ana el 3 de abril, ciudad en que se entrevista con Monagas y, al continuar el camino, al día siguiente el Libertador se encuentra con Manuel Piar en Jobito. Fue un encuentro esperado en el que se tratan como viejos amigos. Se abrazan, se miran, muestran su afabilidad y por supuesto Piar reconoce el rango superior del Libertador. Pero este sabe que todo es de dientes para afuera.

Continuaron juntos la marcha y llegaron a un sitio llamado El Hato de San José, en donde se detuvieron. Allí arriba Manuel Cedeño, el valiente militar venezolano, muy amigo de Bolívar y quien se encuentra bajo las órdenes de Manuel Piar. Llega con emoción a saludar a su antiguo jefe Bolívar, al que no veía desde 1814. Es portador de nuevas noticias que cuenta a los dos jefes: Miguel de la Torre, el astuto y temible general español, ha reaparecido después de habérsele escapado a Páez, y se ha movilizado para atacar en Guayana a Piar. Éste dispone por su propia cuenta los movimientos necesarios para ir en busca del enemigo al amanecer siguiente, mientras Bolívar debe pernoctar ese mismo día en los campamentos de Piar en El Juncal con sus tropas reforzadas.

---

[51] O´Leary, Obra citada

Por supuesto ha asumido el mando supremo, pero Piar, escurridizo y taimado, no se siente obligado. Está en sus predios con las tropas que le quitó a MacGregor y otras nuevas y allí él es el jefe.

Al otro día se movilizan Piar y Cedeño en busca de la Torre y se dirigen a San Miguel en donde creen alcanzarlo. Por su parte la Torre también los está buscando. Pero al no hallarlo allí los patriotas, avanzan en forma decidida hacia San Félix. Saben que por ese sitio pasará. Y Piar ordena tomar posiciones, donde se acomodan en la espera del español.

En este lugar de San Félix va a llevarse a cabo una de las batallas más heroicas de la causa independentista de toda la guerra. Sin duda alguna Piar[52] no solo era un hombre valiente sino un guerrero de olfato y malicioso. Con la ayuda de Cedeño, que estaba a su lado.

Siguiendo las directrices de O´Leary, Ruiz Rivas[53] cuenta así la batalla:

> *"El general Miguel la Torre, se presentó al sitio del combate bien alineado, con 150 lanceros y 1.500 hombres incorporados al batallón Cachirí* -este batallón fue llamado así por los españoles en memoria del triunfo en la batalla en ese lugar granadino del actual departamento de Santander que vimos atrás-*, y emplazó en el mejor punto el único cañón de campaña con que contaba para el ataque. Rompió los fuegos a las 4 de la tarde. Piar distribuyó sus efectivos en tres alas, bajo el comando de los coroneles José Antonio Anzoátegui, Pedro León Torres y Pedro Chipía, quienes al avanzar sobre sus contendientes con bayoneta calada, fueron recibidos con descargas continuas.*
>
> *"Al notar el gobernador Cerruti[54] que los españoles retrocedían, les alentaba con un grito de combate, "!Firmes Cachirí!"*, en recuerdo de la voz de aliento

---

[52] Cerruti era el gobernador español

[53] Autor, obra citada

[54]

atribuida a García Rovira en aquel lugar, que vimos en el capítulo correspondiente.

"La batalla aun se encontraba indecisa cuando Piar en persona atacó por la retaguardia con sus carabineros montados y después de media hora de feroz combate los realistas emprendieron la fuga.

"Era 11 de abril de 1817. Treinta minutos bastaron para aniquilar al enemigo que dejó quinientos noventa muertos, cerca de 1.000 fusiles, el cañoncito de campaña y 500 prisioneros abandonados en el campo. Las bajas de Piar fueron muy pocas, aun cuando en esta memorable batalla rindieron la vida los valientes coroneles Pedro Chipía y José María Landaeta. El general La Torre, con 16 jinetes, logró salvarse entre los pantanos y regresar a su base; solamente 250 hombres de su destrozado batallón Cachirí pudieron evadirse y fueron recuperados por piraguas enviadas desde Angostura. El gobernador don Nicolás María Cerruti cayó entre los prisioneros; fue fusilado con 159 compañeros españoles."

Como puede verse, fue esta una batalla de gran resonancia, que no tiene nada que ver con la que aconteció en el páramo de Cachirí que relatamos antes, en la que los patriotas al mando de Rovira y Santander, perdieron. Ésta, que ganaron como se ha visto los patriotas bajo el comando de Piar y tuvo lugar en San Félix (Venezuela), se libró contra el batallón realista del mismo nombre del páramo, Cachirí, en recuerdo de la gran victoria obtenida por Latorre en aquel lugar.

Este triunfo, por supuesto, iba a elevar más el ego del general Manuel Piar y a hacerle ver a éste más pequeño a Bolívar, quien estando tan cerca, no pudo intervenir en el combate, aunque fuera el comandante supremo de las fuerzas patriotas. Todo apuntaba, con seguridad, a que de un momento a otro el curazoleño estaría dándole un golpe al liderazgo del Libertador. Empero, Bolívar había recogido ya un personal, con los granadinos incluidos, que se parecía a un ejército y se está movilizando por el río Orinoco en champanes de guadua. Ruiz Rivas, siguiendo a O´Leary, escribe:

"El 20 de abril la tropa del Libertador emprendió el camino de Angostura y en San Diego de Cabrutica llegó la buena nueva del triunfo espléndido del general Piar en San Félix. El ejército avanzaba con dificultades. El 27, al pasar el Orinoco por el sitio de Aro, tres flecheras españolas rompieron fuego sobre ellos obligándoles a avanzar por tierra, bajo lluvias torrenciales, entre las espesuras de las matas de monte, abriendo trocha a machete. Faltaban la comida. Los soldados, caminando entre el fango, carecieron de todo. En los playones recostados espalda con espalda, con los quietos caimanes por testigos, permanecían en las noches, insomnes, bajo la música y tortura de los zancudos, sin provisiones, apelaron a la carne de mula, y, perdidos en la espesura, pudieron salir gracias al rumbero coronel Mauricio Encinoso. En estas condiciones llegaron a El Juncal donde encontraron a Cedeño y al coronel Montes de Oca, quienes les llevaban algunas cargas de víveres enviadas por el general Piar. El día 2 de mayo, Piar y Bolívar se abrazaban de nuevo frente a Angostura. Al conocer los pormenores de la batalla de San Félix, por el relato personal del vencedor, Bolívar escribió a Leandro Palacios: "La victoria que ha obtenido el general Piar en San Félix es el más brillante suceso que hayan tenido nuestras armas en Venezuela."

Luego, estimulado por el éxito alcanzado, Piar le tiende un cerco a Angostura, plaza dominada entonces por los españoles. Cerco duro, de hambre. Salvador de Madariaga dice, con toda la exageración, que igual al sitio de Cartagena de Morillo. La guerra, a pesar de que Bolívar a su regreso ha declarado que ya no es a muerte, continuó por ese camino con más odio que razón. Y por supuesto, cuando los españoles desesperados y cadavéricos resuelven afrontarlo todo rompiendo el cerco y saliendo hacia el sol de la libertad –la muerte es mejor que la vida miserable del que ya la padece-, son masacrados. Piar desde luego se engrandece más. ¡Ah la crueldad y el genocidio, armas tan poderosas de la gloria!

Afortunadamente, como se ha anotado, el Libertador ha logrado ya mantener un ejército de oficiales que lo acatan, aprecian y reconocen como el gran líder que es. Ya son siete años de vivir en medio del dolor y de la lucha. Allí hay un Simón Bolívar que ha cometido, como se ha repetido antes, muchos errores, entre ellos la entrega de su gran maestro Miranda. Pero en él hay ya un hombre curtido, duro, hecho al dolor y a las crueldades de la revolución. Él ya sabe dar y sabe recibir. Y es malicioso, inteligente y culto por encima de los que se han atrevido a competir con él por el mando supremo. Así que ya tiene trazado un destino que supone la eliminación de sus dos enemigos: Manuel Piar y Santiago Mariño. Las cosas sucederán parcialmente a su debido tiempo.

16

EL CONGRESO DE CARIACO Y SU FRACASO. FUSILAMIENTO DE PIAR. ÓRDENES DE REGRESO A CARACAS. LA NUEVA DERROTA PATRIOTA DE LA PUERTA EN EL RIACHUELO DE SEMEN. MORILLO ATRAVESADO CON UNA LANZA. EL LIBERTADOR ENFERMO BUSCA DE NUEVO EL LLANO

Con un detenido examen y preparación de un plan de acción ante la innegable crisis subjetiva de entender que había un desconocimiento a sus méritos; y del no reconocimiento que él mismo hacía de los méritos de Bolívar y su jefatura, Mariño levanta la bandera de la necesidad de un congreso constituyente que cree una ley fundamental y un gobierno. Una idea convincente, sin duda. Era el orden contra la anarquía de cada cual por su lado, buscando lo suyo solamente. Pero bien calculado todo esto en su finalidad ulterior. Con una apariencia lógica indiscutible, el plan de Mariño estaba enderezado a obtener un provecho propio directo, en detrimento de la posición de Bolívar.

Ese es el origen del que pronto se iba a inaugurar de modo casi impositivo en la ciudad de Cariaco, mientras el Libertador anda en los enredos de la guerra tratando de atraer a Páez, a quien confirma su ascenso a general de brigada, y de tender los puentes necesarios para impedir que el envalentonado Piar le dé el golpe primero.

Por supuesto Bolívar busca afanosamente el robustecimiento de todo el ambiente alrededor de las viejas instituciones que teóricamente regían desde la primera república, en orden, naturalmente, a fortalecer al mismo tiempo su propia situación. Todo esto lo despliega el Libertador a base de ese encanto personal que sabía prodigar con gran éxito en los demás.

Así, pues, éste no da respuesta alguna a la convocatoria que *motu proprio* ha hecho Mariño.

Éste, el 8 de abril como lo había anunciado y convocado, hace reunir en Cariaco el que debiera ser el congreso constituyente, pero el que nunca dejó de ser simplemente el Congresillo de Cariaco. Lo convocó desde Cumaná y hasta llegó a alentar a un hombre tan afín a Bolívar como el almirante Brión, con engaños y argumentos bien manejados. También engañó al canónigo José Cortés de Madariaga, personaje de gran figuración en los hechos de 1810, ausente por largo tiempo y quien haría presencia desde la isla Margarita, colocándose a disposición de la revolución. El canónigo liberal, bajo los auspicios del pensamiento revolucionario francés, es partidario de la fundación del estado de derecho y le envía una carta a su viejo amigo Bolívar en la que le manifiesta la necesidad del congreso. Es la misma idea transmitida a Santiago Mariño, que cobra vida en la mente de éste, dentro de un desarrollo claro y un objetivo perfectamente nítido por sí solo, como se ha dicho.

El congreso elige un poder ejecutivo de tres miembros. Y como el primero y el último estaban ausentes, se les nombraron sus respectivos suplentes así:

PRINCIPALES	**SUPLENTES**
Fernando del Toro (el viejo marqués)	Francisco Antonio Zea
Francisco Javier Mays	
Simón Bolívar	Canónigo José Cortés de Madariaga

Jefe Supremo del ejército de tierra lo sería Santiago Mariño y jefe de las fuerzas navales el almirante Luis Brión. O sea que Bolívar quedaba por fuera de la fuerza armada y reducido al escritorio de un triunviro.

El Libertador Simón Bolívar, no le dio ninguna importancia al tal congreso porque sabía de las aguas turbulentas que iban arriba. Manuel Piar también lo sabía y aunque el congreso estaba en contra de sus propios intereses, de entrada, lo acoge con recelo por estar Bolívar excluido del mando militar. Él también. Pero pronto le da vueltas en la cabeza al asunto y se ve a sí mismo como jefe supremo de Guayana. Entonces convoca una junta cuando ya el congresillo está liquidado por la presencia de Morillo en las cercanías y allí hace la propuesta de dejar incólume la autoridad de Bolívar.

Insta a través del amigo de Bolívar Pedro Briceño Méndez, edecán y Secretario de Piar, a que acepte. Entonces Briceño envía una carta al Libertador en la que, en parte, dice tímida e ingenuamente:

> *"No se pretende aquí la menor cosa contra usted: su autoridad se respeta y queda existente. Toda la pretensión es dar a usted un senado o un consejo, para que tenga algo de democracia representativa nuestra forma de gobierno; medida más importante a usted que a nadie, pues si los que han concebido el proyecto lo han hecho pensando en coartar su suprema autoridad, usted que tiene la fuerza obrará sin límites, mientras que ellos con sus insignificantes proyectos tienen adormecidos a los pueblos. Piar dice que es indispensable que haya quien trabaje en lo civil y político, mientras usted se ocupa en las atenciones de la guerra."*

Bolívar contesta impertérrito a Pedro Briceño, con ironía de autoridad y amistad:

> *"He recibido con mucho gusto la apreciable carta de Vmd. de 16. Pero le aseguro a Vmd. con franqueza que no creí jamás que fuese Vmd. tan tímido como parece por su carta. Me dice Vmd. que le ahorre si puede el sacrificio de hablarme con franqueza. No es, ciertamente, porque Vmd. me teme a mí, porque*

con bastante libertad me dice Vmd. su opinión: luego es por otro cualquier temor que yo no se imaginar. Vamos, querido Briceño, tenga Vmd. más confianza en la situación: no se desespere por tan poca cosa. Vmd. sin duda se ha imaginado que estamos en una situación como la de Cartagena, y Güiría, o Carúpano, donde las circunstancias me fueron desfavorables, y donde el espíritu de partido triunfó de la justicia y de la patria. Si hasta ahora he sido moderado por prudencia no lo ha sido por debilidad; no crea Vmd. que las intrigas sean tan grandes que nos puedan destruir. Jamás he tenido una situación más feliz a pesar de quien diga lo que quiera. A mi voz obedecen tres mil hombres, que harán lo que mande. Defenderán la inocencia y no permitirán pasiones. Créame Vmd. que no debe temer nada; Vmd. no está en Constantinopla ni en Haití: aquí no hay tiranos ni anarquía, mientras yo respire con la espada en la mano. Si hasta ahora he sufrido desórdenes no tema Vmd. más. Que voy a corregirlos y respire Vmd. con libertad: hable Vmd. con la misma; obre Vmd. con firmeza y no tema más que lo que yo temo a mi querido Briceño. Adios, amigo, Bolívar."

Vale la pena destacar que Morillo ha regresado a Venezuela de la Nueva Granada, donde dejó escombros y tumbas por doquier, y a Sámano, muy bien instruido, como virrey. Es decir, ha "pacificado" y ganado el título de Conde de Cartagena. Pero con los reveses sufridos en San Félix y en Angostura por el general realista Miguel de la Torre, menguado de fuerzas, es informado que, rumbo a Buenos Aires va a pasar la flota del general español José de Canterac con 3.500 hombres. Morillo tiene prerrogativas reales para hacer detenerse y participar en Venezuela al convoy de Canterac; y con estos refuerzos tan poderosos se toma isla Margarita, Juan Griego y golpea duro en Cumaná, a cuyo frente se encontraba Santiago Mariño. Por lo tanto este episodio determinó aun más el fracaso del congresillo de Cariaco.

No pasó más. Bolívar sabía donde estaba parado y qué aguas lo mojaban. Tanto Mariño como Piar eran sus enemigos y en la jugada política que habían urdido, ambos estaban derrotados. Pero el juego seguía, mientras Bolívar ganaba el reconocimiento de Páez, de Bermúdez, de Arismendi y de gran parte del ejército, Piar comienza a urdir un nuevo plan: el color de su piel y su origen son levantados como bandera de odio.

Recoge la política de Tomás Boves levantando a los indios, a los mulatos y a los negros con su odio tradicional –seguramente justificado- edificado sobre la injusticia del trato de la clase blanca privilegiada contra la mayoría de la población. Una política populista de otro origen y con otros propósitos, que a Boves le dio excelentes resultados. El rompimiento con Piar es ya inevitable, y Bolívar lo acomete con decisión.

El doctor Indalecio Liévano Aguirre[55], citado antes, escribe al respecto:

> *"La iniciativa del rompimiento correspondió a Bolívar, quien al darse cuenta de la influencia adquirida por él (Piar) sobre la oficialidad del ejército de la Guayana, tomó una medida trascendental, que afirmó su autoridad e hizo temblar a Piar en el pedestal de su antiguo prestigio: en uso de sus atribuciones de general en jefe, fraccionó el ejército de la Guayana cuya jefatura ejercía Piar, en dos divisiones: la destinada a actuar contra Guayana la Vieja, para cuyo mando nombró al propio Piar, y la que sitiaba a Angostura, cuya jefatura confió al general Bermúdez. Piar no solamente se vio privado del mando de uno de los más importantes contingentes del ejército de la Guayana, sino que, ante él y con rango igual al suyo, ascendió a la escena de este duelo histórico a su antiguo enemigo: Bermúdez."*

Un paso de autoridad, que el Libertador sabía ejercer. Piar se sintió incómodo, inquieto e insatisfecho y cargó más su odio. Pero finalmente se va y asume el mando en Guayana la Vieja.

---

[55] Bolívar, Indalecio Liévano Aguirre, editorial Oveja Negra, Bogotá

Por supuesto sentía su situación resquebrajada. Para un ego como el suyo lo ocurrido era intolerable y anuncia su renuncia. Bolívar, que todo lo tiene previsto, acude a un esfuerzo más: le envía una muy diciente carta en la que le dice:

> *"General, prefiero un combate con los españoles a estos disgustos entre patriotas. Ud. si que está prevenido contra sus compañeros, que debe saber son sus amigos, y de quienes no debe separarse para mejor servicio de la causa.*
>
> *Lo contrario es servir a la opresión.*
>
> *Si nos dividimos, si nos anarquizamos, si nos destrozamos mutuamente aclararemos las filas republicanas, haremos fuertes a los godos, triunfará España y con razón nos titularán vagabundos.*
>
> *No insista Ud. en separarse de su puesto. Si Ud. estuviera a la cabeza, yo no lo abandonaría, como no abandonaré al que lo esté mañana, sea quien sea, con tal que tenga legitimidad y lo necesite la patria. La patria lo necesita a Ud. hoy como lo que es, y mañana habrá de necesitarlo como lo que por sus servicios llegare a ser".*

La redacción perfecta de Bolívar debía llegar hondo en el pensamiento del émulo, por cierto gran militar. Pero Piar había decidido ya en sus interiores hacer la guerra siendo un caudillo popular y acudiendo al odio de clases. Él, antes misterioso sobre su origen, ahora saca a relucir su antecedente africano que hace contrastar con los refinados y aristocráticos gustos de los mantuanos. Bolívar es, como se ha señalado, uno de ellos. Cuida su figura y su imagen, usa ropa pulcra y agua de colonia traída de Francia, como observa Liévano.

Piar presenta su renuncia, que Bolívar tiene que aceptar el 30 de junio del mismo 1817; Ahora, cuando Piar solicita pasaporte para moverse hacia otros centros sin la vigilancia directa del Libertador y en su plan proselitista y demagógico, éste, luego de darle el pasaporte y comprobar lo que está haciendo en contra de su propio país, lo manda a arrestar, misión que le confía a Bermúdez. Era un resultado inevitable que tanto Piar como Bolívar sabían que se iba a dar tarde o temprano.

Piar se traslada a Maturín en donde propone su plan a las gentes del bajo estrato social con resultados fallidos. Nadie quiere enfrentarse al Libertador. Entonces se traslada a Cumaná, donde aun permanece Mariño y le propone que den la batalla juntos a la cabeza de los pardos contra Bolívar, pero Mariño, que también es mantuano, lo rechaza.

Y es a partir de allí que el Libertador comienza a escribir una proclama denunciando los crímenes y propósitos malévolos de Piar. Los datos de todos estos episodios y la propia proclama son publicados por O´Leary[56], entonces coronel y edecán del Libertador. Pero ante la dureza del estilo, el historiador Ruiz Rivas, que tanto hemos seguido en esta obra, disiente de la autoría de Bolívar del manifiesto y dice que el documento no aparece firmado por éste. Empero, ese lenguaje inflamado, sin duda alguna, es el estilo claro, punzante y directo de Bolívar.

Veamos ese escrito, que por supuesto tiene mucha importancia por los alcances del documento, y que reproduce Liévano Aguirre[57]:

> *"Ciudadanos: La más grande aflicción que puede sobrevenir al ánimo de un magistrado es aquella que le obliga a emplear la espada de la justicia contra un ciudadano que fue benemérito de la patria.*
>
> *"Yo denuncio a la faz de la nación el crimen más atroz que ha podido cometer un hombre contra la sociedad, el gobierno y la patria. El general Piar es el autor execrable de este fatal delito. Colmado de los honores supremos de la milicia, de la consideración pública y la confianza del gobierno, nada quedaba a este ciudadano a qué aspirar sino a la gloria de titularse bienhechor de la República. ¡Con qué horror, pues, oiréis que este hombre tan favorecido de la fortuna haya pretendido sumergirnos en el piélago espantoso de la anarquía! Si, venezolanos, el general Piar ha formado una conjuración destructora del sistema de igualdad, libertad e independencia. ...*

---

[56] Autor obra citada

[57] Autor obra citada

*Engreído el general Piar de pertenecer a una familia noble de Tenerife, negaba desde sus primeros años, ¡qué horrible escándalo!, negaba conocer el infeliz seno que había llevado este aborto en sus entrañas. Tan nefando en su desnaturalizada ingratitud, ultrajaba a la misma madre de quien había recibido la vida por el solo motivo de no ser aquella respetable mujer de color blanco que él había heredado de su padre (*el color, anotamos). *Que no supo amar, respetar y servir a los autores de sus días, no podía someterse al deber de ciudadano y menos aun al más riguroso de todos, al militar. …*

"La imparcialidad del gobierno de Venezuela ha sido siempre tal, desde que se estableció la República, que ningún ciudadano ha llegado a quejarse por injusticia hecha a él por el accidente de su cutis. Por el contrario: ¿Cuáles han sido los principios del Congreso? ¿Cuáles las leyes que ha publicado? ¿Cuál la conducta de todos los magistrados de Venezuela ? Antes de la revolución los blancos tenían opción a todos los destinos de la monarquía, lograban la eminente dignidad de ministros del rey y aun de grandes de España. Por el talento, los méritos o la fortuna lo alcanzaban todo. Los "pardos" degradados hasta la condición más humilde estaban privados de todo. El estado santo del sacerdote les era prohibido: se podría decir que los españoles les habían cerrado hasta las puertas del cielo. La revolución les ha concedido todos los privilegios, todos los fueros, todas las ventajas.

"¿Quiénes son los actores de esta revolución? No son los blancos, los ricos, los títulos de Castilla y aun los jefes militares antes al servicio del rey? ¿Qué principios han proclamado estos caudillos de la revolución? Las actas del gobierno de la República son monumentos eternos de justicia y liberalidad. ¿Qué se han reservado para sí la nobleza, el clero, la milicia? ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada! Todo lo han renunciado a favor de la naturaleza y de la justicia, que clamaban por la restauración de los sagrados derechos del hombre. Todo lo inicuo, todo

lo bárbaro, todo lo odioso se ha abolido y en su lugar tenemos la igualdad absoluta hasta en las costumbres domésticas. La libertad hasta en los esclavos que antes formaban una propiedad de los mismos ciudadanos. La independencia en el más alto sentido de esta palabra sustituye a cuantas dependencias antes nos encadenaban.

"El general Piar con su insensata y abominable conspiración, solo ha pretendido una guerra de hermanos en que crueles asesinos degollasen al inocente niño, a la débil mujer, al trémulo anciano, por la inevitable causa de haber nacido de un color más o menos claro.

¡Venezolanos! ¿No os horrorisais del cuadro sanguinario que se ofrece en el nefando proyecto de Piar? Calificad de delito el accidente casual que no se puede borrar ni evitar. El rostro según Piar, es un delito y lleva consigo el decreto de vida o muerte. Así ninguna sería inocente, pues que todos tienen un color que no se puede arrancar para sustraerse de la mutua persecución. El general Piar ha infringido las leyes, ha conspirado contra el sistema republicano, ha desobedecido al gobierno, ha resistido la fuerza, ha desertado del ejército y ha huído como un cobarde; así, pues, él se ha puesto fuera de la ley: su destrucción es un deber y su destructor un bienhechor."

Este es, como se aprecia, un documento fuerte, escrito con furor e indignación, pero muy afirmativo en cuanto a los principios en que se inspira la revolución. Era ese mismo Bolívar que había decretado la libertad de los esclavos a su primer regreso de Haití en la isla Margarita, el que sin desmentir su origen propugnaba por una integración de derechos entre todos los venezolanos y la existencia de los postulados de la revolución francesa de libertad, igualdad y fraternidad, que eran los mismos postulados de los masones, a los cuales pertenecía el gran caraqueño.

Lamentable que todo esto haya ocurrido, como lo dice en el primer párrafo. Manuel Piar tenía sus méritos que ahora desdecía por ambiciones personales y era doloroso tener que llegar a un final –que estaba previsto- tan lamentable, pero

indiscutiblemente necesario. No había otra manera de evitar lo que seguía, que como se ha visto, ya habían sido intentadas todas las formas disuasivas.

Convoca entonces el Libertador mediante decreto el consejo de guerra, al que no faltaba el defensor. Ordena recoger las pruebas, testimonios, documentos y demás evidencias y decreta la captura del general curazoleño.

José Francisco Bermúdez y el valiente Manuel Cedeño, antes bajo el mando de Piar, son los encargados de apresarlo. Leamos lo que cuenta el protagonista Cedeño sobre ese tema, en carta informe al jefe supremo:

> *"El 25, a las ocho de la noche llegué a esta ciudad (Maturín), donde el general Rojas y el teniente coronel Sánchez me informaron encontrarse el general Piar en Aragua con 100 infantes.… El 27, a las cuatro de la mañana, entré a Aragua, y sin detenerme en nada me dirigí a la casa donde se hallaba el general Piar; Luego empezamos a hablar evitando todo escándalo, pero nada de mis persuasiones bastaron para evitar que él se decidiera abiertamente a morir antes de venir conmigo, y para ello ordenó al señor comandante Carmona, que mandaba su piquete de fusileros, se aprestase para batirse y se pusiese a su cabeza. Yo entonces me dirigí a los fusileros y les hice ver que éramos hermanos, que defendíamos unas mismas banderas, y que, por consiguiente, no tenían que hacer un tiro; que confiasen en que yo solo iba a conciliarlo, a unir los jefes, y que por esta razón trataba de llevar al general Piar a Maturín.*
>
> *"Todas estas razones, y Carmona, que se puso a la cabeza y los persuadió que no debían hacer contra mí armas, hicieron que los fusileros no hiciesen movimiento alguno; a pesar de todo esto, el obstinado hizo algunas tentativas al frente de la tropa, por lo que me fue preciso valerme de la fuerza y llevarlo como un reo, a montarlo a caballo."*[58]

[58] Cita traída por O´Leary

Cedeño era un hombre corpulento y muy fuerte, a quien le tocó dominar a la fuerza a Piar. Y lo llevó a Angostura, donde estaba Bolívar con su ejército. Piar había dejado de ser un general supremo con edecanes. Ahora era un preso. A continuación Bolívar le ordena al general Soublette que disponga el consejo de guerra. Se le imputan "*los crímenes de insurrección a la autoridad suprema, de conspirador contra el orden y la tranquilidad públicos, de sedicioso y últimamente de desertor.*"

Es ostensible que el delito de deserción no existía. Bolívar había aceptado la renuncia de Piar y además, como a un civil, le expidió un pasaporte para que pudiera movilizarse donde quisiera, y es de resaltar que en ese documento Bolívar le da el trato de Excelencia.

Las audiencias se inician el 4 de octubre de 1817. El Libertador integra un jurado de muy alto nivel: lo preside el almirante Luis Brión y son vocales José Antonio Anzoátegui, Pedro León Torres, José Ucrós, José María Carreño y Francisco Conde. El juicio, como era de esperarse en un caso como estos de tan alto interés político, era un diligenciamiento solo de apariencia, porque se sabía previamente el resultado; y cuando Soublette presenta la acusación, realmente poco importan las palabras siguientes del defensor, que lo fue el teniente coronel Fernando Galindo, por cierto enemigo también de Piar.

El jurado deliberó breve y la respuesta fue condenatoria a cada uno de los delitos imputados. El reo fue condenado a muerte y degradación. El Libertador confirmó la sentencia el día 15 de octubre de 1817. Eliminó con magnanimidad la pena de degradación.

Al día siguiente 16, en la plaza principal de Angostura se efectuó el fusilamiento. Los batallones formaron y recibieron con recio don de mando las órdenes que dejaron un poco de humo en el ambiente, después de resonar el estrépito sordo de los fusiles. Piar se condujo con el valor que siempre había tenido. Y a la hora de morir, aquel general pardo de esbelto cuerpo y rostro noble y apuesto, le dijo despectivamente al capitán Francisco Conde, uno de los vocales del consejo de guerra: "*No tengo un gran uniforme qué ponerme para morir, como Nelson. Pero me basta esta esclavina.*"

Estaba raída y vieja; entonces, al vuelo, se la colocó sobre los hombros.

Le habían prohibido el privilegio de dar él mismo las órdenes al pelotón de fusilamiento. Dice la crónica de O´Leary que Bolívar se asomó al fusilamiento y lloró, sin poder olvidar que había muerto, con fuego amigo y con deshonra, el gran general victorioso de la batalla de San Félix.

Después de estos dolorosos acontecimientos Santiago Mariño olió el tocino y buscó el entendimiento con Bolívar. Páez, que no lo conocía, se aproximó a él –por lo menos momentáneamente- aunque después mostró su deslealtad marcada por tristes acontecimientos y hasta hubo un conato de golpe de estado, que quiso darle con los rubios miembros de la Legión Británica. Y el ejército libertador se fue uniendo alrededor del nombre de su jefe supremo, en medio de las mayores dificultades.

No debía terminar ese mes de octubre de año tan decisivo en la faena revolucionaria, cuando el Libertador, el día 30, por medio de decreto, crea el Consejo de Estado, entidad que tendría por sede la ciudad de Angostura, sobre el Orinoco y asumiría indistintamente el poder ejecutivo y el legislativo.

El Consejo quedó integrado así: Doctor Francisco Antonio Zea, el granadino que se quedó en Venezuela al lado de Bolívar y fue parte importantísima en todos los ardorosos días de la independencia. Quedó encargado de los negocios de Estado y Hacienda en compañía de Fernando Pañalver, José María Ossa y Vicente Lecuna; Marina y Guerra Luis Brión, Cedeño, Tomás Montilla, Pedro Hernández y Francisco Conde; Interior y Justicia Juan Martínez , José España, Luis Peraza y Antonio José Betancourt.

El estadista que había en Bolívar, al instalar el cuerpo del Consejo de Estado pronunció un discurso en el que entre otras cosas sostenía:

> *"Yo he anhelado y casi podría decir que he vivido desesperado, en tanto que he visto a mi patria sin Constitución, sin leyes, sin tribunales, regida por el solo arbitrio de los mandatarios, sin más guía que sus banderas, sin más principios que la destrucción de los tiranos y sin más sistema que el de la independencia y la libertad.*

"…La creación del Consejo de Estado va a llenar las augustas funciones del Poder Legislativo no en la latitud que corresponde a la soberanía de este cuerpo, porque sería incompatible con la extensión y vigor que ha recibido del poder ejecutivo, no solo para libertar el territorio y pacificarlo, sino para crear el cuerpo entero de la República; obra que requiere medios proporcionados a su magnitud y cuantas fuerzas puedan residir en el gobierno más concentrado. El Consejo de Estado, como verá V. E. verá por su creación está destinado a cumplir en parte las funciones del cuerpo legislativo."

Simultáneamente, cuando Bolívar logra aglutinar un ejército de cinco mil hombres, vuelve a su obsesión de tomar Caracas, entendiendo que ese sería el final de la guerra y que estaba en el momento crucial. Y ordena una movilización y reclutamiento general.

Hubo quebrantos muy duros para las fuerzas republicanas, como que Morillo estaba ya al frente de sus ejércitos y había tomado Valencia como su cuartel general. Buscaba recobrar Angostura. El desarrollo que siguió, altamente doloroso para Bolívar, lo narra el gran escritor e historiador Liévano Aguirre, citado tantas veces, en su obra *Bolívar*[59]:

"El caudillo llanero (Páez), decidido a no tomar parte en la campaña e interesado solamente en el sitio de San Fernando, se limitó a dar contestaciones evasivas, que demostraron a Bolívar la inutilidad de contar con él; por eso, cuando se le reunieron las fuerzas de Saraza tomó la trascendental decisión de comenzar la campaña sin Páez. El 15 de marzo (1818), *las tropas del Libertador se pusieron en marcha hacia el norte, al tiempo que considerables contingentes se dirigían a San José para reforzar su guarnición, destinada –según las órdenes de Bolívar- a obstaculizar a Calzada en su propósito*

[59] Autor, obra citada

de abandonar el llano para reunirse con Morillo en Valencia. El Libertador tomó el camino de Villa de Cura, buscando entre los senderos que comunicaban los llanos altos con la serranía, los más apropiados para la marcha descansada de sus tropas; en su avance, poco a poco fueron desapareciendo las praderas, y el terreno accidentado y poblado de bosques reemplazó a la vista de sus soldados los ilimitados horizontes del llano. El 11 de marzo, al acercarse a Villa de Cura, recibieron gratas noticias: las temidas concentraciones realistas no se habían producido todavía; Latorre permanecía en Caracas y Morillo en Valencia, en espera de las tropas de Morales y Calzada.

"En tales circunstancias, Bolívar rápidamente adoptó su plan: situó a Monagas y Saraza con efectivos suficientes en los alrededores de Maracay para evitar todo movimiento de Morillo hacia la capital, y él, con el grueso del ejército, se preparó a atacar el grupo más débil de las fuerzas enemigas, el que defendía a Caracas, al mando de Latorre. En este plan, además de las consideraciones estratégicas que hacían recomendable destruir primero el núcleo más débil del enemigo, estaba latente el profundo y nunca cancelado anhelo de Bolívar de apoderarse de la capital de Venezuela. El día 13 avanzó hasta el pueblo de Consejo y acampó en aquellas regiones tan conocidas. ¡Qué lejos le parecían los días en que batallaba en Angostura y cuán cerca se sentía de la victoria final en las proximidades de Caracas, ciudad que siempre tuvo para él el significado de una tierra de promisión!.

"Pero en la tarde del 14 de marzo (1818) *la noticia de inesperados y fatales contratiempos destruyeron en sus mismos principios tan halagadoras esperanzas: el coronel Mateo Salcedo, quien entró en el consejo de oficiales cuando Bolívar daba las últimas órdenes, le interrumpió para informar que Calzada, después de burlar las guarniciones patriotas de San José, se había reunido a Morillo el día anterior; que reportado así el*

Pacificador se preparaba a atacarle pues sus avanzadas al mando de Morales habían destruido completamente las fuerzas de Monagas y Saraza, cuyos restos huían hacia Villa de Cura. Retirarse rápidamente a los llanos, donde aun podía recibir ayuda de Páez, fue entonces la única solución practicable. Esa misma noche, a pesar de la tempestad que azotaba aquellas regiones, Bolívar y sus tropas abandonaron el pueblo de Consejo y tomaron la senda más próxima, que por accidentada y peligrosa llevaba el nombre de Cuesta de la Muerte. Durante toda la noche, los soldados patriotas marcharon aceleradamente, viéndose obligados a abandonar a los rezagados ante el temor de ser alcanzados por el enemigo en aquellos sitios tan poco propicios para hacerle frente. Cuando los relámpagos iluminaban la noche podía verse al Libertador, cubierto con su capa de campaña, dando órdenes rápidas y concisas para resolver los problemas de la marcha, o deteniéndose frecuentemente para mirar atrás, como si quisiera despedirse de aquel sueño de victoria, tan corto como los relámpagos que iluminaban por segundos las sombras de la noche.

"El 15 de marzo, no muy avanzada la mañana, las fuerzas republicanas llegaron a Villa de Cura, donde descansaron algunas horas; a las tres de la tarde reanudaron la retirada, después de dejar en aquel sitio a Genaro Vásquez, al frente de algunos contingentes, destinados a obstaculizar la persecución y darle tiempo al grueso del ejército de llegar a los llanos. Poca fue, sin embargo, la resistencia que pudieron presentar al impetuoso avance de los escuadrones realistas de Morales; el 16 de febrero los españoles batieron completamente a Vásquez y en la mañana del 17 alcanzaron a Bolívar en el fatal sitio de La Puerta, donde años atrás Boves destruyó completamente a las tropas de la primera República de Venezuela. En la imposibilidad de escoger campo más favorable para hacerle frente al heredero de Boves, Bolívar ordenó a sus fuerzas atrincherarse,

aprovechando las ondulaciones del terreno y el curso del riachuelo del Semen, contra los cuales Morales lanzó sus mejores regimientos, buscando los puntos más débiles para cruzar la corriente. Cuando seis horas de heroica resistencia patriota parecían destinadas a vencer la obstinada ofensiva del enemigo, llegó al campo de batalla con poderosas fuerzas, el propio Morillo, aumentando así la terrible presión sobre las defensas de Bolívar, cubiertas de cadáveres, y en las cuales durante un cuarto de hora más, los regimientos españoles fueron rechazados por el valor de los soldados republicanos…"

Relato conmovedor en el que sobresale la fuerza inspirada de los patriotas en esos quince minutos de que habla Indalecio. Pero he aquí que, cuando eso estaba ocurriendo, Morillo, que también era un valiente y un general arrojado, se lanza intrépido al frente de batalla en su caballo, dándoles con su acción un valor extraordinario a las tropas, lo que condujo a la victoria sobre los republicanos. Empero, cuando ya estaba casi decidida la batalla, un lancero patriota aprovechó el momento de la presencia solitaria del jefe español en su acción intrépida y, como un héroe griego, lanzó a los aires su poderosa lanza y atravesó de lado a lado al Pacificador don Pablo Morillo, quien cae gravemente herido.

El mismo Morillo cuenta en su informe al Ministro de Guerra español:

"Estoy seguro que sin haberme puesto al frente de los expresados cuerpos no se hubiera batido a los rebeldes… Mi herida es sumamente considerable por el estrago espantoso que causó la lanza en las dos bocas que abrió al entrar y salir, y por el sitio en que la recibí en el costado izquierdo entre la cadera y el ombligo, saliendo por la espalda…"

Un nuevo revés, ciertamente terrible para las armas de la República.

Como pudieron, mientras Bolívar, muy averiado en su mundo afectivo emprendía precariamente la retirada, los españoles condujeron al Conde de Cartagena con muchas dificultades hacia Valencia, en donde le hicieron las curaciones que la precariedad de la medicina de entonces permitían. Y se curó sin que le quedara una señal visible.

Tres días después de estos sucesos infaustos, o sea el 20 de marzo de 1818, Bolívar, abatido de cuerpo y alma, llegó a Calabozo, donde iba a reunirse con Páez quien acababa de vencer nuevamente en San Fernando, ese llanero díscolo y quisquilloso que no quiso darle la mano en los momentos decisivos, en cierta forma era el culpable del nuevo desastre de La Puerta. Como pudieron fueron también llegando los heridos y los que se perdieron en las tormentosas horas de aquella jornada. Era lo que quedaba de un ejército vencido. Bolívar añade a su estado anímico de desolación las fiebres palúdicas y el estallido de unos forúnculos en sus muslos, muy dolorosos, consecuencia de las largas jornadas sobre su caballo.

En ese momento todos los jefes patriotas piensan que ese Jefe Supremo, arrogante, era el peor estratega, al punto de que podía afirmarse sin temor a equivocarse que había perdido todas las batallas en ese año trágico de 1818. Y en los años anteriores.

Lo único que se veía eran los fracasos de Bolívar y no de los otros jefes, cosa que al fin y al cabo era lo mismo, pues se trataba como es obvio de él mismo. En realidad, con un criterio más objetivo, cualquiera podía afirmar que todo estaba perdido y no había la más remota posibilidad de una victoria próxima, como ardientemente lo había predicho Bolívar con su insistencia de la toma de Caracas.

El coronel Hippisley de la Legión Británica del que hablaremos adelante, llega a visitarlo y escribe:

> "*El general Bolívar tiene una apariencia poco interesante, y, no contando sino treinta y ocho años, aparenta cincuenta. Su estatura es de cinco pies, seis pulgadas, seco, demacrado, inquieto, febril. Parece haber soportado grandes fatigas. Sus ojos oscuros, a juzgar por*

lo que refieren sus amigos, eran brillantes, pero ahora son opacos y pesados. Pelo negro, atado atrás por una cinta; bigotes largos, pañuelo negro alrededor del cuello, gran casaca azul y pantalones del mismo color, botas y espuelas. Ante mis ojos pudo haber pasado por todo, menos por lo que era en realidad. En la hamaca, donde se recostaba hundido, mientras conversaba, no permanecía dos minutos en la misma posición."

Las noticias que le llegan son absolutamente malas. A Cedeño lo han vencido en el camino de Calabozo y Latorre ha obligado a Páez a replegarse sobre los llanos de Apure. Todo era un desastre por donde se volteara a ver. Curiosamente, mientras Bolívar se encuentra postrado reponiéndose más de los quebrantos del alma que del cuerpo, en Valencia el terrible jefe español Morillo también se debate entre la vida y la muerte con una herida que en ese tiempo y aun en el actual, era necesariamente mortal.

TERCERA PARTE

De las derrotas hacia la victoria

17

CAMPAÑA CONTRA MORILLO. MÁS REVESES. CONGRESO DE ANGOSTURA. BOLÍVAR DESISTE DE VOLVER A CARACAS. APERTURA HACIA LA NUEVA GRANADA

La guerra había entrado en un período de tira y afloje con los españoles. Un día ganaba la subversión, otros ganaban los españoles. Un día había porvenir, al otro todo parecía hundirse en la desesperanza. Todos los generales patriotas iban perdiendo su batalla, lo que significaba la pérdida de vidas y de elementos de guerra.

Se abrían nuevos reclutamientos e inclusive Bolívar, como jefe de Estado, había acreditado ante la Corte inglesa a un plenipotenciario caraqueño que era don Luis López Méndez, una de cuyas funciones fue la de buscar un empréstito, camino que había iniciado Miranda con la presencia entonces del propio Bolívar, comisionado al efecto por la Primera República.

Pero también buscaba el embajador la conscripción de una brigada inglesa de veteranos de la batalla de Waterloo, aventureros en pos de una quimera, a quienes engancha bajo contrato estricto de pagos, comidas y ascensos. Se componía de unos 1.200 soldados rasos, oficiales menores y unos oficiales mayores que optaron el grado de coroneles: Gustave Hippisley, altamente conflictivo, Skeene, quien era el comandante, Trewren, Wilson, Elson y Gillimore. Esta guarnición, ya en Tierra Firme como llamaban a Venezuela- se llamó la Legión Británica.

A ella perteneció el que fuera después edecán de Bolívar, historiador de aquellas jornadas aunque con parcialidades hoy

demostradas, general Daniel Florencio O´Leary. Éste entraba en Venezuela con el grado de teniente.

Y fue este mismo oficial quien varios años después habría de ordenar el asesinato frío y cruel del héroe José María Córdova, vencido, herido y desarmado en el campo de Santuario.

Fueron algunos de los miembros de esta Legión los que planearon contra Bolívar el golpe de estado cuya finalidad era eliminarlo y reemplazarlo en el mando supremo por Páez, el llanero ambicioso y taimado, al que halagaban en busca de mejores raciones de comida.

Todo esto sucedió en Achaguas donde dominaba momentáneamente Francisco Antonio Páez y Bolívar se encontraba de paso, en inspección de las tropas. Fueron, como tantos otros, momentos apabullantes para ese general caraqueño al que comenzaban a odiar entre sus propias filas, no obstante haber sido acordado como el jefe supremo de aquellas fuerzas subversivas.

Vale la pena acudir una vez más al acento sensible del historiador venezolano Guillermo Ruiz Rivas[60], quien cuenta con detalles aquellos hechos terribles y las sucesivas traiciones del general Páez:

> *"Retrasados los pagos de los sueldos y sometidos los británicos a alimentarse como era usual en ese necesitado ejército, hallaron en Páez un apoyo propicio para planear un posible saqueo a San Fernando. "Usted debería ser el jefe supremo, mi general" le susurraban en los oídos al socarrón llanero, quien les escuchaba embelesado. Los coroneles Justo Briceño y José Concha, primo del Coronel Santander, se mostraron dispuestos a cualquier movimiento.*
>
> *"La tarde del 23 de mayo (*1818*), en las propias barbas de Bolívar, Wilson organizó una generosa fiesta a la orilla del río en la que hizo circular a torrentes el licor. Tres días antes, la plebe había querido linchar al General*

[60] Autor y obra citados antes

Cedeño, que no participaba en el complot. A la lumbre de las fogatas se redactó un acta en la cual se proclamaba al lancero como Jefe Supremo, y empezaron a escucharse los gritos de vivas a Páez, a Wilson, a Trewren. Desde la cárcel, el general granadino Ramón Nonato Pérez, quien días antes se presentara ante el Centauro para reclamar contra el nombramiento de Galea como gobernador de Casanare y fuera sometido a humillaciones e insultos por los secuaces de Páez, contemplaba la rebatiña. Bolívar se esfumó entre la neblina en la madrugada del 24 en una lancha que se dirigió hacia sus dominios de Angostura…."

Y por supuesto salvó la vida, la autoridad, la dignidad del ejército y de unos aventureros embriagados de concupiscencia y desafuero, bajo las ambiciones del señor Páez, sin ningún freno moral como se ha visto atrás. Aquel complot planeado por los irlandeses y con el visto bueno y regocijo del Catire, es una de las grandes infamias de la historia que narramos con sobrecogimiento.

Unos días después, estando Bolívar en Angostura donde llega el 7 de junio de ese año 18, y en donde se había fortalecido su posición patriótica y el comando de las fuerzas del Libertador, el coronel Wilson se presentó meloso y adulador ante éste. Bolívar, duro cuando debía serlo, en forma ejemplar le abrió proceso verbal de guerra, lo puso preso y lo deportó del país. En realidad la mayor parte de la responsabilidad de aquellos hechos la había asumido Wilson para ocultar al verdadero autor de la felonía, que lo era el coronel Hippisley, a quien Bolívar también habría de expulsar del país unos días después.

Pasaron cosas, casi todas malas en el resto del año 18. Era un concierto de desastres. Entonces Bolívar entendió que ese era un proceso de nunca acabar, porque sin duda la parte débil de este conjunto fáctico la representaba el ejército libertador. Había que introducir profundos cambios y modificarlo todo. Cuando la esperanza se pierde, hay que reconocerlo y empezar de nuevo.

El gran historiador Botero Saldarriaga[61], a quien antes hemos citado varias veces, describe con gran acierto aquellos momentos de los comienzos de 1819 así:

"El 18 de abril al alejarse Bolívar de Calabozo, topó con una fuerza de caballería que traía el coronel Aramendi de San Fernando de Apure y regresó al punto de partida, y luego al Rastro, en donde se supo la derrota del coronel Sánchez en Ortiz. Encargó entonces Bolívar a Cedeño del ejército y de la defensa de los llanos de Calabozo, y con su Estado Mayor y una escolta de caballería marchó a unirse a Páez; pero le fue imposible hacerlo, y el 27 regresó a San Fernando de Apure gravemente enfermo y profundamente afligido.

"En San Fernando supo Bolívar la batalla de Cojedes, dada por Páez, y la derrota de Cedeño en el Cerro de los Patos; ambos jefes regresaron a San Fernando. Todo el territorio conquistado en la llamada campaña de 1818 a los realistas acababa de ser totalmente perdido.

"La situación del general Bolívar en aquella ciudad dominada por el elemento llanero era en extremo difícil. Su seria enfermedad física y sus quebrantos de ánimo le habían llevado a una gran depresión moral, de tal manera que cuando el general Cedeño, por quien sentía grande afección, se vio atacado en las calles públicas del pueblo por Aramendi y tratado de cobarde por la derrota en el Cerro de los Patos, escándalo que iba a trocarse en una aventura sangrienta entre los mismos patriotas, no le quedó más recurso que encerrarse en su casa. Conocía que toda su autoridad moral y efectiva había fracasado con su desastrosa campaña, que de sus prestigios quedaba muy poco entre aquellos valientes e insubordinados llaneros. Se imponía para salvar su personalidad y la suerte de la revolución dar nuevos golpes de brillo, tan rápidos como reales, en sus nuevas labores.

---

[61] R. Botero Saldarriaga, Córdova

"Y aquel espíritu torturado midió de una vez la distancia por recorrer para reconquistar la perdida autoridad y los empañados títulos a la popularidad.

"La lección que acababan de darle Morillo, La Torre y López en los campos de batalla, en las operaciones generales, no fue perdida por Bolívar; la prudencia se impuso en adelante a sus obras; y la observación, la ilustración en el ramo militar, le hicieron seleccionar sus tenientes –como lo prueba la elección de Santander para la campaña formal de la Nueva Granada- la audacia, el valor, el empuje ciego, delante la cohesión, la serenidad y los conocimientos de los jefes realistas y de sus tropas, no eran ya factores decisivos; había que contrarrestarlos con iguales conocimientos militares, disciplina y juicio.

"De aquellos siete mil veteranos de Piar y del Ejército de Oriente, como del de Páez, no quedaban sino restos gloriosos. La aciaga campaña de 1818 que había dirigido y planeado él, todo lo había devorado. De firme, de estable, solo le quedaba la posesión de la Guayana y de sus inmensos recursos, es decir, lo que la pericia y la espada de Piar habían labrado para la libertad de América.

"Y hacia Angostura enderezó sus pasos apenas repuesto de su enfermedad, acompañado por su Estado Mayor General, en la mañana del 24 de mayo. (Era todavía el 1818)

"Larga fue aquella navegación del majestuoso Orinoco; trece días emplearon para llegar a Angostura. En sus ratos de meditación Bolívar debió pensar seriamente en solucionar el gravísimo problema de su autoridad omnímoda, que no solo estaba quebrantada por el mal éxito de la campaña, sino que había sido el origen de acervas críticas."

Es en estos momentos, cuando ha tomado la pequeña embarcación sobre el Orinoco el 24 de mayo, donde van surgiendo nítidas varias ideas: la primera, la convocatoria de un

Congreso Constituyente que en el pasado tanto había deseado. Lo necesitaba él y el país también. Y otra cosa definitiva: no buscaría más el triunfo solo bajo la toma de Caracas.

Le ilumina la luz hacia esos territorios al occidente que tanto trajinó exitosamente en las campañas de los años anteriores: la Nueva Granada, su segunda patria, en donde se le había dado la mano a plenitud en el inmediato pasado, se lo había ascendido a general y desde donde, con tropas granadinas que le habían facilitado, llevó a cabo la Campaña Admirable. Ahora, cuando casi todo estaba perdido en Venezuela, volvería a ese país hermano penetrando a través del legendario paisaje de los llanos.

Por cierto allí estaba un hombre granadino, ya veterano en las lides de la revolución, con grado de general de brigada. A él encomendaría tan importante labor: Francisco de Paula Santander y muchos jóvenes combatientes, granadinos y venezolanos dentro de los que descollaban importantes líderes. Hay otro aun más joven, muy joven se diría, a quien Bolívar ha estado mirando con esperanza y en esos momentos hace parte de su Estado Mayor. El es también granadino y su nombre es José María Córdova. Pero ese no va por lo pronto en la expedición a Casanare. Bolívar lo necesita cerca a él.

Finalmente el Gran Caraqueño llega a Angostura el 5 de junio, otros dicen que el 7.

Renovados los bríos y como surgiendo de las tinieblas de la desolación, el Libertador se empeña con febril actividad en aumentar sus tropas y equipos. Busca nuevas ayudas en el extranjero para adquisición de los elementos de guerra y entre los miembros del Consejo de Gobierno, incluido el Consejo de Estado que antes había creado, expone sus ideas sobre la convocatoria del Congreso Constituyente y la expedición de una Carta Fundamental. Se expide el decreto convocándolo para el 1º de enero de 1819.

Y luego, sin más tardanza, organiza una división hacia el futuro, que es el inicio de otra mayor, a cuyo cargo queda el general Francisco de Paula Santander y los coroneles Jacinto Lara, Joaquín París, Antonio Obando y Vicente González. Parten

rumbo a Casanare el 26 de agosto. Llevan 1.800 fusiles, unos pocos cañones y parque suficiente. Unas jornadas muy duras los esperan.

Aun más, y en un empeño de terquedad, en los finales de ese año 18, inicia el 21 de diciembre la movilización subiendo el Orinoco y con el propósito de llegar a Caracas, si es vencido finalmente el enemigo. El objetivo es Morillo que se encuentra en Calabozo. Ha rehecho su ejército. En la desembocadura del Pao se le unen Monagas, también rehecho, al igual que Cedeño. El coronel inglés James Root igualmente refuerza con un contingente de caballería el grueso de ese ejército republicano. En enero y sobre la marcha, se une a un Páez igualmente robustecido en San Juan de Payaras. Ya ese es un ejército de veteranos vigoroso y grande que puede alcanzar 7.000 hombres.

Pero cuando se apresta a proseguir la marcha le anuncian que están llegando a Angostura otros contingentes de Inglaterra. La que ha de ser la futura Legión Británica está funcionando bien.

Entonces, sin vacilación, cancela las órdenes y los propósitos anteriores y regresa a Angostura para recibir las nuevas fuerzas y prepara las cosas para el Congreso. Se embarca en una flechera el 21 de enero. Ya habían llegado muchos diputados a Angostura, pues la fecha de instalación era, como se ha visto, el 1º de enero. A Páez lo asciende a General de División y lo nombra Comandante en Jefe del frente. Va a comenzar en forma el año 1819.

En cuanto se relaciona con nuestro héroe Córdova, el 7 de octubre pasado, estando en Angostura, por despacho No. 173 el Libertador lo nombra Ayudante Instructor del Estado Mayor General. El capitán José María Córdova, tiene diecinueve años de edad. Y ya para entonces, como se ha esbozado, Bolívar tenía un alto concepto, muy esperanzador, de su valor, inteligencia y señorío. Razón por la que no se desprende de él, y por eso no lo ha mandado con Santander hacia el llano granadino.

Dados todos los pasos organizativos, el Libertador se dedica entonces con pasión a elaborar su famoso discurso con que instala el Congreso. Botero cita a O´Leary:

"Reclinándose en la hamaca durante las horas del calor opresivo del día, o en la flechera que le conducía a bordo, sobre las aguas del majestuoso Orinoco, o bien a sus márgenes, bajo las sombras de árboles gigantescos, en las horas frescas de la noche, con una mano en el cuello de su casaca y el dedo pulgar sobre el labio superior, dictaba a su secretario en los momentos propicios la constitución que preparaba para la República y la célebre alocución que ha merecido tan justa admiración de los oradores y estadistas. Las circunstancias y la situación apenas podían ser más adecuadas para despertar en un hombre de imaginación tan vívida los más elevados sentimientos".

Así nace aquel profundo y magistral discurso, el de un humanista, padre de la patria, con el que sella nuestra independencia y se prueba ante la historia el alto valor de estadista humanista de Simón Bolívar. Y por supuesto allí está también el espíritu de su maestro Simón Rodríguez o Robinson, apellido que ha cambiado. El discurso original tiene enmendaturas, borrones, tachones y sobre escritos. El tiempo marchaba con gran celeridad y ese 15 de febrero de 1819, segunda fecha fijada para la instalación del Congreso, estaba encima. De modo que el escrito así se dejó y así lo leyó Bolívar ante la Convención. Veamos apartes de esa memorable pieza oratoria:

"Señor: ¡Dichoso el ciudadano que bajo el escudo de las armas de su mando ha convocado la soberanía nacional para que ejerza su voluntad absoluta! Yo, pues, me cuento entre los seres más favorecidos de la Divina Providencia, ya que he tenido el honor de reunir a los representantes del pueblo de Venezuela en este augusto Congreso, fuente de la autoridad legítima, depósito de la voluntad soberana y árbitro del destino de la nación. Al trasmitir a los representantes del pueblo el Poder Supremo que se me había confiado, colmo los votos de mi corazón, los de mis conciudadanos y los de nuestras

futuras generaciones, que todo lo esperan de vuestra sabiduría, rectitud y prudencia. Cuando cumplo con este dulce deber, me liberto de la inmensa autoridad que me agobiaba, como de la responsabilidad ilimitada que pesaba sobre mis débiles fuerzas. Solamente una necesidad forzosa, unida a la voluntad imperiosa del pueblo, me habría sometido al terrible y peligroso encargo de Dictador Jefe Supremo de la República. ¡Pero ya respiro devolviéndoos esta autoridad, que con tanto riesgo, dificultad y pena he logrado mantener en medio de las tribulaciones más horrorosas que pueden afligir a un cuerpo social!.

"Séame permitido llamar la atención del Congreso sobre una materia que puede ser de una importancia vital. Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de Europa, pues que hasta España misma, deja de ser Europa por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un reato de la mayor trascendencia. Los ciudadanos de Venezuela gozan todos por la Constitución, intérprete de la naturaleza, de una perfecta igualdad política. Cuando esta igualdad no hubiese sido un dogma en Atenas, en Francia y en América, deberíamos nosotros consagrarlo para corregir la diferencia que aparentemente existe. Mi opinión es, legisladores, que el principio fundamental de nuestro sistema, depende inmediata y exclusivamente de la igualdad establecida y practicada en Venezuela. Que los hombres nacen todos con derechos iguales a los bienes

de la sociedad, está sancionado por la pluralidad de los sabios; como también lo está que no todos los hombres nacen igualmente aptos a la obtención de todos los rangos; pues todos deben practicar la virtud y no todos la practican; todos deben ser valerosos, y todos no lo son; todos deben poseer talentos, y todos no los poseen.

"De aquí viene la distinción efectiva que se observa entre los individuos de la sociedad más liberalmente establecida. Si el principio de la igualdad política es generalmente reconocido, no lo es menos el de la desigualdad física y moral. La naturaleza hace a los hombres desiguales, en genio, temperamento, fuerzas y caracteres. Las leyes corrigen esta diferencia porque colocan al individuo en la sociedad para que la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes, le den una igualdad ficticia, propiamente llamada política y social. Es una inspiración eminentemente benéfica, la reunión de todas las clases en un estado, en que la diversidad se multiplicaba en razón de la propagación de la especie. Por este solo paso se ha arrancado de raíz la cruel discordia. ¡Cuántos celos, rivalidades y odios se han evitado!"

Ese 15 de febrero la ciudad de Santo Tomás de Guayana de Angostura del Orinoco, que habría de convertirse en Ciudad Bolívar en 1846, se vistió de fiesta. Desde la víspera sonaban los cohetes de la pólvora y la música de las fanfarrias. Se completó el cuórum mínimo de las dos terceras partes de la delegación venezolana, que eran 26 delegados y, como se trataba de establecer una república federada con la Nueva Granada, con la perspectiva de unir luego al Ecuador bajo el nombre severo y mirandino de Colombia, se nombraron como delegados de aquella a los próceres José María Vergara y Vicente Uribe, ambos granadinos y en ese momento ausentes de la ciudad.

Después concurrirían y harían parte del Congreso. Por cierto que pidieron un aplazamiento de la integración del territorio granadino, con el argumento, en cierta forma válido, de que era necesario esperar la liberación de esos territorios a fin de que fueran sus gentes quienes decidieran la federación y enviaran a

sus delegados al Congreso. Naturalmente que habría después otro Congreso trascendental, que tendría lugar en 1821 en la Villa del Rosario de Cúcuta.

La diputación del Congreso de Angostura se integró así: Por la provincia de Caracas asistieron Juan Germán Roscio, Luis Tomás Peraza, José España, Onofre Basalo y Francisco Antonio Zea; por Barcelona Francisco Parejo, Eduardo Hurtado, Diego Bautista Urbaneja, Ramón García Cádiz y Diego Antonio Alcalá; por Cumaná Santiago Mariño, Tomás Montilla, Juan Martínez y Diego Vallenilla; por Barinas Ramón Ignacio Méndez, Miguel Guerrero, Rafael Urdaneta y Antonio María Briceño; por Guayana Eusebio Afanador, Juan Vicente Cardozo, Fernando Peñalver y Pedro León Torres; por Margarita Gaspar Marcano, Manuel Palacio Fajardo, Domingo Alzuru y José de Jesús Guevara. Posteriormente se incorporaron los diputados por Casanare de la Nueva Granada, como ya se dijo, y fueron: José Ignacio Muñoz, José María Vergara y Vicente Uribe y Manuel Cedeño se incorporó luego como diputado por la provincia de Guayana.

Con la solemnidad propia del acto constitutivo de un Estado moderno, Bolívar, hasta ese momento el depositario de todo el poder, leyó con su voz sonora y grave el discurso, e hizo humildemente entrega de toda su autoridad ante el cuerpo soberano de la República que estaba naciendo. Santiago Mariño, el padre del denominado Congreso de Cariaco que atrás vimos, era uno de los convencionistas. A disgusto por cierto, porque para que pudiera ejercer en el parlamento fue relevado del mando del Ejército de Oriente.

El 11 de agosto el Congreso aprobó la Constitución, inspirada casi toda en el pensamiento humanista de Francisco Antonio Zea. Al leerla hoy sobresalen errores mayúsculos: los senadores eran vitalicios, los obispos por derecho propio eran igualmente senadores. Se creaban las tres ramas del poder público de Montesquieu, ejecutivo, legislativo y judicial, pero se agregaba un cuarto poder que era el Poder Moral, alrededor del cual, a la manera de la antigua Grecia, se creaba también un Areópago de dos cámaras, como si estuvieran en Grecia y no en el país que pinta Bolívar en su discurso.

El Congreso, recién elegido, nombra como presidente de la Corporación al eminente patriota venezolano doctor Juan Germán Roscío, y luego como presidente de la República al Libertador Simón Bolívar y vicepresidente al doctor Francisco Antonio Zea por un período de cuatro años. Bolívar se posesiona y se va a cumplir con su deber en la guerra.

El Congreso continúa sus deliberaciones amplias, generosas, abiertas, con todo el influjo de la Revolución Francesa.

Pero en las labores de ese importante cuerpo legislativo y constituyente no fue todo bienandanza. Ocurre que, estando todavía Bolívar en Venezuela, es decir antes de partir para la Nueva Granada, a fin de conformar debidamente la Legión Británica que estaba llegando en su mayor parte a la Isla Margarita, nombró comandante de ella al ya general Rafael Urdaneta, quien habría de ser en el futuro su gran amigo y en ese momento estaba de diputado del Congreso. A través de él le dio órdenes a su antiguo "amigo irrevocable" de otras épocas Juan Bautista Arismendi, que permanecía al frente de un ejército en la isla, para que entregara unas tropas a Urdaneta, e igual cosa hizo con el almirante Brión en cuanto a recursos logísticos y dinero.

Arismendi, más antiguo que Urdaneta, resintió que Bolívar lo hubiere pasado por encima en el nombramiento de aquel y saboteó el cumplimiento de lo mandado. Urdaneta era blanco y Arismendi mezclado y moreno, razón que incomodó aun más al veterano militar margariteño. Y urdió un plan para amedrentar a Urdaneta hablándole de una conspiración en su contra. En relación con las órdenes de Bolívar, el mismo Brión se hizo el desentendido en cuanto a la provisión de víveres y dinero a los ingleses y alemanes que habían llegado. Éstos, por cierto, no tenían raciones de comida y debieron conformarse con comer caña. O sea que estas privaciones habían generado una situación complicada de desobediencia.

Fue entonces cuando Bolívar, antes de partir hacia los llanos granadinos, ordenó poner prisionero a Arismendi y llevarlo hasta Angostura para dejarlo a las órdenes del vicepresidente Zea en ejercicio del poder –teóricamente-.

Veamos lo que pasó el 14 de septiembre de 1819 en ese Congreso que daba vida a la Gran Colombia, en la pluma del venezolano Guillermo Ruiz Rivas[62]:

> *"Entonces se presentó el general Valdés con Arismendi preso (*ante el Congreso en Angostura) *y el correspondiente sumario, instruido en Margarita. Zea hizo pasar los documentos a la comisión penal correspondiente.*
>
> *"Mariño empezó a conspirar. Convenidos los coroneles oposicionistas, se hizo circular el chisme de que el Libertador había muerto en la campaña de la Nueva Granada y el 14 de septiembre penetró el coronel Diego Morales al recinto del Congreso para anunciar con grande alarma que los realistas avanzaban sobre Angostura. Corrió el pánico. En vano el doctor Zea trató de desmentir esas versiones. Mariño, con frases difíciles de trasladar, arrastrando su sable y haciendo rastrillar las espuelas, le obligó a dimitir. Acto seguido, los oficiales que estaban en el bodrio (sic) pusieron en libertad a Arismendi y entraron al recinto con él en hombros. Así se convirtió el general Juan Bautista Arismendi en presidente del Congreso y vicepresidente de la República. Su primera medida fue deponer a Bermúdez (que había estado leal a las órdenes de Bolívar) y a Urdaneta que aun se hallaban en la región de Cumaná y Mariño partió a tomar el mando de las tropas. Al presentarse Mariño, los jefes Rafael Urdaneta, Tomás Montilla, Pedro Rodríguez, José Agustín Albuquerque y Trinidad Travieso le entregaron el ejército sin una protesta y sin la menor actitud de fidelidad para su jefe nato. Y Urdaneta ¡vueltas que da el destino! tuvo que presentarse en Angostura a ponerse a disposición del mismo a quien prendiera pocas semanas antes."*

Epílogo triste de un Congreso llamado a ser histórico y grande. Da una idea de las dificultades con que los hombres de la guerra venezolanos rodearon a Bolívar y mostraron su mezquindad alrededor de sus propias ambiciones sin grandeza ni perspectiva de la historia.

---

[62] Autor, obra citada

Cuando Santander, por órdenes expresas de Bolívar, emprende la campaña de los llanos y de los Andes occidentales, aquellos jefes venezolanos trataban al personal granadino con gran desprecio, al tiempo que los tildaban de cobardes. Esto no solo lo hacía Páez sino todos los otros. Arrogantes, impositivos, cargados de humo y de sueños de gloria. Tal vez por eso la lucha del Libertador fue más difícil de lo que pudo haber sido.

Entre tanto, en el libro del Diario de Campaña[63] que llevó el general Santander, se puede observar cómo describe su navegación por el río Orinoco y su llegada después de grandes vicisitudes a Casanare. Veamos:

"AGOSTO

"En 25 de agosto de 1818 fue nombrado el general Santander por el jefe supremo de Venezuela general Bolívar, comandante en jefe de la vanguardia del ejército de vanguardia del Libertador de Nueva Granada, que debía formarse en la provincia de Casanare.

27. Salió de Angostura con cuatro buques en que conducía mil fusiles, treinta quintales de pólvora, y otros efectos militares. Le acompañaban tres oficiales, sin soldado alguno.

Navegación del Orinoco

28. Salimos de Orocopiche (río) y subiendo a remo y espía por falta de viento, apenas anduvimos como una legua. Se separaron tres buques.

29. Continuamos con muy poca brisa, y a la noche la pasamos a la cabeza de la isla Bernabela.

30. Sin viento. A las ocho del día varamos en un raudal de donde salimos a las cuatro de la tarde. La noche la pasamos arriba una legua de la isla dicha.

31. Sin viento. La noche la pasamos una legua más arriba del puerto del Palmar, rivera izquierda, provincia de Barcelona.

---

[63] Diario de Campaña, Francisco de Paula Santander, Biblioteca de la Presidencia de la República, 1983

SEPTIEMBRE

1. *Sin viento. Nos quedamos una lengua abajo del pueblo de Borbón.*

2. Sin viento, a remo y espía como los días anteriores. De aquí se dio orden al coronel Lara de adelantarse a Caicara a activar las provisiones. Por la tarde viento contrario, y apenas se navegó como una legua.

3. Sin viento. Chubasco contrario. A las dos de la tarde se reunió el buque general de los otros. Poco después llegó una canoa con bogas remitida de Moytaco por el coronel Lara. (…)"

Santander con su oficialidad, después de muchas dificultades, logra llegar a Pore, en Casanare, y allí es recibido por los patriotas con un gran entusiasmo. Recoge a muchos voluntarios y recluta a mucha gente con ánimo de participar en la gran gesta de la independencia. Los reductos españoles que tienen como comandante a Barreiro, atacan y hostigan a las fuerzas republicanas. Y es allí donde Santander hace demostraciones de jefe en todo sentido: en el campo militar y en el de ejecutivo para administrar la falta de recursos e idearse cómo lograrlos.

Casanare se ha proclamado estado libre perteneciente a la Nueva Granada. Es así, pues, que Santander se instala allí como sede provisional para el ejército libertador y entra en contactos con su jefe Bolívar a quien comunica el resultado de todos sus movimientos. En esos momentos solo él, Santander, sabe que Bolívar se dirige hacia allá.

Y también sabe que será la reivindicación de la Nueva Granada después del sitio de Cartagena, que ha dado lugar a que a Morillo le hayan otorgado el título nobiliario de Conde de Cartagena, y el largo matiriologio con el sacrificio brutal de los mejores talentos presentes de la inteligencia criolla. Solo se salvaron los que estaban ausentes de la Nueva Granada, como Bolívar que se encontraba en Jamaica y Nariño preso en Cádiz. Santander también vislumbra la victoria trazada por el Libertador, en ese momento su amigo y jefe.

18

LA CAMPAÑA DE SANTANDER Y EL EJÉRCITO SOBRE CASANARE. BOLÍVAR SOBRE LOS ANDES. EL TERRIBLE PASO DEL PÁRAMO DE PISBA. EL PANTANO DE VARGAS Y EL PUENTE DE BOYACÁ. ENTRADA A SANTAFÉ, FUSILAMIENTO DE BARREIRO POR SANTANDER QUIEN ASUME EL MANDO POR ÓRDENES DE BOLÍVAR. REGRESO URGENTE DE ÉSTE A VENEZUELA. MORILLO

El 21 de abril de 1819, Bolívar intenta nuevamente trabar combate con Morillo. Y se desplaza hacia Barinas para ver si éste salía a su encuentro y abandonaba su poderoso refugio de Achaguas, bien adecuado como cuartel general. Mas sucede otro prodigio: los españoles saben que se acerca el período de lluvias torrenciales del llano y deciden irse en busca de sus cuarteles de invierno al norte.

Bolívar entonces se acerca a un sitio llamado Rincón Hondo donde se estaciona con sus tropas y se apertrecha de víveres y demás elementos para enfrentar, él también y sus hombres, el invierno.

Conviene entonces en el relato ocuparse de lo que ha sido la suerte del general Santander y su proyecto de guarnición neogranadina. Las dificultades y tropiezos se vencieron con el hechizo de la voluntad; y Santander, con el decreto de Bolívar en

el bolsillo, se creyó también el Libertador de la Nueva Granada, postura que le valió críticas en el estamento venezolano.

Pero contra todas las posibilidades, él que había salido sin un soldado, ya tiene un ejército y ha utilizado los fusiles que llevaba en cajas. Cuando iba a salir del territorio vecino lo paró Páez y lo detuvo, mientras confirmaba con Bolívar las órdenes de aquel. Y así, con los obstáculos propios de esos caminos y la incomodidad y el calor de los llanos, enfrentado al general realista José María Barreiro, que se ha traslado por órdenes del Pacificador a Casanare, llegó triunfal a Pore, en el territorio de Casanare, proclamado estado libre.

Previsivamente, para evitar complicaciones en el futuro, reunió un congreso provisional y al terminar sus trabajos éste, dictó una gran resolución para precisar las cosas de la unión con Venezuela, que no era, en manera alguna, ni una anexión ni conquista. Esta resolución se la envía a Su Excelencia el General Simón Bolívar, Libertador y Jefe Supremo de Venezuela, y es publicada y puesta en circulación en el territorio neogranadino. Dice así:

> *"En la ciudad de Pore, a dieciocho días del mes de diciembre de 1818, reunidos en congreso provincial los representantes del estado libre de Casanare, con arreglo a la constitución federal de la Nueva Granada, para acordar y resolver lo mejor a la salud de la patria en las desgraciadas circunstancias de hallarse los demás estados de la unión oprimidos por las armas españolas, cuya dominación injusta, violenta y arbitraria se han comprometido del modo más solemne a repeler, después de varias propuestas y largas discusiones convinieron unánimemente en decretar, y decretaron a presencia y bajo los auspicios del Ser Supremo, lo que expresa en los artículos siguientes:*
>
> *"Artículo 1º. Declárase que siendo el estado de Casanare el único de la unión que se halla enteramente libre, tiene en virtud de los principios federales un derecho incontestable para representar él solo toda la fede-*

ración, mientras que libertándose otro u otros estados no entren a participar de la representación nacional.

"Artículo 2º. Consiguiente a esta declaración tan justa y tan legal el estado de Casanare se halla constitucionalmente autorizado para tratar los negocios políticos y militares con toda la plenitud de poder y de autoridad que todos los estados de la unión han depositado en el Congreso federal.

"Artículo 3º. En virtud de estas facultades, el estado de Casanare instituye un gobierno provisorio que dirigirá los negocios públicos de la federación hasta que hallándose libre las dos terceras partes de los estados de la Nueva Granada, se establezca el congreso. (…)

"Artículo 6º. La elección de presidente se hará luego que haya tres estados libres. Entre tanto ejercerá sus funciones el gobernador de Casanare. (…)

"Artículo 8º. Solicitará permiso (el gobernador-presidente) de nuestro ilustre aliado el jefe supremo de la República de Venezuela para la libre introducción de todo género de efectos militares por el Orinoco, y para el establecimiento de un cónsul o agente de comercio, en la ciudad de Santo Tomás de la Angostura, a fin de facilitar estas operaciones.

"Artículo 9º. Establecerá correspondencias y comunicaciones secretas en lo interior de la Nueva Granada para alentar el patriotismo y reanimar las esperanzas de los buenos ciudadanos, dándoles a conocer el estado de los negocios públicos y los medios y la constancia con que se trabaja por la libertad.

"Artículo 9º. bis. Renovará las credenciales de los agentes diplomáticos nombrados por el congreso para varias negociaciones políticas y nombrará otras que crea necesarias, especialmente cerca de su excelencia el jefe supremo de Venezuela, a quien reconocerá por capitán general de nuestros ejércitos como nombrado que fue por el congreso.

"Artículo 10º. Confirmará los ascensos que el expresado capitán general Simón Bolívar ha concedido a los oficiales del ejército de Casanare.

"Artículo 11º. Renovará y estrechará la alianza entre la Nueva Granada y la República de Venezuela, solicitando su cooperación para el establecimiento de nuestra libertad y celebrando todos los pactos y convenios que estime conveniente, hasta que congregado del congreso se acuerde por ambas partes si deben reunirse en un solo estado, y qué gobierno deben adoptar."

Aun está Bolívar en Rincón Hondo cuando llega el entonces coronel Jacinto Lara, enviado por Santander desde Casanare. Le manda un informe general sobre sus actividades, favorable por cierto a los planes del Libertador, y le anexa la resolución anterior. En los proyectos del Libertador ha estado siempre la idea de volver a la Nueva Granada, que él conoce bien desde su primer fracaso en Venezuela y en los sucesivos golpes del destino que recibió en los años siguientes. Allí siempre se le extendió la mano y, además, como también se ha visto antes, se le dio el grado de general de brigada y capitán general por parte de Camilo Torres. También lo proveyeron de dinero y conformó con tropas granadinas la audaz empresa de acometer una excursión a Venezuela, que estuvo a un punto de consolidar la victoria definitiva. Se perdió la segunda república en el sitio, fatídico para él, de La Puerta, donde ahora también había sufrido un grave revés.

Bolívar sabe que el grueso de las tropas a cargo de Morillo y los otros jefes se encuentra en el momento en el oriente venezolano en sus cuarteles de invierno. También conoce que las fuerzas realistas en la Nueva Granada están distribuidas en regiones distantes y difíciles de recorrer en corto tiempo. La cordillera de Los Andes dificulta cualquier movimiento. Y, con la energía de Napoleón en las grandes movilizaciones, ve allí un momento crucial para dar un golpe de audacia, a pesar del invierno, que también le llega a él y torna en un lodazal el llano y hace casi inaccesibles los Andes. Entonces decide marchar, en la epopeya de la Nueva Granada. Es la visión del genio por encima del pensamiento mediocre de sus émulos. Lo ha meditado largamente entre las frustraciones que ha tenido que vivir en ese tira y afloje interminable de la guerra en su patria Venezuela.

Participa a Páez su proyecto. Se trata de ir a la Nueva Granada, dar el golpe, la liberan y regresa a Venezuela. Pero necesita la ayuda eficaz del llanero. Debe él ser un cancerbero de la entrada al llano para impedir que por allí llegue Morillo en retaguardia y vaya a atacar a las tropas libertadoras.

Páez, aun con sus emulaciones y mezquindades, es inteligente y comprende el momento y le da todo su apoyo al pensamiento y la acción bolivarianos. Esta vez parece sincero.

Y salió Bolívar con su ejército de Rincón Hondo hacia el Mantecal, y en un sitio llamado La Aldea del 70, desierto, abandonado por el invierno y la guerra, se detuvo. Allí, según lo cuenta el general Daniel Florencio O´Leary[64], Bolívar realiza una junta de guerra a la que asistieron los generales Soublette, Anzoátegui, Briceño Méndez, Carrillo, Iribarren, Rangel, Rook, Manrique y Plaza. O´Leary cuenta:

> *"En una choza arruinada de la desierta aldea de Setenta, a orillas del Apure, se decidió la invasión de la Nueva Granada. No había una mesa en aquella choza, ni más asientos que las calaveras de las reses que para racionar la tropa habían matado, no hacía mucho, una guerrilla realista. Sentados en esas calaveras, que la lluvia y el sol habían blanqueado, iban aquellos jefes a decidir los destinos de la América. No de otro modo se me figura deliberarían Rómulo y sus compañeros cuando resolvieron trazar los estrechos límites de la ciudad eterna. Habló Bolívar, y repitiendo lo que ya había dicho a Páez, pintóles el estado del ejército, el peligro de permanecer en los llanos durante la estación de las lluvias, consumiendo sus recursos y expuestos a las enfermedades en clima tan mortífero.*
>
> *"Leyó enseguida Soublette, jefe de Estado Mayor, los despachos que se habían recibido de Casanare, y volviendo Bolívar a tomar la palabra expuso su plan de sorprender al enemigo que ocupaba la Nueva Granada*

---

[64] Memorias, tomo 1º.

y que para ejecutarlo la invadiría por la vía de Cúcuta con las divisiones de Páez y Anzoátegui, en tanto que Santander haría una diversión por Casanare. Empero no era este su verdadero plan; sin embargo, encargó a todos los presentes la más absoluta reserva, a que ninguno de ellos faltó; todos aprobaron el proyecto y nadie más que Iribarren, único que pocos días después trató de frustrarlo induciendo a la deserción el cuerpo que él mandaba. El general Pedro León Torres no concurrió a esta junta ni supo lo que en ella se había resuelto; lo que le ofendió grandemente."

El ejército republicano al mando de Bolívar en ese momento solo tiene un contingente de mil trescientos hombres y está compuesto por los batallones Rifles, Barcelona, la Legión Británica y los Bravos de Páez, que es un escuadrón aportado por éste. A estos se agregan otros contingentes de lanceros.

Al otro día, 26 de mayo, mientras comienzan las temidas lluvias, el ejército se moviliza hacia Guasdualito. El 3 de julio, antes de entrar en el territorio de Casanare, el Libertador recuerda a Páez sus obligaciones. Desconfía de él por sus sucesivas traiciones. Páez, lo sabe muy bien Bolívar, no es un amigo, aunque le hace creer que él así lo estima.

Ese mismo día el coronel venezolano Juan Guillermo Iribarren, héroe epónimo de la independencia en Venezuela posteriormente, desertó con su escuadrón Húsares, para pasarse a las órdenes de Páez, a quien proclamó jefe absoluto. Desde luego con la satisfacción de éste. Ese era realmente el León de Apure. Un ambicioso sin escrúpulos.

El 4 de junio el ejército patriota al mando de Bolívar, con su estado mayor dentro del cual estaba el capitán José María Córdova[65] y todas las demás tropas, entró en medio de lluvias torrenciales a territorio de Casanare, después de haber pasado el río Arauca. La suerte estaba echada. El historiador Botero describe lo que fue esa marcha:

---

[65] Autor, obra citada

"Siete días de una marcha inenarrable por las dificultades que oponían aquella naturaleza salvaje y atormentada fatigaron al soldado que, mal abrigado, empeñaba sus harapos en cubrir sus municiones y rifles para preservarlos de la humedad. El paso de los ríos crecidísimos y de las lagunas; la dormida sobre un lecho de pantano y bajo el raso del cielo; los pésimos alimentos, carne sin sal, no arrancaron a aquellos valientes una queja, y endurecidos, serenos, llegaron a Tame el 11 de junio. En este pueblo tenía Santander su cuartel general; atendió hasta donde le fue posible a las tropas que habían ejecutado tan terrible marcha. Los soldados manifestaron su contento al verse tan bien acogidos."

Tame, como casi todos esos pueblos del llano, era un pequeño caserío sin servicios públicos de ninguna clase, centro de la industria ganadera, con clima malsano, bandadas de zancudos y mosquitos y arroyos desbordados. En ese sitio, y ya unidos a Santander, planean conjuntamente la marcha hacia el centro de la Nueva Granada.

Pero antes, como quiera que llevan entre varios presos entre los cuales hay uno procedente de la región, hecho prisionero por Páez a cuyo lado ha luchado –naturalmente Páez, como se ha visto, le tenía gran ojeriza a los granadinos- y entregado por éste a Bolívar con cargos muy graves de desobediencia, muertes arbitrarias e indisciplina en general. Ese prisionero es el valiente coronel Ramón Nonato Pérez. En Tame le hacen el consejo de guerra; y cuando todos esperan que sea condenado a muerte, los vocales lo condenan a perder sus grados y a servir como un soldado raso. El acusado acepta y entra a prestar servicio en esa condición con gran entrega. Es realmente un valiente, además dueño de fortuna en tierras y ganado en la zona llanera de la Nueva Granada.

El ejército se divide en dos: la parte de la vanguardia, al comando del general de brigada Francisco de Paula Santander, y la parte de la retaguardia, en la que avanzaba Bolívar. Las

órdenes del comandante en jefe son las de desplazarse a Pore, en medio de los aguaceros y las inundaciones. Es el día 18 de junio y cuatro días después llegan con las enormes dificultades de la marcha a esta última población.

En Pore, por cierto, tiene el excoronel Ramón Nonato Pérez una gran hacienda y les manda a hacer un festín a todos los sufridos marchantes. Hay música, licor y carne a la llanera para todos.

El día 23 de junio vuelven a marchar. No puede haber pérdida de tiempo. Deben pasar por Paya; y allí Bolívar, que ha mantenido en secreto los objetivos de la marcha por temor al espionaje, da la orden de proseguir abordando el paso más difícil y terrible: el páramo de Pisba. Supuso y supuso bien, que las otras vías estarían bloqueadas por los realistas.

Este paso era tan abrupto que ningún jefe español pensaba que podía ser utilizado por los patriotas. Allí precisamente estaba la ventaja. Napoleón había practicado este método varias veces, y César y Alejandro. Utilizar casi que lo imposible y aprovechar el factor sorpresa.

Al capitán José María Córdova, quien para esta época tenía solo 19 años –cumpliría 20 en septiembre-, lo había ascendido Bolívar por comunicación de 14 de febrero de 1819 al grado muy estimulante y justo de Teniente Coronel y Ayudante General que él, aunque no le habían pagado, recibe con gran compromiso y gratitud con su jefe el Libertador, mientras muchos otros desertan ante las dificultades de la marcha.

En el esfuerzo sobrehumano de llegar como punto inicial a Paya, contra todos los accidentes de una geografía levantada entre grandes riscos, puentes endebles y colgantes. Abismos sin fin y rocas gigantescas, donde debían pasar hombres, cañones, caballos y grandes carretas con las vituallas. Era el gran desafío contra la condición humana. Y luego el largo camino de los Andes, sin un sendero marcado, a través de un páramo en esas condiciones desventajosas, sin vestido adecuado, o casi que sin él, y además sin comida y enfermos.

O´Leary, quien está presente con la Legión Británica, describe en sus Memorias este dramático paso del páramo de Pisba así:

"El paso de Casanare por entre sabanas cubiertas de agua, y el de aquella parte de los Andes que quedaba atrás, aunque escabroso y pendiente, era en todos sentidos preferible al camino que iba a atravesar el ejército. En muchos puntos estaba el tránsito obstruido completamente por inmensas rocas y árboles caídos, y por desmedros causados por las constantes lluvias que hacían peligroso y deleznable el piso. Los soldados que habían recibido raciones de carne y arracachas para cuatro días las arrojaban y solo se curaban de su fusil, como que eran más que suficientes las dificultades que se les presentaban para el ascenso, aun yendo libres de embarazo alguno. Los pocos caballos que habían sobrevivido perecieron en esta jornada. Tarde de la noche llegó el ejército al pie del páramo de Pisba y acampó allí; noche horrible aquella, pues fue imposible mantener lumbre por no haber en el contorno habitaciones de ninguna especie y porque la llovizna constante, acompañada de granizo y de un viento helado y perenne, apagaba las fogatas que se intentaban hacer al raso tan pronto como se encendían.

"Como las tropas estaban casi desnudas y la mayor parte de ellas (División de Retaguardia) eran naturales de los ardientes llanos de Venezuela, es más fácil concebir que describir sus crueles padecimientos.

"Al siguiente día franquearon el páramo mismo, lúgubre e inhospitalario desierto, y desprovisto de toda vegetación a causa de su altura. El efecto del aire frío y penetrante fue fatal en aquel día para muchos soldados; en la marcha caían repentinamente enfermos muchos de ellos y a los pocos minutos expiraban.

"… Cien hombres habrían bastado para destruir el ejército patriota en la travesía de este páramo. En la marcha era imposible mantener juntos a los soldados, pues aun los oficiales mismos apenas podían sufrir las fatigas del camino, ni menos atender la tropa. Aquella noche fue más horrible que las anteriores, y aunque el

campamento estaba más abrigado y era menos frecuente la lluvia, perecieron muchos soldados a causa de sus sufrimientos y privaciones. A medida que las partidas de diez o veinte hombres descendían juntos del páramo, el presidente los felicitaba por el próximo término de la campaña, diciéndoles que ya habían vencido los mayores obstáculos de la marcha. El 6 –de julio- *llegó la División de Anzoátegui a Socha, primer pueblo de la Provincia de Tunja, la Vanguardia* –En la que como se ha dicho marchaba el Libertador- *le había precedido desde el día anterior. Los soldados al ver hacia atrás les elevadas crestas de las montañas cubiertas de nubes y brumas hicieron voto espontáneo de vencer o morir, antes que emprender por ellas retirada, pues temían ésta más que al enemigo, por formidable que fuese. En Socha recibió el ejército solícita hospitalidad de los habitantes del lugar y de los campos circunvecinos. Pan, tabaco y chicha, bebida hecha con maíz y melado, compensaron las penalidades sufridas por las tropas las alentaron a concebir más halagüeñas esperanzas en lo porvenir."*[66]

Este O´Leary describe en buen español, que aprendió a hablar y a escribir fácilmente, lo que fue este punto culminante del paso de Pisba. Aunque en realidad el estremecedor relato que acabamos de leer es corto frente a lo que fue aquello. Nada puede haber más torturante que el frío, que sale de todas partes y flagela. La cordillera de los Andes en sus puntos más altos, que son los páramos y los nevados, estrecha el frío, al que se suma el viento como una cuchilla. Y hacer esto sin la suficiente ración de comida que dote de calorías, en la noche interminable y oscura, casi líquida del páramo, con la impedimenta personal de cada soldado, de cada oficial, de cada caballo, sin duda alguna es una de las hazañas más impactantes de la cruel guerra de independencia.

---

[66] Memorias, Daniel Fulgencio O'Leary

Pero salieron de allí. El 5 de julio lograron llegar a Quebradas donde se recompusieron, descansaron y se alimentaron. Después de dormir, para el 6 de julio el primer batallón de vanguardia comandado por Anzoátegui, llegó a Socha, seguido por el general Santander y los suyos que eran el segundo de vanguardia. Después fueron llegando el Libertador y sus tropas, con su estado mayor del que, como se ha dicho hacía parte el teniente coronel José María Córdova con sus veinte años.

Habían bajado enfermos, cansados, casi desnudos del escarpado páramo, que ahora solo veían mirando hacia arriba rodeado de nubes. La Legión Británica y muchísima tropa se habían quedado rezagados y enfermos. Y por supuesto muchos fueron los muertos.

El erudito académico y autor Antonio Cacua Prada en su libro "Francisco de Paula Santander: fundador de la educación en Colombia"[67] escribe sobre este angustioso tema del vestuario del ejército libertador , o mejor de su desnudez, este párrafo ilustrativo:

> *"El 27 de junio la vanguardia del ejército al mando de Santander, venció en Paya a un destacamento español. En esta acción militar el "cucuteño", fue herido.*
>
> *"El martes 6 de julio de 1819, llegaron las tropas patriotas al pueblo de Socha, donde el párroco Juan Tomás Romero y el alcalde del lugar, Ignacio Sarmiento, vistieron a los desnudos soldados con prendas de mujer. El curita convocó a una misa y las sochanas, después de oír la prédica del padre Juan Tomás, se despojaron de sus vestiduras y con ellas fabricaron prendas, cubrieron a los valientes soldados llaneros que las ráfagas de viento paramunos había desnudado. La niña Matilde Anaray, de solo trece años de edad "dio ejemplo a todo el pueblo y tomó la iniciativa" de entregar su ropa a los patriotas. Allí nació la moda de la falda pantalón. "Este hecho fue una resurrección milagrosa. Nos devolvió la vida, el valor y la fe", le escribió el General José Antonio Anzo*ategui a su esposa Teresa Arguindegui."

[67] Antonio Cacua Prada, "Francisco de Paula Santander: fundador de la educación en Colombia", Ediciones Universidad de América, Bogotá 2018.

El ánimo estaba levantado como un monumento a la voluntad y al heroísmo. Bolívar estaba admirado especialmente de dos cosas: la primera, del coraje de sus tropas sobrevivientes y llenas de mística. La segunda, de la acogida que les tributaron los campesinos granadinos, llenos de fe en los destinos de la República. Eran las suyas unas tropas heroicas que la gente campesina aclamaba como a salvadores por las distintas poblaciones.

Hubo días de descanso y reavituallamiento, mientras Bolívar y sus generales trazaban un plan de acción auxiliados por los campesinos que conocían las rutas y sabían del movimiento de los realistas. Estaban realmente cerca de Tunja, ciudad que ya conocía el Libertador y los otros, y por supuesto de la capital Santafé de Bogotá, donde como se recordará, había llegado éste con las tropas enviadas por el presidente del Congreso Camilo Torres contra Nariño. Es decir, estaba cerca del centro de poder de un país tanto o más grande que Venezuela.

Hubo informes de los campesinos sobre la localización del enemigo en la región bajo el mando del general José María Barreiro. Se supo que el grueso de las tropas realistas que conformaban la tercera división, bajo el comando de éste, se encontraba en Sogamoso, a un poco más de una jornada; y también se supo de la sorpresa de éste cuando conoció de la travesía que había hecho Bolívar del llano venezolano al centro de la Nueva Granada por el paso más brutal y casi que imposible de los Andes. No podía creer en tanta audacia.

Y fue el 7 de julio cuando las tropas guíadas por Bolívar tomaron presa a una compañía exploradora de los españoles. Esa fue una acción rápida. Se sabía entonces que pronto habría un combate definitivo. Y cuando Barreiro, que era un militar valiente y preparado supo de esto, se movilizó hacia Tópaga, donde se unió a otras tropas amigas. Él iba en busca de Bolívar. Y Bolívar se preparaba en el adiestramiento de sus tropas, la organización de un hospital y la movilización del parque. También estaba listo y ansioso.

Barreiro entonces avanzó hacia los Corrales de Bonza y envió un destacamento de reconocimiento que fue interceptado por la

caballería avanzada de los republicanos al mando del coronel Justo Briceño, quien los hizo replegarse con pérdidas. Barreiro, arrojado y valeroso, buscó acercarse más y tomó una posición en el sitio conocido como la Peña de Tópaga, a un lado del río Gámeza, donde encontró al batallón de vanguardia republicano. Al otro día Barreiro se movió más y pasó el río Gámeza hacia el lugar donde estaba el batallón Vanguardia; pero el entusiasmo le duró hasta que se dio cuenta de que con los patriotas estaban todas las columnas de esa poderosa división. Entonces ordenó retirarse y volver a su refugio.

Claro que la malicia de Bolívar lo hacía pensar que Barreiro quemaba tiempo en espera de que le llegaran unos refuerzos que esperaba. Entonces, sobre la misma marcha y sin pérdida de tiempo, ordenó el Libertador seguirlo y atacarlo. Y el día 11 de julio Santander atacó en Los Molinos de Tópaga. Pero no tuvo en realidad buenos resultados, pues que murió el coronel patriota Antonio Arredondo y varios oficiales, habiendo recibido el propio Santander algunas contusiones.

La posición estratégica de Barreiro era casi que inexpugnable. Ante esta situación, Bolívar, para no desaprovechar el tiempo, ordenó de paso tomarse la población de Santa Rosa, desde donde recibió más ayudas y entabló comunicaciones con los patriotas de Socorro y Pamplona, quienes enviaron más refuerzos militares. En estos sectores de la geografía boyacense las gentes no habían cesado en la lucha y al contrario la habían incrementado, acicateados por la ferocidad de Morillo en la Pacificación.

Luego Barreiro se movilizó con su estado mayor hacia Paipa, donde estableció su cuartel general, habiendo dejado gruesas guarniciones en los sitios estratégicos de Tópaga. Entre tanto Bolívar se dirige a Duitama el 20 de julio y mantiene el control armado en Bonza.

Para el 22 recibe Bolívar al coronel Rook con la Legión Británica que se había rezagado en Paya. Bolívar, en todo este tiempo ha buscado un lugar para emprender la batalla, pero Barreiro sigue protegido por las posiciones estratégicas.

Es entonces cuando el Libertador se mueve hacia el flanco derecho y emprende marcha el 25 de julio. Pasa el río Sogamoso

que cruza la llanura de Bonza. Pero al medio día se encuentra en el sitio llano conocido como el Pantano de Vargas, cuyas tierras están enfangadas y anegadas casi todo el tiempo.

Hay un largo y detallado relato de todo lo que ocurrió en el Pantano de Vargas, escrito por Cayo Leonidas Peñuela[68] que, por ser esa la batalla más importante librada en territorio de la Nueva Granada, a pesar de su interesante extensión descriptiva, también transcribimos aquí para ilustrar al lector amable:

> *"Se llama Pantano de Vargas, un angosto valle situada a poco más de una legua al oriente de la población de Paipa; tendrá unos cuatro kilómetros de longitud de sur a norte, y uno y medio de anchura de este a oeste, por el centro va la quebrada de Vargas, cuyos desbordes formaban hasta no ha muchos años pequeñas lagunas y hondos tremedales, de donde le ha venido el nombre al paraje; a dicha quebrada fluyen todos los arroyos que en extensión como de una legua cuadrada se forman con las lluvias. La parte occidental del vallecito está formada por un pequeño ramal de cordillera, de forma redondeada, que van alzándose a medida que se adelantan hacia el sur, donde, encontrándose con el macizo del nudo que queda entre Tuta, Paipa, Tibatosa, Firabitoba y Pesca, ..*
>
> *"… A las cuatro de la mañana del domingo 25 de julio comenzó la faena de pasar el ejército patriota el río para tomar el camino de Vargas, pero no estaban bien diestros los que manejaban las balsas y algunas de éstas empezaron a dañarse, por lo que no pudo terminarse la operación sino hasta las diez de la mañana. Como Barreiro también tenía sus agentes, supo el movimiento de los republicanos desde temprano, y en consecuencia alzó el campo y a toda prisa se fue por el Salitre a detener la marcha de los contrarios.*
>
> *"Como a las diez también se encontraron en La Cruz de Murcia las descubiertas de unos y de otros. Si la de Bolívar hubiera de caballería, seguramente el campo de*

[68] Autor citado," Álbum de Boyacá", cita de Roberto Botero Saldarriaga, Córdova.

combate hubiera sido el Salitre, con visible ventaja para los Colombianos; pero enviaron solo cuarenta infantes con un oficial y el señor Ignacio Villate como práctico, y enfrentándose con los cien realistas que venían en la contraria, a pesar del ánimo con que resistieron fueron arrollados y muertos casi todos, pues no fueron reforzados a causa de lo muy retrasado que iba el ejército patriota.

"Barreiro aceleró el paso y llegó a Vargas mucho antes que Bolívar, por lo que logró todas las ventajas del terreno: hizo centro en las casas de José Antonio Díaz, grandes y con una venta muy concurrida: situó a su izquierda la caballería, en el llano que alcanzaba a estar en seco; y en todas las alturas que dominan el camino instaló la infantería; por todo presentaba tres mil combatientes. Bolívar se colocó, acompañado de su estado mayor, en un cerrito hacia el oriente del camino, desde donde dominaba casi todo el campo; la caballería, constante de unos trecientos jinetes, quedó como reserva, muy cerca del General; por todo el camino, a derecha e izquierda, lanzó los batallones Rifles y Barcelona; por la izquierda la infantería de la división Santander. A las doce del día quedaban fijadas las posiciones y comenzaba la batalla; los patriotas entraban en ella con dos mil quinientos hombres.

"…Muy diversas eran las impresiones para los dos jefes: Bolívar veía rechazada la infantería, herido a su ayudante O'Leary, y sin más cuerpo de reserva que la Legión Británica, que no llegaba a trecientos hombres, y una caballería que era una irrisión comparada con la española, pues la mitad a lo sumo tenían sillas, y éstas con estribos de cuero crudo, o de lazo, y no pocos con una soga hecha de paja, la que en la región se apellida Mocha. Barreiro, por el contrario, justamente orgulloso por el valor y disciplina con que sus tropas habían combatido; viendo que la lucha en el cerro sólo se oía confusamente hacia la falda opuesta; que el valientísimo

Anzoátegui, después de haber hecho prodigios de valor, iba en retirada lentamente, comenzó a envalentonarse; y como en aquel instante el abanderado de los Húsares clavo su bandera en el punto más alto y visible del Picacho, transportado de alegría gritó en el patio de la casa y delante de muchas personas, militares y campesinos que después lo refirieron: "¡Viva España! Ni Dios me quita la victoria.

"Incontinenti dio la orden a la formidable masa de los quinientos jinetes que allí la aguardaban listos, para que avanzaran en columna con el fin de dar el último golpe y completar la victoria.

"Bolívar desde el cerrito que había escogido como observatorio iba siguiendo todos los incidentes y pasos del combate; cuando notó el movimiento de la caballería enemiga, perdió el color y todo inmutado les dijo a los que lo acompañaban (cuatro o seis personas, entre ellos el señor general Mariño): "Se nos vino la caballería y se perdió la batalla"; el comandante Rondón le observó: "¿Cómo se ha de perder si ni yo ni mis jinetes hemos peleado? Déjenos hacer una entrada". Bolívar, desconcertado, le contestó: "Haga lo que pueda: salve, pues, usted la patria, Coronel".

"Aquel héroe inmortal bajó volando del cerrito y agitando la lanza, como para llamar la atención, gritó de paso hacia el camino: "¡Camaradas! los que sean valientes, síganme, porque en este momento triunfamos!" y siguió a galope por el camino. Probablemente no oyeron este llamamiento si no los jinetes que se hallaban más cerca, porque solo 14 salieron también como disparados tras el comandante; van en seguida sus nombres, para que sean bendecidos y admirados mientras haya colombianos dignos y leales: Capitán Juan Mellao, Capitán Valentín García, Capitán Miguel Lara, Capitán Domingo Mirabal, Capitán Celedonio Sánchez, Teniente Cruz Paredes, Teniente Roso Sánchez, Teniente Pablo Matute, Teniente Pedro Lancheros, Subteniente Bonifacio

Gutiérrez, Subteniente Saturnino Gutiérrez (Hermano), Subteniente Miguel Segovia, Sargento Pablo Segovia (Hermano), Sargento segundo Inocencio Chincà.

"Con los ojos fijos en el camino vio Bolívar, con asombro y estupefacción que aquellos 15 sublimes insensatos iban devorando la distancia que los separaba de los realistas, y al contemplar como llegaban a Cangrejo antes que el enemigo, por una de aquellas súbitas inspiraciones del genio, en un instante entrega el anteojo a uno de los ayudantes, ordena al corneta tocar a la carga con seña a todos los cuerpos y que no cese un punto en el cumplimiento de esta orden, y juntando el ejemplo a la palabra, baja velozmente del Cerrito y agitando el sombrero grita: "¡Mujica, Infante, Carvajal! ¡Pronto! ¡Porque este es el instante de triunfar o morir!"

"Nadie se quedó quieto con semejante mandato: los escuadrones iban saliendo como fieras desencadenadas, cuidando cada uno de cubrir el vacío que los de adelante pudieran dejar, de modo que la mayor parte salieron del camino y tomando hacia la derecha subieron unos el cerro del Cangrejo y los demás lo rodearon por la base para acometer al enemigo por muchos puntos a la vez. Cuando esto se hacía ya los 15 primeros jinetes se habían arrollado sobre los enemigos sin darles tiempo de prepararse, si no que lanceando al uno, atropellando al otro, derribando al de más allá, desordenaron en pocos minutos aquel tan lucido cuerpo; los jefes y oficiales realistas reorganizaron a toda prisa sus escuadrones para darse cuenta siquiera del número y calidad de los atacantes, pero cuando se hallaban en esta diligencia nuevos grupos de insurgentes que asomaban por derecha, izquierda y por el frente los desconcertaron completamente, de manera que a la media hora no se veía ya formación regular sino grupos de combatientes que con calor creciente se acometían con loco furor; muchos caballos sin sus jinetes corrían por todas partes; otros, atollados en el pantano, acababan por sumergirse

después de inútiles y desesperados esfuerzos por salir con su dueño. Un fuerte aguacero sobreviene, pero ni aun así se apaciguan los ánimos ni se entibia el ardiente de los caballos; un combate singular se traba al pie del Cangrejo, que por unos instantes suspende la matanza a su alrededor; un bizarro y diestro lancero realista se halla frente a frente de uno de esos llaneros atezados por el sol de los trópicos, descalzo, con un calzón de manta que apenas le llega a la rodilla, larga camisa que lleva suelta por fuera y sombrero muy alón; el realista arremete con furia y después de varios botes de lanza que esquivan uno y otro con pasmosa agilidad, logra por fin hacer blanco en el cuerpo del llanero; da éste un bramido de furor, y, trastornado y ciego de ira, le acierta a su contrario tan formidable golpe que lo cruza de parte a parte y lo derriba del caballo. Así acabó el famoso capitán Bedoya a manos del Sargento Chincà, quien herido de muerte fue llevado al otro día para Tibasosa, y repetía por el camino: "Bedoya me pringó pero también se fue". A los tres días murió, a pesar de todos los cuidados que se le prodigaron.

"Llego el Libertador al cerro o montículo de Cangrejo, y desde allí animaba con su presencia a los combatientes: Rondón se multiplicaba esparciendo la muerte y el terror por todas partes; Juan Carvajal causaba asombro a cuantos lo contemplaban, hasta el punto de merecer por antonomasia el renombre de león del Pantano de Vargas; allí Infante, Mellao, Ruiz, Cruzate y tantos otros despreciadores de la vida y favoritos de la gloria escribieron con diamante sus nombres en las páginas de la inmortalidad.

"Pero al pie del Cangrejo no se desarrollaba si no una faz del triunfo. Al mismo tiempo que Rondón restablecía el combate por el camino y en la llanura, la Legión Británica, que por primera vez combatía a la vista de Bolívar, emprendió por la falda la titánica empresa de reanudar la lucha de las infanterías; los batallones realistas, diezmados a todos como estaban, recibieron

con un fuego vivísimo a los ingleses, que imperturbables y firmes fueron avanzando lentamente, pero sin dar un paso atrás. Al saber esto los dos generales divisionarios, dirigen a sus abatidas huestes palabras de poderosa emulación; los soldados se reaniman sabiendo que los escuadrones se hallan en plena matanza y aun alcanzan a distinguir las señales de que los ingleses están enfrentados con toda la infantería española; con tales espolazos el honor de todos aquellos soldados se exalta, y enardeciéndose momento por momento, el paso ordinario en un principio se va haciendo pasitrote y aun carrera suelta para subir al Picacho; atacan a bayoneta aquellos famosos cuadros en que eran tan diestros los españoles y, aun cuando estos resisten con serenidad y destreza como buenos veteranos, los insurgentes logran al fin abrir algunos claros por donde penetran y lograr alterar tan temida formación y, una vez trastornada, todo se vuelve confusión, y desorden, pues en esto los ingleses se reaniman con la acometida general, y aun un grupo de llaneros llega hasta la altura en refuerzo de los infantes.

"Viendo Barreiro, cambiada repentinamente la faz de la batalla, que el aguacero arreciaba y la noche se venía a más andar, ordenó la retirada, primero de la infantería y luego de la caballería; los patriotas fueron persiguiendo a los realistas, y llegando Rondón con uno de los escuadrones hasta las casas de la venta, tomó unos cajones de pertrechos que encontró abandonados y se volvió para sus líneas, en las que un Viva el Coronel Rondón, lanzado por el mismo Bolívar, fue el primero y más honroso saludo que recibió. En el Picacho no terminó el batallar si no en la vida del ultimo realista, porque los Húsares, fuera que no oyeran el toque de retirada o que la estimaran desdorosa, sostuvieron su puesto hasta perecer el último. Con estos ejemplos de absoluta abnegación y de valor tan heroico no era extraño que los republicanos salieran tan aventajados discípulos."

Es este, como se ve, un relato muy completo, crudo e inigualable del historiador Cayo Leónidas Peñuela, que considero imprescindible en la exposición de esta obra. Por eso, a pesar de su extensión, como ya se dijo, es transcrito integralmente. De él se desprende el heroísmo de ambos ejércitos en la legendaria batalla del Pantano de Vargas.

Se ha hablado mucho del "arte de la guerra", es decir, del arte de matar en serie, como si eso fuera un oficio honroso y peor aún, glorioso. Y puede decirse que cuando una mente en equilibrio debe rechazar la guerra y a los guerreros por asesinos en serie, es lo cierto que la humanidad no solo glorifica al que más mata, sino que levanta el monumento en su nombre. Se ha dicho además que la guerra es la última ratio, y en veces lo es. Los patriotas habían agotado los medios persuasivos con los españoles, pero en respuesta solo encontraron un método: la brutalidad y terror.

De ahí que la larga guerra, como ya se ha anotado, fue tan cruel y sanguinaria de ambos lados, no obstante que se tornó en guerra justa para los independentistas que luchaban por la libertad.

Mas no obstante los principios pacifistas de rechazo a la guerra, el valor y el heroísmo reclaman su espacio de admiración, que es precisamente lo que lleva al historiador Peñuela a rendir todo el reconocimiento y admiración que le suscita esta batalla heroica y clave, aun en el actuar del enemigo. Como en la guerra de Troya y en la Eneida, es preciso admirar y reconocer en el enemigo los ideales a los cuales van ligados su valor y el coraje de combatientes. Y eso fue lo que enseñaron los españoles en aquella comentada batalla, en la que corrían parejas el heroísmo de éstos con el de los héroes republicanos.

Por lo demás el ejército republicano recogió un gran botín en armas, municiones, vituallas y aun en uniformes. Y de desarrapados que estaban la víspera, al otro día vestían glamurosos uniformes y botas de húsares, tomados de los españoles, al igual que caballerías ejemplares y monturas.

Era el 26 de julio de 1819. No hubo prisioneros. Todos fueron pasados por las armas bajo el mandato de la guerra a muerte que había revivido, no obstante que Bolívar había anunciado a su segundo regreso de Haití, como debe recordarse, que no retornaría a ese tipo de contienda.

Al día siguiente de estos acontecimientos promisorios, Bolívar, bastante indispuesto, se retiró a Duitama con sus divisiones, mientras Barreiro ha regresado a su cuartel general de Paipa, donde recibe refuerzos. Bolívar no tenía de donde recibir los suyos, pero estando allí, al fin hace su aparición el mayor general Carlos Soublette, quien llegaba con todos los que se habían perdido o retrasado en las terribles jornadas del páramo.

Dos días después Bolívar ordena la conscripción general de hombres de 15 a 40 años, medida que funciona bien, sin que nadie se sienta atropellado. Hay un sentimiento patriota generalizado, quizás por los excesos de Morillo y demás jefes realistas en el período sangriento de la "Pacificación".

Claro está que Bolívar mantenía viva la enorme desconfianza sobre Páez, su siempre enemigo camuflado. A pesar de tener un pacto con él -mucho más que una orden-, era muy capaz de dejar pasar tropas españolas enviadas por Morillo. Eso lo sabía muy bien Bolívar y el tiempo futuro acreditaría las traiciones y los odios del llanero contra el Libertador, pasiones que ejerció sin máscara, dramática y desafiantemente, aun cuando ya Bolívar era un peregrino enfermo, en busca de un sol de libertad más allá de los mares que había conocido en su juventud, que le borrara los desengaños y las ingratitudes padecidas. En ese momento Páez, hecho con el poder, le cerró las puertas de su patria Venezuela y maldijo su nombre.

Pero por supuesto las tropas del Libertador, ya a esas alturas de la historia, crecían y se adiestraban rápidamente hasta conformar el gran ejército de América.

Botero Saldarriaga[69] describe lo que medió para llegar a la batalla del 7 de agosto de 1819:

---

[69] Autor, obra citada

"El 3 de agosto Bolívar nuevamente se mueve sobre Paipa y Barreiro abandona aquel pueblo retirándose sobre las alturas que dominan el camino que sigue a Tunja. Entre las primeras sombras de la noche el ejército patriota pasaba el rio Sogamoso y vivaqueaba a media legua del campo enemigo. En la mañana del siguiente día repasa el rio y simula retirarse de nuevo para volver en la tarde a cruzar el mismo rio y tomar posiciones en frente al enemigo, mas al oscurecer la noche levanta el campo, deja al enemigo a su retaguardia, tomando el camino de Toca, y a las once de la mañana del día siguiente hace su entrada en Tunja en medio del asombro, admiración y entusiasmo de la población tunjana.

"Barreiro sabe este movimiento de su rival con la desesperación que es de suponerse; aterrado, ordena la marcha precipitada de su ejército por el camino principal de Tunja y se detiene en el Llano de la Paja. Sabía ya la ocupación de Tunja por Bolívar.

"El ejército libertador encontró en la ciudad bastantes elementos de guerra, vestuarios y víveres en suma, todo lo que pertenecía a la 3ª. División del ejército realista. Con este atrevido y magistral movimiento quedaba Barreiro interceptado de la capital, Santafé, y de Sámano.

"Ahora la preocupación de Bolívar era saber a punto fijo qué resolución tomaría Barreiro. Empleó un magnífico espionaje, y desde la tarde del 6 sabía a ciencia cierta que Barreiro emprendería su marcha a Santafé dando una pequeña vuelta por el llano de Sora. El sábado 7 de agosto desde muy temprano ordenó que estuviera listo el ejército para marchar y municionado para batirse en el momento preciso. Subió con su Estado Mayor al alto de Lázaro y observó el movimiento de Barreiro, cuando estuvo seguro de que tomaba el camino que pasa por el puente de Boyacá, regresó a la ciudad y dio la orden de marchar sobre aquel punto.

"El campo de Boyacá está formado por un pequeño valle que se extiende de occidente a oriente como en tres kilómetros, siguiendo el curso del pequeño río Teatinos o de Boyacá; de sur a norte tiene unos cinco. El río, aunque pequeño, no da paso si no por muy pocos sitios, porque en sus orillas el terreno se inclina casi rápidamente y, por lo mismo, las riberas, aunque revestidas de yerbas y matorrales, son como acantilados. En una larga extensión no hay sino un solo puente, hoy muy cercano al sitio donde subsistió por muchos años el histórico y célebre en la batalla de aquel día."

En estos últimos momentos, vale recabar, era grande la angustia del general José María Barreiro tratando de cerrar el acceso de Bolívar a la vía que conducía hacia Bogotá, capital del antiguo virreinato, donde en la actualidad, por órdenes de Morillo, ejercía el rango de Virrey Don Juan Sámano, el curtido general español. También lo sabía muy bien Bolívar y era la parte más importante de su estrategia: hacer que Barreiro no pudiere llegar antes que él a la capital a fortalecer a Sámano. Así como en Venezuela buscaba Bolívar apoderarse de Caracas, en esta Nueva Granada, que él conocía tan bien, era vital apoderarse de Bogotá.

Sámano había sido un gran verdugo. Él había fusilado a hombres y mujeres ilustres de esa vieja Santafé, entre ellas a Policarpa Salavarrieta y, por supuesto, eran grandes sus temores de una gran revancha. Cobarde como era.

Bolívar venía, como se ha visto, de Tunja, y llega hasta una casa que, por ser tal vez moderna para la época se denominaba La Casa de Teja. Atrás está el camino hacia Samacá, por donde alcanza a ver muy cerca el desfile del ejército español. Ya para ese momento los dos jefes saben que no se puede eludir el combate, y un poco desadaptado, el general Barreiro toma posiciones en la estribación de la loma, cerca del puente, único paso, como se ha visto, del río Teatinos o Boyacá. Era una batalla decisiva y así lo sabían los dos grandes comandantes. Y, tanto Bolívar como Barreiro, sabían que aunque las fuerzas eran más o menos iguales, el triunfo reclamaba a los republicanos.

Huelga decir que, a pesar de lo que han expresado algunos intonsos, Bolívar fue el genio director de este combate, en el que estuvo presente al frente de las divisiones, disponiendo todos los movimientos que los jefes subalternos ejecutaron a cabalidad. Naturalmente que dentro de la división de vanguardia brilló con luz propia la acción del general Francisco de Paula Santander. Pero su actuación no opaca la del Libertador.

El general Carlos Soublette envía el día domingo 8 de agosto, como se estila en la organización castrense, el informe oficial de la batalla al Libertador Simón Bolívar para que quedara consignado en las actas y documentos, no obstante que Bolívar había estado presente como general en jefe en la retaguardia, enterándose de todo lo sucedido.

Ese informe dice:

"A las dos de la tarde la primera División enemiga llegaba al puente, cuando se dejó ver nuestra descubierta de caballería. El enemigo, que no había podido aun descubrir nuestras fuerzas, y que creyó que lo que se oponía era un cuerpo de observación, lo hizo atacar con sus cazadores para alejarlos del camino, mientras que el cuerpo del ejército seguía su movimiento. Nuestras Divisiones aceleraron la marcha, y con gran sorpresa del enemigo se presentó toda la infantería en columnas sobre una altura que dominaba su posición. La Vanguardia enemiga había subido una parte del camino persiguiendo nuestra descubierta, y el resto del ejército estaba en el bajo a un cuarto de legua del puente, y presentaba una fuerza de tres mil hombres.

"El batallón Cazadores de nuestra vanguardia desplegó una compañía en guerrilla, y con las demás en columnas atacó a los cazadores enemigos y los obligó a retirarse precipitadamente hasta un paredón, de donde fueron también desalojados; pasaron el puente y tomaron posiciones del otro lado, entre tanto nuestra infantería descendía y la caballería marchaba por el camino.

"El enemigo intentó un movimiento por su derecha, y se le opusieron el Rifles y una compañía inglesa. Los batallones 1º de Barcelona y Bravos de Páez, con el escuadrón de caballería del Llano arriba, marcharon por el centro. El batallón de línea de Nueva Granada y los guías de retaguardia se reunieron al batallón de Cazadores y formaban la izquierda. La columna de Tunja y del Socorro quedaron en reserva.

"En el momento se empeñó la acción en todos los puntos de la línea. El señor General Anzoátegui dirigía las operaciones del centro y de la derecha: hizo atacar un batallón que el enemigo había desplegado en guerrilla en una cañada, y los obligó a retirarse al cuerpo del ejército, que, en columna sobre una altura, con tres piezas de artillería al centro y dos cuerpos de caballería a los costados, aguardó el ataque. Las tropas del centro, despreciando los juegos que hacían algunos cuerpos enemigos situados sobre su flanco izquierdo, atacaron la fuerza principal.

"El enemigo hacía un fuego terrible; pero nuestras tropas, con movimientos los más audaces y ejecutados con la más estricta disciplina, envolvieron todos los cuerpos enemigos. El escuadrón de Caballería del Llano-Arriba cargó con su acostumbrado valor y desde aquel momento todos los esfuerzos del General español fueron infructuosos: perdió su posición. La Compañía de Granaderos a caballo (toda de españoles) fue la primera que cobardemente abandonó el campo de batalla. La infantería trató de rehacerse en otra altura, pero fue inmediatamente destruida. Un cuerpo de caballería que estaba en reserva aguardó la nuestra con las lanzas caladas, y fue despedazado a lanzazos y todo el ejército español en completa derrota por todas partes después de sufrir una grande mortandad, rindió sus armas y se entregó prisionero. Casi simultáneamente el señor general Santander, que dirigía las operaciones de la izquierda, y que había encontrado una resistencia

temeraria en la vanguardia enemiga, a la que solo le había opuesto sus Cazadores, cargó con unas compañías del batallón de Línea y los guías de Retaguardia, pasó el puente y completó la victoria.

"Todo el ejército enemigo quedó en nuestro poder; fue prisionero el general Barreiro, Comandante General del Ejército de Nueva Granada, a quien tomó en el campo de batalla el soldado del 1º de Rifles Pedro Martínez; fue prisionero su segundo el coronel Jiménez, casi todos los comandantes y mayores de los cuerpos, multitud de subalternos y más de 1.600 soldados; todo su armamento, municiones, artillería, caballería, etc.; apenas se han salvado 50 hombres, entre ellos algunos jefes y oficiales de caballería, que huyeron antes de decidirse la acción".

El último soldado mencionado, quien dio captura a José María Barreiro, era el soldado Pedro Pascasio Martínez, hoy famoso, quien vestía las prendas militares del ejército patriota en su primer nivel y había participado en la batalla del Pantano de Vargas. Era valiente e impetuoso, ligero de movimientos y solo tenía la edad de doce años.

Precavidamente, antes de la batalla, el general Barreiro envió al coronel Martínez Aparicio y al comisario Barrera a Bogotá a informar al virrey de lo que estaba aconteciendo. Los dos enviados partieron y en el camino oyeron la aturdidora secuencia de disparos y cañones. De todo esto dieron parte al día siguiente a Sámano que comprendió que todo lo informado era el preludio de la derrota. Y así, pues, con las nuevas noticias del día 8, el virrey Sámano no se dio tiempo para organizar una retirada ni nada por el estilo. Movidos por el terror de la imaginada venganza pública y de la guerra a muerte, salieron despavoridos virrey y españoles con solo lo que tenían puesto, es decir sin los baúles propios de un desplazamiento. Sámano jamás volvió y su destino se perdió en las encrucijadas de la vida. Tal vez llevaban consigo el dinero y el oro que pudieran cargar.

El gran escritor José María Cordovez Moure[70] describe como dejaron abiertas las casas con todos sus enseres, circunstancia que sirvió para que algunos nuevos "patriotas" aprovecharan para apoderarse de todo lo que pudieron. Esa fue una rebatiña general.

Por lo demás, estaba en Santafé un perseguido patriota que llegó huyendo a pie por los caminos de la noche desde Caracas, donde había sido condenado a muerte. Su vida era de tinieblas, pues solo en altas horas de la noche podía salir. Se trataba del entonces teniente coronel Hermógenes Maza, quien había participado en varias batallas en la tierra venezolana, incluso al lado de Bolívar, quien lo conocía.

Él, y otros en su condición, salieron a la luz pública ese 8 y 9 de agosto y tomaron como arma cualquier instrumento con el que mataron a los españoles que toparon. Sus almas estaban cargadas de un rencor sin límites. En realidad en esa Santafé de Bogotá en esos dos días todo era un caos y aquella gente, que por pánico había alabado a Morillo, se preparaba para la llegada triunfal de Simón Bolívar.

Éste, con gran ansiedad después de la batalla, inspecciona el campo, los heridos, los muertos, los prisioneros y, para su asombro, encuentra entre éstos a un italiano cuyo nombre maldijo en medio de los desastres de la caída de la primera república en 1812. Ese pérfido, del cual hablamos atrás, lo había traicionado entregando al enemigo el fuerte de San Felipe de Puerto Cabello y liberando a los muchos españoles que allí estaban prisioneros, quienes salieron armados a combatir a los patriotas. Se llamaba, como se recordará, Francisco Fernández Vinoni.

Era en aquella época su segundo al mando y ostentaba el grado de subteniente. Cuando Bolívar, a quien había confiado tan estratégica posición el Generalísimo Francisco de Miranda dejó el puesto por un rato -algunos señalan que había presencia femenina-, Vinoni aprovechó el momento para venderse al enemigo y allí sucedió el desastre que terminó rompiendo la amistad entre maestro y discípulo y, lo más vergonzoso de toda esta historia, fue la causa para que Bolívar entregara en una madrugada en el puerto de La Guaira a ese maestro superior,

[70] Reminiscencias de Santafé de Bogotá.

Miranda, al jefe realista Monteverde, tal como se expuso en el comienzo de esta obra. A cambio de esa traición el jefe español le expidió un salvoconducto.

Eso fue después. Pero en el momento de la traición del venezolano de ascendencia italiana, presa de la mayor depresión, Bolívar le envía varias cartas cargadas de lamentos a su maestro Miranda. Veamos una de ellas del 14 de julio de 1812[71]:

> *"…Lleno de una especie de vergüenza me tomo la confianza de dirigir a V. el adjunto parte, que apenas es una sombra de lo que ha sucedido. Mi cabeza y mi corazón no están para nada, así que suplico me permita un intervalo de poquísimos días para ver si logro reponer mi espíritu en su temple ordinario.*
>
> *"Después de haber perdido la mejor plaza del Estado ¿cómo no he de estar alocado, mi general? ¡De gracia no me obligue V. a verle la cara! Yo no soy culpable, pero soy desgraciado y basta."*

Nadie lo esperaba -menos Bolívar- que en la inspección a los prisioneros del Puente de Boyacá había uno que trata de ocultar su rostro. Se detiene Bolívar y verifica esa cara que nunca ha podido olvidar. Sí, ese es Vinoni el traidor, como Judas, el que vendió todo lo que se había ganado en años de sacrificios por la independencia; y ahora estaba allí, prisionero, ocultando su rostro. De inmediato Bolívar, después de narrar a sus oficiales el antecedente, le pregunta al propio traidor: ¿Qué pena crees tu que mereces? Vinoni hace una seña con la mano sobre el cuello y El Libertador lo manda a ahorcar allí mismo.

Han pasado 17 años de aquel desgraciado suceso. Bolívar siempre esperó ese momento. Es la muerte de un traidor que deja satisfecha esa deuda. Así eran esos tiempos.

Están en Ventaquemada donde Bolívar ha llegado al galope tendido. Es consciente de la premura de los momentos y debe desplazarse de inmediato a Santafé de Bogotá. Al otro día sigue al galope hasta Santafé de Bogotá y le acompaña un pequeño

---

[71] Simón Bolívar, obras completas, volumen 1, Librería Piñango, Caracas

batallón que se le rezaga en el camino. Devora las seis leguas hasta el ya famoso puente del Común, donde el arzobispo-virrey Antonio Caballero y Góngora hizo un pacto con los Comuneros que después sería traicionado, y sigue de largo.

Entre tanto Hermógenes Maza, ese teniente coronel del que hablamos antes, sale a la calle el día 10. Logra armarse con una lanza y en el camino se encuentra con otro patriota llamado José María Espinoza, el hoy famoso pintor y abanderado que había sido en el ejército de Antonio Nariño cuando emprendió la toma de Pasto; y hacen equipo, no obstante que no hay autoridad alguna en la capital. Se sitúan entonces en San Diego, donde terminaba la ciudad y se inicia el camino a Suba; y allí, de iniciativa propia, montan un retén para que nadie, sin las suficientes credenciales, salga ni entre en la ciudad.

Carlos Delgado Nieto[72] cuenta:

> *"…Cuando ya había dejado atrás* –Maza- *la última casa de San Diego y se internaba por entre los árboles que iniciaban el camino de Suba, vio venir hacia él, a toda carrera, jinete en sudoroso caballo, a un hombre que llevaba una blusa roja como la de los oficiales españoles, y de su cabeza emergía una pluma de garza, otro distintivo chapetón.*
>
> *"El teniente coronel Maza dio el "! alto ! " de rigor, mientras se ponía en guardia contra el desaforado caballo. Cuando iba a atravesar su cabalgadura para impedir el paso y combatir, el jinete se dio a conocer diciendo, no se sabe si por ofender o por bromear: "Soy yo. No sea pendejo". Era el general Bolívar. Ebrio del triunfo de Boyacá, el Libertador acababa de hacer sin etapas la larguísima jornada hasta la capital. Dos oficiales que constituían su séquito a quienes el Libertador había dejado atrás, llegaron cuando los dos libertadores se reconocían, y Maza daba un breve y eufemístico parte de sus labores de limpieza: -Aquí no todos pudieron escapar, mi General."*

---

[72] Carlos Delgado Nieto, Hermógenes Maza, Instituto Colombiano de Cultura.

Bolívar, quien había perdido hasta la última camisa, entra con la de un español vencido. Es la camisa roja de que habla la cita anterior. Y ya con sus escoltas después del retén de Maza, quien de inmediato queda reincorporado al ejército y al servicio del Libertador, entra en esa ciudad, entonces pequeña, en la cual todas las gentes que han visto huir a Sámano y a los otros españoles que lograron hacerlo, volcadas a la calle lo vitorean llenos de júbilo.

El caraqueño, sin detenerse, saluda con las manos y recorre las veinte cuadras que lo separan del palacio virreinal. Liévano Aguirre anota que en la calle Florián uno de los espontáneos se le acercó y sobre la marcha le cogió una pierna mientras le decía cargado de emoción: "Dios te bendiga, fantasma", y el Libertador sonriendo por el apunte, le dio la mano vencedora.

Luego llegó a la plaza principal, hoy plaza de Bolívar, y se apeó en palacio. Era el presidente legítimo y constitucional elegido por el Congreso soberano de Angostura, aunque todavía no se había formalizado la anexión de Colombia, ese sueño idealista de Miranda. Hay un desfile de gentes a muchas de las cuales Bolívar, de memoria feliz, saluda por sus nombres.

Don Pablo Carrasquilla, a quien igualmente cita Indalecio Liévano Aguirre[73], estuvo presente y describe así la llegada de Bolívar:

> "*Yo estuve presente cuando llegó el Libertador a Palacio. Desmontó con agilidad y subió con rapidez la escalera. Su memoria era felicísima, pues saludaba con su nombre y apellido a todas las personas que había conocido en 1814. Sus movimientos eran airosos y desenfadados… Tenía la piel tostada por el sol de los llanos, la cabeza bien modelada y poblada de cabellos negros, ensortijados. Los ojos negros, penetrantes, y de una movilidad eléctrica. Sus preguntas y respuestas eran rápidas, concisas, claras y lógicas. Se informaba sobre los pormenores del suplicio del doctor Camilo*

[73] Liévano Aguirre, Bolívar, ya citados

Torres y el de don Manuel Bernardo Álvarez. De este último dijo que él le había pronosticado, el año 14, que sería fusilado por los españoles. Su inquietud y movilidad eran extraordinarias. Cuando hablaba o preguntaba, cogía con las dos manos la solapa; cuando escuchaba a alguien, cruzaba los brazos…"

Es claro que Bolívar tenía el convencimiento de que la batalla del 7 de agosto tendría un efecto extraordinario. Pero era consciente de que mientras Morillo no fuese derrotado en Venezuela y liberada Caracas, la consolidación de la independencia aún estaba distante. Por eso sabía que era urgente su retorno a Venezuela y la convocatoria una vez más del Congreso de Angostura, como máxima autoridad democrática, para establecer conforme a derecho la fusión de Venezuela y la Nueva Granada, abriendo la posibilidad del ingreso, en una perspectiva inmediata, del Ecuador. Eran estos unos momentos marcados con sus sucesivas etapas en la mente de Bolívar, pero aún no se veían claros en la mente de ninguno otro.

Sin embargo, conocidos después los archivos de Indias en España y la correspondencia de don Pablo Morillo, se descubrió una carta de éste al gobierno español en la que, coincidiendo con el pensamiento del *sedicioso* como llama a Bolívar, el Pacificador observaba el futuro con igual clarividencia que la de aquel:

"El sedicioso Bolívar ha ocupado a Santa Fe y el fatal éxito de esta batalla ha puesto a su disposición todo el reino y los inmensos recursos de un país muy poblado, rico y abundante, de donde sacará cuanto necesite para continuar la guerra en estas provincias, pues los insurgentes, y menos este caudillo, no se detienen en fórmulas ni consideraciones.

"Esta desgraciada acción entrega a los rebeldes, además del Nuevo Reino de Granada, muchos puertos en el mar del Sur, donde se acogerán sus piratas; Popayán, Quito, Pasto y todo el interior de este continente hasta el Perú queda a la merced del que domina a Santa Fe, a quien, al mismo tiempo, se abren las casas de moneda,

arsenales, fábricas de armas, talleres y cuanto poseía el rey nuestro señor en el virreinato. Bolívar en un solo día acaba con el fruto de cinco años de campaña, y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del rey ganaron en muchos combates."

Organizadas las cosas lo mejor que se pudo en Santafé, Bolívar parte para Pamplona con destino a Venezuela y de allí a Angostura. Deja encargado del gobierno a quien designa como vicepresidente de Cundinamarca, el general de división Francisco de Paula Santander.

Santander como es conocido, es un hombre metódico, organizado, de inteligencia descollante. Puede ser pérfido y cargarse de odios, pero siempre tendrá sus ideales de corte liberal por encima de cualquier otro halago. Sin embargo es inconmovible, como lo eran casi todos en la época, menos quizás Sucre.

De las primeras cosas que hace éste es ordenar el fusilamiento del general José María Barreiro y treinta y siete españoles más. De nada valió que Barreiro le hiciese llegar a Santander sus diplomas masónicos para acreditarle la Hermandad. Santander, que también era masón, le había contestado cortantemente: "Primero está la patria que la Masonería."

Y el 10 de septiembre ordenó la ejecución pública, por tandas, de los españoles. Uno de los contertulios, el español Juan Francisco Malpica, se atrevió a decir ante el desfile: "Atrás viene el que se las arregla", refiriéndose al vicepresidente. Más se demoró en decir tal cosa que Santander, con un solo gesto, en ordenar a los guardias el prendimiento y fusilamiento del atrevido.

Ese era el temperamento de aquel hombre grande, arrogante, temible, al que Bolívar, al cabo de los años, llamaría sibilinamente Casandro.

Estos fusilamientos se hicieron en espectáculo público, a la vista de todos. No había perdón posible. Y el general Santander asumió por primera vez el mando del Estado, en su calidad de vicepresidente del Libertador Simón Bolívar en la provincia de la Nueva Granada.

19

EL NUEVO REGRESO DE BOLÍVAR A VENEZUELA. DE NUEVO EL CONGRESO Y LA EXPEDICIÓN DE LA CONSTITUCIÓN DE ANGOSTURA. SE FUNDA LA GRAN COLOMBIA. EL ARMISTICIO Y TRATADO DE HUMANIZACIÓN DE LA GUERRA CON MORILLO. ENTREVISTA DE SANTA ANA. EL REGRESO DE MORILLO Y LA BATALLA DE CARABOBO

En Pamplona, donde tiene amigos de atrás, Bolívar permanece un mes mientras se ejercitan las nuevas tropas que se han reclutado en este país y se envían cartas profusamente a los diferentes frentes venezolanos y a Angostura dando instrucciones. Entonces emprende la marcha el 7 de noviembre de 1819 por la ruta de San Camilo y de aquí a Angostura, donde en su calidad de Presidente de la República convoca al Congreso, que como se vio atrás, había tenido distintas interferencias en ausencia del Libertador. Pero llega a Angostura y el 14 de diciembre envía su mensaje al Congreso instalado, en el que subraya:

> *"La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas; es el voto de los ciudadanos de ambos países y es la garantía de la libertad de América del Sur.(…)"*

Naturalmente la proyección de Bolívar, después de la batalla de Boyacá se ha agigantado. Los discrepantes y los insidiosos no se atreven a oponerse y el Congreso expide una nueva Constitución común a los dos países federados, con la puerta abierta para la entrada del Ecuador. De paso ratifica la elección de Bolívar como presidente de Colombia y a Santander como vicepresidente de Cundinamarca.

El pensamiento de Bolívar se abre espacio en la dimensión de su genialidad política; y su magnetismo atrae poderosamente aun a los enemigos realistas, que empiezan a sentir el final.

Bolívar por su parte se crece e imparte instrucciones por todas partes enderezando de nuevo sus propósitos hacia la toma de Caracas.

Hay además una circunstancia coyuntural: en la política española han estado sucediendo hechos concatenados y reacciones contra el absolutismo del ahora abominado rey Fernando VII, al que ya llaman Narizotas y quien a su regreso del exilio ha derogado la Constitución liberal de Cádiz y ha mandado al cadalso a héroes de la resistencia española contra los franceses.

El 20 de enero de 1820 va a suceder la Revolución de Rafael de Riego y, por tanto, dejan de existir para Morillo las esperanzas de nuevos refuerzos de la Península.

Y es así que, cuando menos se esperaba, el Conde de Cartagena, ostentando ahora también el título de Marqués de La Puerta, ese orgulloso Morillo, dirige al Libertador Bolívar, a quien trataba antes de bandido, una carta diplomática y comedida en la que solicita un armisticio de un mes, que después de aprobado y transcurrido el corto ensayo, sería prorrogado por más tiempo y habría de conducir a la famosa entrevista de Santa Ana entre los dos grandes líderes. Hay que apuntar que desde luego quien pide el armisticio es el débil.

El general Simón Bolívar, ungido como Presidente de Venezuela y Jefe Supremo de los Ejércitos Republicanos, unos días después de haber instalado el Congreso y recibido tales nombramientos, deja la ciudad de Angostura el 27 de febrero de 1820 en compañía de su estado mayor. Entre otros muchos, lo acompaña, el teniente coronel José María Córdova y naturalmente

el ejército. Iba con destino a los llanos de Apure, subiendo el Orinoco, donde va a encontrarse con Páez que, a la sazón, se ha robustecido y agigantado en esa zona, a la que se ha traslado don Pablo Morillo en busca de la guerra.

En febrero 11 de 1820 en el sitio de Araguaquen, sobre las bocas del Arauca confluyendo en el Orinoco, se une a Bolívar el general José Antonio Anzoátegui a quien acompañan además de su ejército, 300 ingleses y el mayor Jhon Mackinstosh. Allí oficialmente Bolívar funda la Legión Británica y nombra comandante e este irlandés.

Y es en Cunaviche donde Bolívar se encuentra con Páez al frente de su glorioso ejército y sobretodo de su ya legendaria caballería. Entonces Bolívar se dispone a ir encima de Morillo que se encuentra resguardado en Achaguas, donde ha formado su cuartel general. Páez, quien ha tenido un reciente encuentro con Morillo, le ha contado a Bolívar, con exageraciones en su favor, que éste está bastante debilitado. Bolívar pasa el Arauca en el sitio de Caujaral y avanza hacia Achaguas. Morillo, que en realidad no se siente débil, se dispone a dar combate.

Bolívar comprende que ha sido engañado en sus informes por el Catire Páez y, en vez de dar frente a Morillo, decide una acción previa más sencilla: enfrentar al coronel realista José Pereira, quien se encuentra cerca en un punto denominado La Gamarra. Grave equivocación. Pereira con su infantería lo enfrenta y le infringe grandes pérdidas al ejército patriota, a pesar de que quien ejerció el mando en el operativo había sido Páez. Maltrechos quedaron los patriotas en La Gamarra.

Este desastre alienta entre las tropas la idea circulante de que el Libertador Bolívar es un pésimo estratega y militar sin visión; y ronda la propuesta de que se nombre a Páez comandante en jefe. Bolívar oía y guardaba silencio.

Luego se dispone a ir a Achaguas a atacar a Morillo. De pronto, sobre la marcha, encuentra al lado izquierdo del río Arauca a Morillo con todo su ejército. Él está en la rivera derecha. Es el 3 de abril de ese año 20. De un momento a otro el Catire, rápido en la acción, al frente de un pelotón de 150 hombres selectos de su caballería, pasa el río para hacer un reconocimiento. Cuando

Morillo lo advierte, ya al otro lado, cree que es todo el ejército libertador el que ha pasado y ordena marchar sobre ellos. Páez, con sus rudimentarios conocimientos de las grandes campañas en el "arte de la guerra", ordena un movimiento al parecer como de retirada. Y cuando observa distantes a los españoles, con su malicia de hombre taimado da la contra orden de "volver caras" y arremete con furia demoníaca contra la caballería española. Los ensarta, les brinca, les sale del frente y de atrás; y entre el desconcierto español y la sangre a manantiales, los españoles huyen dejando gran parte del armamento y las vituallas. Parece un episodio similar al de las Termópilas, mientras Bolívar y sus tropas, en la rivera derecha, observan atónitos e incrédulos lo que parece imposible. Ese era Páez, a pesar de lo bribón que demostró ser tantas veces.

Los papeles, finalmente, se han cambiado y la pelea en adelante será de igual a igual.

Morillo no es solo un militar eficaz para la monarquía sino un hombre público con mirada abierta para descubrir los mojones que marcan la historia, desde luego que ya sabe que no vendrán los auxilios de España, ni las tropas que se habían determinado enviar antes de la Revolución de Riego. O sea que sabe que sus días en América están contados. Ya lo ha escrito -como se vio- a la metrópolis cuando analiza la victoria de Boyacá. Y es por eso que busca un armisticio que a Bolívar en estos momentos le parece ventajoso para aprovechar ese tiempo en la mejor organización y preparación de nuevas tropas.

Pero mientras eso se decide, las acciones habrán de proseguir con intensidad, ahora con un Bolívar muy fuerte y unas tropas veteranas que ya no son el ejército de los desarrapados de antes. De ahí que, a propuesta del propio Bolívar, se llega a la elaboración de un tratado que se firmaría precisamente en Trujillo, curiosamente donde Bolívar había decretado la guerra a muerte que vimos en el comienzo de este libro. Este tratado, eliminando la barbarie de antes, busca la regulación y humanización de la guerra. Es un instrumento humanitario expedido conforme a las reglas modernas del derecho internacional.

Esto ocurre el 26 de noviembre del 20. Al otro día, el 27, tuvo lugar la entrevista en Santa Ana entre el Libertador y Morillo, ambos sumergidos en la brutalidad de aquella guerra cruel y despiadada, pero de pensamiento liberal y además masones.

Fue, como ha sido relatado por varios escritores, entre ellos O´Leary, un encuentro cargado de descubrimientos por parte y parte. Un paréntesis en la guerra, pero al mismo tiempo el preludio real y efectivo de la victoria americana.

Ese día 27 de noviembre, al llegar Bolívar a casa de Morillo, éste no espera que su contrincante fuera aquella figura morena, tostada por el sol, que presenta el Libertador, ataviado con su sombrero pajizo y su aparente desaliño, montado en una mula.

Tales aspectos lo impresionan peyorativamente de entrada; pero luego, en la medida en que se fue desarrollando en sus preliminares la conversación, el verbo de Bolívar, sus conocimientos culturales y sus modales finos de aristócrata, fueron dejando espacio para que la soberbia del español, elevado a la nobleza por sus hazañas en América, sintiera el peso del talento y el genio del mantuano.

Así, el frío de los primeros instantes, se fue desplazando por la charla amena y el descubrimiento de sus visiones del mundo, su común credo masónico que salió espontáneamente en la conversación; y de esa manera, inusitadamente, fue surgiendo una simpatía momentánea, que más que eso era admiración de hombre a hombre de parte de Morillo, quien ya sabía que España había perdido la partida.

De hecho, dos semanas después, el día 17 de diciembre de 1820, el Conde de Cartagena abandonó América, para no volver jamás.

Pero bajo el influjo de la impresión de la entrevista, Morillo escribió en su informe al gobierno de Madrid:

> *"Nada es comparable a la incansable actividad de este caudillo. Su arrobo y su talento son sus títulos para mantenerse a la cabeza de la revolución y de la guerra: pero es cierto que tiene de su estirpe española rasgos y cualidades que le hacen muy superior a cuantos le rodean. Él es la revolución."*

Cinco años después, en 1826, Morillo se encontraba en París y mandó a publicar en la editorial Chez P. Dufart Libraerie un pequeño libro titulado *Memorias del General Morillo*. Allí explica su misión en América y su ejecutoria en la guerra libertadora contra Napoleón en España, defendiéndose de las acusaciones que Antonio Nariño, quien en 1821, cuando se encontraba preso en Cádiz -no en la Carraca donde simultáneamente se encontraba Miranda[74]-, y gozaba de algunos privilegios entre el grupo dominante de liberales y masones, había escrito en el mes de abril de ese año, con el seudónimo de Enrique Somoyar, unas encendidas diatribas -que fueron muy ampliamente publicadas- contra Morillo por su crueldad en el sitio de Cartagena y el múltiple martirologio que realizó con las más granadas inteligencias patriotas neogranadinas. Morillo, antes de su regreso a España, escribió varias páginas justificativas de sus acciones, en respuesta a Nariño, que fueron el comienzo de esas memorias.

En ellas se defiende y defiende su vida. En el final escribe[75]:

> …"*Mi desinterés, tan conocido y evidente como mi vida pública, no tendrá necesidad de más pruebas para confundir la impostura que ha pretendido hacerlos sospechosos. Mi reputación a este respecto está suficientemente establecida por mis compatriotas y por mis amigos. Aun mis enemigos no osarán atacarme jamás* a este respecto. *Nacido pobre, la fortuna vino a buscarme en la carrera de las armas. Exaltado por ella al grado de General, he permanecido sin riquezas. Vivo con la gloriosa compañía de la pobreza. Esta situación estaba de acuerdo con mis deseos. El lujo y la opulencia me parecían incompatibles con el carácter de un guerrero.*
>
> *"No vì jamás sin horror las depredaciones con que algunos jefes se mancharon y que los sustrajeron al general respecto y a la subordinación de sus inferiores. (…)"*

---

[74] En mi libro Nariño y Miranda, dos vidas paralelas, trato el punto con detenimiento.

[75] Memorias del General Morillo, traducidas del francés por Arturo Gómez Jaramillo, Gráficas Margal, septiembre de 1985 Bogotá

Naturalmente que la brutalidad de la reconquista por parte de Morillo, como se ha visto en páginas anteriores, se dio y no se la inventó Nariño.

Cuando Morillo parte, queda encargado del mando el general Miguel de la Torre, a quien le encomienda encarecidamente que mantenga dominio sobre el fuerte de Puerto Cabello.

Ya, por supuesto, se encuentra en escena un Bolívar fortalecido y grande. Es una figura mundial. Lord Byron coloca su nombre en la proa del yate con el que se va a combatir la tiranía en el Medio Oriente. Y Bolívar, que siempre ha tenido sueños en grande, da por descontada la libertad del Ecuador y piensa en llegar al Virreinato del Perú. En ese propósito, que se hace público, nombra al coronel Francisco José de Sucre, quien ha venido actuando como ministro de Guerra, comandante de la expedición y organización de los contingentes necesarios. Sucre ha gozado del reconocimiento de su Jefe, casi como el de un padre a un hijo. Y a su lado estará un tiempo después el teniente coronel, en ese momento, José María Córdova.

El general de la Torre asume como estrategia prioritaria la defensa de la capital y de Puerto Cabello, como le ha recomendado Morillo. Entre tanto Bolívar organiza una gran movilización que inicialmente fortalece a un Oriente firme y cada vez en mejores condiciones. Su propósito, hoy más que nunca, es llegar a Caracas. Pero debe mediar toda una estrategia a la sombra de cualquier duda. Allí va en juego su autoridad actual.

Entonces, lo primero que hace es ordenar a Bermúdez, comandante de las tropas de Oriente, su movilización inicial hacia Barcelona y después hacia Caracas; y el antiguo rival obedece. Urdaneta, que mantiene un ejército disciplinado y valeroso en el occidente, recibe la orden, que se cumple, de marchar de Maracaibo donde se encuentra, a Coro. El general José de la Cruz Carrillo, que comanda por disposición de Bolívar una división en Carora, recibe la orden de marchar a Puerto Cabello.

Este valiente General había participado como coronel al lado de Bolívar en la campaña del cruce de los Andes y en las batallas del Pantano de Vargas y Boyacá; el ejército conocido como La Guardia, situado en Trujillo, debe movilizarse, en compañía

de Páez hacia Calabozo donde estaba muy bien apertrechado Morales. Todos cumplen, menos Páez que se encuentra en su fortaleza de Achaguas y se hace el desentendido, al que no le llegan las órdenes y las ignora. Tiene dudas que disimula.

Liévano Aguirre, citado tantas veces, apunta acertadamente sobre este momento histórico:

> "*Comprometido Páez en su actitud tradicionalmente vacilante, se limitó a enviar respuestas equívocas, para disculpar sus demoras en comenzar la movilización hacia los frentes que se le habían señalado. Como para Bolívar eso significaba que Morales, situado en Calabozo, tendría relativa libertad de acción para reforzar la defensa de Caracas cuando la amenazara Bermúdez, envió a los campamentos del llanero a su hombre de confianza, Diego Ibarra, con la misión de obtener su inmediata marcha hacia el Norte.*
>
> *"Entre tanto, en los otros frentes, las operaciones se desarrollaban con extraordinarios éxitos iniciales. El 8 de mayo y después de pasar el Unare, Bermúdez batió a la guarnición realista en el sitio llamado del Guapo; al mismo tiempo Urdaneta derrotó al enemigo en Casigua y el 11 cumplió su tarea entrando victorioso en Coro, cuando Bermúdez, dueño ya de los valles del Tuy, se acercaba a la capital venezolana. El 18 del mismo mes, inmensa emigración de gentes atemorizadas por la proximidad de los patriotas, abandonaba la ciudad y protegida por las sombras de la noche se dirigía a La Guaira. El 15 de mayo, al medio día, Bermúdez entró* triunfalmente *en Caracas. Semejantes infortunios adquirieron mayor gravedad para los realistas cuando el 25 de mayo las tropas de Cruz Carrillo, cumpliendo instrucciones del mando republicano, salieron de Carora, se apoderaron de Barquisimeto y formaron con las fuerzas de Urdaneta, en Coro, un triángulo que amenazaba directamente a Puerto Cabello. Esta serie de golpes sucesivos obligaron al general español a dar principio al fatal fraccionamiento*

de sus fuerzas y al consiguiente debilitamiento de sus posiciones vitales; ordenó a Morales dejar a Calabozo y acercarse a Caracas para reconquistarla; y él mismo se desprendió de fuerzas considerables en su cuartel general, para proteger a Puerto Cabello contra la doble amenaza de Cruz Carrillo y Urdaneta. Tal era la oportunidad que esperaba el Libertador."

A estos alentadores sucesos se aumentó para el Libertador la buena nueva de que Páez, finalmente, estaba acatando las órdenes y había emprendido la movilización hacia Guanare, sitio donde se había acordado el encuentro con la Guardia. Desde luego después de saber que Morales se había movilizado de Calabozo.

El desarrollo estratégico de estos movimientos simultáneos hizo abrir los ojos al general Miguel de la Torre y entendió que debía cambiar, como en un ajedrez, la colocación de sus fichas. Entonces, ante el temor del acercamiento de Páez y de Bermúdez, ordena el retiro de las tropas de San Carlos y la movilización hacia el lago de Valencia entendiendo que le quedaba fácil moverse hacia Puerto Cabello y defender al mismo tiempo el pequeño valle de Carabobo y de paso acercarse a la reconquista de la capital Caracas, tomada como se vio por Bermúdez. Era una jugada un tanto suicida, pero obligado por unas circunstancias asfixiantes para él.

El 7 de junio comenzaron a llegar a San Carlos las diferentes fuerzas patriotas. En medio de un gran júbilo se vuelven a encontrar Bolívar y Páez, que se abrazan estrechamente en medio del gran ejército unido, que en esos momentos alcanza los 6.700 hombres.

En San Carlos pasan varios días de preparativos. Se revisan los planes y Bolívar, en la plenitud de su gloria, sin que nadie le discutiera, divide el grueso de su ejército en tres columnas cada cual con sus divisiones respectivas: la primera división será comandada por Páez, la segunda por el valiente Cedeño y la tercera por el coronel Plaza. El 18 de junio Bolívar le da la orden a la división de José de la Cruz Carrillo de ocupar San Felipe,

obligando a de la Torre a mover tropas que dejan de hacer parte de la defensa central.

Y logrado ese objetivo, el 20 de junio del 21 da la orden a todo el ejército de moverse a la llanura de Carabobo, donde el mismo de la Torre entendía que se daría la batalla. No se equivocaba.

Ya en el campo, donde está alineado la Torre, después de una deliberación de comandantes, Bolívar dispone la estrategia. Lo primero que hace es ordenar a la división de Páez que estreche el paso de los cerros de Buenavista y Cayetana, pensando en obligar a Latorre a disponer un repliegue hacia la quebrada de Carabobo, y en esa forma ordenó al resto del ejército avanzar hacia el cerro de El Vigía, de donde quedaba obligada la estrategia al llano de Carabobo, cerrando las salidas por las partes ya indicadas. Latorre tuvo que pelear la batalla como se la dispuso Bolívar.

Páez entonces lanza su arremetida contra el principal batallón realista que es el Balencey. Los soldados españoles resisten, pero están casi vencidos sin muchas posibilidades de retirada. De inmediato Bolívar le ordena a Cedeño que ataque también al Balencey y éste batallón no tiene otra alternativa que ordenar la retirada y abandonar el campo con rumbo hacia Puerto Cabello, mientras los republicanos los perseguían con furor sin detener sus ímpetus, tantas veces frustrados en el pasado.

Fue brutal esa batalla, donde murieron muchísimos españoles y patriotas. Pero la victoria esta vez no engañaba. Era real sobre el pequeño valle de Carabobo.

No obstante, los españoles lograron por un corto tiempo más reorganizarse y hasta recuperaron transitoriamente a Caracas. Todo era inútil, pues el general Miguel de la Torre sabía que había perdido la partida. Entonces, después del triunfo de Carabobo, Bolívar les ofreció una capitulación honorable que garantizaba la vida de los españoles; y el comandante, que ya sabía desde antes del regreso de Morillo que todo estaba perdido, aceptó.

Simón Bolívar había logrado la libertad de la Nueva Granada y ahora lograba, con todo el heroísmo que se ha visto escuetamente en estas páginas y la fe en su propio destino,

la gloria de alcanzar la libertad de su patria. En Caracas, en la segunda república, se le había otorgado el título de Libertador de Venezuela. Ahora era de ésta y de la Nueva Granada y lo sería muy pronto del Ecuador.

El 28 de junio de 1821, pudo volver a entrar a su ciudad natal, el refugio mágico de sus afectos de hombre. La encontró en un estado lamentable de destrucción y pobreza. Irreconocible, como no fuera para un ser humano que la veía en esos momentos con la luz del futuro, alumbrando en su imaginación la grandeza que después tuvo bajo los dones de la paz.

Unos días antes, el 25 de febrero del mismo 21, Antonio Nariño, quien había estado preso unos años en España después de su campaña por Pasto, ya en libertad, se encuentra con Francisco Antonio Zea, quien ha viajado a Europa, enviado por Bolívar, para gestionar el empréstito que se le ha pedido al Reino Unido. Son amigos y hermanos masones y cuando sabe que su compatriota Nariño está resuelto a irse a Venezuela, lo pone al corriente de los últimos sucesos y además le agrega que el gobierno británico, finalmente, ha aprobado el empréstito. Nariño inmediatamente decide su marcha, además por ser portador de la importante noticia sobre el empréstito tan esperado por el Libertador.

Llega al puerto de Angostura sobre el Orinoco. Sabe que en esos momentos el Libertador se encuentra en Achaguas. Aun no ha tenido suceso la batalla de Carabobo, pero todo indica que los elementos objetivos de la política se inclinan hacia los patriotas. Y él lo es en grado sumo.

Entonces le escribe una carta a Bolívar el 25 de febrero desde el mismo puerto:

> "*Excelentísimo señor: Tengo el honor de participar a V. E. mi llegada a este puerto el 20 del presente. Después de una larga y dolorosa ausencia, mi alma sintió doble placer: el de respirar el aire natal y respirarlo en un momento de calma dictado por la sabiduría Divina. De nada son los triunfos, mi ilustre Libertador, si la paz no los corona y la paz no puede presentarse en*

medio del ruido de las armas. Felicito a V. E. por este paso grandioso que además de dejar unos momentos tranquilos para reconocerse, y de ser el precursor de otros más importantes, nos da ya un carácter, una cierta importancia que hasta ahora no tenían. Que la paz y la organización de un sistema adaptado a nuestras circunstancias sea el fruto de este primer paso. Dios guarde a V. E. muchos años, Angostura 25 de febrero de 1821 Antonio Nariño.

Nariño despachó la carta y no se conformó con el envío sino que tomó rumbo inmediato hacia Achaguas. Viaje en balsas de guadua, muy duro contra la corriente del Orinoco, mientras el Libertador se cambiaba de ciudad según el movimiento de las circunstancias. Pero desde luego que el general Nariño llegó y finalmente se reunieron, sin que se sepa mucho de ese encuentro. Empero, en San Fernando, Nariño recibe la carta de respuesta de Bolívar de 24 de marzo. En ella escribe éste, no obstante el asedio de trabajo que en ese momento tiene dirigiendo las tropas y a su modo el gobierno de la Nueva Granada, ya parte de Colombia, toda la admiración que profesa al Precursor de la antigua Nueva Granada.

La carta de Bolívar dice:

"República de Colombia, Cuartel General de Achaguas, a 24 de marzo de 1821. SIMÓN BOLÍVAR, Presidente de la República, General en Jefe del Ejército, etc., etc. al General de División Antonio Nariño:

"Con transporte de satisfacción he visto la nota que en 25 de febrero me dirigió V.S. avisándome su arribo a Colombia, y ratificando sus antiguos sentimientos y devoción a la República. Entre los muchos favores que la fortuna ha concedido últimamente a Colombia, cuento como el más importante el de haberle restituido los talentos y virtudes de uno de sus más célebres e ilustres hijos. V.S. merece por muchos títulos la estimación de sus conciudadanos, y muy particularmente la mía.

Celebraría infinito que acelerase su marcha y me anticipase lo posible el placer de saludarle y estrecharle por primera vez entre mis brazos. No es la amistad sola la que me instiga estos deseos, el bien de la patria se mezcla también en ellos. Ocupado en estos momentos de negociar la paz con los comisionados españoles, y de instalar el primer Congreso General de Colombia, las noticias y luces que V.S. pueda suministrarme facilitarían el término de estas transacciones.

San Fernando de Apure es el punto que ha señalado al enemigo para las conferencias. Allá me encontrará V. S. o en esta villa.

Dios guarde a V. S. muchos años, Bolívar"

En ese encuentro Bolívar le participa a Nariño la importancia que tiene el Congreso Constituyente de la Villa del Rosario de Cúcuta, convocado para abril. Han mediado dos grandes inconvenientes: el primero, que el Congreso de Angostura había designado a Bolívar como presidente y a Francisco Antonio Zea como vicepresidente. El nuevo Congreso, por supuesto, debía estar presidido por Bolívar, quien estaba impedido por sus oficios finales en Venezuela o por Zea que, como se dijo antes, estaba en Londres en la gestión del empréstito. Entonces el Libertador había designado vicepresidente para esos oficios al patriota venezolano Juan Germán de Roscio, quien al disponerse a viajar falleció. Ante esta calamidad, Bolívar debió nombrar para esa dignidad por decreto al general Luis Eduardo de Azuola; pero al llegar a la Villa del Rosario, éste también falleció.

Entonces Nariño se aparece del cielo. Ese es el hombre, con todos los merecimientos y capacidades. Y Bolívar lo nombra Vicepresidente de la República de Colombia, con el encargo encomioso de que se ponga en movimiento de inmediato, mientras le ha dado las instrucciones sobre lo que debe hacerse en el Congreso.

Nariño, que tiene en ese momento cincuenta y seis años, que cojea por la marca de los grillos que debió soportar en sus tobillos, se pone en marcha de inmediato y llega a tiempo para la

instalación del Congreso que debe expedir una Constitución para los tres estados federados. Se instala Nariño en una pensión en la Villa del Rosario de Cúcuta. Son los finales de abril de ese año de 1821 y el Congreso se instala, superados por Nariño algunos inconvenientes que los golillas querían presentar sobre el cuórum. Y, como se anotó, aun no se había decidido del todo la suerte de Venezuela en la histórica batalla de Carabobo. El Congreso entra en debate. Ya se han conformado los grupos que había dejado la pugnacidad entre centralismo y federalismo. Nariño, tan partidario antes del centralismo, en las nuevas circunstancias y de acuerdo con Bolívar, se convierte en federalista. La confluencia de los nuevos estados en uno solo así lo aconseja.

Bolívar concurre a tomar posesión y a juramentarse como el presidente de Colombia. Santander es nombrado vicepresidente y llega desde Santafé de Bogotá, y asume el poder. Bolívar parte a continuar la lucha, mientras el vicepresidente viaja a asumir el mando que ya detenta.

La historia asume su camino, que se abre en una nueva epopeya sobre unas geografías desconocidas pero propias de ese Nuevo Mundo que buscaba su independencia y libertad. Todo sería el fruto de una lucha más extensa y ardorosa venciendo, sobre un caballo, la agreste topografía de medio continente. Era el destino de toda la América del Sur.

20

CÓRDOVA EN ANTIOQUIA, EN SARAGOZA, EN MAGANGUÉ Y EN EL MAGDALENA MEDIO

Estando en Santafé el 11 de agosto de 1819, el teniente coronel José María Córdova no podía olvidar las impresiones que su memoria guardaba de tres años atrás, en el mismo escenario de una ciudad helada, de gentes estiradas fingiendo una aristocracia y unas costumbres de la vieja y lejana metrópolis, que se habían amañado en los pequeños desmanes y enfrentamientos de "pateadores" y "carracos" de la época de Antonio Nariño, gerifaltes de la lucha torpe y fratricida que llamó Caldas, como ya se ha dicho, "Patria Boba". En ese entonces, por los aciagos días de mayo de 1816, recuerda cuando están entrando las fuerzas españolas, a las gentes arremolinadas protestando de sus creencias patriotas de la víspera, para acceder, con desespero, a la gracia del Pacificador Morillo y del ausente rey Fernando VII.

Hoy las mismas o parecidas gentes, se arremolinan para expresar su fervor republicano al Libertador Simón Bolívar.

De las primeras órdenes que recibe Córdova es la de ir con su jefe inmediato, el general José Antonio Anzoátegui, a perseguir hasta Honda al fugitivo virrey Juan de Sámano. Ellos llegan a esta ciudad el día 14 y encuentran la noticia de que éste ha huido desde el día 10. Se sabe que llegó a Cartagena desde donde embarcó hacia Jamaica para regresar a Panamá, donde murió tres años después. Durante ese tiempo no tenía

mando alguno y permaneció solo en la espera de una orden que le permitiera volver a España.

Desde esta misma ciudad de Honda el teniente coronel de diecinueve años le escribe una carta al Libertador pidiéndole que le permita liberar el territorio antioqueño, su territorio nativo, de la presencia española. La carta se va y nunca llega a su destino, porque Bolívar ya iba en camino de regreso a Venezuela. Pero de modo simultáneo y coincidente, éste le había enviado, a través de su estado mayor, una orden escrita dándole, con muy amplias facultades, esa misma comisión:

> *"ESTADO MAYOR GENERAL CUARTEL GENERAL EN JEFE, EN SANTAFE A 13 DE AGOSTO DE 1819.*
>
> *Su Excelencia destina a usted a libertar la provincia de Antioquia; con este destino conduce a su disposición el Capitán Carlos Robledo más de cincuenta hombres bien armados; y además se previene al señor General Anzoátegui le entregue otros cincuenta armados y municionados.*
>
> *Importa que usted obre con rapidez para aprovechar de los momentos de sorpresa y antes que el Comandante de aquella provincia tome algunas medidas para su defensa, o se ocupe, en la inteligencia de que según todos los informes, no tiene más fuerza que la de cincuenta hombres, y que toda la Provincia está desesperada por encontrar una fuerza que le apoye para levantar el grito.*
>
> "*Progresivamente y según los avisos de usted, se le remitirán los demás auxilios* que necesite en armas, municiones o fuerza, y usted tendrá comunicaciones frecuentes con el Estado Mayor General o con S.E.
>
> "*Luego que usted ocupe la Provincia de Antioquia, organizará todos los ramos, levantará un cuerpo lo más numeroso posible, destinará en él todos los oficiales de la República que encuentre en ella, provisionalmente hasta la aprobación de S.E. Los empleos de rentas y en lo civil serán también provisionales y usted escogerá*

sujetos de conocido patriotismo y probidad, procurando asegurar todos los intereses del Estado y organizar las rentas en todos sus ramos.

"En suma S.E. confía en su celo, actividad e inteligencia que todo se ejecutará del modo más conveniente al servicio, y que aquellos habitantes serán tratados bien.

"Los 50 hombres que marchan de aquí y los 50 que le entregará el señor General Anzoátegui, los organizará en dos compañías, distribuyendo en ellas los oficiales que lleva el Capitán Robledo y constan de la adjunta relación. Avíseme usted el momento de su marcha. Dios guarde a usted muchos años. C. SOUBLETTE

Ese teniente coronel pues, que está próximo a cumplir veinte años, queda investido, por órdenes del propio Libertador, de muy amplias facultades como lugarteniente de toda la extensa provincia de Antioquia. En el campo militar y civil. Esas condiciones que se expresan en el mensaje transcrito del Estado Mayor General, le dan el rango de Gobernador y Jefe Civil y Militar en Antioquia, pues Bolívar ha firmado el decreto respectivo. Era la demostración del aprecio y reconocimiento que hacía el Gran Caraqueño de la labor desempeñada por Córdova, miembro de su estado mayor y héroe de varias batallas en las que aquel lo había visto sobresalir por su inteligencia y coraje.

Córdova, lleno de entusiasmo, marcha con los cien hombres de que habla la comunicación –que terminaron siendo 165 porque Soublette le amplió otros sesenta y cinco más- hacia la tierra de sus mayores. El 22 de agosto salió de Honda por el río Magdalena abajo, con sus tropas. El 25 desembarcó en Nare, y habiendo hecho creer al enemigo que sus fuerzas eran mucho mayores, el comandante español Angles huyó con buen instinto hacia Cartagena. Desde Nare Córdova inicia el ascenso hacia las montañas antioqueñas.

Tomó Marinilla e hizo anunciar en Ríonegro su llegada. El grueso de su ejército, que se decía con exageración ascendía a trescientos hombres, queda en Marinilla. El 28 de agosto

entra a Ríonegro, mientras el comandante realista Carrizo, muy temeroso emprende la retirada.

Allí estaba su hogar, sus parientes, sus amigos, a los que no veía desde cinco años atrás. Lo ven tan jovencito, un niño armado y con voz militar, y no le creen ni pueden imaginar cual es su arrojo y valor castrense. Se había marchado en aquellos tiempos con el ejército del general Serviez, su maestro, y había conocido el primer combate victorioso en El Palo, como también se ha relatado antes. Vivió lo que fueron los tiempos tenebrosos de la Pacificación y supo además de las angustias de la marcha por los llanos, como se ha visto con detalle. Entonces era un niño y así lo llamaban. Ahora se presentaba como un adolescente de 20 años próximos a cumplir, pero ostentando las insignias de teniente coronel y miembro de la Orden de Los Libertadores; y de modo increíble, es el Gobernador y Comandante General de la provincia.

Pero son pocos los que creen en él. Lo siguen viendo como un muchacho del pueblo. En realidad nadie lo ha visto en acción ni sabe de su carácter y valor incomparables. Sin embargo, ya habrá tiempo para que lo vean en escena dirigiendo esa pequeña tropa, que irá en aumento, y para desarrollar acciones militares brillantes.

Córdova ya en ese momento es un hombre de estatura alta, gallardo, muy blanco, de cabellos castaño claros, rostro ovalado, sin barba, cuerpo delgado atlético, imponente figura y de una gran belleza masculina. Vanidoso. "*Terrible en los momentos de ira y sublime en los arrebatos de heroísmo"*, anota el biógrafo Botero Saldarriaga. Algo de loco tenía, se dijo por Santander, que lo conoció y apreció mucho y hasta escribió años después en una carta a Bolívar: "*A Córdova no se le puede ocupar en cargos civiles porque es medio loco."*[76]

Empero, el gran psiquiatra alemán Ernest Kretschmer escribió sobre la psicopatología del genio y explica los comportamientos alterados en un ser que se escapa al común de los hombres por sus especiales talentos. Se cuenta que en una oportunidad, allá en Rionegro, Córdoba se planta ante el espejo luciendo su primer uniforme de gala reluciente, que ha mandado a limpiar y a

planchar, al igual que las insignias castrenses. Se ve imponente. Entonces, como en un cuento de hadas, el héroe antioqueño le pregunta al espejo qué podría faltarle a un hombre de su estampa y juventud, con tan alto grado militar y un porvenir tan despejado? Y el ordenanza, que estaba al lado y parece que le tenía confianza, en forma irrespetuosa le contesta: *"Juicio, mi coronel."*

No se demoró más que un día en esa primera aparición por Ríonegro. Al siguiente día 30 de agosto, partió hacia Medellín donde nombró como gobernador civil al distinguido ciudadano e historiador posterior, don José Manuel Restrepo, no obstante que era conocido de todos cómo, con la llegada del Pacificador, fue uno de los que había abjurado en una carta desde Kingston, Jamaica -que atrás se transcribió- de su posición de patriota y había cantado la palinodia. Restrepo inicialmente no aceptó, pero pasados pocos días, el 1º de septiembre dijo que sí y asumió la gobernación.

Realizados estos movimientos, Córdova tiene un objetivo prioritario: la captura del coronel Carlos Tolrá, comandante de las fuerzas españolas de la provincia y del doctor Faustino Martínez, gobernador civil con abundante pasado en la reconquista española al lado de Morillo. Se va inicialmente hacia Barbosa, de donde habrá de pasar a Antioquia. En la primera de esas poblaciones se encuentra el coronel Carlos Tolrá, quien tenía a su mando un contingente de 300 hombres. En la segunda se halla el doctor Faustino Martínez.

Tolrá había sido, al lado de su hermano el también coronel Juan Tolrá, uno de los militares más temibles en la cruenta campaña de Morillo por la reconquista. Los dos hermanos se habían batido al lado de Calzada contra los patriotas a los que habían perseguido con saña. Por lo demás, los dos hermanos Tolrá se habían casado con dos hermosas damas antioqueñas y su propósito era radicarse en tal provincia.

Empero, por el espionaje actuante de lado y lado, fue cosa conocida que Córdova se desplazaba aceleradamente en busca de estos dos personajes; y ambos emprendieron una fuga oportuna.

La historia del doctor Faustino Martínez, gobernador civil después de la reconquista, es nutrida de males contra los civiles patriotas en el martirologio de 1816. Había nacido en Antioquia de familia de alcurnia española y tenía su vivienda en esa misma capital donde funcionaba la gobernación. En su condición de letrado, había sido el fiscal de todos procesos de simple apariencia que Morillo hizo levantar para los grandes hombres americanos que fueron sacrificados en el patíbulo. Su firma se encontraba en todos los minúsculos expedientes solicitando la pena de muerte para Caldas, Torres, Ulloa y todo el largo historial de mártires que hemos visto antes.

Tolrá y Martínez, por distintos caminos, llegaron a Cartagena y de allí se escaparon a Cuba. Bueno, los papeles ciertamente, habían cambiado en el curso de esos tres años. Ya eran los españoles los que huian.

Córdova, con gran dinamismo, mientras dispone el gobierno en el campo civil y ordena recoger los impuestos, manda al capitán Juan María Gómez al mando de poca tropa a rescatar la provincia del Chocó; y además, en cumplimiento de una orden de depuración y castigo, conforme a las costumbres de la guerra, que ya entonces llamaban el derecho de gentes, ordenó una serie de apresamientos y fusilamientos: el 11 de septiembre hizo fusilar en Antioquia al español Antonio del Valle, quien había sido el Tesorero bajo el régimen del Terror, el 18 en Medellín, hizo fusilar al español Baltazar Álvarez cuando emprendía su huida. El 28 de octubre se fusilaron diez soldados de uniforme español que habían sido capturados en servicio. En noviembre 1º fusilaron al oficial realista Martinillo y a dos más de sus compañeros, que habían sido tomados prisioneros en el Chocó por el ya mencionado capitán Juan María Gómez.

Sobre esta febril actividad de Córdova, el gran biógrafo Roberto Botero[77] anota:

> *"Como se ve, Córdova obraba con admirable actividad y tino en todo lo que a su empresa se refería: organización de nuevas fuerzas; organización civil:*

[77] Roberto Botero Saldarriaga, Córdova, obra citada varias veces

ofensiva sobre los realistas en donde quiera que se encontraban y, sobre todo, en la consecución de fondos y recursos para enviar a Santafé a fin de continuar la máxima obra de la libertad. En este último campo fue inflexible, inexorable, y no podía ser de otro modo: la preponderancia social que en el medio ejercía la idea realista, la convicción en que estaba el pueblo de la próxima vuelta de las huestes españolas y el predominio de aquella causa hacían, cuando no francamente hostiles, sí reacios a los ciudadanos para sufragar a los gastos que demandaba la larga y costosa guerra. El joven comandante general llegó hasta gravar a su propio padre con una gruesa cantidad de dinero que le era imposible pagar, y al reclamo de éste, Córdova le ofreció sus caballos, sus sueldos, para que cancelara aquella contribución".

Naturalmente que la anécdota deja de parecer honrosa para convertirse en un acto exhibicionista y un tanto atrabiliario. Pero las urgencias de la guerra y una serie de circunstancias sobre la probidad del gobernante a las que alude Botero, dan una imagen austera y republicana a tal conducta. Y así fue como en Octubre estaba remitiendo una partida de sesenta mil pesos, que era mucho dinero, al gobierno central dirigido por el general Santander, al tiempo que ofrecía otro envío de cien mil más. La guerra, que continuaba y Córdova sabía que iba hacia el Sur, demandaba dinero, vidas y armas.

Claro que Córdova era un personaje afable y risueño que trataba por todos los medios de cambiar la simpatía que siempre se tuvo en esa provincia de Antioquia por el régimen español. Su gobierno por tanto era popular y gustaba estimular las fiestas regionales y ese espíritu alegre que siempre tuvieron los originarios de ese importante sector de la Nueva Granada, ahora Colombia. Y es por eso que, a pesar de haber abjurado del ideario patriótico gentes tan importantes de Antioquia como Don José Manuel Restrepo, posteriormente protagonista del gobierno de Santander y de Bolívar como se verá después, y gran historiador

de toda la revolución patriótica; y otra eminencia intelectual y gran educador como Don José Félix de Restrepo, nombró al primero, como se ha visto, gobernador civil de Antioquia y al segundo director de la imprenta. Es esta la forma como Córdova recuperaba para el engrandecimiento de la causa republicana a excelsos ciudadanos como los nombrados y a muchos de los grandes simpatizantes de los realistas que hubo en este territorio extenso, de gentes laboriosas, emprendedoras y honradas. Y las simpatías fueron en aumento y en rechazo a la arbitrariedad de lo que fue la famosa "pacificación" española.

Dentro de esta política hubo unos regocijos públicos en Ríonegro, a donde había trasladado la sede del gobierno el teniente-coronel comandante militar y civil de la provincia. Naturalmente había corrida de toros. Córdova entró en el jolgorio, que también tenía demostraciones ecuestres, siendo él un jinete a la altura de Páez. Pero un caballo lo tumbó hacia atrás y cayó sobre el piso perdiendo el conocimiento por espacio de ocho horas. Esto ocurrió el 28 de diciembre de 1819. Tuvo una conmoción cerebral gravísima que le impidió coordinar bien sus pensamientos durante varios días. El mismo Córdova le escribe casi un mes después a su jefe inmediato y amigo el vicepresidente Santander sobre este lamentable suceso[78]:

> *"Barbosa, enero 26 de 1820. Mi querido general y amigo: me gusta tanto escribir a usted yo mismo, que si lo pudiera hacer lo haría con mucho gusto. Me siento tan débil y con la mano tan trémula que me es imposible tener esa satisfacción. Le contaré a usted de mi enfermedad: el día 28 de diciembre, habiendo toros, caí en la plaza violentamente y quedé como un muerto: todo el mundo se consternó mucho y yo creo que algún realista dio parte al enemigo, que se hallaba en Zaragoza; estuve dos días como un muerto; al cabo de estos volví, pero loco, diciendo mil disparates: me dicen que cantaba muchas canciones de Araure y francesas, que mandaba tropas, que hablaba de muchachas; que un*

[78] Archivo del general Santander

día vino el Vicario a preguntarme si quería confesarme y le contesté que sí, que mañana, pero que esa tarde me trajera una muchacha bonita. ¿qué le parece a usted? A los quince días volví en mi juicio, y ya había sanado perfectamente de cuatro sangrías, diez mil ventosas y multitud de cáusticos que me habían puesto."

Dijeron siempre, como se ha visto atrás, que Córdova era un loco –un locato según el giro coloquial-. Ahora podrá imaginarse lo que las mentes envidiosas podrían decir del héroe, no obstante que él, conscientemente narra, como se ve, su propio mal con tal sindéresis, exactitud y humor. Ese no puede ser un loco, si es que finalmente podremos llegar a saber lo que es un loco.

Y ocurre que desde unos meses atrás aquel muchacho, que recién ha cumplido los veinte años, gallardo y atractivo, se prenda –el viejo juego del amor que se incendia- y enamora de una damita antioqueña de noble familia, hermosa en la flor de una juventud fragante y lozana, llamada Manuela Morales Salazar. Córdova ve por sus ojos; y esos amores trascienden en un deseo incontrolable de contraer matrimonio tan pronto obtenga el grado de coronel efectivo.

En la nutrida correspondencia que conserva Santander, se encuentran cartas arrobadoras de su amor. La primera es desde Zaragoza el 16 de mayo, en pleno movimiento–que se verá luego- hacia Barranca:

"Mi general, permítame usted, sigo triste, (pero sin ajar ni un momento mi orgullo militar), por la muchacha más bella que para mi gusto he visto; ella domina mi pasión amorosa, vaya, no molestaré su atención con un asunto que nada le importa y sin hacer cara de tía, pero aunque no sea, contésteme usted."

Desde Barranca – el episodio también se verá después-, el día 6 de julio de ese año 20, vuelve a escribirle al vicepresidente:

"Por Dios, mi General, busque un motivo capaz de llamarme de esta provincia, y llámeme que estoy desesperado. Yo iré con mucho gusto al Sur; esta provincia

es el infierno mismo. Tal vez será (permítame usted mi General) esa niñita antioqueña la que me tiene loco; por fin ya me atrevo … Algunas veces he estado movido a hacerlo: permítame usted muy silenciosamente que yo disfrute de ella. ¡Me admiro de haber hecho semejante petición a usted! Pero en fin."

Naturalmente la guerra está en plena ebullición como para paralizarse por unos amores primerizos pero secundarios. Y Bolívar, que asombrosamente se mueve desde la batalla de Boyacá por toda Venezuela y regresa a Colombia y vuelve a Venezuela, tiene en su cerebro la estrategia de todo lo que debe ser el toque final de la acción en estas regiones para poder pasar al Sur. Todo en su cerebro está en movimiento. Conoce a sus hombres veteranos y sabe de la existencia de los nuevos y sobre todo, en donde se encuentra cada uno y de qué fuerzas dispone. Y desde cualquier lugar, da las órdenes que dicta simultáneamente a varios secretarios.

No quiere dejar cabos sueltos que puedan eventualmente cambiar las cosas; y para ganar esa seguridad de triunfo, considera que hay dos cosas fundamentales que es preciso dejar solucionadas definitivamente antes de partir hacia el Sur: la derrota definitiva de los realistas en Venezuela cuyos reductos se han reagrupados en Maracaibo, y la de las mismas fuerzas realistas en el tradicional fortín de Santa Marta en la Nueva Granada. Y así, desde su continuo movimiento, mueve los alfiles y caballos dictando esa múltiple correspondencia o dando instrucciones precisas para que otros lo hagan en su nombre. La seguridad de lo ganado depende del dominio pleno del Mar Caribe.

Y así, pues, mientras Córdova pasa el trance del tremendo golpe de la caída del caballo y su rehabilitación, ha hecho presencia en Antioquia el coronel Warleta que llegaba del Cauca a donde lo mandó Morillo cuando la reconquista. Había sido uno de lo más sanguinarios en ese período de sombras y de sangre. En el Cauca tiene dominio el general Sebastián Calzada quien acariciaba el plan de unificar con fuerzas realistas los territorios de Pasto, el Cauca y Antioquia para salir a Cartagena, donde aún se encontraba don

Juan de Sámano en espera de otra oportunidad para dominar el mar. Esa la razón para que Warleta, comisionado por Calzada, haya llegado a Antioquia con solo trescientos hombres veteranos esperando aumentar allí sus fuerzas.

Inicialmente lo enfrentan los pundonorosos capitanes Carlos Robledo y Juan María Gómez, enviados por el gobernador civil Manuel José Restrepo. Cuando Córdova se rehabilita de sus dolencias, asume la misión y tiende todas las redes de espionaje sobre el enemigo. Supo entonces que Warleta había pasado en una larga marcha el alto de Cáceres para llegar a Yarumal. Y lo esperó en un sitio llamado Chorros Blancos. Era el 12 de febrero de 1820. Córdova divide sus cuatrocientos hombres en dos columnas y dio las órdenes de rigor antes del combate. Estaba enfrentado a un militar de escuela y veterano.

Pero esta vez ese coronel español sintió miedo ante la preparación del comandante patriota y, de modo inusitado, ordenó la retirada y se fue sin pelear. Ese era el mismo que había llegado a retomar Antioquia durante los aciagos días de 1816 y se la había tomado sin resistencia.

Sobre estos acontecimientos de Chorros Blancos, Córdova le escribe un parte de victoria a Santander que dice:

> *"Rionegro, febrero 26 de 1820. Mi querido General Santander. Recibí su apreciable del 29 de enero, por la cual me alegré mucho de ver que el Vicepresidente de la Nueva Granada, mi amigo, se alegraba mucho de mi reposición, a pesar de que a Warleta no le gustaría mucho el ataque de Chorros Blancos; pero en fin, él como bien criado, se fue, perdiendo 40 hombres armados, y como la montaña de Cáceres es desierta, de seis días, solo una compañía del batallón lo persiguió dos días, en atención a que en este cuartel general debía reunir las tropas y tenerlas siempre listas a la disposición de Calzada. En efecto, hace tres días marcharon veinticinco hombres a pasar a Bufú, y ponerse en la Vega de Supía para rechazar cualquier partida y observar la operaciones del enemigo, y mañana marchan setenta y cinco, completo*

de la tercera compañía, a Bufú, para que reunidos allí los veinticinco, rechacen cualquier enemigo que quiera pasar alguno de los pasos del Cauca, mientras que lleguen los Guías y el batallón Albión, que con cuatrocientos soldados que tiene el batallón de Cazadores, veinticinco excelentes dragones que he formado y cien hombres armados del batallón de línea, a las órdenes de Ricaurte, no solo aguardaré las órdenes, sino que marcharé a tomar las de don Sebastián -Warleta-*."*

Pero la situación del Sur por la parte realista era, sin duda alguna, seriamente amenazante. El general Sebastián Calzada había mantenido una resistencia pertinaz que engrosaba de modo constante con la asistencia de personal de Pasto y del Patía, absolutamente realistas. Así, pues, Calzada amenazaba al valle del Cauca y a Antioquia, dispuesto a tomarlas con poca gente, con lo cual establecería un puente que volvería a unir por tierra a Quito y Cartagena. Esa era su estrategia obvia, que Córdova veía con toda claridad y así hacía saber a su inmediato superior, el general Francisco de Paula Santander. O sea, pues, que era imperativa la campaña del Sur, la que no debería parar, por ahora, sino en Quito. Y es así que el comandante militar de Antioquia Córdova, pacificada esta provincia, estaba listo con cuatrocientos cincuenta hombres bien adiestrados y suficiente material bélico para marchar y así lo había hecho saber.

Por lo demás, esos eran los planes de Bolívar, que también había hecho conocer. Pero faltaba personal y había otras urgencias. La guerra consume ávidamente a las personas.

Entonces, según cuenta O´Leary, Bolívar llega hasta pensar en la vinculación de esclavos al ejército, como ya había hecho en Venezuela; y en esos días le envía una orden al vicepresidente en la que le dice en lo pertinente:

*"Pedirá V. E. a las provincias de Antioquia, Chocó y Popayán 3.000 esclavos a las dos primeras y 2.000 a la última: todos solteros, si es posible. Se les ofrecerá su libertad luego que salgan de su país (*se refiere a región o provincia), *y dos años después de estar en el servicio se les dará su licencia absoluta."*

Empero, considerando que Antioquia estaba pacificada, y que había un problema muy serio con los reductos realistas de Maracaibo y Santa Marta, que ponían en riesgo a Cartagena y todo el mar Caribe, y además a la propia Venezuela, sobre la ardiente marcha de sus preocupaciones, el Libertador cambia de planes. Es preciso tener en cuenta que, como se ha dicho, la guerra continúa bajo las órdenes directas del Libertador en continuo movimiento, que las transmite la mayoría de las veces a Santander, y éste a su vez las reenvía a los personajes que las reciben. Y es por esos días de comienzo de 1820 que a Córdova le llega una carta desde Bucaramanga donde a la sazón se hallaba el Libertador. Tiene fecha del 20 de febrero y está firmada directamente por Bolívar. Acaba de decidir, contra la idea de marchar primero al Sur, la estrategia que se vio antes de asegurar definitivamente a Maracaibo y Santa Marta. Esa carta dice en lo pertinente:

> *"Señor Comandante General de Antioquia. Siendo cierto, como no dudo, que la Provincia de Antioquia está enteramente libre de enemigos, ordeno a usted que inmediatamente haga marchar contra Mompós todas las fuerzas de que pueda disponer, y que procure usted continuar esta operación con nuestras fuerzas sutiles del Magdalena. La Provincia de Santa Marta será ocupada por nuestras tropas, para cuando usted reciba este oficio: esto facilita mucho la toma de Mompós.*
>
> *Por el Sur no tema usted nada: yo pondré a cubierto sus fronteras. Dios, etc. "*

Simultáneamente con esta determinación superior, Córdova recibe otra orden del vicepresidente Santander, en la que éste, acorde con la decisión anterior del presidente Bolívar, que le había enviado desde la misma ciudad de Bucaramanga, le ordenaba tomar Zaragoza. Era en realidad la misma orden que Bolívar había dado antes a Santander, la que también incluía la toma de esta última población.

Parecían pues las dos órdenes un tanto contradictorias, como que en la del Libertador Presidente se le ordenaba a Córdova marchar a Mompós, y en la del Vicepresidente la orden era tomar Saragoza. Córdova entonces, el 15 de abril, decide

trasladarse hacia Zaragoza y ordena a la compañía de granaderos marchar inicialmente a órdenes del capitán Clemente Jaramillo, compañía dentro de la cual marchaban los jóvenes oficiales teniente efectivo Manuel del Corral, hijo del patriota dictador de Antioquia Juan del Corral, fallecido tempranamente como atrás se vio, y también figura el propio hermano del Comandante de la Provincia de Antioquia, subteniente Salvador Córdova. Al frente del contingente español está el mayor Guerrero Cavero.

Zaragoza es una población malsana, sin alimentos y llena de enfermedades en la que solo hay un pequeño contingente español. Pero Córdova, como se ha visto, ha decidido obedecer las órdenes de Santander, no obstante que en carta especial a éste formula sus reparos:

> *"Dispénseme usted y permítame que le pregunte con qué efecto (qué motivo hay para tomar a Zaragoza). A Zaragoza la hubiera libertado yo hace días con veinticinco hombres, pero no lo he hecho por estas razones: … después, porque si en Zaragoza o Nechí tienen doscientos o trescientos hombres, diseminan las fuerzas y entonces la división que obra por Ocaña, la escuadrilla del Magdalena, obrará con más facilidad: Zaragoza y Nechí es país sumamente enfermo; y estoy impuesto que veintiséis hombres que hay en Zaragoza están casi todos enfermos; y más, es país que si los víveres no vienen de sabanas, sus habitantes mueren de hambre. …"*

La compañía de granaderos llega a Zaragoza, que está situada junto al caudaloso río Nechí cerca a su desembocadura sobre en el río Cauca, el día 28 de abril; y tal como lo había anunciado en su misiva a Santander Córdova, en muy corto tiempo es tomada por el capitán Clemente Jaramillo, mientras huyen por el río los pocos españoles que la ocupan. El comandante realista Guerrero Cavero, que vive al otro lado del Nechí, también emprende la retirada sin ningún esfuerzo.

Es entonces cuando el mismo capitán Jaramillo, valiente y atrevido, mientras llega el coronel Córdova que está en camino, se traslada al muy cercano puerto de Nechí, donde están reunidos

con otras fuerzas los españoles que había en Zaragoza, y siendo noche, se juega lo que parece una broma. Es de noche y monta unas lámparas firmes en una canoa que suelta a la mansedumbre de las aguas navegables. Los españoles la ven y piensan que allí vienen los republicanos con un ejército y salen despavoridos río abajo, mientras las tropas patriotas atacan por tierra. Lo que quiere decir que en esas dos hazañas aparentemente sin mucho esfuerzo militar, Cordova ha ganado para la causa dos sitios claves estratégicos sobre el Nechí y el Cauca.

A esto se agrega que el subteniente Salvador Córdova, enviado por Jaramillo, se apodera de Cáceres, población vecina, de donde también huyen las pocas tropas españoles que la controlan, dejando un material de intendencia, armas y municiones.

Finalmente Córdova llega a Zaragoza con las tropas de la retaguardia el 26 de mayo y encuentra estas gratas novedades que informa al vicepresidente Santander así[79]:

> *"Ya he dado principio al movimiento que usted me ha mandado hacer por este flanco. La compañía de Granaderos que ha tenido la vanguardia ocupó a Nechí el 14, por medio de una canoa, con un farol, que Jaramillo dejó ir la noche del 13 por medio del río. Guerrero con unos oficiales más y 50 hombres, que sostenían aquel punto fortificado, tan interesante al enemigo, creyendo que era un cuerpo que trataba de cortarlo, huyó en el mayor desorden, con precipitación. ¡Qué le parece a usted mi General: el punto más esencial que el enemigo por este flanco debía cubrir y que yo creí bastante dificultoso tomarle, hecho evacuar por un farol en una muy pequeña canoa! ¡Es cosa bien graciosa!."*

Pero pregunta luego el comandante Córdova por el teniente del Corral, y Jaramillo responde que le ha dado la orden de marchar sobre Majagual, donde hay un contingente mayor de realistas. Córdova entra en nerviosismo, pues sus órdenes son conservar

---

[79] Pertenece al archivo del general Santander

el grueso de sus cuatrocientos hombres para continuar sobre Mompós y luego por el Magdalena hasta Santa Marta. Alarmado da órdenes de que del Corral se retire de su destino sin entrar en batalla. Pero los hechos ya están cumplidos. Increíblemente éste teniente Manuel del Corral, con alma muy templada, ya ha obtenido una resonante victoria. Él mismo, pasados largos años (1850), ha narrado aquellos hechos[80] cargados de heroísmo así:

> *"Bajaron los españoles hasta Majagual, y viendo que este punto no era ventajoso por estar situado en la rivera del brazo de la Mojana, en una isla circundada por el Cauca y nombrado Achí se situaron en el punto denominado Caño de Guaso.*
>
> *"Sin embargo que yo tenía orden de no bajar de Zaragoza, para no comprometer las armas de la República, llevado por el ardor de la juventud, en una edad que apenas contaba veinte años cumplidos, me aventuré a bajar hasta Majagual en donde fui muy bien recibido, y aunque el punto no era militar, como antes dije, resolví estarme allí algunos días con mi tropa para saber si el enemigo intentaba cortarme la retirada. Durante mi permanencia en aquel pueblo nombré Capitán de guerra al señor Martín Aguirre, e hice nuevos nombramientos de Jueces, inspectores, etc., eligiendo individuos reconocidos como patriotas adictos a la causa de la libertad. Como en Majagual había algunas personas partidarias de los españoles, éstos recibían aviso diario de mi situación y de la fuerza con que contaba; con datos tan seguros resolvieron los enemigos atacarme; en tal virtud se presentaron una mañana algunos buques con sus tropas, y después de un ligero tiroteo se retiraron.*
>
> *….*
>
> *"Cuando llegamos al pueblo rompimos el fuego y avanzamos hasta el punto en que el Alférez Manuel Puerta mandaba un piquete de cincuenta hombres, el cual fue derrotado, no sin que antes hiciéramos prisionero al oficial.*

---

[80] Cita de Botero Saldarriaga

"Al toque de la corneta corrieron los españoles que se hallaban atrincherados en la casa del Cura, Dr. Torices. (¿Turizo?) y fueron a colocarse en los buques; pudimos llegar hasta la playa, y allí hice fijar los fuegos a los dichos buques; éstos, bien anclados, nos dirigían sus metrallas y sus balas con pasmosa rapidez. No tardaron en aparecer las canoas que yo había mandado y, como lo había previsto, hicieron que los buques dividieran sus descargas entre las fuerzas de la plaza y el nuevo enemigo que aparecía por agua. Entonces ordené a mis fusileros que apuntaran de preferencia a los pilotos de los buques y a los oficiales, que se distinguían por sus uniformes vistosos y relucientes.

"Esta última providencia tuvo éxito muy feliz, pues la puntería de mis soldados era tan certera que varios de ellos me llamaron la atención hacia la persona a quien le apuntaban, la cual caía inmediatamente después.

"Los buques que perdían sus pilotos eran arrastrados en desorden por la corriente del río, en tanto que nuestra gente de las canoas se lanzaban al abordaje, eficazmente ayudados por algunos pocos soldados que mandé en cuatro barquetas cogidas en la orilla. De este modo fuimos capturando los buques abandonados a la corriente, al mismo tiempo que cortábamos, por tierra, a otros que trataban de escaparse por una vuelta que forma el brazo del río abajo del pueblo. Allí cayeron los últimos en nuestro poder, escapándose únicamente un champán con los intereses del mayor Guerrero, y esto porque había marchado antes de principiar la acción. Los que en ambos lados de la Mojana saltaron a tierra fueron hechos prisioneros; entre ellos estaba el coronel Joaquín del Campo, jefe de la división. Él me entregó su espada y me dijo: "He corrido la suerte de la guerra."

El teniente coronel Córdova no podía creer tanto heroísmo en un joven teniente de su misma edad. Y cuando se informa de estos sucesos victoriosos, marchando por el río, en un sitio llamado Santa Lucía, llega el teniente del Corral a encontrarlo en el mismo río, con los barcos españoles ya portando la bandera

tricolor de Miranda y con los prisioneros a bordo. Córdova les ordena que regresen a Majagual, a donde él se dirige. Es el 28 de mayo, y al 29 hace fusilar a los prisioneros, teniente coronel Guerrero Cavero, y dos oficiales más. Es posible que también hubiera hecho fusilar al coronel Joaquín del Campo. Así seguía siendo la guerra y Córdova era una parte de ella, endurecido por todo lo que había visto en esos años.

Todo está listo para continuar la marcha, según las órdenes del Libertador, hacia Magangué. Pero se toma algunos días allí en alistamiento. Y recibe la misiva del Presidente-Libertador en que éste le dice:

> *"Al teniente coronel José María Córdova. El Libertador ha sabido con la mayor satisfacción el brillante suceso alcanzado por un destacamento de esa columna, mandado por el teniente Corral, cerca de Nechí. S. E. quiere que además de dar usted las gracias a este oficial y su tropa, me diga usted si lo cree acreedor a un ascenso o a alguna otra recompensa por su distinguida acción. Dios, etc. Rosario, junio 23 de 1820. Pedro Briceño Méndez[81].*

Córdova recomienda al valiente teniente del Corral para el grado de capitán, y a su querido hermano Salvador, también destacado en las acciones, para el grado de teniente efectivo. El Libertador así lo hace, con una felicitación.

Bolívar, que como se ha dicho, tiene sus planes muy bien trazados y está dirigiendo a control remoto las acciones, a través de Santander ordena a Córdova que siga a Magangué, desde donde debe observar los alrededores sin comprometerse en batallas serias que pongan en peligro el grueso de sus tropas, para proseguir la marcha en apoyo de la división que viene de Ocaña, a cuyo frente están los coroneles Lara y Carmona con rumbo a Santa Marta y Maracaibo. Córdova debe librar sin mayores riesgos de enemigos el camino, aunque su misión principal es caer luego sobre Cartagena. Empero, mientras se cumple el desarrollo de su misión, debe librar una serie de batallas vitales en el Magdalena Medio.

---

[81] Memorias de O´Leary

21

EL MAGDALENA MEDIO. MOMPÓS, BARRANCA, SOLEDAD, SANTA MARTA Y CARTAGENA. LIBERACIÓN DE TODO ESTE TERRITORIO HASTA MARACAIBO. CARTAGENA LIBRE DE ENEMIGOS

Claro está que los españoles habían definido sus propias estrategias. La primera era establecer un punto fuerte en Mompós con barcos de guerra debidamente dotados de cañones y tropa, que impidieran el paso de los republicanos hacia Santa Marta y Cartagena, puntos igualmente vitales para esas restantes fuerzas españolas que mantenían una resistencia bien calculada a la espera de la nueva expedición que enviaría el rey desde España.

En ese propósito vital para los intereses americanos, el Libertador nuevamente ordena:

> *"Las fuerzas de Antioquia cooperarán a la ocupación de Mompós[82], que debe ejecutar el batallón de Honda. Este movimiento es de la primera necesidad; porque de lo contrario el enemigo de Cartagena y de Santa Marta, sin nada que le llame la atención, se dirigirá en fuerza contra la expedición de Ocaña, que va a ser reforzada considerablemente y debe obrar con rapidez contra*

[82] El nombre de esta ciudad es Mompox, pero en la época de la que estamos hablando todos la llamaban Mompós.

Maracaibo. La cooperación de Antioquia será con todo o parte de sus tropas, pero limitada solamente a amenazar la provincia de Cartagena, sin comprometerse, porque ellas deben defender la misma provincia".

Córdova, pues, en obedecimiento de las órdenes, bien apertrechado y utilizando los barcos o buques de guerra[83] que quitó al enemigo, llegó a Magangué el 3 de junio de ese 1820 y lo primero que hizo fue enviar pequeños pelotones a las vecindades para observar el terreno.

El Libertador, insistiendo en la dirección de esta campaña que para él es vital, le escribe a través del doctor Briceño un adendo a Santander el 11 de mayo[84] que dice:

"Adición. El Libertador advierte a V.E. que ha llegado el tiempo de que mueven y cooperen por el Magdalena todas las fuerzas que hay sobre él, especialmente la escuadrilla, aunque solo sea para divertir, si no pudieren obrar decisivamente. Es necesario hacer el mayor esfuerzo para distraer al enemigo por esa parte, para que no concentre toda su atención a la columna del Coronel Lara. V. E. librará, pues, todas las órdenes que sean en su concepto más convenientes a la consecución de tan interesante objeto. Pedro Briceño Méndez"

Córdova, recibiendo de nuevo la orden de Bolívar a través de Santander, se dispone a marchar con sus barcos hacia Mompós, ciudad que ha venido siendo dominada desde 1815 por los realistas. Allí hay una fuerza de quinientos hombres veteranos comandada por el coronel español Miguel Balbuena y a su lado entre muchos otros oficiales está el coronel Warleta, que se ha replegado después de la derrota de Chorros Blancos a manos

---

[83] Estos barcos o buques de guerra ampulosamente llamados así, eran canoas más grandes.

[84] Daniel Fulgencio O´Leary

del joven comandante Córdova, quien ha ido ganando un gran nombre de guerrero al que todos estos españoles temen y le huyen.

Por estos días de junio el río Magdalena se ha desbordado e inunda los caminos. Así que para dirigirse a Mompós desde Magangué Córdova utiliza los esteros y llega a la isla momposina por la parte occidental. La noticia de esa movilización se ha extendido entre los españoles que, muertos de miedo, se disponen a abandonar la ciudad, no sin antes hacer un nuevo saqueo a los patriotas.

Es preciso observar que el aguerrido teniente coronel Hermógenes Maza, aquel que ha huido a pie viajando por las noches desde Caracas y al que encuentra Bolívar al entrar a Santafé, como se ha visto, es ahora comandante de un contingente integrado por fuerzas patriotas de sobrevivientes de ese dominio español que localmente se concentraba precisamente en Mompós y ocupaba casi todas las poblaciones costeras del gran río de la Magdalena. Bolívar había previsto la unión de fuerzas de Maza con Córdova, bajo el comando de éste. Así lo dice expresamente en una misiva:

> *"…. Cuarto. Que el comandante Maza mande y dirija las operaciones de la expedición del Magdalena hasta que se incorpore o ponga en comunicación directa con él el Teniente Coronel Córdova. En este caso tomará éste el mando general de todas las fuerzas. Dios, etc. Rosario, junio 12 de 1820. Pedro Briceño Méndez."*[85]

Pero veamos directamente el informe que envía el teniente coronel Córdova sobre la toma de Mompós y otras acciones subsiguientes, al gobernador civil de Antioquia, designado por él mismo como se recordará, doctor José Manuel Restrepo el 23 de junio de 1820[86]:

---

[85] Pertenece al archivo del general Santander.

[86] Esta cita pertenece a la biografía de Córdova de Eduardo Posada.

"Mompós, junio 23 de 1820, a las seis de la tarde. Señor doctor José Manuel Restrepo:

"Por fin he cumplido con las órdenes del vicepresidente de entrar a esta villa y ocupar las sabanas; he buscado con ansia un combate para hacer brillar las armas de mi mando, pero los cobardes abandonan siempre los campos de batalla. De Magangué mandé los dragones y cincuenta hombres de infantería a ocupar la sabana. Siento que algunos enemigos que allí había se retiraron a Tolú. Excepto algunos pueblos que están a cuatro, seis y diez leguas de Cartagena, todos están libres.

"De Magangué me puse en comunicación con Maza, y formé una combinación para atacar igualmente el enemigo en todas sus posiciones; pero éste, con la noticia de que el Almirante Brión ocupa las bocas del Magdalena con una escuadra de quince buques y algunas flecheras, y que una división trataba de ocupar, como efectivamente lo hizo, a Barranca, se retiró precipitadamente el 19 por la tarde. Yo calculé que el enemigo precisamente debía hacer esta operación, pero por alguna falta de conocimiento pondría algunos días más; entonces ya vi que la combinación se tardaba y mandé cincuenta hombres con los dos buques de guerra a la boca de Tacaloa a las órdenes del capitán Mendoza: en Magangué dejé veinticinco hombres para que guardasen 70 enfermos que allí tenía, y con doscientos hombres me dirigí por unos caños, por donde ni las ratas habrían pasado, con el objeto de tomar esta plaza; así fue, y a mi llegada supe que el enemigo hizo el movimiento que yo había calculado haría, pero mi amigo, como todo no ha de ser victoria, el enemigo que desesperadamente trataba de romper, atacó a Mendoza, que no cumpliendo con mis órdenes colocó malísimamente su tropa. Los dos buques fueron apresados, y su tropa se dispersó huyendo Mendoza cobardemente; y no solo esto; sino que pasó a Magangué, alarmó aquella guarnición que también se dispersó. De los cincuenta de Tacaloa he reunido aquí 35. De la guarnición de Magangué he sabido que los cobardes Mendoza y Castor Gómez, comandante de ella, se

retiraron a Majagual, y muy pocos enfermos quedaron en Magangué. En este momento he sabido que los enemigos no lo ocuparon sino que siguieron su retirada.

"Aguardo la escuadrilla para ir rápidamente a ocupar aquellos pueblos: el enemigo solamente tiene cien fusiles disponibles: y aquellos dos indecentes han huido sin batirse. Ahora me las van a pagar todos los españoles y dichos dos oficiales, a los cuales encomendarán ya a Dios, pues están en capilla: si caen en manos de los españoles mueren, y si en las mías seguramente mueren.

"Mi amigo: no pensé yo, cuando me puse en marcha de ésa tantas ventajas. Sin duda alguna dentro de un mes somos dueños de las provincias de Cartagena y Santa Marta. Tal vez las murallas de Cartagena durarán en poder del enemigo algunos días más; pero muy pocos. Me aguardo para concluir esta al amanecer de mañana.

"… 24 a las diez de la mañana. Anoche se me reunió la escuadrilla compuesta de siete buques y algunas escuchas y 150 fusileros, de modo que a las dos o a las cuatro de la tarde marcho con dicha escuadrilla y 350 fusileros a atacar rápidamente al enemigo en donde esté, reunir los dispersos en Magangué, y en fin, o a hacer grandes cosas o que me lleve el diablo. Adios, mi amigo, mande usted con consideración a su afectísimo amigo y servidor q. b. s. m. J. M. Córdova."

Córdova, acorde con esta orden, se reunió con Maza, como lo dice en el punto final del informe anterior, la noche del 23 de junio y fijaron al día siguiente 24 para emprender el ataque a Tenerife, que habría de llevarse a cabo el 27 de ese mes y se constituiría en la mayor victoria de esa campaña. Veamos cómo cuenta estos brillantes episodios el historiador Botero Saldarriaga en su obra sobre Córdova[87]:

---

[87] Autor, obra citadas

"En la madrugada del 27 de junio Córdova y Maza combinaron y resolvieron el ataque inmediato a Tenerife.

"Componíase la escuadrilla realista de once buques de guerra muy bien tripulados y mejor dotados de cañones de grueso calibre, abundantes municiones, y comandados por excelentes oficiales de la marina de guerra española. Mandaba en jefe Teniente Coronel don Vicente Villa, de la infantería de marina. En tierra regía el Comandante don Esteban Díaz doscientos veteranos del Regimiento de León, más algunas compañías de pardos.

"En cambio los patriotas habían logrado reunir siete malas embarcaciones impropiamente llamadas buques de guerra, dotados de pedreros, montados en Zorras, maderos atados con cordeles, y trescientos soldados de desembarco.

"En esos buques bajaron el río. Llevaba la vanguardia el Teniente Benedicto González, quien cerca de Zambrano apresó una canoa, y por sus tripulantes se informó de que la primera avanzada española estaba estacionada en Caño Plato; inmediatamente envío un piquete que sorprendiera esa escucha para evitar que el enemigo fuera noticiado de que se aproximaban las fuerzas patriotas. La operación fue ejecutada a entera satisfacción por el cabo antioqueño José Antonio Ramírez, valerosísimo hijo de Marinilla.

"En cumplimiento del plan acordado al llegar a la boca de Cañociego (hoy Susa) desembarco Córdova con doscientos infantes y siguió por tierra a atacar la ciudad por retaguardia del enemigo. Maza esperó el tiempo que creyó necesario para mover su escuadrilla, pues la boca de Susa dista de Tenerife unos diez kilómetros.

"En la madrugada del 27 atacó violentamente Maza la escuadrilla realista al abordaje y la venció en pocos momentos. El bravo Comandante Vicente Villa, antes de caer en manos de sus enemigos voló el buque que comandaba y con él una inmensa cantidad de pertrechos muriendo así heroicamente.

"El comandante de escuadra don Esteban Díaz logró retirarse con sus soldados de León hacía Ciénaga de Santa Marta. Maza sólo hizo un prisionero, don Juan Sordo, su antiguo maestro de primeras letras; los demás, como doscientos, fueron muertos a machete al borde del río.

"Córdova fue engañado por sus guías, tres negros al servicio de los realistas llamados José Isabel García, Sayaveche y Cortina, quienes, alejándose del camino que conducía a Tenerife, lo llevaron por la montaña adentro hasta caer en una emboscada.

Córdova hizo pasar allí mismo por las armas a Sayaveche y Cortina; García escapó, pero más tarde, tomado prisionero por Córdova en la campaña de Sabanas, fue fusilado."

O sea que, por la traición de esos guías, el teniente coronel José María Córdova no pudo participar en esa brillante acción bélica en favor de la causa independentista. Pero Maza, bien valiente como era, cargada además el alma de todo el odio que en ella pudiera caber contra los españoles que lo habían torturado en Caracas, no solo obtuvo una gran victoria, sino que, como el gran verdugo que fue, degolló a 300 peninsulares a machetazos en una canoa. Uno solo de esos desgraciados, el 301, era don Juan Sordo, su antiguo maestro de las primeras letras y padrino de bautismo, quien después de mucho rato y de profusas lágrimas, fue perdonado en virtud de tales circunstancias. En la biografía de Maza escrita por Carlos Delgado Nieto[88] se dice que allí, en Tenerife, el entonces teniente coronel Hermógenes Maza hizo desfilar a esos trescientos prisioneros por una canoa y solo les pedía que pronunciaran la palabra Francisco. Si pronunciaban la **C** como lo hacen los españoles, era suficiente para matarlos con el terrible machete sobre el río. Si decían sencillamente Fransisco, como los americanos, salvaban la vida. Enterado de

[88] Biografía de Hermógenes Maza, Carlos Delgado Nieto, Ministerio de Educación Nacional, Instituto Colombiano de Cultura.

estos horrores el Libertador le llamó la atención diciéndole en misiva que no podía seguir cometiendo esos derramamientos sobre el río Magdalena. Maza, atendiendo la recomendación superior, a la siguiente tanda de españoles en vía del sacrificio, los metía en un costal, los amarraba y arrojaba al río. Luego le escribió a Bolívar que había cumplido sus órdenes.

Cuando ya hubo enderezado su camino del desvío obligado a que lo sometieron los dos guías traidores, Córdova, muy preocupado por la suerte que hubiera podido correr el compañero Maza, se fue lo más rápido que pudo a Tenerife, donde lo encontró rozagante y con alto grado de embriaguez celebrando el triunfo. Maza era un alcohólico consuetudinario y un adicto a la sangre del enemigo.

Esa misma noche, sobre el calor de la campaña, Córdova dispone la marcha hacia la población de Barranca, de donde habían partido precipitadamente las tropas realistas, sin llevarse ni el parque ni los elementos de intendencia que abundantemente tenían con provisiones en este lugar estratégico. En Barranca, pues, no hay acción militar, pero sí logra incautar los obuses, cañones y parque abandonados. Ha quedado liberado el bajo Cauca y el bajo Magdalena, quedando expedita la marcha hacia Santa Marta, a donde habrá de desplazarse Maza, y la de Cartagena, más arisca, hacia donde habrá de desplazarse Córdova. Así que desde allí de Barranca le da parte al Vicepresidente Santander:

> *"Exmo. Sor.- Tengo la dulce satisfacción de dar parte a V. E., que todo el enemigo que ocupaba el alto y baxo Magdalena, y el Cauca, ha sido completamente batido ayer 27 del corriente a las cinco de la mañana, como lo verá V. E., por el adjunto Diario.*
>
> *"Hoy he comunicado esta victoria al Sor. Coronel Mariano Montilla, que está en Soledad, obrando sobre Cartagena, para aguardar sus avisos y seguir mis operaciones con su acuerdo.*
>
> *"Casi puedo asegurar a V. E., que por mis operaciones el enemigo está ya reducido a la Plaza de Cartagena, pues después de que aquellas tropas han jurado la*

Constitución, como lo verá V.E., por los adjuntos impresos, haciendo grandes esfuerzos han solamente salido doscientos hombres con el objeto de contener al Sor. Coronel Montilla, los que impuestos de su desgracia, mi victoria, se habrán retirado rápidamente a la plaza.

"Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel Gral. En Barranca, junio 28 de 1820. – Exmo. Sor. El Teniente Coronel José María Córdova.- Excmo. Sor.- Vicepresidente de Cundinamarca General de División, Francisco de Paula Santander".[89]

Pero hubo otro hecho histórico muy importante para la biografía del teniente coronel Córdova. Desde el 23 de junio de ese año, es decir antes de la toma de Tenerife, escribía el Libertador desde Cúcuta al General Santander:

"Pienso mandarle el grado de Coronel a Córdova luego que haya obtenido algún suceso, para que mande en jefe todas las fuerzas del Cauca y Magdalena; me parece que lo ha de hacer muy bien, y me llevare un chasco si este joven no sale un excelente oficial".

Ese "suceso", pues, acababa de ocurrir con la brillante campaña de Mompós[90] y Tenerife, de ahí que Bolívar, a través de su secretario Pedro Briceño, le envía este encomioso oficio:

"Al señor, Teniente Coronel, J.M. Córdova.- Aunque no se ha recibido parte alguno de usted detallando sus operaciones, S.E. ha sabido con satisfacción que la columna de su mando ha libertado todo el alto (bajo) Magdalena, y se ha incorporado ya a la expedición del señor Coronel Montilla.

---

[89] Esta carta fue publicada en la Gaceta de Bogotá No. 51, cita de Botero Saldarriaga. 90 Se repite que la Mompox de hoy, se conocía entonces como Mompós

"S.E. me manda que de usted las gracias por la exactitud y actividad con que ha cumplido las órdenes que se comunicaron, por el acierto y tino con que ha conducido sus operaciones, y por el valor y habilidad con que ha sabido batir al enemigo donde quiera que se le ha presentado. En recompensa de tantos servicios, S.E. propone a usted ahora para el empleo de coronel efectivo ante la comisión del congreso, y se espera su consentimiento para librarle el despacho correspondiente.

"Lo aviso a usted de orden de S.E. para su satisfacción.

Dios , etc.-Rosario, julio 21 de 1820.- Pedro Briceño Méndez". [91]

O sea que Córdova, antes de cumplir los veintiún años, ya tiene su ascenso a coronel efectivo, en una carrera vertiginosa en la que, como oficial menor demostró su valor y eficacia militar; y como oficial superior ha sido estratega de grandes valores y aciertos, a más de ser un militar muy duro con los prisioneros, como que la Guerra a Muerte se ha prolongado en el tiempo y ahora son los patriotas, cargados de odio y rencor los que muestran el excesivo desprecio por la vida del enemigo.

Pero el grado no se oficializó tan fácilmente, porque ese ascenso debía pasar por el Congreso para ser aprobado, y esto ocurría en vigencia de la Constitución de Angostura, frente a un Congreso que, a decir verdad, no había funcionado bien como se ha visto en páginas anteriores. Así, pues, el ascenso se demoraría hasta agosto 23 de 1821, ya cuando el Congreso de Villa del Rosario de Cúcuta había expedido la Constitución que lleva ese nombre y había nombrado Presidente de la República de Colombia al Libertador Simón Bolívar y como Vicepresidente al General Francisco de Paula Santander, conforme se dejó anotado, y quien asumió el poder en ausencia del titular, de viaje para el Sur. Santander, pues, ya en ejercicio del poder ejecutivo, le escribe en esa fecha el siguiente oficio al señor Ministro de Guerra, que figura en el archivo de éste:

---

[91] Esta nota es citada por O´Leary

"Al señor Ministro de la Guerra. Señor Ministro: He recibido y cumplido los despachos de General de Brigada, expedidos en favor del señor Coronel Mariano Montilla, y el de Coronel en el Teniente Coronel J. M. Córdova… Bogotá, agosto 23 de 1820, F. de P. Santander"

Córdova viaja a Soledad desde Barranca antes de finalizar ese mes de junio del año 20. Es un viaje realmente despejado de españoles, siguiendo la corriente del río. Hay allí una cita histórica con el almirante Luis Brión, ya conocido desde Venezuela de Córdova y el coronel Mariano Montilla, a quien Bolívar ha designado como su comandante. Están trazando, de acuerdo con las reiteradas instrucciones del Libertador, la estrategia para dar la batalla final a los realistas, fortificados en Santa Marta, como tanto se ha dicho, y en aquella Cartagena amurallada, símbolo del viejo esplendor peninsular en América. Y agotada esa entrevista, a la que asiste Maza igualmente, quien habrá de ir con Montilla hacia Santa Marta, Córdova regresa a Mompós para movilizar a su ejército.

Justo es que se reconozca que la provincia de Antioquia había aportado más de dos mil hombres, entre ellos mil negros esclavos –de acuerdo con su participación que atrás se vio- bajo la promesa de obtener la libertad una vez conquistada la paz, como había ocurrido en Caracas y otras partes de Venezuela. Y había sufragado enormes gastos para el alto costo de la guerra, que se pusieron a las órdenes del vicepresidente Santander. Hay una carta de Santander que rescata O´Leary en sus memorias, que dice:

"Bogotá, 26 de septiembre de 1820.- A S.E. el Libertador Presidente, Simón Bolívar, etc., etc.- Mi General… Instaré a Antioquia por los veinticuatro mil pesos para los dos mil fusiles. Esta provincia no quisiera que diera ya un hombre. Más de dos mil le hemos sacado, entre ellos mil negros, que le valían diariamente cuatro mil castellanos de oro. Ya se ha perdido esta ganancia, y los negros no han servido en el ejército. Seguimos

pidiéndole dinero, como si estuviera en el tiempo de su auge; es preciso que haya un gran descontento y un gran déficit. Es la provincia desde donde todavía no he recibido un reclamo por los empréstitos, reclutas y órdenes fuertes, y ya le llevamos sacados. Cerca de cuatrocientos mil pesos en barras de oro.- F. de P. Santander".

Según lo cuenta José María Tatis en la obra *Documentos para la Historia de Cartagena*[92], en Soledad se dispuso con Montilla que Córdova y Maza irían con sus respectivos batallones, a limpiar las sabanas del territorio de la provincia de Cartagena, hoy departamento de Bolívar, tal como lo había ordenado el Libertador. Pero además Tatis, patriota cartagenero que escribe sus memorias, muestra a Córdova, su comandante, tal como lucía en aquella época y cómo era el batallón Antioquia bajo su comando:

"El general Montilla (Sic)[93] *dispuso que los batallones Antioquia y Alto Magdalena, que mandaban los coroneles Córdova y Maza, reforzasen la línea de Cartagena.*

"Córdova, cuyo aspecto revelaba la edad de veintiuno a veintidós años, cuando le he visto marchar al frente de un batallón, que ya tenía una fama bien merecida por su valentía, fue un objeto de entusiasmo en su tránsito por estas poblaciones. Gallardo en su porte, sencillo en el vestir, con un sombrero de paja inclinado hacia un lado, se notaba por sus atractivos personales entre la brillante oficialidad del cuerpo que mandaba, que era uno de los más lúcidos en el ejército de la antigua Colombia. De ese batallón Antioquia eran oficiales de fila los Barrientos, Santamaría, Montoya,

---

[92] Documentos para la Historia de Cartagena, autor José María Tatis, citado por Botero Saldarriaga.

[93] En ese momento Montilla, como se sabe, no era general sino coronel, pero el patriota José María Tatis, cartaginés y participante en aquella gesta, está escribiendo un tiempo después a esos hechos, cuando ya Montilla era general.

Alzate, González (Benedicto), Gómez, (Juan, Antonio y Pío), Viana, Henao, Carrasquilla y otros, pertenecientes a las primeras familias de Antioquia. En el joven Córdova, reverberaba ya la gloria que le esperaba en Pichincha y Ayacucho: General de División a los veinticinco años, fue el soldado más distinguido entre los hijos de la Nueva Granada."

Pero fue esta marcha sobre las sabanas de Cartagena una marcha triste. El teniente coronel Córdova y ese vigoroso batallón Antioquia, de que habla Tatis, sufrieron, más que el rigor de las batallas, el de un clima ardoroso y malsano que casi acaba con sus oficiales y soldados.

Cuenta Botero Saldarriaga[94] esas tristezas:

"Comenzó entonces aquella campaña de Sabanas de Cartagena, tan mortíferas para las tropas antioqueñas a consecuencia de lo fuerte del clima, que llegó a desesperar a su mismo jefe. Sus partes al Vicepresidente le pintan constantemente las pérdidas extraordinarias de vida por enfermedades y la falta casi absoluta de médicos y de recursos:

""Aquí me tiene usted con doscientos hombres contando con los dragones, de éstos doce enfermos; en Corozal cincuenta y un enfermos; en Mompós dejé cinco oficiales y cien enfermos, el 22 que salí de allí; y Delgado, el mayor de uno de los batallones de Lara, que encontré allá perdido pues no había dado en Chiriguaná con su cuerpo, vendrá mañana con cincuenta de aquellos cien convalecientes. Hoy acaba de llegar Gutiérrez, único consuelo que tenemos en este demonio de país infernal. ¿Y así quiere usted que los abandone y que abandone a aquel joven que usted ha tratado de proteger? No, `por Dios, mi general""

---

[94] Roberto Botero Saldarriaga, ob. cit.

"En otra carta dirigida al mismo dice: "'"Por Dios, mi general, busque un motivo para llamarme de esta provincia, y llámeme, que estoy desesperado. Yo iré con mucho gusto al Sur; esta provincia es el infierno mismo.""

"(…) Esta campaña que consistió en continuas marchas, desde Barranca, 6 de julio; Magangué, que hizo su Cuartel General; Corozal el 13; Mompós el 20 del mismo; el 30 en el Carmen; organizando tropas, según órdenes de Bolívar, haciendo internar en Cartagena las guerrillas realistas; y arbitrando recursos; terminó a mediados del mes de agosto cuando se le llamó a asamblea en el pueblo de Santo Tomás, a cuatro leguas de Barranquilla.

"Córdova volvió el 19 de agosto al cuartel general del coronel Montilla." Año 1820.

El héroe antioqueño llega agotado a Santo Tomás. Montilla, como se recordará, había sido designado por el Libertador como su jefe. Y el 22 de agosto le llega una misiva de Bolívar a Santander en que le anuncia que aquel está en el Cerro de San Antonio, sobre el Magdalena, cercano al Peñón donde tiene su cuartel general el coronel Lara. Bolívar va para allá y en el ritmo frenético de su actividad anuncia que al otro día irá a Barranquilla a reunirse con Montilla y con Córdova.

Efectivamente, Bolívar, que se mueve por todo ese territorio como un águila pero a lomo de caballo, cabalgando como un desesperado y a quien sus subalternos, a sus espaldas, llaman con cierta razón *culo de fierro*, llega a Barranquilla donde renueva sus órdenes de la toma de Santa Marta. El comandante de la campaña es por supuesto el venezolano coronel Mariano Montilla, el segundo en mando es el todavía teniente coronel Córdova y en este mismo rango también se encuentra Hermógenes Maza, quien así mismo hace parte del destacamento de avanzada.

Los ascensos, incluso el de Montilla, aun no se han aprobado por el Congreso de Angostura, cosa que realmente no importa ni

a Córdova ni a Montilla ni a Maza. Ellos quieren, por vocación, solo servir al ejército nacional en la consolidación de la independencia.

Es altamente satisfactorio para Córdova volver a ver en Barranquilla a Bolívar, quien era un ser sencillo de apariencia pero distanciante. No obstante eso el Libertador le demuestra a Córdova su afecto, siempre renovado por los valores e inteligencia demostrados por éste en las batallas que se le confiaban.

Queda decidido definitivamente que el comandante de la excursión por tierra a Santa Marta lo era Montilla y a su lado marcharían Lara, Córdova y Maza. Por mar irían Brión y una flota dentro de la cual estarían no solo los barcos de éste sino los que decomisaron al enemigo en Mompós. Y una vez producida la toma, el comandante y gobernador permanente del puerto lo sería Córdova. Bolívar se marcha de inmediato bajo el impulso de sus ímpetus infatigables.

Pero un hecho fortuito e inesperado sobreviene en Turbaco, población cercana a Cartagena y cuartel general de las tropas republicanas que han venido sitiando los reductos fortalecidos de los realistas en esa ciudad. El 1º de septiembre de 1820 éstos, bajo la pasividad y negligencia del coronel venezolano Ayala, comandante de las fuerzas sitiadoras de Cartagena, fueron asaltados por los españoles a las seis y media de la mañana, sin que hubiera ninguna organización preventiva de parte de las tropas de Ayala, completamente desprevenidas no obstante que había sido enterado de los planes realistas; y los españoles dieron cuenta de ellos. Eran mil hombres y solo se salvaron, dispersos por la región, unos doscientos.

Golpe por supuesto muy grave para los republicanos. Enterado Montilla que está listo a partir hacia Santa Marta, detiene al ejército y entra a estudiar las graves consecuencias que podría tener una movilización sin obstáculo de los españoles de Cartagena hacia Santa Marta. Y así las cosas, Montilla envía de inmediato a Córdova con su batallón Antioquia hacia Turbaco. Sale el 4 de septiembre y llega el 8. La pequeña población está quemada y hay muertos insepultos y descompuestos por todas partes.

Hay otra cosa muy preocupante, que describe el propio Libertador en una carta:

Montilla, con cierta desidia, aun no está suficientemente preparado para la decisiva batalla que va a dar en Santa Marta, después de la cual ha de seguir, según los planes del general Bolívar, como lo hemos visto atrás, la de Maracaibo que era trascendental para la causa republicana. Es preciso recordar que en Venezuela aún no se ha ganado definitivamente la guerra. El Libertador hace anotaciones muy claras al propio Montilla en esa carta del 27 de agosto de 1820, que reproduce O´Leary[95]:

> *"Al señor Coronel Mariano Montilla. Apenas hay en esta línea diecisiete mil cartuchos de fusil que se queman en una pequeña escaramuza. Los enemigos han hecho dos salidas contra diferentes puntos de la línea, y no es extraño que intenten con todas sus fuerzas sobre toda. Entonces quizás nos veremos expuestos a ser batidos o a no aprovechar la ocasión de destruirlos en estas invasiones por falta de cartuchos. Us. dispondrá inmediatamente se repare esta falta, remitiendo los elementos necesarios para la fábrica de cartuchos que deben hacer la defensa de la línea.*
>
> *"Encargue Us. por la vía más breve diez o doce turquesas de seis y ocho en libra para hacer balas para los fusiles alemanes."*

O´Leary también describe en sus Memorias[96], en relación con el desdichado episodio de Turbaco y las reacciones del Vicepresidente Santander:

> *"Santander, ante el error de Montilla fue más explícito, y le escribió al general Bolívar desde Bogotá en septiembre 30 de 1820:*
>
> *""Mi General: Cosas muy feas se han escrito de la provincia de Cartagena sobre el suceso de Turbaco, que me parece no haber sido de muy poca monta. Se*

---

[95] Memorias

[96] Memorias de Daniel Fulgencio O´Leary, tomo 3º.

atribuye esta desgracia a descuido, confianza y cobardía de los principales oficiales. Montilla no ha avisado nada; y yo, en duda de los motivos verdaderos que concurrieron a causarnos este mal, no estoy seguro, si no es que sufrimos un revés y que ha habido dinero para que tome el enemigo y no lo hay para dejarme un poco sin demandas. Se dice que los batallones de Córdova, Maza y Ricaurte se habían hecho seguir a Turbaco; yo creo que ha sido medida muy mala, porque ellos no pueden reparar el hecho por una guarnición, que encerrada dentro de sus murallas, no debe hacer otra cosa que aprovecharse de nuestra indisciplina y descuido. Por de contado se han suspendido las operaciones contra Santa Marta, y seguiremos mirando a esa Santa Marta como un encantamiento contra el cual todo esfuerzo es nulo, y que cuando la fortuna nos fue favorable, la codicia y el orgullo de un extranjero hizo perder el fruto que nos había producido. Disimule U., este desahogo de quien es mortificado cada instante para solicitar recursos para verlos consumir y aun perder por impericia o un exceso de confianza.

"Muy claro he hablado a los señores Almirante y Montilla sobre la importancia de hacer algo y aprovechar la ocasión. Si Santa Marta es reforzada o Cartagena lo es[97], ¿qué podremos emprender cuando ahora se tocan tantas dificultades ?... F. de P. Santander"

Llegado a Turbaco Córdova, con indignación ante el cuadro macabro y hechas averiguaciones con sobrevivientes que van llegando, le escribe a Santander[98]:

"Turbaco, septiembre 20 de 1820. Mi querido General Santander: … El 31 del pasado por la tarde supo Ayala que el enemigo iba a salir por la noche para atacar este

---

[97] Naturalmente se refiere a que los españoles llegaren a reforzar a esas dos plazas.

[98] Archivo del general Santander

cuartel general; no tomó medidas ningunas; las tropas se formaron como debe ser , todas las mañanas hasta esperar el parte de las avanzadas; a las seis dieron parte sin novedad, se retiraron las tropas a racionarse, y a las sesis y media el enemigo, que había sorprendido una indecente avanzada de un oficial y seis reclutas de Soledad, atacó rápidamente.

"El enemigo, según dicen todos, constaba de trescientos hombres de infantería, y en este cuartel general había más de mil hombres. Se forman corriendo en la plaza, pero corriendo el enemigo los hizo correr; los soldados tenían seis u ocho cartuchos, no se más."

Hay que anotar que cuando Córdova llega a Turbaco ese 8 de septiembre de 1820, estaba cumpliendo veintiún años. Y frente a las delicadas situaciones que se derivan del desastre de Turbaco, Bolívar, por sus talentos conocidos, lo designó interinamente jefe del estado mayor de las tropas que sitiaban a Cartagena, no obstante que aun subsistía su nombramiento como gobernador de Santa Marta. Es claro que la situación que se había creado después del fracaso por negligencia de Ayala y por supuesto de Montilla en Turbaco podía dar al traste con los esfuerzos y planes del Libertador en relación con Venezuela. Por eso lo primero que hace es, sabiendo la experiencia en el arma de caballería que había adquirido Córdova al lado de Páez, le ordena que levante un escuadrón de jinetes y lanceros, órdenes que cumple a la perfección el héroe antioqueño. Los dota de uniformes adecuados y los acompaña de una fanfarria montada que aliente en las batallas con la música popular.

Claro que Bolívar, mientras alienta personalmente este frente de batalla, está con su incansable movilidad en Venezuela dirigiendo asombrosamente sus fichas y enfrentando al español menguado después de la batalla de Boyacá, como se refirió en el capítulo correspondiente. Morillo, tal como allá se anotó, sabe que la guerra está perdida para su bando realista. Cumple recordar que se han dado sucesos como la Revolución de

Riego en España, que hacen imposible la llegada de refuerzos españoles, y es el propio Pacificador quien, dejando de lado su soberbia, pide inicialmente un armisticio que habría de culminar con la entrevista de Santa Ana, que también estudiamos antes con detalle; y todo esto habría de culminar cuando tiene lugar la batalla de Carabobo, que también vimos antes.

Pero volviendo al momento actual, es así que cuando Córdova se encuentra en Turbaco con sus tropas y de comandante del Estado Mayor, al entrar a regir el armisticio, por circunstancias de caballerosidad, hace amistad con el comandante de las fuerzas realistas de Cartagena don Gabriel de Torres, alto oficial de escuela. Éste, en pleno armisticio y con esa rara hidalguía que le caracterizaba, invita a Córdova a ver sus batallones y el adiestramiento que tienen dentro de la ciudad amurallada. Aunque parezca raro, no es fingido, es sincero. Y Córdova visita a Cartagena y observa.

Volvemos al historiador Botero Saldarriaga[99], quien describe así este episodio:

"*El instruido y astuto coronel Torres hizo uniformar de parada al veterano regimiento de León, luego lo hizo desfilar bajo los balcones de su casa y en la plazoleta el Regimiento se dedicó a maniobrar con la precisión, con la veteranía de aquellos cuerpos peninsulares que hicieron la guerra en España al emperador Napoleón, es decir admirablemente. El joven soldado montañés miraba con complacencia la bizarría y conocimientos de aquellos valientes, y su alma llena de fuego y de vehemencia no pudo contener que de sus labios surgiera noble, francamente, un sonoro: ¡Admirable! Torres contestó: - Pero Ud. manda un batallón que tiene fama de ser muy disciplinado, valiente, y de hombres altos y buenos mozos.*

> *" -Lo único que saben, y nadie les supera, es … cargar a la bayoneta, contestó concienzudamente el intrépido joven coronel."*

---

[99] Autor.Ob.Cit.

Cartagena, bajo el dominio de las fuerzas realistas que la ocupaban, debió soportar un asedio de trece meses, que no cesó con el armisticio, pues todos estaban en sus puestos aunque sin atacarse. Solo se silenciaron los cañones y fusiles.

Entre tanto y antes del arministicio, la excursión a Santa Marta se cumplió satisfactoriamente el día 11 de noviembre de 1820, bajo el mando en tierra de Montilla, Brion por el mar y José Prudencio Padilla por la Ciénaga Grande. Tomaron Santa Marta y Ciénaga. Maza estuvo brillante y después de la victoria permaneció en esa ciudad donde se enamoró y casó con murgas y baile. ¡Costeños al fin y al cabo!

El armisticio duró hasta el 4 de mayo de 1821. Padilla tomó con sus numerosos barcos el canal del Dique y el 24 de junio se dio una primera batalla conocida como "La noche del San Juan", que Urueta y Piñeres describen[100]:

> *"Reforzados los defensores de la libertad con tan importante auxilio* (los 43 buques de Padilla*), pudieron emprender nuevamente operaciones: resolvieron un proyecto fabuloso, de casi imposible realización: sorprender y tomar las fuerzas sutiles españolas que se encontraban amparadas por las baterías de la plaza. Concertado el plan con el ejército de tierra para figurar un ataque general a la plaza y hacerlo efectivo sobre las fuerzas sutiles españolas, la escuadrilla de Padilla se apostó en el Manzanillo, a las ocho de la noche del 24 de junio, y a las 12 se retiró la ronda para ser relevada, y aprovechando esta oportunidad, los republicanos siguieron las aguas de ésta, y rompiéndose los fuegos en todos los puntos de la línea, Padilla logró sacar, después de un horrible combate al arma blanca, y bajo los fuegos de las baterías del Reducto, cerro (Castillo de San Felipe), Santa Isabel, Barahona y San Ignacio, todos los bongos, lanchas y barcas existentes en el Arsenal.*

[100] Cita de Botero Saldarriaga de Cartagena y sus cercanías de Urueta y Piñeres.

"Distinguiéronse en esta acción todos los oficiales y soldados de la escuadrilla, pero fueron especialmente recomendados en el parte de la acción los oficiales Jacinto Quintana, José Lascano, Antonio Villanueva, Antonio Hernández y José Antonio Padilla.

"Los patriotas se hicieron dueños de 11 buques de guerra con su artillería correspondiente, constante de diez cañones de calibre 24, 66 fusiles, muchas lanzas y 12 barriles de pólvora. Fueron echados a pique el bergantín español Andaluz y un bongo; y perecieron en el combate 110 españoles."

Pero, aunque los españoles quedaban muy maltrechos, aun no terminaba el sitio de Cartagena que Montilla y Padilla apretaron más. Los españoles que ocuparan los castillos de San Felipe, San José y San Fernando, absolutamente sitiados y sin abastecimientos ni forma de adquirirlos, pidieron al comandante externo español de la ciudad, Teniente Coronel José María del Olmo, que hiciera una capitulación ante el Comandante Montilla, ya ascendido formalmente a general –igual que Córdova a coronel-. La capitulación se dio y Montilla otorgó salvoconductos a los jefes españoles para que pudieran evacuar el país con rumbo a Cuba. Pero también incluía el acuerdo que el personal de tropa española, que estaba casi todo compuesto por criollos, de modo voluntario pudiera cambiar el uniforme español por el de Colombia, cosa que hicieron y pasaron a engrosar las filas patrióticas.

Eso ocurrió el 10 de julio de 1821, y ese mismo día, los castillos mencionados fueron ocupados por los republicanos y sobre ellos flameó la bandera tricolor de Miranda.

Pero de todos modos restaba la ciudad amurallada, donde se encontraba el coronel Gabriel de Torres, del cual hemos hablado. Él tenía allí ese flamante batallón que mereció, como antes se narró, la admiración de Córdova, quien por supuesto también se encontraba en la batalla final en Cartagena al mando de su batallón Antioquia y a las órdenes directas del general Mariano Montilla.

En agosto Montilla aprieta el cerco con el batallón Girardot y el Alto Magdalena. De Torres resistió un poco más su capitulación, mientras esperaba una respuesta -y tal vez auxilios- del Capitán General de Venezuela, quien prácticamente ya estaba perdido en sus propios asuntos para pensar en los asuntos lejanos de un compatriota. Solo fue el 17 de septiembre, ante una situación insostenible frente al ejército republicano, que el jefe español solicitó un alto al fuego para entrar en conversaciones alrededor de una rendición honorable, por lo cual pidió a Montilla que nombrara un negociador y él designó el propio.

De hecho la situación estaba ya determinada. Solo había cosas de honor en las peticiones. Los españoles debían salir para Cuba en barcos suministrados por los republicanos –todos habían sido tomados al enemigo- y acatando con todo el respeto su jerarquía militar. Montilla aceptó todo, menos que la salida de éstos hacia el territorio español de Cuba se hiciera antes de la entrada de los patriotas republicanos. Y así se hizo. Era el 10 de octubre de 1821.

Estando los españoles presentes entraron las fuerzas americanas y en marcial parada militar arriaron el estandarte español e izaron la bandera tricolor de la República de Colombia. Luego se les rindieron los honores a los peninsulares y se les tributó el respeto debido; y ellos se embarcaron con la promesa, igualmente de honor, de no volver a territorio colombiano en armas.

Se fueron y allí quedaron solo los criollos. Cartagena había soportado el último de los sitios y ocupaciones, que fueron muchos, para ser libre por todos los siglos venideros.

Hasta allí nuestro héroe José María Córdova, consagrado coronel a los veintiún años, con toda la gloria y fortuna por delante, quedó en esa Cartagena de balcones salientes toledanos y repujados y callecitas adoquinadas y vistosas, vistiendo en sus paredes los colores variados que habían dejado los españoles desde Felipe II, bajo el embrujo de un mar entrante y saliente en el paisaje marino más bello de Sudamérica.

Sabía en esos momentos Córdova, porque así se lo había ordenado Bolívar, que iría hacia el Sur como jefe del estado

mayor y el general Antonio José de Sucre como comandante, mientras llegaba el Libertador con el propósito de comandar él personalmente las diferentes fuerzas que irían a liberar al Ecuador para luego incorporarlo al territorio de Colombia como estado miembro de esta gran federación, tal como se había expresado en el año de 1820 en la Constitución de Angostura y ahora en 1821 en la de Cúcuta.

Eran pues las órdenes de Bolívar en relación con el joven héroe antioqueño; pero Santander había dado una contraorden, que le fue comunicada a Bolívar por aquel, para mantener una vigilancia estrecha sobre futuros o inmediatos sucesos creados por el enemigo sobre esa ciudad que constituía la entrada a Sudamérica. De modo que en ese momento no se sabía cuándo sería la partida de nuestro joven coronel hacia el Sur.

CUARTA PARTE

La nueva epopeya. Los caminos del sur

22

LOS CAMINOS DEL SUR. PRESENCIA DE SUCRE EN GUAYAQUIL Y EN QUITO, DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA Y ANEXION DE PANAMÁ A COLOMBIA. CÓRDOVA EN MOVIMIENTO HACIA EL SUR. LA BATALLA TRIUNFAL DE PICHINCHA Y LA TRISTE DE BOMBONÁ

Como se ha dejado escrito, nada fue fácil en la guerra de independencia. El enemigo y la incomprensión, cuando no la traición, saltaban donde menos se esperaban. Por supuesto en el camino hacia el Sur que ahora debía emprender Bolívar y su ejército, se encontraban como antesala del Ecuador, el Patía y Pasto, dos fortines naturales, con una geografía que aun hoy día produce cierto escalofrío al visitante.

Éste debe imaginar lo que serían en aquellos tiempos las vías y precipicios de obligado paso, con tan rudimentarios medios de transporte. La escarpa y la profundidad de los ríos Mayo, Guáitara, Juanambú, Cariaco y otros, más los abismos procelosos que formaban los propios ríos.

No obstante, estas dificultades naturales, por sí mismas, no eran nada, si se tiene en cuenta lo que significaba encontrarse con la ideosincracia de ese pueblo mestizo y aborigen en su mayor parte, aguerrido y apegado con fe de corbonero a los múltiples conventos e iglesias, en los que reinaban curas del más obsoleto fanatismo religioso y la más acendrada creencia

de que la autoridad del rey provenía directamente de Dios, y luchar contra ese monarca era cometer el pecado de desconocer al propio Dios. ¡Qué ignominia!

Los pastusos fueron crueles y terribles; y cuando los patriotas, después de agotados por parte de aquellos los fusilamientos de Joaquín de Cayzedo y Cuero y el norteamericano Alejandro Macaulay, sumado al prendimiento mediante traiciones del presidente Antonio Nariño endurecieron el tratamiento dado a éstos, tales pastusos, recalcitrantes a su vez y cargados de odios, se fanatizaron aun más. Entonces acudieron a procedimientos todavía más repudiables, a los que se asociaron los negros patianos, en defensa de aquel rey español.

En lo futuro, pues, para el paso al Ecuador según un pensamiento práctico de Bolívar, había que eliminar en lo posible el camino hacia el Sur por el Patía y Pasto, acudiendo al viaje en barco desde Buenaventura hasta Guayaquil o Esmeraldas. El Libertador llegó a decir que "*Pasto era un sepulcro nato para todas nuestras tropas".*

Y es por esos días, agotadas las victorias de Cartagena y Maracaibo, que le llega a Bolívar hasta Popayán donde se encontraba, la noticia de que Guayaquil se había independizado, en hechos que ocurrieron dos días después de un baile en donde se afinaron los espíritus de aquellas gentes principales. Todos pertenecían al credo masónico. Y tal hecho había tenido lugar en la madrugada del 9 de octubre de 1820.

SÍ, los revolucionarios eran masones instruidos y gran parte de ellos habían sido adoctrinados por Francisco de Miranda desde Londres. El gobierno que se acababa de conformar, en ese momento estaba representado por el poeta José Joaquín Olmedo, quien a pesar de su animadversión al Libertador, poco tiempo después de los triunfos de Junín y Ayacucho habría de escribir su empalagoso Canto a Bolívar, e integraban ese gobierno los miembros de una logia masónica denominada Estrella de Guayaquil, la que después habría de llamarse La Fragua de Vulcano.

Pero a pesar de que Bolívar se encontraba en la cúspide de su prestigio, y crecía su nombre y su gloria, como lo dijo José

Domingo Choquehuanca un tiempo después, "*como crece la sombra cuando el sol declina*", Olmedo mostraba una afinidad con los peruanos, a cuyo virreinato aun pertenecían y por supuesto era opuesto al proyecto bolivariano de integración de aquella Gran Colombia. Sucede entonces que la asamblea guayaquileña declara la independencia de España, pero se autoproclama como Estado independiente y adopta el nombre de Provincia Libre de Guayaquil.

Al mismo tiempo envía mensajes a los vecinos patriotas en busca de reconocimiento y ayuda, pero manteniendo muy erguida su condición independiente.

Uno de esos mensajes va para Popayán, que está en manos patriotas, quienes lo hacen llegar al Libertador, que como se sabe, después de la Constitución de Angostura y la de Cúcuta que acaba de suceder, ha dado los pasos para la integración de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador en un solo estado que ya lleva el nombre mirandino de Colombia.

Entonces el Libertador, inquieto por la noticia y de modo inmediato, envía a Guayaquil al general José Mires, Jefe del Estado Mayor del Ejército del Sur a Guayaquil. Sus órdenes eran infundir confianza en el gobierno de la Provincia Libre, pero invitándola de modo perentorio a sumarse a la gran campaña victoriosa de Bolívar, ornada ya por las victorias en Venezuela y la Nueva Granada, faltando solo Ecuador y Guayaquil para dar vigencia a aquel magnífico proyecto mirandino.

A la sazón, la memoria de Miranda pertenecía al olvido, después de haber muerto prisionero en la cárcel gaditana de La Carraca.

Para el Libertador la urgencia era tanta, que Mires recibe órdenes de salir desde Buenaventura, con vituallas, armas y apoyo a los patriotas guayaquileños.

Mires llegó a cumplir fielmente su tarea y fue explícito en aportar el mensaje principal del Libertador. Empero, Olmedo y los demás patriotas guayaquileños, resolvieron, por intereses creados con los patriotas peruanos, mantener su estado independiente frente al gran proyecto bolivariano.

Mas Bolívar no era hombre de aceptar el no como respuesta; y decide enviar en reemplazo de Mires al general que en ese momento era el más cercano a sus afectos y el de mayor inteligencia a pesar de su juventud: Antonio José de Sucre, quien marcha con tropas (unos 1.200 hombres), material de intendencia y de artillería, y sale igualmente por barco desde Buenaventura.

No iba a ser fácil la actuación de Sucre, quien recibe la indiferencia de parte de los guayaquileños, pero se integra, bajo su mando y naturalmente el de Bolívar, a unos cuadros con personal peruano, ecuatoriano y por supuesto colombiano, es decir, venezolano y granadino, y entran a la guerra con los realistas ecuatorianos que están bajo el comando del general español Melchor Aymerich. A marchas forzadas van hacia Quito y otras partes aledañas, dentro de la dinámica de una guerra recrudecida.

Ecuador, junto con el Perú, eran los últimos reductos de aquel infinito imperio español en el Nuevo Mundo, que había explotado a saciedad sus inmensas riquezas -despilfarrándolas por cierto-, tesoros que convirtieron a aquel país pobre, como era el conjunto de reinos españoles, en una potencia económica llamada España, donde no se ponía el sol, como con jactancia dijera Carlos I de España, V de Alemania.

Olmedo se mostró amable, pero firme en su independencia autónoma. Bolívar, por supuesto, no podía parar la guerra que fue cobrando su propia dinámica. Además, de eso se trataba.

Y es así que el mismo Libertador, ante la situación que presentaban Quito y Guayaquil, pensó en ese momento en embarcarse él mismo, como habían hecho los anteriores, desde Buenaventura con destino a aquella ciudad. Pero tuvo que desistir de esa idea ante la noticia que le llegó del Pacífico de que una flota de buques españoles, al mando del general José de la Cruz Murgeón, quien había sido nombrado Presidente y Capitán General de Quito en 1821, se encontraba en patrulla permanente en el océano con refuerzos que había traído de Puerto Cabello Venezuela y de Panamá, de donde venía.

No obstante esas contrariedades, mínimas para un espíritu recio y duro como el del Libertador, decidió, corriendo las contigencias propias, irse con su ejército por la vía de Almaguer, rumbo a la población de Pasto. Su destino era alcanzar a Sucre cuanto antes, pues iba a tener lugar la batalla decisiva de Quito, donde el Libertador aspiraba a un triunfo definitivo. En esa marha iba a tener lugar la triste batalla de Bomboná, en sitio cercano de donde había fracasado Cayzedo y Cuero y el norteamericano Ernesto Maculay.

Pero vendría un nuevo y estimulante acontecimiento de la mayor trascendencia:

El 28 de noviembre de 1821 se independiza Panamá con un acta firmada por un grupo de patriotas a cuya cabeza estaba el general José de Fábregas. Pero no era solamente eso, sino que el nuevo estado se anexa al estado colombiano[101].

La comunicación en que se anuncian tales sucesos fastos le llega al general Santander, como encargado del poder ejecutivo. Éste le hace llegar el despacho al Libertador Bolívar, quien aun se encuentra en Popayán.

Entonces, lo primero que ordena el Libertador es que su edecán, el entonces capitán Daniel Florencio O´Leary, se tralade por barco desde Buenaventura a Panamá, al tiempo que ordena que Córdova se traslade simultáneamente de Cartagena al Itsmo, con instrucciones de reclutar personal para viajar, una vez quede instalado y defendido el nuevo gobierno patriota, a Guayaquíl.

El historiador Francisco Burdett O´Connor describe cómo era Panamá:[102]

> *"Panamá era entonces un triste lugar, rodeado por el Océano, con muchas baterías y una puerta de tierra, única que daba entrada a la ciudad. Su comercio consistía especialmente en la pesca de perlas, sus habitantes (gente muy buena y honorable) ocupados en sus negocios comerciales".*

---

[101] O´Leary recoge los documentos, en especial la carta que Fábrega envía el Libertador al otro día 29 de noviembre de 1821-.

[102] Francisco Burdett O´Connor, militar irlandés e historiador, quien participó en las luchas de la independencia..

Todo es urgente y apremiante, pero lleno de perspectivas grandiosas para un hombre como Simón Bolívar, que había desatendido su propio patriomonio familiar, pensando con fe de soñador, en algo tan inasible y vaporoso como la gloria.

El después general O´Leary escribiría, como se vio en alguna parte atrás, una obra histórica formidable sobre todos estos sucesos. Y es él quien transcribe una carta del vicepresidente Santander al Libertador Simón Bolívar, en la que le dice:[103]

> *"Con fecha de ayer he prevenido al comandante general del departamento del Magdalena y el comandante general del Istmo, coronel Carreño, despachen lo más pronto posible de Panamá a Guayaquil, mil hombres por lo menos, armados y equipados, para ponerse a órdenes del General Sucre o del jefe de Colombia que manda en aquella provincia. Este cuerpo debe ser, o el batallón Girardot o el Alto Magdalena, completado con tropas y reclutas del Istmo hasta donde sea posible, y que si va el primero siga con él a Guayaquil el Coronel Córdova, y si es el segundo, siga su Comandante nato, el Coronel graduado Maza. Esta disposición, aunque se verificará dentro de treinta días, puede contribuir a reforzar la guarnición de Guayaquil, y asegurar más la campaña por aquella parte, y V. E. la tendrá presente para los fines que estime conveniente".*

El vicepresidente, considerado amigo de Córdova, en otra misiva también le da instrucciones a nuestro Coronel para el viaje a Guayaquil, advirtiéndole de la presencia en el mar del jefe español general Cruz Murgeón, temible y mejor armado. Éste es precisamente el mismo que hizo desistir a Bolívar de embarcarse desde Buenaventura hasta Guayaquíl, como se vio antes.

El historiador antioqueño Botero Saldarriaga[104], a quien por sus vastos conocimientos tanto hemos consultado, cuenta estos sucesos:

---

[103] Memorias, O´Leary

[104] Autor, obra citada.

"El 10 de marzo, en el pesado transporte español SAN FERNANDO salió Córdova con el batallón ALTO MAGDALENA, su Comandante el Coronel Maza y el edecán del Libertador, Capitan O'Leary. Veinte días de una penosísima travesía, en que la sed y las enfermedades diezmaron las tropas, emplearon para llegar a la isla de Puna, en donde hizo desembarcar el batallón mientras recibía órdenes del Jefe de Guayaquil.

"En esta ciudad reinaba – en ausencia de Sucre- la anarquía más odiosa, y las tendencias peruanas de los dirigentes de la Junta Gubernativa hicieron que las tropas colombianas no fueran recibidas en la población, y reembarcadas fueron a tomar tierra en Machala.

"Con extraordinaria energía, sin recursos que le negara la dicha Junta Gubernativa de Guayaquil, emprendió su marcha a través de aquella infernal montaña que, principiando en el pueblo del Naranjal, puede decirse que va a terminar a Cuenca. Las tropas que regía Córdova, compuestas por soldados del interior de Nueva Granada, venían de concluír una larga campaña de dos años en las ardientes costas del mar de las Antillas, y después de navegar en este mar, atravesar el Istmo y hacer la penosa travesía del océano Pacífico, se preparaban para trepar a lo más alto de la cordillera de los Andes.

"Por segunda vez, y casi en igualdad de circunstancias y de vicisitudes, el Coronel Córdova iba a intentar la verdadera hazaña de desafiar las alturas andinas, con sus heladas y su carencia de todo recurso, con soldados acostumbrados a la vida de las tierras calientes. Debió recordar a Boyacá y los horrores del paso del páramo de Pisba".

Varios pueblos y caseríos debió sortear el coronel antioqueño, con una tropa que venía del sol calcinante de la costa cartagenera y del Magdalena medio y ahora se encontraba en las gélidas alturas de los Andes. Córdova debía ir a reforzar Sucre,

quien marchaba hacia Quito para dar batalla, después de haber padecido igualmente una situación ambigua, creada por la Junta de Gobierno de Guayaquil.

Cuando pasaba de Lipu, pequeño caserío, a Mevir, un viento helado y arrasante recorrió la cordillera, dejando aun más maltrecho al pequeño ejército que antes se componía de 685 unidades. Ahora cayeron enfermos todos, incluso el propio Córdova. Repuesto a medias, reempredió la marcha con un personal de 190 unidades y a marchas forzadas pudo alcanzar a Sucre cerca a Latacunga, el día 13 de mayo de ese 1822. Solo estaban en pie 160 soldados.

El mismo Córdova, en carta al vicepresidente general Santander[105], le informa:

> *"Mi general, la navegación regular de Panamá a Guayaquil se hace en treinta días, y yo lo hice en el buque más pesado que se conoce en el Pacífico en veinte; pero el objeto de mi cuento es decir a usted que como en Panamá aun había un jefe de la División de la Costa, éste apenas medio agua para menos de veinte días, así fue que por mi mucho cuidado y algún vinagre que traía felizmente, llegamos a Guayaquil: en una isla que hay en las bocas de aquel río dejé las tropas y yo seguí a la ciudad a ver quién mandaba, con quién me entendía; me encontré en un bochinche muy gracioso: un gobierno de canallas independientes de todo el mundo; mucha parte del pueblo y todas las señoras, colombianas, y otra parte, por el Perú; mucha rísa me daba a todo, y yo hubiera pasado por allí para reunirme en Alausí a muy buen tiempo con el ejército, pero un coronel inglés, Illingrot, me presentó una orden del General en que mandaba que todas las tropas que viniesen de Colombia se pusiesen a sus órdenes; este señor me hizo ir por el Naranjal, pasando una montaña, y después antes de llegar a Cuenca, los Andes; lugares*

[105] Archivo del General Santander

desiertos, sin recursos, donde como derrotados se me dispersó el batallón, si yo contara a usted multitud de circunstancias que me acarrearon el perjuicio dicho, no acabaría hoy de escribir a usted. Por fin llegué a Cuenca enfermo, y ya el General[106]*, como era regular, hacía cuatro días que había marchado con el ejército; once estuve en cama; apenas me repuse, habiéndose ya reunido cuatrocientos hombres, pasé al cuartel, y escogiendo uno por uno saqué ciento noventa, y forzando diez marchas me reuní al ejército de Tacunga, con ciento sesenta; vinimos sobre el enemigo…"*

Era el 13 de mayo de 1822.

Como se ve, esta marcha de Córdova encarnó un conjunto de dificultades sin cuento en el mar y un recibo en Guayaquil que no era de amigos. A todo esto se agregaba la enfermedad y la falta de recursos. Pero una voluntad enhiesta y el comienzo de una batalla sin par en la historia americana, mantenían firme la voluntad de nuestro joven héroe José María Córdova. Estaban comenzando a vivir la segunda parte de la epopeya.

Sucre, conocedor del talento y el valor de Córdova, le entrega el mando del batallón Alto Magdalena. Y conforma un escuadrón al frente del cual coloca al Coronel efectivo Hermogenes Maza, compañero sin par en las dificultades, para que acometiera a una facción de guerrilleros realistas ubicada en Guaranda, en la retaguardia de su ejército. El entonces capitán Pedro Alcántara Herrán hacía parte de esa columna, que cumplió aniquilando a estos realistas.

Sucre demuestra su gran inteligencia al apretar la marcha del General español Aymerych, a quien persigue por Cuengasí. Llega al valle de Chillo y la capital Quito está *ad portas*. Aymerych la defiende con ahínco. Entonces Sucre tiene una genialidad: durante toda la noche del 23 de mayo y por un camino estrecho para una sola persona o caballería, se mete a bordear las faldas

---

[106] Se refiere a Sucre

del Pichincha. La mañana lo sorprende en los Ejidos. Y después de varias batallas y escaramusas en las que le llegan a faltar las municiones, finalmente triunfan los patriotas.

Veamos cómo informa el General Sucre al Libertador acerca de estos hechos y lo que fue esta batalla gloriosa[107]:

> *"El 22 y 23 los provocamos nuevamente a un combate, y desesperado de conseguirlo, resolví marchar por la noche a colocarnos en el Ejido del norte de la ciudad, que es mejor terreno, y que nos ponía entre Quito y Pasto, adelantando, al efecto, al señor Coronel Córdova con las dos compañías del batallón Magdalena. Un escabroso camino nos retardó mucho la marcha; pero a las ocho de la mañana llegamos a las alturas del Pichincha, que dominan a Quito, dejando muy atrás nuestro parque cubierto por el batallón Albión. La compañía de cazadores de Paya fue destinada a reconocer las avenidas, mientras que las tropas reposaban, y luégo fue seguida por el batallón Trujillo (del Perú) dirigido por el señor Coronel Santa Cruz, Comandante general de la División del Perú. A las nueve y media dio la compañía de cazadores con toda la División española, que marchaba por la derecha a la posición que teníamos; y roto el fuego se sostuvo mientras conservó municiones; pero en oportunidad llegó el batallón Trujillo, y se comprometió el combate; muy inmediatamente las dos compañías de Yaguachi reforzaron este batallón, conducidas por el señor Coronel Morales en persona. El resto de nuestra infantería a las órdenes del señor General Mires, seguía el movimiento, excepto las dos compañías del Magdalena, con que el señor Coronel Córdova marchó a situarse por la espalda del enemigo; pero encontrando osbtáculos invensibles tuvo que resolverse. El batallón Paya pudo estar formado hasta cuando, consumidos los cartuchos de estos dos cuerpos, tuvieron que retirarse, no obstante su brillante comportamiento.*

---

[107] O'Leary, Memorias.

"El enemigo se adelantó por consiguiente algún poco; y como el terreno apenas permitiese entrar más de un batallón al combate, se dio orden a Paya que marchase a la bayoneta, y lo ejecutó con un brío que hizo perder al enemigo, en el acto, la ventaja que había obtenido; y comprometido nuevamente el fuego, la maleza del terreno permitió que los españoles aún se sostuvieran. El enemigo destacó tres compañías de Aragón a flanquearnos por las tres compañías de Albión (que se habían atrasado con el parque) y entrando con la bizarría que siempre ha distinguido a este cuerpo, puso en completa derrota a los de Aragón. Entretando el señor Coronel Córdova tuvo la orden de relevar a Paya, con las dos compañías del Magdalena; y este Jefe cuya intrepidez es muy conocida, cargó con un denuedo admirable, y desordenado el enemigo y derrotado, la victoria coronó a las doce del día a los soldados de la libertad.

"Reforzado este Jefe con los cazadores de Paya, con una compañía de Yaguachi y con las tres de Albión, persiguió a los españoles entrándose hasta la Capital y obligando a sus restos a encerrarse en el fuerte de Panecillo.

"Aprovechando este momento pensé ahorrar la sangre que nos costaría la toma del fuerte y la defensa que permitía aún la ciudad e intimé verbalmente al General Aymerich por medio del edecán O'Leary, para que se rindiese; y en tanto, me puse en marcha con los cuerpos, y me situé en los arrabales, destinando antes al señor Coronel Ibarra (que había acompañado en el combate a la infantería) que fuese con nuestra caballería a perseguir la del enemigo, que yo observaba se dirigía hacia Pasto, El General Aymerich ofreció entregarse por una capitulación, que fue convenida y ratificada al siguiente día en los términos que verá Us. Por la adjunta copia que tengo el honor de someter a la observación de Su Excelencia".

Es de destacar, como se vé, que fue Córdova el que finalmente y en una gran acción de conjunto pero adoptando su propia iniciativa, ganó la victoria de Pichincha, como bien lo reconoce en su informe su jefe, el futuro mariscal Sucre. Los demás cumplieron cargados de gloria con su deber y, no puede negarse, hubo una actuación de héroe y gran prócer de parte del joven general Sucre. Fue él quien, surtida la actuación de Córdova y para evitar un derramamiento mayor de sangre, le ofreció una capitualación al valiente jefe español Melchor de Aymerich y Villajuana, resguardado en el fuerte de Panecillo, que éste aceptó.

La gloriosa batalla de Pichincha había tenido lugar el 24 de mayo de 1822. Al otro día, el 25 y en cumplimiento de la capitulación pactada, Sucre dejó partir con honores al general enemigo, portando su propia espada, con la obligación adquirida, que cumplió, de no regresar en armas al mismo territorio, como había ocurrido antes en Cartagena, según se vio en capítulo precedente. Aymerich se retiró a Cuba, donde murió.

En el campo de Pichincha quedaron tendidos 600 cadáveres de ambos bandos. Allí pelearon colombianos, ecuatorianos y peruanos. Gracias a esa capitulación fue tomada la ciudad de Quito y todo el Ecuador, que quedó integrando a partir de allí el tercer departamento de la República de Colombia. Se tomaron más de mil quinientos hombres como prisioneros y todo el avituallamiento y artillería española que existía, más la fulguración de una imagen victoriosa que ya tomaba cuerpo en la historia militar de América.

Sin embargo, podría decirse que era el comienzo de esta nueva etapa. Faltaba evidentemente lo más difícil que era llegar al virreynato del Perú y el vencimiento de lo que fue todo un imperio español.

La gloria de Sucre fue de tal magnitud, que Bolívar, a pesar de ser éste su discípulo más amado, tuvo celos de su gloria, y en carta al general Santander desde Pasto, donde había librado él personalmente la dolorosa y triste batalla de Bomboná, le dice:

> *"La victoria de Bomboná es muchos más bella que la del Pichincha."*

La batalla de Bomboná había tenido lugar el 7 de abril de ese mismo año. Bolívar, por las circunstancias, había tenido que seguir una ruta similar a la que debió emprender en su momento Ernesto Macaulay y Caizedo y Cuero. Esta vez los patriotas pasaron por Chaguarbamba, Mombuco, Sandoná, Consacá, Yacuanquer -donde los patriotas al mando de Macaulay habían firmado en el año 12 un pacto de honor que los pastusos incumplieron de modo agresivo y descarado fusilando a los patriotas ya mencionados[108]. Los realistas habían escogido el terreno, desde donde esperaban la llegada y el paso del ejército republicano. Cerca del terraplén sobre el río Cariaco había una gran piedra desde donde el Libertador escogió un sitio para dirigir la batalla. Su ejército, compuesto por los batallones Rifles, Bogotá y Vargas y otras compañías, sumaba 2.500 hombres. La batalla comenzó a las tres de la tarde.

Una montaña estratégica llamada Loma de Paja era el sitio desde donde los realistas dominaban el campo en el que estaban situados los patriotas. Los artilleros realistas eran allí, con toda su metralla, una especie de francotiradores. Todas las armas estaban dirigidas al mismo punto.

En media hora acabaron con mil hombres al mando del general venezolano Pedro León Torres, también herido gravemente, y quedaron tendidos unos sobre otros. Fue una carnicería. El comandante español era Don Basilio García.

Ese terreno pertenecía a la hacienda Bomboná, en ese tiempo de propiedad del doctor Tomás de Santacruz Cayzedo, primo hermano del prócer caleño Joaquín de Cayzedo y Cuero y precisamente quien había dado la orden de su fusilamiento al igual que el del norteamericano Maculay y otros patriotas diezmados. Curiosamente esta vez Santracruz mostraba una especie de piedad con el general Pedro León Torres, a quien tuvo bajo su ciudado en la hacienda hasta que murió a consecuencia de las heridas.

En el momento de iniciarse el combate el Libertador había dado la orden al general Manuel Valdez, comandante del Rifles,

---

[108] En mi libro "Cali precursora" estudio en detalle estos episodios.

de que atacara por el flanco derecho donde se ubicaron en parte alta de la Loma de Paja los artilleros realistas. El Rifles subió por la loma de Piquiurco, atravesó la Leonera y siguió hasta la altura de Jusepe, desde donde descendió hasta la retaguardia de los pastusos que defendían Catambuquillo. Allí estaban situadas tres compañías del Aragón. El general Valdez atacó con fiereza, habiendo vencido a dos de esas compañías, causando pánico a las fuerzas dirigidas por don Basilio García, que eran inferiores.

El Rifles había tomado ese flanco derecho antes del anochecer y los realistas, que habían estado prevalidos de su posición privilegiada, se desplazaron con premura de derrotados, abandonando el campo al caer de la noche y fueron a situarse en un lugar llamado La Guaca, a alguna distancia.

Ese desplazamiento de los realistas es el que ha sido considerado como una victoria de los patriotas, aunque realmente no lo fue. Las fuerzas españolas solo habían perdido 250 hombres, contra la mitad del ejército libertador que quedaba tendida en el campo. La batalla de Bomboná había sido una victoria pírrica.

Al día siguiente el comandante español Basilio García le envió a Bolívar la bandera del batallón Bogotá con un mensaje cargado de ironía y amenazas, y al tiempo que le ofrecía un salvoconducto para que con sus diezmadas tropas regresara a Popayán, le agregaba:

> "*Remito con el conductor la bandera de Bogotá, que la suerte de la guerra puso en mis manos habiendo quedado el asta en los puntos de defensa y el abanderado muerto en el campo del honor".*

Bolívar le contestó el mensaje:

> "*Doy las gracias a Vuestra Señoría por la bandera de Bogotá que se ha servido dirigirme. No puedo responder a vuestra Señoría con igual dádiva, porque no hemos tomado banderas enemigas; pero sí el campo de batalla."*

El comandante español a su vez ripostó:

"Aunque ha tomado el campo de batalla, fue abandonado por mí sin ser vencido."

Y aunque García siguió provocando a Bolívar para entrar de nuevo en batalla, lo más doloroso estuvo en que éste, por voluntad del Cabildo de Pasto y del propio don Basilio, tuvo que dar marcha atrás y a pesar de la distancia tan grande, volvió con sus menguadas fuerzas a un sitio que en el sur del Cauca se llamaba entonces El Trapiche y hoy es el municipio de Bolívar, desde donde volvió a fortalecerse para reiniciar la marcha de nuevo hacia el Ecuador.

Vale la pena mirar lo que el doctor José Rafael Sañudo, el escritor pastuso del que ya hemos hablado[109], el mayor crítico del Libertador Bolívar, anota en su libro sobre esta batalla:

"Los historiadores de América han sostenido que Bomboná fue una victoria de Bolivar; y así, por sus proclamas, acreditó éste semejante aserto; pero hay razones que convencen lo contrario.

Ya es bastante la destrucción del ejército de Bolívar, que habiendo salido de Popayán, con tres mil hombres, aunque muchos dejó en los hospitales de Miraflores y Taminango, llevó al combate 2.400; de los que solo regresaron 1.300; por lo cual dice Restrepo:

"Estéril triunfo, que había costado muy caro; y añade:

"Desde el mes de diciembre de 1821 hasta el 22 de mayo de 1822, envió el gobierno de Colombia al Libertador 130 oficiales y 7.314 hombres. Apenas existían cosa de 4.000. De aquí se puede inferir cúanto consumiría esta campaña y cuán grandes eran los sacrificios que costaba".

"Obando (José María), en su Autobiografía escribe:

"Al día siguiente (del combate) se me comunicó la orden de reunir los restos de la División de Vanguardia,

---

[109] José Rafael Sañudo, "Estudios sobre la vida de Bolívar", Edit. Bedout S.A. Medellín Colombia

y que presentara el estado de su fuerza, el cual alcanzó a 160 hombres, resto de 1.100 de que constaba el día anterior". Cuenta además que al presentarlo notó que Bolívar redactaba el boletín de batalla, que elogios extraordinarios a favor de los venezolanos (1), que apenas combatieron; por lo que airado de su favoritismo por éstos, le dijo que:

"Ni un cabo de cuadra habría dado aquella batalla en donde solo por capricho se habrían Sacrificado 900 granadinos".

El 8 de junio del año 22, fortalecido con nuevas tropas que llegan a sumar 4.000 hombres, Bolívar, que tiene suma urgencia de llegar a Quito, ha regresado al propio Pasto que somete aun con don Basilio García y Santacruz y todo ese cabildo arrogante. Las fuerzas pastusas se han dispersado; y les impone una capitulación muy dura, que trasluce el sentimiento de rencor que ostenta el Libertador:

En esa capitulación les dice:

"El gobierno español en Pasto y Quito, no tiene pertrechos y armas, ni casi tropas a excepción de 300 españoles que habrá en el país; todo lo demás es paisanaje indisciplinado y de ningún modo aguerrido… que si antes pasé el Juanambú con poco más de 2.000 hombres, ahora será con poco más de 4.000.

"Tenemos derecho para tratar todo el pueblo de Pasto, como prisionero de guerra…y para confiscar todos sus bienes como pertenecientes a enemigos… tenemos derecho en fin, a tratar esa guarnición con el último rigor de la guerra y al pueblo, para confinarlo en prisiones estrechas como prisioneros de guerra en las plazas fuertes marítimas".

En una carta al general Santander el mismo Libertador ha escrito:

"La libertad del Sur entero vale bien más que el motivo que inspiró aquello del hijo primogénito de la gloria. Se entiende por lo que respecta a Pasto, que era lo terrible y difícil de esta campaña. No puede Usted imaginarse lo que es este país y lo que eran estos hombres; todos estamos aturdidos con ellos. Creo que si hubieran tenido jefes numantinos, Pasto habría sido otra Numancia,"

Naturalmente que la presencia de Bolívar y el ejército libertador en la batalla de Bomboná, a pesar de sus desastrosos resultados en pérdidas humanas, habían impedido que las fuerzas de García y todos los pastusos, se hubieren desplazado a Quito a auxiliar a Aymerich, con lo que seguramente no se habría producido, poco tiempo después, la victoria maravillosa de Pichincha.

Era esa una consecuencia muy favorable a la que se sumaba, después de la victoria en el Ecuador, el temor general que cundió entre las fuerzas realistas de que la causa española estaba perdida en Sudamérica. Y esa la causa para que no dieran esta vez la batalla que acostumbraban dar con tanto vigor y conocimiento del terreno. Además porque carecían ya de fuerzas suficientes para enfrentar de nuevo a Bolívar y así se entregaron en la capitulación.

El Libertador ofreció varias cosas en la capitulación que bajo su firma se comprometió a cumplir: los pastusos no estarían obligados al pago del servicio militar y serían respetados en su religión a la manera en que la practicaban. También estarían exentos del pago de tributos, que todos eran para la guerra. Pero eso no fue suficiente en orden a desarmar de sus odios a los recalcitrantes compatriotas sureños, como se verá luego.

En su premura, Bolívar antes de seguir su viaje al Ecuador, dejó una pequeña guarnición en Pasto. Necesitaba el mayor número de soldados y oficiales para llegar a Quito. Y entregó el mando al veterano coronel Antonio Obando.

Entonces siguió presuroso su ruta hacia Quito, mientras Sucre, que lo esperaba ansiosamente, mandó a Córdova a recibirlo en Ibarra con mil hombres veteranos. Sucre iba detrás.

El encuentro fue feliz. En ese entonces Córdova admiraba con profunda pasión a Bolívar y lo hacía objeto de todo su afecto. Éste, a su vez, reconocía el talento y el valor fuera de serie del coronel, ya para entonces como Sucre, lleno de gloria.

Y marcharon hacia Quito donde llegaron el 16 de junio del 22.

El recibimiento al Libertador fue apoteósico. Suenan conjuntos musicales y lanzan cohetes de pólvora. Todo es júbilo y regocijo y un pueblo desbordado por la alegría y la esperanza inunda las calles.

Bolívar entra a caballo bajo arcos triunfales. De un momento a otro le cae desde un balcón una pesada corona de flores que él alcanza a recibir con las manos sin lesionarse. Y al seguir la ruta del ramo en el aire, encuentra al fondo los ojos de fuego y la sonrisa abierta y coqueta de una mujer que viste la banda de una orden militar sobre su traje blanco, del que sobresalen sus carnes trigueñas cargadas de sensualidad. Bolívar, que ha sido siempre un hombre galante, queda fascinado con aquella mujer cuyo nombre ignora, mientras desaparece en la medida en que avanza el héroe y sus acompañantes en el cortejo.

Pero esa noche, en el baile solemne de celebración, la volverá a ver en medio de su exquisita voluptuosidad.

Era Manuela Sáenz de Thorne, casada con quien algunos sostenían que era un médico inglés de nombre James Thorne, pero que en realidad era un comerciante. Perteneciente ella a la alta sociedad quiteña. Ésta liga a Bolívar desde ese momento a su pasión.

Ella sería aquella amante que muchos años después, en medio de la noche aciaga y tormentosa del 25 septiembre de 1828 en Santafé de Bogotá, que en ese momento era imposible de prever, la que recibiría de él, agradecido por su gesto intrépido al enfrentar a los conjurados que entraron a matarlo, el título de la Libertadora del Libertador.

Cuánta pasión albergó el héroe caraqueño por esta dama quiteña, que lo buscó con decisión y sin pausa aquel 16 de junio de 1822 en el baile de honor, no obstante que su marido inglés estaba viendo y sintiendo la infidelidad de su mujer, pero que con su flema inglesa, no alcanzaba en esos momentos a definir si lo que estaba pasando era un ultraje o un alto honor.

23

VIAJE Y ANEXIÓN DE GUAYAQUIL. LA ENTREVISTA DE LOS DOS LIBERTADORES BOLÍVAR Y SAN MARTÍN EN GUAYAQUIL. EL SILENCIO QUE LA RODEÓ Y LOS COMENTARIOS POSTERIORES

A una de las múltiples cartas enviadas a Bolívar por el vicepresidente Francisco de Paula Santander, cuando aquel se encontraba en Quito, solicitándole el regreso para que asumiera la Presidencia, aquel le contesta una extensa y analítica misiva el 13 de agosto de 1822 -después de la famosa entrevista entre los dos grandes Libertadores americanos en Guayaquil-, y en uno de los apartes de ese mensaje se puede leer:

"... Yo no veo la obligación que yo tengo de ser el esclavo de otros. *Yo no he sido, ni soy,* ni *seré*, *ni quiero ser administrador. Yo no entiendo ninguna especie de administración. ¿Me condena Ud., me dice, por más tiempo a esta tortura? Yo repito la misma pregunta y con la misma razón añadiré otra pregunta: ¿no son bastantes las penas, peligros y disgustos que he pasado en las intricadas circunstancias? Ud. tiene muchos títulos para mi amistad, pero aquí no se trata de amistad sino de gobierno. Yo no he condenado a Ud. a llevar este gobierno, Ud. sabe que el Congreso fue quien lo hizo sin interposición mía, aunque con la mayor satisfacción de mi corazón. Para cuando se reúna el Congreso yo habré mandado nuevamente mi dimisión y Ud. tendrá*

tiempo, mientras tanto, de consultar sus fuerzas. Persuádase Ud. de que yo estoy muy lejos de ir a ocupar el gobierno. Ud. me dice que es aprendiz de gobierno y yo respondo que no soy ni siquiera un aprendiz…"

Por supuesto el Libertador pensaba con clarividencia, igual que San Martín, que existía el más grande peligro de una reconquista española, en cualquier momento, y ella debía comenzar en el Perú, cuya libertad, a pesar de los esfuerzos que había realizado el general sureño, no estaba asegurada. Realmente el Perú, con toda su importancia, era un caos. De allí que Bolívar le da prioridad a las relaciones con el general argentino, cuando producida la agregación del Ecuador, después de la batalla de Pichincha a la república de Colombia creada por él, está por definirse, primero la anexión de Guayaquil y segundo la participación del héroe caraqueño en el Perú. Esas labores, a nadie escapa, eran vitales para la gran obra hasta allí desarrollada por los dos grandes jefes.

O, digámoslo de otra manera, eran imperiosas para el espíritu impositivo y ambicioso de Bolívar, que quería, como se verá adelante, superar la gloria -aliciente máximo- bajo la cual se movía el espíritu de gigante que lo animaba.

En aras a tales preocupaciones, al día siguiente de su llegada a Quito, el 17 de junio de 1822, le escribe una carta a San Martín, que se encuentra en Lima. Esa carta dice:

> *"Tengo la mayor satisfacción en anunciar a V.E. que la guerra de Colombia está terminada, y que su ejército está pronto a marchar, donde quiera que sus hemanos lo llamen, y muy particularmente a la Patria de nuestros vecinos del Sur, a quienes por tántos títulos debemos preferir como los primeros amigos y hermanos de armas. Bolívar".*

Sin pérdida de tiempo, el 22 de ese mismo junio, envía a Córdova al frente de 1.000 hombres con destino a Guayaquil; y unos pocos días después, el 11 de julio, el propio Libertador entra de modo triunfal a esa ciudad.

Luego mediante un decreto de honores escrito en Babahoyo crea el batallón Pichincha al fusionar los antiguos Alto Magdalena y Paya, que habían triunfado en Pichincha; y nombra a Córdova, por haber estado dirigiendo la fase final y decisiva de aquella batalla, su comandante. Llega además el general Bartolomé Salom con el cuerpo principal del batallón Colombia. Guayaquil expresa toda su admiración hacia el Libertador, pues, como lo anotara Sucre, "*Pichincha había resuelto el pleito de la anexión de Guayaquil a la Gran Colombia.*"

Sobre la marcha de aquel arribo triunfal, el 13 de julio (1822) el pueblo todo entregó a Bolívar el gobierno de Guayaquil, mientras se reunía un Colegio Electoral que diera un aspecto legal al asunto. Pero había quedado cumplida la anexión, aun con la antipatía inicial de Olmedo y los demás.

Como si fuera poco, cumplidos tales hechos, ese mismo 13 de julio le llega la respuesta a la carta vista antes, de parte del Protector del Perú, título conque fue llamado inicialmente el general José de San Martín. En esa misiva éste anota:

> *"Ansío cumplir mis deseos, frustrados en el mes de febrero por las circunstancias que ocurrieron entonces; pienso no diferirlos por más tiempo; es preciso combinar en grande los intereses que nos han confiado los pueblos, para que una sólida y estable prosperidad les haga conocer mejor el beneficio de su Independencia. Antes del 18 saldré del puerto del Callao, y apenas desembarque en el de Guayaquil, marcharé a saludar a V.E. en Quito. Mi alma se llena de pensamientos y de gozo, cuando contemplo aquel momento; nos veremos, y presiento que la América no olvidará el día que nos abracemos".*

El 25 de julio (1822) llega San Martín en un barco llamado Macedonia a Guayaquil. Había salido de El Callao, puerto de Lima, el día 14. Y el 26 desembarcó siendo recibido por Bolívar que le rinde todos los honores militares. Es un libertador tan grande como él. Se reunieron y ese mismo día 26 de julio Bolívar le rindió en horas de la mañana el homenaje debido, y en la tarde

del día 27 tuvo lugar la entrevista con gran reserva sobre lo que hablaran en privado. Al terminar el día, San Martín partiría en el mismo barco rumbo al Perú en donde convoca al Congreso y renuncia lacónicamente; y de allí siguió su camino de regreso a Chile y a la Argentina, desde donde se embarcaría para Europa en un retiro definitivo.

El autor de este libro escribió otro titulado "Tres momentos históricos"[110], que trata entre otros dos temas, de la entrevista de los los dos grandes Libertadores. Allí expongo después de rememorar el ambiente de esperanza generalizado en la región:

> *"Pero la visión que dejó la entrevista en los lados de San Martín y la entrevista misma, es bien diferente. Salvador de Madariaga[111] por boca de Lecuna, sostiene que al término de la misma San Martín habría dicho una frase tremenda y desoladora:*
>
> *"Bolívar y yo no cabemos en el Perú: he penetrado sus miras arrojadas; he comprendido su desabrimiento (sic) por la gloria que pudiera caberme en la prosecución de la campaña. Él no excusará medios por audaces que fuesen, para penetrar en esta República (el Perú) seguido de sus tropas. Y quizás entonces no me sería dado evitar un conflicto a que la fatalidad pudiera llevarnos, dando así al mundo un humillante escándalo".*
>
> *"Sarmiento* (Domingo Faustino)*, que como se ha dicho es un admirable devoto de la personalidad y acciones de San Martín, por lo demás hombre de estudio y probo, pinta la reunión así:*
>
> *"Las conferencias participaron de la posición que se habían puesto ambos jefes. El uno manifestando abiertamente su pensamiento, el otro embozándolo cuidadosamente, a fin de no dejar traslucir sus proyectos*

---

[110] "Tres momentos históricos: La Regeneración y la pérdida de Panamá, algunos aspectos de la entrevista de Bolívar y San Martín en Guayaquil y ¿Abjuró Bolívar de la Masonería?, editorial Feriva Cali, 2003.

[111] Salvador de Madariaga, "Bolívar II"

aún no maduros. San Martín, de talla elevada, echaba sobre el Liberador, de estatura pequeña, y que no miraba a la cara nunca para hablar, miradas escrutadoras, a fin de comprender el misterio de sus respuestas evasivas, de los subterfugios de que echaba mano para escudar su conducta, en fin, de cierta afectación de trivialidad en sus discursos, él que tan bellas proclamas ha dejado; él, que gustaba tanto de pronunciar toasts llenos de elocuencia y de fuego. Cuando se trataba de reemplazar las bajas, Bolívar contestaba que esto debía estipularse de gobierno a gobierno; sobre facilitar su ejército para terminar la campaña del Perú, oponía su carácter de Presidente de Colombia, que le impedía salir del territorio de la República; ¡él, Dictador, que había salido para libertar la Nueva Granada y Quito, y agregándolas a Venezuela!."

Como un comentario obligado, es preciso anotar que Sarmiento en estas observaciones, que le fueron transmitidas por el propio Libertador San Martín, no tiene toda la razón, pues es la verdad que Bolívar se encontraba un poco maniatado por el excesivo espíritu de legalidad del vicepresidente Santander, encargado del poder ejecutivo, quien limitaba a su jefe con una serie de trabas que finalmente minaron la amistad y el respeto que se debían entre ambos. Era la tiranía de la ley frenando los sueños de un hombre tan grande, con miras muy superiores a las suyas. Y continúa la cita:

"San Martín creyó haber encontrado la solución de las dificultades, y como si contestase al pensamiento íntimo del Libertador le dijo:

'Y bien, General, yo combatiré bajo sus órdenes. No hay rivales para mí cuando se trata de la Independencia americana. Esté usted seguro, General; venga al Perú, cuente con mi sincera cooperación; seré su segundo'. Bolívar levantó repentinamente la vista, para contemplar el semblante de San Martín, en donde estaba pintada la sinceridad del ofrecimiento. Bolívar pareció vacilar un

momento; pero en seguida, como si su pensamiento hubiese sido traicionado, se encerró en el círculo de imposibilidades constitucionales, que levantaba en torno de su persona, y se excusó de no poder aceptar aquel ofrecimiento tan generoso. San Martín regresó al Perú dudando un poco de su compañero de armas…".

Fue, como es natural, un golpe muy duro para el Libertador argentino que significó el fin de su lucha y el exilio voluntario. Para Bolívar era quedarse con el camino abierto y la gloria suprema de completar lo que faltaba hacer en el Perú.

En mi ya citado libro "Tres momentos históricos"[112] sobre el mismo tema y ahondando en él, hago el siguiente análisis:

"La reconquista, de producirse, tendría que venir del Perú, si no se proveía a tiempo hacía un aplastamiento definitivo de las fuerzas realistas. De donde el argentino, con el mismo sentimiento de consolidación de la obra ya lograda en las Provincias Unidas del Río de la Plata y en Chile, pasó con sus veteranos, gauchos indomables, con suma prudencia y lentamente, a las tierras incas. Venía victorioso de las heroicas batallas de Chacabuco y Maipó.

"En el Perú, contra todas las dificultades, triunfó.

"Pero no había sonado el último cañonazo. Y todo indicaba que habría una reivindicación española si la batalla decisiva se daba con las diezmadas fuerzas sanmartinianas y las escasas reclutadas en el Perú, donde su aristocrática clase dirigente aún no estaba convencida del todo de los beneficios de la independencia.

"Bolívar sabe esto. Y lo observa. También observa el general San Martín, que no fue un político sino un gran guerrero y hombre de providenciales intuiciones. Él sabe, igualmente, de la gran hazaña del caraqueño.

---

[112] Ob. Cit.

Cuando de la pampa pasó a la escarpada y escabrosa cordillera andina, cubierta de nieve, en medio de las mayores penalidades, imaginaba a Bolívar pasando del llano ardiente por el páramo de Pisba hasta las tierras del altiplano. Y supo mejor que nadie lo que era su sueño, porque era su mismo sueño libertario.

"Nadie entendía más las tribulaciones logísticas para mantener en pie un ejército sin recursos que no significaran tributos exaccionantes para los pueblos, que él mismo que venía desde tan lejos trajinando la ventisca de los Andes o el ardiente desierto de Atacama o embarcado sobre las frías aguas australes del Pacífico. Eran realmente dos colosos humanos cuyas vidas, fatalmente, no debían correr sin encontrarse como las Vidas Paralelas de Plutarco, sino hallarse en un punto marcado por todas las coordenadas de la historia y sus circunstancias, en el enclave clave de Guayaquil". (…)

"Es preciso anotar, en comentario al tema, que San Martín -como lo demostró en los largos años que siguieron de ostracismo voluntario- era un hombre desprendido y sin mayores ambiciones personales. Así es que, haciendo de tripas corazón, como dice el vulgo, decide ir en barco a Guayaquil donde sabe que Bolívar en persona se encuentra dirigiendo la elección de los miembros de la asamblea que en nombre del pueblo -como lo quería San Martín- iba a legalizar la anexión que ya se había dado".

"Cuando el Libertador se entera de su llegada, le envía de inmediato una amable carta en la que le dice: "En este momento hemos tenido la muy satisfactoria sorpresa de saber que V.E. ha llegado a las aguas de Guayaquil". Y después de elogios inflamados por su entusiasmo, termina: "Yo me siento extraordinariamente agitado del deseo de ver realizar una entrevista que puede contribuir en gran parte al bien de la América meridional y que pondrá el colmo a mis más vivas ansias de estrechar con los vínculos de una amistad íntima al Padre de Chile y el Perú". Tiene fecha 25 de julio, (1822)

Y ese mismo día le envía otra esquela más inflamada aún:

"Es con suma satisfacción, dignísimo amigo y señor, que doy a Ud. por primera vez el título que mucho tiempo ha mi corazón le ha consagrado. Amigo le llamo a Ud. y este nombre será el solo que debe quedarnos de por vida, porque la amistad es el único vínculo que corresponde a hermanos de armas, de empresas y de opinión..".

"Al otro día llega presuroso al barco de guerra Macedonia que conduce a San Martín, alto, elegante, muy blanco y perfectamente uniformado, en contraste con ese Bolívar de poca alzada, enjuto, de ojos hundidos pero destellantes, de acento caribeño, moreno por el sol y por raza, a quien después las lenguas urticantes de la ciudad de las sombras, Bogotá, llamarían precisamente por eso Longaniza. Del barco, con saludos muy efusivos y emocionales, pasan al cuartel general y de allí hasta la morada dispuesta para la estancia del argentino. Luego se efectúan fiestas populares, y al otro día, a puerta cerrada, se desarrolla la histórica entrevista, de la que no queda un testimonio directo que no tenga como fuente los comunicados oficiales que dejó Bolívar como escritos por otras manos, y una carta de San Martín a Bolívar que fue conocida largo tiempo después".

No miraba de frente y a los ojos, se queja de Bolívar San Martín muchos años después en el puerto francés de Boulogne-sur-mer, donde se había refugiado, a un argentino grande como Sarmiento, que lo admiraba y había ido a visitarlo antes de ser el presidente de su patria. Domingo Faustino Sarmiento, a quien le confía lo que pasó aquel día, expresa sus pensamientos mucho tiempo después, señalando los curiosos desenvolvimientos de aquella entrevista.

Desde su punto de vista el gran caraqueño era sibilino, esquivo, indirecto. Con sus negativas al desgaire y condicionales, rechazó de plano que San Martín, al frente de una tropa veterana en la lucha trabajara en su mismo nivel, como dos compañeros

de igual rango. Y cuando aquel imponente general San Martín, en aras de un ideal tan grande, en un signo de humildad, casi de humillación le expresa que está dispuesto a servir a la causa como su subalterno, vuelve el caraqueño a diferir su mirada de frente y a hacer ver los subterfugios que lo llevaban a no aceptar tampoco esa solución.

Es allí cuando San Martín, con un criterio muy realista, sabe que no puede hacer nada ante aquel hombre y declina sus ambiciones para cederle el terreno. Ve claro el porvenir y sabe, como lo anota Madariaga en la cita vista antes, que podría sobrevenir un "conflicto de fatalidad" entre ambos jefes, que él no quiere. Por lo demás también sabe él que en su patria ya ha estallado en loco carrusel las ambiciones personales que durarían un largo período y que llegarían hasta la dictadura de Juan Manuel Rosas. De allí que pasa sin inmiscuirse ni mancharse de la turbiedad de la política, a su refugio voluntario en Francia.

Un corto tiempo después, agosto 29 de 1822, aun en Lima, San Martín le envía una carta a Bolívar en la que le analiza, sin ningún rencor, la situación y lo que pasó en el encuentro, que promete mantener en el silencio. Y en prueba de que no le asiste incomodidad ni animadversión, en la parte final de la misiva le expresa:

> *"Con el Comandante Delgado, dador de ésta, remito a usted una escopeta, un par de pistolas, y el caballo de paso que ofrecí a usted en Guayaquil; admita usted, General, este recuerdo del primero de sus admiradores. Con estos sentimientos, y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la Independencia de la América del Sur, se repite su afectísmo servidor. José de San Martín".*

Éste, como Protector del Perú, había convocado un congreso constituyente que reunió. Ya instalado solemnemente, presentó una renuncia escueta, lacónica. Se despojó de la banda presidencial que puso sobre una mesa y el bastón de mando de gobernante y expresó con voz sonora: "*!Peruanos! Teneis ya*

entregado el gobierno del Perú y quedaos con Dios." Y partió en un buque que llevaba por nombre Montezuma hacia Chile.

El Congreso procedió a aceptar la renuncia y nombró una Junta de Gobierno provisional integrada por los señores José de la Mar, Felipe Antonio Alvarado y el Conde de Vista Florida, Manuel Salazar Baquijano.

Nunca volvería el Protector a este país que hoy lo reconoce como su Libertador en la estatua que se erige en la gran plaza principal de Lima, que lleva su nombre.

Entre tanto Bolívar lo dispuso todo para entrar al Perú. Ya en ese momento había sido trasladada una congregación grande de tropas colombianas. Pero mientras el gobierno de Bogotá le daba el permiso al Libertador para desplazarse como presidente constitucional a otro país, sobre todo con los obstáculos legalistas del general Santander que ya se han visto, iba pasando el tiempo que se manifestaba en un odio soporífero contra los colombianos.

Bolívar manda a Córdova y al propio Sucre adelante, pero sin su presencia la situación no mejora. No eran los peruanos un pueblo que mirara en ellos a los libertadores sino a unos intrusos. La prensa es hostil a los colombianos, a los que les llegan a faltar las provisiones. Claro que los peruanos siempre expresaron su animadversión hacia los colombianos. Sucre y Córdova, después de una corta permanencia en Lima, reciben órdenes en octubre de regresar a Quito. Bolívar, como se ha visto, tiene planes directos para ellos en la empresa de la pacificación de Pasto. Ese problema vital no se había resuelto con los acuerdos con don Basilio García que vimos después de la batalla de Bomboná. Los pastusos eran tercos, valientes e irreductibles. Ese problema, ordena Bolívar, debe acabarse con urgencia, a como de lugar.

24

UN DICIEMBRE DE SANGRE EN PASTO

Cuando tuvo lugar la batalla de Pichincha el 24 de mayo, cayeron prisioneros todos los miembros del ejército realista derrotado, menos el presidente Don Gaspar de Aymerich y los otros oficiales españoles que quisieran regresar a España o a la Habana, a quienes se le sufragarían los gastos. Entonces se arrió el estandarte de España en el fuerte de Panecillo, se entregaron los armamentos y municiones por parte del ejército realista derrotado, pero no hubo la humillación para el vencido, porque al comandante se le rindieron los reconocimientos con honor a su alcurnia y alto grado; y además conservó con dignidad su espada. Tal fue la capitulación honrosa que les impuso el humanista general comandante, Antonio José de Sucre.

Entre los prisioneros que quedaron, que fueron muchos, estaba un sobrino del legendario Tomás Boves, aquel terrible jefe español que azotó a los patriotas venezolanos y finalmente murió en combate. Ese sobrino llamaba Benito Boves.

Tal vez no era difícil escapar, pues sin duda eran muchos más los prisioneros que los guardianes, y por cierto el lugar convertido en prisión era precario. Boves escapó con algunos otros, entre ellos el para entonces teniente coronel realista criollo Agustín Agualongo. Y se dirigieron, sin vacilación, a las tierras pastusas donde enarbolaron bandera de España y destituyeron a las autoridades, al tiempo que se proclamaron en guerra santa contra los independentistas, conformando un nuevo ejército.

Este fue el origen de una sucesión de hechos terribles que terminarían, en la navidad de aquel año 22 empañando la gloria del ejército libertador, tan bien ganada en la batalla de Pichincha. Es, ciertamente, una de las más negras páginas de las jornadas de la Independencia, la que aun hoy sigue estremeciendo al pueblo de ese noble departamento que, por cierto, a pesar del rencor concentrado de los largos años, hoy ostenta el nombre reinvindicativo de Nariño, aquel general que les dijo desde un balcón, cuando nadie lo conocía, "Pastusos, si queréis al general Nariño, aquí lo tenéis".

Ese diciembre negro de Pasto, por supuesto, ensombreció la gloria de Bolívar y del noble mariscal Sucre, aunque esta larga guerra tuvo momentos, como se ha visto, de peores estragos.

Precisamente por eso acudimos, para la narración de ese episodio, al gran escritor nariñense Sergio Elías Ortiz quien con objetividad y noble pluma cuenta estos hechos en su obra sobre el Coronel Agualongo, ascendido a general por el rey de España unos años después, ascenso que solo se conoció después de su fusilamiento.

Ortiz describe tales sucesos de una manera imparcial y serena, que ha sido reconocida por todos los historiadores colombianos[113]. Veamos en su pluma lo que fue el comienzo de tales acontecimientos:

> *"Así habían transcurrido cinco meses a partir de la firma del tratado[114], cuando a fines de octubre llegó a Pasto un personaje que iba a ser fatal para la ciudad: el teniente coronel Benito Boves, que habiéndose escapado del depósito de prisioneros caídos en Pichincha, en compañía de Agustín Agualongo, buscó su salvación por la vía de Pasto y aquí cayó como en su propia casa,*

---

[113] "Agustín Agualongo y su tiempo", Sergio Elías Ortiz, editado por Talleres Gráficos Banco Popular.

[114] Obviamente se refiere a la capitulación de Pasto que les impusiera Bolívar aquel 8 de junio del 22, como se ha visto hace poco y que los pastusos consideraron un tratado.

pues encontró sujetos que iban a hacerle coro en sus fantasías de reacción. Era este Boves sobrino materno del sanguinario don Tomás Rodríguez Boves, personaje sombrío en las luchas de Venezuela, lo que comunicaba al sobrino cierta celebridad. Había venido a Quito con el capitán general Murgeón.

"Pocos días le bastaron a Boves para entenderse en conciliábulos con los cruzados de la causa, introducido y recomendado por quien era ya un personaje célebre en el pueblo, el ya teniente coronel Agualongo, luchador en Yaguachí y en Pichincha y que iba a ser el segundo en la nueva rebelión. En el mayor sigilo se hizo el acarreo de las armas desde los montes vecinos al convento de monjas concepcionistas, donde se conservaban vivos los más exagerados sentimientos monárquicos para presentarse en la plaza, el 28 del mismo mes, en son de guerra, con el estandarte real que le arrebataron a la fuerza al alférez que lo guardaba y proclamar, al grito de ¡Viva el rey!, la guerra santa contra los malvados usurpadores de los derechos del muy amado Fernando VII y enemigos jurados de la religión católica, apostólica y romana. Lo rodeaban varios centenares de milicianos armados de toda clase de elementos bélicos, fusiles, lanzas y hasta cachiporras. Se dio él mismo el título de Comandante General del Ejército División del Rey y como medida necesaria para sus planes destituyó a todas las autoridades constituidas en gobierno, que no quisieron atender sus sugestiones, reemplazándolas con elementos complacientes, entre ellos don Estanislao Merchancano que había firmado la capitulación como jefe del escuadrón invencible, a quien Boves nombró gobernador militar y político de Pasto; se incautó de los pocos haberes del erario y organizó sus huestes para lanzarlas tras de Bolívar que a la sazón estaba en el sur del departamento de Quito, ocupado en graves negocios de Estado.

"Nada valió que el doctor Aurelio Rosero, vicario y juez eclesiástico de Pasto, hiciera público su "desagrado y justa indignación por el infame tumulto y criminal bochinche" que había venido a formar aquí el atolondrado Boves, "profanando y envileciendo negramente el sagrado nombre del rey, para a su sombra atraer a su facción a los incautos, ignorantes y sencillos y derramarse en excesos perturbando el orden, desterrando la tranquilidad y sociego públicos, atropellando, infringiendo y hollando con los pies las respetables leyes del mismo monarca", de nada sirvió tampoco que el coronel Ramón Zambrano hiciera pública su protesta por el inaudito atropello de haberlos despojado de la autoridad que ejercía. (…)"

Bolívar aun se encuentra en Quito. Se entera de estos acontecimientos con mucha molestia. Él mismo ha tenido gran parte de culpa, porque el coronel Antonio Obando, a quien había dejado encargado de Pasto, ha sido despojado de casi todas sus tropas para reforzar los contingentes que están yendo al Perú. Entonces llama a Sucre y le ordena que, al mando de los batallones Rifles, Cazadores Montados, Dragones de la Guardia y los Escuadrones Guías, parta con mano dura a enfrentar estas rebeldías. Para ese momento Boves y Agualongo han logrado reunir un ejército de 1.500 hombres.

El 24 de noviembre (1822) Sucre y sus hombres se hallan en las tierras de esa provincia buscando un camino para llegar a Pasto, mientras los pastusos se encuentran en las mejores posiciones alrededor del escalofriante Guáitara. Los patriotas Intentan por varias partes abrirse ese camino, pero es inútil.

Los pastusos son gente brutal, de gran coraje y conocimiento de su agresivo terreno. Es tan dura la perspectiva y la pérdida de soldados, que un hombre tan valiente y ducho en la guerra como el general Sucre decide echar marcha hacia Túquerres donde se instala y pide refuerzos al Libertador. Bolívar, efectivamente, se encuentra indignado y calibra el peligro que encarna la situación.

Sabe que Boves ha reclutado con mandato obligatorio más tropas y su propósito es volver a Quito a repetir intensamente la

pelea. Por cierto en ese momento ya Boves ha llegado a Tulcán, pero se devuelve, él también temiendo perder a Pasto a manos de ese Sucre al que se jactaba de haber derrotado un poco más de un mes antes.

Bolívar, justamente alarmado, mide la posibilidad del absurdo que implica que Boves y su gente intenten una nueva confrontación en Quito, cuando ya casi todas las fuerzas se han enviado a Guayaquil, y en especial al Perú. Entonces llama al coronel Córdova de quien, como ya se ha visto, conoce sus altas dotes de militar y le entrega los batallones Vargas, Bogotá y Milicias de Quito para que salga en auxilio de Sucre en orden a hacer juntos la retoma efectiva de Pasto.

Y así, fortalecido el ejército al mando de Sucre, van en busca del español y de Agualongo, quienes en conocimiento de estos movimientos esperan atalayados a Sucre, de quien, como se observó, se han mofado por su retroceso a Túquerres. Son las diez de la noche del día 23 de diciembre (1822) cuando Sucre llega. Boves y Agualongo se han ubicado en las mismas posiciones que lo hicieron dos meses atrás, alrededor del Guáitara.

José Manuel Restrepo, a quien Córdova como se recordará nombró como jefe civil o gobernador de Antioquia -cargo ratificado por Bolívar- cuando fue a encargarse de su provincia natal después de la batalla del 7 de agosto, escribe una magnífica obra en la que recoge de propia mano o de versiones surgidas en la época, lo que pasó en ese largo y tormentoso período independentista. Esa obra se titula Historia de la Revolución de Colombia[115]-.

La participación del doctor Restrepo, egresado de San Bartolomé, es nutrida y muy interesante. En la primera república estuvo presente en muchos actos republicanos. Al llegar la reconquista, como atrás se vio, Restrepo, para salvar la vida, tuvo que allanarse a los requerimientos de los españoles y cantó la palinodia. Córdova lo rescata para el bando patriota después del 7 de agosto de 1819, como también se estudió antes.

---

[115] Autor citado, "Historia de la Revolución de Colombia", editorial Bedout, Medellín, Colombia.

Pasadas estas experiencias, fue diputado al Congreso de la Villa del Rosario de Cúcuta y hasta presidió esa Corporación. A él se debe la ley de "Libertad de vientres", antecedente de la abolición de la esclavitud, que permitía que el hijo de la esclava que antes al nacer pasaba de derecho al patrimonio del amo, ahora sería libre al entrar en la adolescencia.

Luego Bolívar lo nombra Secretario de Exteriores y de Gobierno en administración encargada del Vicepresidente Santander, cargo en el que dura hasta pasada la dictadura. Era un hombre erudito, de gran rectitud y competencia y a cuyas luces estamos recurriendo en esta obra.

En cita que transcribimos a continuación veremos los antecedentes y la confrontación misma de los días 23 y 24 de diciembre de 1822 en Pasto, en la que ganaron los patriotas. Después veremos también de otras obras seleccionadas y en aras a la imparcialidad, lo que siguió en todo aquel infausto día del 24 de diciembre y los posteriores. Sobre todo el genocidio macabro que protagonizaron los patriotas contra los pastusos en aquel diciembre negro. Leamos pues a Restrepo:

> *"Sucre hizo varios reconocimientos y ataques falsos. Quería por este medio llamar la atención del enemigo a diferentes puntos de la formidable línea del Guáitara. Su verdadero ataque se dirigía hacia el paso del río.*
>
> *"En consecuencia, salió de Túquerres a las once del día, y por una marcha forzada llegó al Guáitara a las diez de la noche. Era ésta oscura y tempestuosa, lo que impidió echar el puente y que pasara el Rifles antes del amanecer, según lo pensaba el Jefe. Descubierta la empresa por la luz del día, no era ya tiempo de retroceder sino de continuarla a todo trance. Así el puente fue restablecido bajo los fuegos enemigos. Tomáronse también a viva fuerza por las compañías Segunda y Quinta del Rifles las fortificaciones erigidas sobre las escarpadas rocas del Guáitara, que ofrecían a los facciosos una segunda victoria. Afortunadamente, confiados éstos en la clase de guerra que siempre habían practicado en aquella provincia, tenían solo cuarenta hombres para defender*

los parapetos, pues su jefe esperaba que los podría guarnecer oportunamente. El rápido movimiento de Sucre dejó burlados los cálculos de los rebeldes. La cuchilla inaccesible de Taíndala, que un mes antes detuvo la marcha de las tropas colombianas, quedaba por vencer y ofrecía otra gran dificultad frustrada como había sido la sorpresa. El bizarro coronel Sandes pidió para Rifles el honor de vencer donde habían sido rechazadas tres de sus compañías: Fuéle concedido y las intrépidas Segunda y Quinta marcharon a la vanguardia. El movimiento continuó con rapidez, y vencida ya la mitad de la gran cuesta, llegó toda la fuerza del enemigo a defenderla; empero, aturdido con la velocidad de la marcha, y desconcertado en sus planes, fue envuelto por todas partes, y quedó en nuestro poder aquella altura (diciembre 23) que se temía costara trescientos hombres. Solamente hubo unos pocos heridos.

"Era casi imposible perseguir activamente a los facciosos por la gran fatiga que había sufrido Rifles al trepar aquella desmesurada altura. Fue, pues, necesario que descansara y comiera la tropa después de veinticuatro horas de un trabajo continuo. Debieron los rebeldes a estas circunstancias el poderse rehacer en la quebrada de Yacuanquer.

*"Mientras se reunían los cuerpos, fue reconocida la posición de los pastusos, y se halló que podía ser flanqueada. El batallón Bogotá a las órdenes del bravo coronel José María Córdova, se destinó a ocupar los puestos que guarnecían nuestros enemigos a nuestra izquierda y a embestirlos por la espalda; entre tanto Rifles atacaría por el frente. Córdova ejecutó el movimiento con tanta exactitud, intrepidez y velocidad, que mientras los rebeldes trataban de atender a su ataque, Rifles los cargó a la vez dispersándolos en un momento, pero sobrevino la noche y favorecidos por el espeso bosque vecino, se pudieron salvar sin mucha pérdida. (*Se ha subrayado)

"La división retrocedió a dormir en el pueblo de Yacuanquer para descansar de tan repetidos combates y largas fatigas".

Se torna obligado que agreguemos para mejor información del lector y para resaltar la actuación del coronel Córdova, lo que escribió en su informe oficial sobre esta batalla el propio futuro Mariscal Sucre:

" (…) El batallón Bogotá a las órdenes del coronel Córdova fue destinado a ocupar los puestos que el enemigo defendía sobre nuestra izquierda, tomarlo por la espalda, mientras Rifles atacaría por el frente, quedando la milicia de Quito de reserva. El coronel Córdova ejecutó este movimiento tan intrépida, tan exacta y prontamente, que tratando el enemigo de atenderlo y cargado a la vez por Rifles, todo fue disperso; pero llegada la noche y favorecido del bosque; pudo salvarse aunque se le persiguió hasta el puente de La Trocha."

Córdova había pues, como tantas otras veces, ejecutado una acción decisiva y brillante, planeada por el cerebro luminoso en la guerra de Sucre. El enemigo, al amparo de la noche, se había evaporado como las sombras. Pero estaba vencido.

Al otro día era 24 de diciembre de 1822. Sucre, sobre la marcha triunfal de la victoria de la noche anterior, intima la rendición de esa ciudad rebelde y taimada que tantas amarguras le había causado a las fuerzas republicanas desde los comienzos mismos de la independencia. Su plan era pasar la navidad en un cuartel con su tropa. Pero no fue eso lo que se produjo.

Acudamos de nuevo, en aras de la imparcialidad de estos relatos, a lo que sostiene el brillante historiador pastuso doctor Sergio Elías Ortiz, de quien ya habíamos hablado:

"Lo que pasó después -dice el doctor Sergio Elías Ortiz[116]- *fue una iniquidad que no puede perdonar la historia. Los soldados vencedores penetraron a la ciudad*

[116] Autor, obra citados

ebrios de sangre y empezaron a matar a todo el que oponía la más mínima resistencia o se lo encontrara con un arma en la mano. Como muchos de los habitantes se habían encerrado en sus casas y echado el cerrojo, empezó la obra de destrucción de hacer volar en astillas puertas y ventanas para buscar a los milicianos o los haberes de las familias para saquearlos, sin perdonar las vidas. En algunos hogares perecieron todos los moradores porque se creía que ocultaban algo. No se perdonó a las mujeres, ni a los ancianos, ni a los niños, aunque muchos se habían refugiado en las iglesias. En la de San Francisco, joya de arte colonial por sus altares y por la riqueza de sus paramentos, los Dragones penetraron a caballo y cometieron los más horribles excesos en las mujeres que allí se habían acogido; del robo solo se libraron los vasos sagrados que horas antes se habían puesto a buen recaudo. La Noche Buena de ese año fue para los pastusos una negra noche de amargura. Una Navidad sangrienta, llena de gritos de desesperación, de ayes de moribundos, de voces infernales de la soldadesca entregada a sus más brutales pasiones. Imposible narrar todos los horrores en esa que debía ser "noche de paz, noche de amor". Por tres días se prolongaron los salvajes excesos en los que se distinguieron como más crueles y desalmados los soldados del batallón Rifles; por ello quedó en la crónica familiar, como un recuerdo atroz, la frase que encarnaba el episodio trágico: "Cuando entraron los Rifles…

"¿Permitió Sucre estas horribles matanzas y saqueos? Él, tan noble, tan caballeroso, "El más digno de los generales de Colombia", ¿pudo ver impasible semejantes desafueros? ¿Lo autorizó? No podemos decirlo. Quizá su autoridad no fue suficiente para contener a la soldadesca, pero no hay constancia de que la hubiera llamado al orden, ni que hubiera impuesto las sanciones del caso."

Sí, es pertinente hacerse la pregunta que formula el doctor Ortiz, y además llevarla hasta la responsabilidad del propio Libertador. Naturalmente que es forzoso contestar que no hay una prueba directa que permita sostener la responsabilidad de ninguno de los dos. Pero se puede trabajar con la prueba indirecta y con los resultados mismos. El hecho indiscutible, premisa mayor del silogismo, es que hubo esa carnicería alevosa -que el historiador Restrepo calcula en cuatrocientos muertos que pudieron ser muchos más- y Sucre, el comandante, estaba dándose cuenta de ella sin hacer nada para impedirlo.

No es difícil imaginar los gritos desgarradores de mujeres y niños en medio de la ordalía, el estrépito de los golpes rompiendo puertas y huesos, la algarabía alevosa de los nuevos hunos y todo lo que significa este infierno creado con deliberación, y la no presencia del jefe militar para impedirlo.

Naturalmente que quien emprenda este estudio debe tener en cuenta que habían sido tan terribles los pastusos contra los independentistas, aun hasta el día anterior, que el soldado triunfador siente no el deseo civilizado de una claudicación a su favor que conquiste la paz, sino la liberación de todos los instintos cargados de un odio feroz, acumulado por más de diez años.

El propio Bolívar, sin discusión alguna, participaba de ese odio contra los habitantes de la provincia sureña, bien correspondido por cierto, que en los desarrollos de la guerra producen tales desafueros. "Ay de los vencidos" había sentenciado más de dos mil años atrás Vitelio contra los propios romanos, vencidos en la propia Roma.

Y no sobra volver a advertir que en la larga lucha de doce años brutales, exacerbados y cargados de ese odio irracional de parte y parte, ya Bolívar, como se vio al principio de esta obra, había mandado a pasar a cuchillo a un número mayor de ochocientos españoles, civiles todos y prisioneros bajo sus órdenes en las cárceles de Caracas al llegar a la cúspide de la que fue llamada "campaña admirable", desatendiendo aun las voces equilibradas del arzobispo de Caracas llamándolo a la reflexión.

En el capítulo segundo de esta obra vimos con detalle aquellos episodios que fueron consecuencia del odio que encendió Tomás Boves, Cervériz y Monteverde con sus brutalidades y, por supuesto que dieron origen a la guerra a muerte que decretó el Libertador en Santa Ana.

Y es preciso igualmente anotar que en aquellos primeros años de la revolución el hermano del comandante Sucre fue asesinado cuando se encontraba herido en el hospital y su madrastra debió desfenestrarse ella misma en el asalto a su residencia, cuando iba a ser objeto de una ominosa violación.

Luego Bolívar, ferozmente ofendido con todo lo que habían hecho los pastusos y consciente del riesgo que su actuación significaba para toda la causa, pudo muy seguramente recrudecer aquellos sentimientos y ordenar tales hechos, como "la solución final" al problema pastuso: los desmanes huracanados de la tropa. Era la repetición de una historia ya vivida. Muy lamentable por cierto, pero respuesta a la irracionalidad de los hombres bajo el impulso de la mayor de todas las pasiones, que es el odio.

Resulta imprescindible ver un documento que reproduce O' Leary[117], que es una carta del virtuoso militar, de toda la confianza del Libertador Bolívar, general Bartolomé Salom, quien había sido designado en reemplazo del coronel Antonio Obando como comandante de la guarnición de Pasto con instrucciones terminantes de Bolívar:

> *"(…) Yo propuse a Su Excelencia los dos únicos medios que me parecían aceptables para terminar la guerra de Pasto, que eran o un indulto general concedido a los facciosos, o la destrucción total de país. En el día estoy por este último exclusivamente. No es posible dar una idea de la obstinada tenacidad y despecho con que obran los pastusos; si antes era la mayoría de la población la que se había declarado nuestra enemiga, ahora es la masa total de los pueblos la que nos hace la guerra con un furor que no se puede expresar; hemos*

[117] Memorias, O' Leary

cogido prisioneros muchachos de nueve a diez años. Este exceso de obsecación ha nacido de que saben ya el modo con que los tratamos: en Ibarra sorprendieron una contestación del señor Coronel Aguirre sobre la remisión de esposas que yo le pedía para mandar asegurados a los que se me presentasen según las instrucciones de S. E., y sacaron del Guáitara los cadáveres de dos pastusos que con ocho más entregué al comandante Paredes con orden verbal de que donde acampase el escuadrón, ya de este lado, los hiciese matar y enterrar secretamente, y este jefe, no se por qué los precipitó atados del puente del Guáitara, en cuyas playas encontraron los facciosos los dos que he dicho. De aquí es que han despreciado insolentemente las ventajosas proposiciones que les he hecho muchas veces, y no me han valido todos los medios de suavidad e indulgencia que ha puesto en práctica para reducirlos: están persuadidos que les hacemos la guerra a muerte, y nada nos creen." (subrayado mío)

Sí, estos hechos horrendos se dieron con la aquiescencia directa del Libertador. En realidad lo que cabe decir es que todo aquello fue una orden superior de Bolívar.

Vale la pena ver, en contraste, lo que opina e informa con toda su documentación el caracterizado antibolivariano pastuso doctor José Rafael Sañudo[118] sobre este mismo tema:

*"Ya desde que venía para Pasto (*Bolívar)*, traía horribles propósitos pues de Ibarra el 23 de diciembre de 1822, escribía que marchaba para ensayar contra ella, el método empleado en la Ciénaga (población del Magdalena) con los Rifles, que tuvo buen efecto; el 21 de julio desde Quito escribe a Santander: "'Yo he dictado medidas terribles contra ese infame pueblo, y U. tendrá una copia para el ministerio; de las instrucciones dadas al general Salom… Las mujeres mismas son*

[118] José Rafael Sañudo, "Estudios sobre la vida de Bolívar", Bolsilibros Bedout.

peligrosísimas"; y añade que en Pasto 3.000 (no quedaban más), son enemigas "pero un alma de acero que no plega por nada… es preciso destruirlo hasta en sus elementos"; mas Santander el 2 de agosto, le contestó que los expulsados de Guayaquil publicaban en Jamaica horrores de su conducta en Pasto[119]. Todavía le duraba la inquina contra Pasto, por lo de Bomboná, el 10 de febrero de 1824 exacerbado por la sublevación de Callao, pues daba a Salom, las órdenes de "Destruir a los pastusos. Us. Sabe muy bien que mientras exista un solo rebelde en los Pastos, están a punto de encallar las más fuertes divisiones nuestras": y que tomara reclutas y ocupara todo y publicara una ley marcial; y añadía:

"Pero esta declaración de ley marcial ofrece el inconveniente de que los rebeldes de Pasto, se harán tanto más fuertes, cuanto más victoriosos crean se hayan los españoles en el Perú" y aun el 21 de octubre de 1825 decía desde el Potosí a Santander: "Los pastusos deben ser aniquilados, y sus mujeres e hijos transportados a otra parte, dando a aquel país a una colonia militar. De otro modo Colombia se acordará de los pastusos cuando haya el menor alboroto o embarazo, aun cuando sea de aquí a cien años, porque jamás se olvidarán de nuestros estragos, aunque demasiado merecidos".

Si, leyendo estas cartas e informes oficiales, ciertos todos, lo que es forzoso concluir es que esos somos los hombres, capaces de todas las ignominias o sublimidades. La verdad es que nadie se ha atrevido a poner en duda las aserciones del doctor Sañudo. Lo que se le ha criticado es su pasión y su odio, que no disimula, olvidándose de que el que escribe sobre historia debe ser una persona serena, fría y objetiva.

---

[119] Nota al pie del mismo Sañudo, que dice: "Le escribió el 20 de febrero que por el general Córdova sabía sus medidas, y que deseaba que los que no pudieran ser reclutados, se pusiesen a abrir caminos ""para que se acabasen esas Termópilas."

La sicología normal de todas las personas, según lo estudiara William James, tiene un compuesto de sentimientos y pasiones que son la exacerbación de aquellos. Y desde luego, con ese barro humano, Bolívar sin duda alguna cometió iniquidades no obstante su grandeza. Como lo hiciera Dioclesiano, o el rey David, o Napoleón o Pedro El Grande.

Por su parte Benito Boves, quien había provocado, como se vio todo este incendio, volvió a Pasto no para reorganizarse sino para huir hacia la zona del Sibundoy, de donde partiría por el Amazonas hacia unos destinos que se pierden en el anonimato.

En cuanto a su compañero Agustín Agualongo, es menester que brevemente se diga que se acuarteló inicialmente en el Patía, después en toda la región pastusa manteniendo sin cuartel una lucha guerrillera feroz y sin tregua. Agualongo fue temible por su rudeza y sangre fría.

Y fue él quien disparó en los esteros de Tumaco, el 31 de marzo de 1823, el arma que destruyó parcialmente el maxilar inferior del entonces coronel Tomás Cipriano de Mosquera, quien en adelante, con todo el peso de su gloria y poder y de su rabia, sufrió un detrimento en la dicción y en la apariencia, que le obligó a sobrellevar, con todo su enojo permanente, el sobrenombre de Mascachochas.

José María Obando, aguerrido y valiente, fue inicialmente compañero de armas realistas de Agualongo; pero ya a las alturas del año 23 aquel estaba iniciando su etapa de coronel en las fuerzas patriotas; y fue precisamente él quien habría de capturarlo para luego llevarlo a Popayán a cumplir la pena de fusilamiento, que se produjo en esa ciudad el 13 de julio de 1824. Su grito final fue "Viva el rey". Y nadie supo entonces que aquel rey lejano, Fernando VII, por medio de cédula real, lo había ascendido a General de los Ejércitos de España, grado que no alcanzó a comunicárcele.

Cuando Sucre y su contingente regresaron a Quito, encontraron al general Simón Bolívar muy satisfecho de esta nueva victoria que le resolvía a él muchos problemas en la búsqueda afanosa de la nueva estrella del Perú.

Ya había terminado la guerra en aquella gran Colombia que había salido de su espada. Y una de las primeras cosas que hizo, al iniciar el nuevo año de 1823, fue ascender a Brigadier General al coronel José María Córdova. Era el 14 de enero.

O sea que Córdova, que apenas supera los 23 años, cumplidos en septiembre del año anterior, ya es un general de la República, brillante, muy destacado y con un inmenso porvenir. Lo admiran y valoran Bolívar, Santander y Sucre. Y todo el que lo conoce. Se eceptúa el entonces coronel Tomás Cipriano Mosquera que, como se verá adelante, guarda un viejo rencor desde cuando, después de la batalla de la Ladera en que se enfrentó con Obando, aquel coronel Córdova de entonces le reprochó por su cobardía y huida ante el enemigo. Este incidente, por cierto, daría lugar años después a la pérdida del afecto del Libertador hacia el general antioqueño por las intrigas y maquinaciones de Mosquera.

Precisamente, concluída la guerra en la república de Colombia, Santander le ha pedido a Su Excelencia el Libertador que le envíe a Córdova, pues los cuadros de altos oficiales en el Departamento de la Nueva Granada se han desprovisto con la guerra en el Sur.

25

LAS DIFERENTES HAZAÑAS DE LA GUERRA CONTINÚAN EN PASTO. AGUALONGO VUELVE A SUS ANDANZAS Y DESALOJA A SALOM. CÓRDOVA VA EN AUXILIO DESDE POPAYÁN Y DEBE REGRESAR EN RETIRADA. CÓRDOVA SE ENAMORA Y COMETE UN CRIMEN PASIONAL POR UNA ÑAPANGA. CAMBIO DE ESTRATEGIA CON LOS PASTUSOS. EL GENERAL MIRES. SANTANDER EN CONTRA DE NARIÑO. LOS TOROS DE FUCHA. DEFENSA DE NARIÑO ANTE EL CONGRESO. TRASLADO DE CÓRDOVA DE NUEVO AL SUR

La situación del Perú en ese 1822, antes de la llegada de Simón Bolívar, no es ni clara ni buena. Eso es lo que éste temía desde antes del encuentro con San Martín, que relatamos unas páginas atrás. Los españoles aun eran muy fuertes y todo hacía prever, en un hombre de tanta visión como el Libertador, que si no se reforzaba y dirigía apropiadamente la guerra hasta el vencimiento total de los realistas, el Perú podría volver a caer en la dominación de éstos, para desde allí irradiar una gran reconquista suramericana. Y ese temor, como atrás vimos, también lo era del Protector San Martín.

Veamos un poco lo que acota el historiador Restrepo, antes citado[120], sobre lo que era la situación en el Perú:

---

[120] Manuel José Restrepo, "Historia de la Revolución de Colombia.

"La suerte de las armas no había sido feliz a los patriotas en el antiguo Imperio de los Incas. Una expedición mandada por el General don Domingo Tristán, dirigida a ocupar los valles Importantes de Pisco e Ica, fue derrotada por los españoles. El General don Juan Canterac -español- *se hallaba situado en Jauja, donde supo con anticipación el destino de aquella columna. Pasando rápidamente la cordillera con una división inferior a la de los independientes, los sorprende y ataca en las cercanías de Ica cuando hacían una marcha nocturna. Tres mil hombres fueron derrotados completamente a la media noche del 6 de abril, tomándoles Canterac mil prisioneros, cerca de tres mil fusiles y casi todo cuanto pertenecía a la división de Tristán. Aqueste golpe funesto detuvo por algunos meses las operaciones militares de los independientes y llenó de orgullo a los realistas.*

"Al mismo tiempo consiguieron éstos otras muchas ventajas menores; parecía que diariamente afirmaban su dominación".

Fue en octubre de ese año 22 -ya no estaba el general San Martín- cuando, enviada por Bolívar, llegó la primera división colombiana a Lima con 2.000 hombres al mando del general Juan Paz del Castillo. Luego llegaron otras, al igual que el general Sucre y el general Lara y el coronel Córdova todavía sin el grado de general. Fueron muy mal recibidos por los peruanos. Botero Saldarriaga[121] anota sobre ese punto específico:

"*Fue este el Gobierno* -el que dejó encargado San Martín, explicamos- *que encontró funcionando en el Perú la División auxiliar colombiana al llegar a Lima. Apresuróse su Jefe, el veterano General don Juan Paz del Castillo, a ofrecer sus respetos, y apoyo y los de sus tropas al Congreso y a la Junta gubernamental.*

[121] Mismo autor, obra citada.

"Como en la premura con que Bolívar despachara estos contingentes de tropas colombianas para la República peruana no hubiera celebrado previamente ningún tratado con el Gobierno de aquel país sobre transporte, sostenimiento y pago de la División auxiliar, bien pronto se vio el General Castillo rodeado de toda clase de dificultades y apremiantes necesidades para sus tropas, siendo la más grave de aquéllas los mal traídos celos de los dirigentes peruanos contra los colombianos auxiliares.

"Fue entonces cuando la prensa de Lima se desató en insultos soeces y ataques injustos contra los jefes y tropas auxiliares colombianas; se le negaron al Jefe de la División las raciones, los vestuarios, la asistencia en los hospitales y los reemplazos para las bajas que sufría aquella. En vano con la mayor cortesía, autorizado por un comportamiento irreprochable de su División, se dirigió a la Junta de Gobierno para reclamar serena, pero insistentemente, se le prestaran aquellos recursos, que fue restringiendo a fin de hacer más fácil la satisfacción de sus reclamos.

"Nada se le otorgó y por el contrario se trató de llevarlo hasta el desespero negándosele constantemente lo que pedía. Los peruanos vivían entonces a la sombra de la grata ilusión de que podrían con sus propios esfuerzos y recursos conservar la libertad que San Martín y el ejército auxiliar argentino-chileno les habían dado, y conquistar las provincias que aún retenían los españoles realistas.

"El General Paz del Castillo, convencido de que nada se le otorgaría de lo que se le debería dar pidió, por último, los transportes necesarios para trasladarse a Guayaquil con su División, y logró que al fin se concedieran éstos".

Los generales Sucre y Córdova volvieron a Quito por órdenes expresas del Libertador. Habían regresado a Colombia, como se ha visto, a resolver el problema de los pastusos en la forma

como ya se dejó expuesto. Y como también se vio, al iniciarse el año 23 el Gran Caraqueño, producido el triunfo y la masacre -que vimos- sobre Pasto, lo primero que hace es otorgarle el grado de general de brigada a su apreciado oficial José María Córdova.

También se anotó que el vicepresidente Santander le había pedido a su Jefe que le enviara a Córdova. En el mensaje le dice: "*Con mucho ahínco espero a Córdova porque yo necesito de locos obedientes al gobierno".* Y efectivamentre tenía en mente un destino para él, que concreta en unas misivas cortas que recoge en sus Memorias el entonces teniente coronel Daniel Florencio O´Leary.

Veamos la siguiente carta de Santander a Bolívar, ante quien había acusado a Nariño de hacer una cerrada oposición al gobierno. Él odiaba al Precursor y éste le correspondía de igual modo. Así dice la carta:

> "*Córdova llegó enfermo y le he encargado de la Comandancia General del Departamento de Cundinamarca interinamente, sólo por quitar a Nariño, que es malvado de cuenta y más desagradecido que un indio. Aborrezco a este hombre de muerte y lo mismo a cuanto le pertenece."*[122]

Pero Córdova, mal juzgado por aquel Santander soterrado, taimado y vengativo, no era ese "loco" abyecto del gobierno de éste; y a pesar de la furia que tenía el vicepresidente contra el Precursor Nariño, engarzado en ese momento en una pelea de escritos que éste publicaba en una página creada por el mismo que tituló "Los toros de Fucha", respetó y admiró a Nariño como el gran caballero que era y por sus ejecutorias del pasado.

Santander monta en cólera y le escribe otra carta a Bolívar, con quien en ese momento conservaba amistad y reconocimiento. No por mucho tiempo por cierto.

---

[122] O´Leary

"Nariño ha vuelto a jeringar. Vea usted sus papeles. El dice con imprudencia: que si por lo de Pasto[123] lo deben juzgar, también debe ser juzgado usted por las acciones que haya perdido. Este bicho quiere fijar la opinión para que lo admitan en el Congreso, y desde allí darnos quien sabe cuantos dolores de cabeza! Yo me sostendré eternamente contra toda irregularidad, y avisaré a usted la que vaya ocurriendo. A mí me parecería bueno que allá hiciese usted escribir una carta, echándole en cara sus bochinches pasados, su salvación del poder español cuando otros patriotas han muerto a sus manos, su propensión al desorden y ese querer contradecir siempre el voto común: esta carta debe firmarla un oficial de sus correligionarios y conocidos, deben imprimirse algunos ejemplares en Quito o Guayaqil, y remitirme algunos. Sepa usted que este Nariño, con sus relaciones de familia, es muy peligroso en todas circunstancias y sólo por estos medios indirectamente se puede acallar. Yo soy enemigo de estas jaranas contra persona alguna, pero me temo mucho de que Nariño nos trastorne, ya que se ha hallado fuera de ocasión de ordenarnos, dirigiendo todas las cosas a su modo. Córdova, que recién llegado vomitaba espuma contra los bochincheros, a cuya cabeza está Nariño, YA NO QUIERE ENEMISTADES ni se da por entendido de nada, como si tal cosa pasara; como es tan badulaque, qué sé yo si con alguna charrita y algún cuento se lo han ganado o lo han embobado".[124]

La pelea de Nariño y Santander fue resonante. Solo que Santander utilizaba el poder y la intriga. Nariño solo la pluma.

---

[123] Se refiere a la entrega de su persona que hizo el general Nariño cuando, después de la traición del Mosca Rodríguez perdió el combate de Pasto y se perdió la primera república. Después de su entrega de su persona a unos soldados realistas, es cuando Nariño preso sale al balcón de la plaza -hoy en día plaza de Nariño- y expresa con su voz de clarín: "Pastusos, si queréis al general Nariño, aquí lo tenéis." Santander quería que se le adelantara un juicio por traición, que finalmente por sus instrucciones se le adelantó en el Senado.
[124] O´Leary

Éste era en verdad un hombre de muchas hazañas buenas y malas. Controrvertido, pasional, pero un hombre de frente y gran patriota. Había vivido y sentido todos los dolorosos estremecimientos del nacimiento de la primera república y de la actual. Su vida era respetable.

Pero Santander lo persiguió hasta la muerte. Planeó una acusación ante el Senado, del cual hacía parte Santander, con dos de sus amigos más allegados, Vicente Azuero y Diego Gómez, sin importarle que Nariño estaba en el final de esa existencia envejecida por el suplicio de los años y castigos, casi arrastrando la pierna donde estuvieron los pesados grillos del cautiverio.

Le formularon aquella acusación infame ante ese primer Senado que tuvo Colombia, acusación que ya se veía en la carta transcrita antes de Santander a Bolívar; y fue entonces cuando Nariño, miembro de la misma corporación por haberlo elegido la Convención de la Villa del Rosario de Cúcuta, después de oir a los acusadores, se levantó majestuosamente de su curul y pasó a ocupar el banquillo de los acusados. Después, con su voz casi vencida por la edad (63 años) y las enfermedades que lo aquejaban, pero firme y sonora, inició una de las piezas más grandes de la oratoria de todos los tiempos:

> *"Hoy me presento, señores, como reo ante el Senado de que he sido nombrado miembro, y acusado por el Congreso que yo mismo he istalado, y que he hecho este nombramiento; si los delitos de que se me acusa hubieran sido cometidos despúes de la instalación del Congreso, nada tendría en particular esta acusación; lo que tiene de admirable es ver a dos hombres que no habrían quizá nacido cuando yo ya padecía por la Patría, haciendo cargos de inhabilitación para ser Senador, después de haber mandado en la República, política y militarmente, en los primeros puestos sin que a nadie se le haya ocurrido hacerme tales objeciones. Pero lejos de sentir este paso atrevido, yo les doy las gracias por haberme proporcionado la ocasión de poder hablar en público sobre unos puntos que daban pábulo a mis enemigos para murmuraciones secretas; hoy se*

pondrá en claro, y deberé a estos mismos enemigos, no mi vindicación, de que jamás he creído tener necesidad, sino el poder hablar sin rubor de mis propias acciones.

"¡Qué satisfactorio es para mí, señores, verme hoy, como en otro tiempo Timoleón, acusado ante un Senado que el había creado, acusado por los jóvenes, acusado por malversación, después de los servicios que había hecho a la República, y el poderos decir sus mismas palabras al principiar el juicio:

"Oíd a mis acusadores- decía aquel grande hombre- oídlos, señores, advertid que todo ciudadano tiene el derecho de acusarme, y que en no permitirlo daríais un golpe a esa libertad que me es tan glorioso haberos dado.

"No comenzaré, señores, a satisfacer estos cargos implorando, como se hace comúnmente, vuestra clemencia, y la compasión que naturalmente reclama todo hombre desgraciado:

"No señores, me degradaría si después de haber pasado toda mi vida trabajando para que se viera entre nosotros establecido el imperio de las leyes, viniera ahora al fin de mi carrera a solicitar que se violara en mi favor. Justicia severa y recta es lo que imploro en el momento en que se va a abrir a los ojos del mundo entero el primer cuerpo de la Nación y el primer juicio que se presenta. Que el hacha de la ley descargue sobre mi cabeza, si he faltado alguna vez a los deberes de hombre de bien, a lo que debo a esta patria querida, a mis conciudadanos. Que la indignación pública venga tras la justicia a confundirme, si en el curso de toda mi vida se encontrase una sola acción que desdiga de mi acreditado patriotismo. Tampoco vendrán en mi socorro documentos que se puedan conseguir con el dinero, el favor y la autoridad; los que os presentaré están escritos en el cielo y la tierra, a la vista de toda la república, en el corazón de cuantos me han conocido, exceptuando sólo un cortísimo número de individuos del Congreso, que no veían porque les tenía cuenta no ver.

"Suponed, señores, que en lugar de haber establecido una imprenta a mi costa; en lugar de haber impreso los Derechos del Hombre; en lugar de haber acopiado una exquisita librería de muchos miles de libros escogidos; en lugar de haber propagado las ideas de la libertad, hasta en los escritos de mi defensa, sólo hubiera pensado en mi fortuna particular, en adular a los virreyes, con quienes tenía amistad, y en hacer la corte a los oidores, como mis enemigos se la han hecho a los expedicionarios. ¿Cuál habría sido mi causal en los dieciséis años que transcurrieron hasta la revolución? ¿Cuál habría sido hasta el día?". (…..)

Cuánta emoción transmite aun hoy esta defensa del orador y el patriota, acusado vilmente por aquellos dos pequeños pérfidos cuyas presencias se iban empequeñeciendo en el desarrollo del discurso, y detrás de los cuales se hallaba el encargado del poder ejecutivo con todo ese odio alienante que llega a confesar al propio Bolívar.

Tal vez fue por eso que éste, después de conocerlo en las profundidades de sus abismos interiores, también lo odio y lo llamó con el sobrenombre de Casandro.

El Libertador, que había nombrado a Nariño primer Vicepresidente de la República cuando la Convención de la Villa del Rosario, como se vio en capítulo muy anterior, le envió cartas a Santander y a Nariño instándolos a un gesto de paz.

Y si como se vio, Santander quería a Córdova como el instrumento de esas pasiones. Pero éste, distante de esas intenciones vicepresidenciales, cuando conoció a Nariño pofesó por él una gran veneración y respeto. Desde luego ese comportamiento iba sin duda a provocar nuevas iras del Vicepresidente, esta vez en contra del nuevo general, a quien se atreve a llamar "badulaque".

Santander saca pronto al joven general del Comando de Cundinamarca donde lo había nombrado y no le fue útil. El general Córdova pide un permiso y se va a Antioquia a visitar a su familia. La emoción de volver a ver a su madre, a su padre y hermanos ya muy crecidos, le hacen recobrar el aire y la confianza

en sí mismo, que a veces decaía por las rudas confrontaciones de la vida.

Entre tanto el 4 de junio de ese 1823 el Congreso aprueba la autorización para que Bolívar, como jefe de Estado, pudiera salir del territorio nacional, más concretamente para pasar al Perú, tal como lo ordenaba la Constitución de 1821[125], precepto que permaneció en todas las Constituciones hasta 1991.

Córdova inmediatamente solicita a Santander su traslado. Éste sabe además que Bolívar lo necesita como el militar valeroso e inteligente en las lides de la guerra. Así lo demostró ante la historia al lado del general, luego mariscal, Antonio José de Sucre y en las todas las batallas que libró al lado del propio Libertador. De inmediato Santander le concede el pase y el salvoconduto para irse a Ecuador pasando por Popayán, Cali y Buenaventura para tomar barco a Guayaquil.

Camino largo y muy dispendioso; y al final, ocurre que no hay barco disponible para el viaje. Por supuesto en aquella época Buenaventura o Cascajal (así se llama la isla donde está Buenaventura) era un puerto sin mayor movimiento.

Entonces Córdova regresa a Cali donde se entera de que Agualongo y Merchancano, con más odio acumulado, han vuelto a hacer una revuelta enfrentándose al general Bartolomé Salom, a cargo de la plaza, y al que hicieron salir de Pasto para refugiarse, como había hecho el propio Sucre, en el pueblo cercano de Túquerres, donde esperaba recibir refuerzos. Los pastusos seguían siendo los peores y más violentos enemigos de la república. Mientras tanto entraban triunfantes a Pasto el coronel Agustín Agualongo y su amigo Estanislao Merchancano, al que el primero ha nombrado gobernador, como ya se había apuntado. En una de esas contiendas le han ganado la batalla al joven coronel venezolano Juan José Flores golpeándolo a palos.

---

[125] Constitución denominada Ley Fundamental de la Unión de los pueblos de Colombia, 12 de julio de 1821, Villa del Rosario de Cúcuta. "Artículo 132. El presidente no puede salir del territorio de la República durante su presidencia, ni un año después, sin permiso del Congreso."

Santander le informa luego a Córdova por carta y en detalle de estos sucesos desgaciados. Entonces ingenuamente Córdova le contesta que volverá de inmediato a Buenaventura para abordar así fuera una canoa con destino al Ecuador para ir en apoyo de Salom y los demás patriotas. Pero Santander no lo deja embarcar y le ordena su regreso a la capital donde lo nombra, en interinidad, Ministro de la Alta Corte de Justicia[126], que se encarga del fuero militar y que por primera vez iba a funcionar en Colombia, ordenada así mismo por la Constitución de la Villa del Rosario que estaban estrenando.

Por cierto, por ironías del destino, fue esta Corte la que algunos años después habría de juzgar a Córdova por la muerte de un sargento en Popayán, que veremos adelante.

Unos dias después y volviendo al tema de las relaciones entre Santander y su odiado general Nariño, el Vicepresidente le escribiría de nuevo al Libertador. En la misiva, como se nota, aun subsiste la marca del rencor profundo de aquel, que no logra disimular. Dice:

> *"Acaba de estar en casa el general Nariño a darme mil satisfacciones y a protestarme su amistad y obediencia; ha hablado mucho y me ha asugurado sus deseos de vivir en paz conmigo. Yo no he sido menos generoso y desde luego seré menos duro en lo sucesivo, y más complaciente. Estas disputas han servido para probar al pueblo de Bogotá y descubrir si somos capaces de pelear sin turbar la tranquilidad pública. ¿cuál gobierno popular es el que no ha tenido estas oscilaciones?"*

Esta actitud gallarda de Nariño es resultado de las misivas enviadas por Bolívar a Santander y a aquel, en orden a restablecer aquella amistad perdida.

---

[126] Desde la misma Constitución de Villa del Rosario de 1821, El artículo 148 ordenaba: "Los ministros de las cortes superiores serán nombrados por el Poder Ejecutivo, a propuesta en terna de la alta Corte de Justicia. Su duración será la expresada en el artículo 145.

Córdova ha aceptado el nombramiento de magistrado militar, pero en los días que permanece en Bogotá se percata del hervidero de intrigas y falsedades en que se desenvuelven los altos poderes públicos y sobre todo de la forma tortuosa de ser de los políticos; y compara ese ambiente con los hechos que se están desarrollando en la provincia de Pasto, y sobre todo de los preparativos de la marcha de Bolívar inminente al Perú. Comprende entonces que él no es para la comedia bogotana. Él pertenece a la acción y siente emoción por el campo de batalla que ha sido su forma de vivir. Pide entonces a Santander que le permita salir con destino al Perú, pero pasando esta vez por Pasto, perdido nuevamente para la república. Santander le concede la solicitud y sabe, por supuesto, que el general Córdova se necesita más allá que acá.

Así logra éste salir hacia Popayán el 4 de septiembre del 23. Lleva la valija del gobierno en la que Santander como vicepresidente le informa al presidente titular de todos los hechos oficiales ocurridos en la república. De paso Córdova ha sido nombrado comandante de un ejército que tenía que formar en la ciudad tradicionalista de Popayán.Esta ciudad ha venido afrontando un destino incierto. Las grandes familias cargadas de abolengos españoles, en su mayor parte, han estado por la causa del rey, salvo los Mosqueras hijos, que abrazaron la causa republicana con otros pocos. Los demás han sido realistas. Pero por supuesto la ciudad ha tenido que afrontar el dominio alternativo de unos y otros. Y hasta padecer las invasiones de los patianos que les han infligido poderosas humillaciones y traumatismos.

El ejército que va a comandar el apuesto general Córdova solo alcanza a doscientos sesenta hombres con muchos reclutas incluidos. El segundo al mando es el teniente coronel José Hilario López, valiente y esforzado militar que habría ser presidente de la república varios años después, y además, para su honra, autor de la ley que eliminó definitivamente la esclavitud en este país. También está allí el hermano del general, el entonces capitán Salvador Córdova, pundonoroso y valiente militar que habría de desempeñar una carrera brillante, hasta que dio en Cartago,

en los desarrollos de la conocida Guerra de los Supremos, con el general Tomás Cipriano de Mosquera, a la sazón suegro del presidente titular de ese entonces, Pedro Alcántara Herrán, y lo hizo fusilar en los escaños de la plaza de esa ciudad.

Córdova, siguiendo las órdenes del general Santander, después de unos días sale hacia el Sur con su contingente y de modo rápido logra llegar al Juananbú, de paso para el río Mayo. Ha tenido entendimientos epistolares con el general Salom, quien viene en camino para unificarse. Pero Salom no llega. Él sospecha que hay una estrategia de los pastusos para dejarlo pasar fácil, a fin de luego liquidarlo. Todo un plan pastuso. Entonces se previene y decide que si Salom no llega, debe iniciar una retirada nada sencilla y rodeada de asedios. Lo acompañan solo 200 hombres muy valerosos. Pero cuando inicia el retroceso le salen los pastusos por todas partes en número muy superior. Él utiliza todos sus conocimientos militares y engaña haciéndoles creer que va por una ruta y toma la otra; y cuando no puede evitarlos, los enfrenta con valor y audacia dejando muchas bajas al enemigo. Pero el número de éste es descomunalmente mayor.

El 11 de octubre (1823) enfrenta al intrépido Agualongo en un sitio llamado Cruz de Olaya y, a base de astucia y talento, lo logra derrotar. Agualongo entonces, bajo el rigor de la derrota, decide seguir a Pasto y abandona a disgusto la persecución con muchas pérdidas. Ya sabe quien es Córdova.

Y así, el día 12, llega éste a Ventaquemada donde, sin la persecución angustiante del indio Agualongo, pasa una noche serena y logra el regreso después de varios días sin contratiempos a Popayán.

Esta retirada en la forma en que se produjo, fue calificada por el propio Córdova como su mejor acción de guerra, como que en lucha tan desigual, logró superar con talento y valor a un hombre tan avezado y valiente como Agualongo. Todo esto con la eficaz ayuda de José Hilario López, quien así lo reconoce en sus Memorias, y su hermano Salvador.

Dos meses permaneció Córdova en Popayán tratando de organizar su batallón para volver hacia Pasto y luego al Ecuador y el Perú.

Pero también habría de dar lugar este tiempo para que, a su temperamento afiebrado llegara una mujer ñapanga, seguramente hermosa, llamada Ignacia Tobar. La ñapanga era un personaje en Popayán que ostentaba el cruce de razas, con un color de piel variable entre el blanco radiante y el moreno sepia o miel, con una cabellera negra azabache, el vestido opaco con pollera vistosa que culminaba con alpargatas, y una gracia en el hablar suave y cantadito. *"Es por ese milay que yo te adoro… y que por ti daría hasta esta espada que me ciño ñanga",* decía poéticamente a la ñapanga el lírico guerrero don Julio Arboleda.

El apuesto joven general Córdova se prenda de ella, como antes se había enamorado perdidamente de aquella niña casta antioqueña, Manuela Morales, por cuya pasión estuvo pronto a dejar el ejército. Esta mujer de ahora era todo lo contrario de la primera. El movimiento ardiente de las caderas, las piernas seductoras y la gracia pecaminosa de la hembra. Pero tenía ella un mozo de compañía que la amaba con fiebre volcánica. Era sargento del ejército y se llamaba José del Camen Valdez.

Córdova pensó que era posible que su alta autoridad se impusiera sobre la dama y algo más serio aun, sobre el suboficial con fama de hombre rudo. Sargento al fin y al cabo. El general le había advertido a Valdez que no podía entrar a la casa donde él convivía con Ignacia. Córdova era un celoso de fácil cólera.

La noche del 28 de diciembre de 1823 el general llegó un poco tarde a casa de Ignacia. Se demorö ésta en abrirle y él entró en sospechas. Vuelve a tocar y a llamar, hasta que finalmente ella aparece en la puerta. El general ya sabe que Valdez está dentro. Y monta en unos celos irracionales. Lo encuentra debajo de la cama y lo mata con la propia balloneta del sargento.

En Popayán, donde el autor de esta obra estudió su carrera de abogado, todos los viejos sabían con detalles esta historia.

Por el alto interés que reviste, oigamos la manera como, según la versión de José Belver, recogida en un artículo escrito por el erudito Juan Camilo Rodríguez Gómez[127], se narran estos

[127] "Los impetuosos amores de José María Córdova", Colección Amor y pasión en la historia política de Colombia. Juan Camilo Rodríguez Gómez, Revista Credencial Historia.

hechos; y además veremos la versión del héroe antioqueño ante la Corte que lo juzgó un tiempo después en Bogotá. Leamos:

> *"José Belver, manifiesta que luego de varios encuentros de Córdova con Ignacia éste se percató de la presencia de Valdés en la habitación de la ñapanga, de manera que "le previno de que no volviera más a aquella casa, y que si lo desobedecía lo pasaría muy mal". Valdés continuó las visitas y Córdova lleno de sospechas y celos llegó una noche a la casa de Ignacia:*
>
> *"A eso de las nueve tocan a la ventana, y como nadie contestó, repiten los golpes con insistencia; la mujer resuelve acercarse y preguntar quién es, y conociendo la voz del general, abre temblando aquella y éste dice que le franquee la entrada; ella se lo permite, pero por el susto de que se halla poseída se le olvida cerrar la ventana; Córdova entra preguntándole dónde está el sargento, y ella le contesta que no esta ahí; mas aquél con la persuasión de que no le dice la verdad, toma la vela, lo busca por todas partes, alumbra al fin debajo de la cama y viéndolo allí le ordena que salga. Este obedece al punto, y al ponerse en pie, le saca el general la bayoneta que tenía en el tahalí y se la clava en el vientre. Viéndolo aquel herido mortalmente le decía a su agresor: "'"Mi general, no me acabe de matar, déjeme confesar'. Esto declararon dos individuos que en aquellos momentos se habían acercado a la ventana y que oyeron y aun presenciaron algo de esa horrorosa escena. … El sargento murió poco después". Córdova fue llamado a juicio por la Alta Corte de Justicia, pero continuó su camino de gloria hacía el sur y conquistó las célebres victorias de Junín y Ayacucho. Llegado a la cúspide de los triunfos militares, solicitó en 1826 autorización para volver a Bogotá y ponerse en manos de la justicia por los acontecimientos del sargento Valdés,… "*

Para poder establecer la diferencia y la credibilidad de las dos versiones, miremos lo que dijo el general en su indagatoria ante la Corte que lo juzgó y absolvió en 1826 en Bogotá:

> *"… En su versión ante la Alta Corte de Justicia a la que fue llamado a jucio, José María Córdova afirmó que el sargento Valdés era una persona conflictiva, que "apaleaba hoy a un paisano, mañana a una mujer, otro día a un soldado". Que en Popayán hirió en un brazo a uno de sus asistentes -siguió Córdova-, de manera que ordenó su detención y al encontrarlo en la esquina de la plaza "lo llamo y al darle un fuetazo, como para defenderse levanta un palo que tenía en su mano, me da en el brazo y corre para una calle donde había una guardia; lo mandé parar, no hace caso, grito a la guardia que lo aprehenda, y que si resiste lo mate; la guardia lo saca de una casa donde se había metido, en la puerta trata de escaparse, y le da unos bayonetazos, corre siempre, se mete en una tienda y allí fue muerto; esto se ha hecho de mi orden y en mi presencia.*
>
> *"En su relato, Córdova es claro en que la causa fue la desobediencia y que él dio la orden. No hay ninguna mención al interés de los dos por Ignacia Tobar".*

Naturalmente que entre estas dos versiones, y con el criterio jurídico que debe utilizar el juez de la historia, la versión del general Córdova deja muchas insatisfacciones, a diferencia de la primera versión que acabamos de ver y que trae a colación Rodríguez Gómez. Pero este asunto no es tema de ahora. Volveremos sobre él cuando lleguemos al juicio contra Córdova en el año 26.

Hay otro asunto muy doloroso en la vida del general en ese mismo diciembre. Él ha amado a toda su familia con gran devoción, especialmente a su padre. Y es en ese mismo diciembre cuando su amigo y paisano de Rionegro, don Sinforoso García, le escribe una carta en la que le manifiesta que su padre, don Miguel Clemente de Córdova, sustento de la familia, está

gravemente enfermo con riesgo de morir. Golpe muy duro en la ya dura vida del general, que navega en la pobreza. No tiene de bienes materiales más que el sueldo que le pagan atrasado. Así, en medio de su dolor, le envía una carta suplicante a don Sinforoso:

> *"Popayán, diciembre 3 de 1823.- Mi apreciable amigo: En que tristezas me ha puesto la carta de Vmd. ¡No ver más a mi padre querido! Mi madre llorando… Mis hermanitas… Dios mío. ¿No esta ahí Gutiérrez? ¿Carrasquilla? Por mi señora Josefa, por nuestra amistad, ruéguele a alguno de los dos que apure sus conocimientos por salvar a mi padre. Ofrézcale mi gratitud. Que no no se economice nada que pueda ser conveniente, nada que valga: si en mi casa no hay con qué pagar yo viviré a ración mientras satisfago. En el correo venidero tendrá Vmd. una contestación exacta de Mejía; Vmd. no haría más que yo, lo verá. Hé venido hace tres días a la campaña, el detalle de ella lo haré a Vmd. entonces; ahora estoy muy ocupado con cuerpos, con parques, etc.- Suplico a Vmd. con todo mi corazón que si mi padre fallece, vea por mi familia, que mi madre no llore en la miseria.- Vmd. sabe que yo puedo por mis sueldos y por lo que me debe el gobierno interesarme en los comprometimientos de mi casa; que se tenga esto presente.- Adiós mi amigo.- Soy suyo de veras J.M. Córdova.*

Conmovedora misiva que refleja la angustia del hijo lejano, en imposibilidad de moverse en esos momentos hacia la pena de su familia. Y el padre don Clemente fallece irremediablemente. Es entonces cuando, con la nobleza grande de un hijo, da la orden de que a su madre doña Pascula le sigan entregando hacia adelante las dos terceras partes de su sueldo. Nada más tiene.

Para asegurarse de que se cumplirá con la regularidad que asegure la manutención de su familia, Córdova le envía desde el Sur a su viejo amigo, actual Secretario del Interior de la Administración Central, José Manuel Restrepo este mensaje:

"Guayaquil, febrero *20 de 1824.-Señor doctor José Manuel Restrepo.- Mi apreciado amigo:…Mi amigo: como temo un poco no se haya accedido a mi solicitud de dar a mi madre los cien pesos a cuenta de mi sueldo, incluyo a usted certificación de los ministros de Quito de habérseme hecho allí dicho descuento; parece que dicha suma debía ser remitida a las cajas que exhiben; yo no lo sé efectivamente."*

El descuento se hizo religiosamente. Botero Saldarriaba[128] incorpora en su obra, procedente de la Tesorería de Antioquia, el siguiente documento:

"Hablando de las cuentas de la Tesorería de Antioquia, en aquellos años, el concienzudo historiador Coronel Carlos Cortes Vargas, escribe en EL MEMORIAL DEL ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO DE COLOMBIA lo que sigue:

"En las actas de esta misma Tesorería figura la partida de $1200, valor de doce meses de radicación pagada a la señora Pascuala Muñoz, madre del General José María Córdova, durante el tiempo que dicho señor General estuvo combatiendo por la libertad de aquella República. No uedo por menos de hacer notar, que en el oficio remisorio de aquella cuenta, se hace constar que el General Córdova fue el único que entre los que de aquella provincia servían en el Ejército, que dejó radicación a su familia y nada menos que la mitad de su sueldo. Este rasgo del Héroe de Ayacucho es quizá más hermoso que su famosa voz de mando: ¡ARMAS A DISCRECION. PASO DE VENCEDORES!".

Por supuesto en la guerra ocurren cosas extrañas. El 14 de diciembre todavía de 1823, bajo la inspección y órdenes de Bolívar, llegó a esa tierra indómita de Pasto el general español

[128] Autor y obra citados tantas veces

José Mires, quien desde Venezuela se había incorporado a la causa revolucionaria[129], y al frente de una división enfrentó a Agualongo en diferentes escenarios, en todos los cuales lo fue venciendo. Supo que la estrategia, muy propia de este curtido guerrillero, era buscar que Mires llegara a Pasto, donde creía que mejor lo dominarían y de paso también acabarían con la pequeña guarnición colombiana que allí había.

No fue así, porque Mires los venció, haciendo huir a los jefes rovoltosos hacia El Chorrillo, donde los persiguió y los derrotó haciendo que Agualongo emprendiera, a marchas forzadas, una retirada maltrecha y sin recursos. Y entró Mires victorioso a la ciudad con un mensaje diferente de paz y un nuevo giro que el Libertador quería imprimirle a las relaciones con los miembros de la comunidad pastusa. Ya no es con odio sino con respeto y comprensión. Santander también, siguiendo la misma línea sugerida por el Libertador, envía un mensaje de paz y respeto. Los pastusos, ante este cambio, lo dejan entrar y lo oyen.

[129] José Mires era un matemático español que llegó a Venezuela como profesor, pero cuando estalló la lucha independentista abrazó la causa patriota e hizo toda una carrera militar distinguiéndose siempre por su hidalguía.

26

FINALMENTE EL PERÚ. LOS DÍAS GLORIOSOS DE LIMA AL LADO DE MANUELA. LA ENFERMEDAD DE PATIVILCA. TRAICIÓN DE RIVA AGÜERO Y SU APRESAMIENTO. OTRAS TRAICIONES Y DESASTRES

Entre tanto Bolívar ha viajado finalmente al Perú, donde llega el 1º de septiembre de 1823. Y contra todas las manifestaciones de xenofobia contra los colombianos que se habían presentado antes, ha sido apoteósicamente recibido en Callao y en Lima. El Congreso le delega el poder militar supremo a él, y el gobierno al aristócrata peruano que ha tomado partido por los independentistas, José Bernardo de Tagle, IV Marqués de Torre Tagle. El Libertador se ha trasladado a Lima, pero hay diseminadas por todo el territorio unas fuerzas españolas muy poderosas que suman más de catorce mil hombres en brava actitud de combate, veteranos todos, y con grandes jefes como José de Canterac, Pedro Antonio Olañeta, José Ramón Rodil, el propio Virrey Laserna y muchos más.

El brillante historiador ecuatoriano Alfonso Rumazo González en su obra sobre Manuela Saenz[130] describe la llegada de Simón Bolívar a Lima y sus primeros días en el Perú así:

---

[130] Alfonso Rumazo, "Manuela Sáenz, La Libertadora del Libertador", Ediciones Mundial Bogotá

"Bolívar llega a Lima en forma espectacular (2 de septiembre 1823). El presidente del Perú Torre Tagle, viaja hasta el Callao para el recibimiento, en compañía de varios miembros del gobierno, de autoridades, de funcionarios. Las tropas han sido colocadas en dos alas para que pase el héroe. Se reviven los días de la entrada gloriosa de San Martín. La ciudad se encuentra embanderada, se disparan cañonazos, se arrojan flores a su paso, las persianas moriscas de los balcones están abiertas y las lujosas bellezas de Lima se disputan a porfía una mirada del hijo de Caracas."[131]

Una comisión del congreso le saluda, y el Libertador les responde lo siguiente:

'Los soldados libertadores no volverán a su patria sino cubiertos de laureles, pasando por arcos triunfales. Vencerán y dejarán libre al Perú o todos morirán. Yo lo prometo'. Era la declaración de una ruptura de hostilidades y de un desafío a muerte, a la que nunca se atrevió el Protector".

"¿Estaba el Perú en condiciones de lanzarse con brío a tamaña empresa? No. Todo lo contrario.

"Cuando Bolívar llegó al Perú la revolución estaba agonizante. Anonadada en los campos de batalla, hallábase desprestigiada en la opinión pública. Los sucesos posteriores a la salida de San Martín habían postrado a la nación en una serie de males tan grandes que el mismo Sucre hubo de confesar a tiempo que no veía más salvación posible que la presencia de Bolívar. Para lo político había quedado de presidente Riva Agüero y para lo militar el general Santa Cruz. El primero, miope y petulante, pensó que lo oportuno era desatar una campaña nacionalista contra los colombianos y se convirtió en el enemigo de Sucre desde el primer día.

---

[131] Gonzalo Bulnes, "Bolívar en el Perú", citado por Rumazo

El segundo, contra todas las opiniones sensatas y por sobre la autoridad de Sucre se lanzó a una desastrosa campaña por el sur, con dirección al alto Perú, cuyo final fue la pérdida de más de cuatro mil hombres. ¡Regresó derrotado, sin haber combatido y con sólo 700 soldados!".

Como ya se adelantó, desde el desfile triunfal de Quito Bolívar ha entablado una relación agitada y pasional con Manuela Sáenz de Thorne. Casada ella según se dijo con el comerciante inglés James Thorne, un inglés a cuyos conocimientos alcanzaban estos amores descarados, pero que según la mayoría de los historiadores su mentalidad inglesa pasaba desapercibidos con un manto de tolerancia.

Claro que en realidad Manuela nunca quiso a ese marido de quien se decía que era sumiso y pasivo, porque ella era ardiente y pasional y había descubierto a su héroe y amante en las encrucijadas de la vida. Pero es necesario que se diga además que aquel inglés tampoco era médico como se ha afirmado por muchos, sino que ejercía como un próspero comerciante que llegó a Quito e hizo recorrido por toda la geografía ecuatoriana y del Perú conformando una fortuna. Lejos de la verdad, además, que se diga que hubiere sido sumiso a los aditamentos en la frente que le puso Manuela, porque el señor James Thorne, durante ese tiempo de los amoríos tempestuosos de su consorte con Bolívar, había por su parte levantado una compañera permante con la que tuvo dos hijas y a cuyo lado murió unos años después. Hay una carta de Manuela dirigida a él, muy seguramente auténtica, que vale la pena ver aquí en relación con el propósito que en un momento dado exhibió Mr. Thorne de enderezar su matrimonio:

"Manuela Sáenz, carta a su marido, James Thorne, Lima, octubre de 1823[132]:

"¡No, no, no más hombre, ¡por Dios! ¿Por qué me hace usted escribirle, faltando a mi resolución? Vamos, ¿qué adelanta usted sino hacerme pasar por el dolor de decirle mil veces no?

---

[132] Texto proporcionado por Jenny Londoño y Jorge Núñez Sánchez.

"Señor: usted es excelente, es inimitable; jamás diré otra cosa sino lo que es usted. Pero, mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo; dejar a otro marido sin las cualidades de usted, sería nada.

"¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de este general por siete años, y con la seguridad de poseer su corazón, preferiría ser la mujer de otro, ni del Padre, ni del Hijo, ni del Espíritu Santo, o de la Santísima Trinidad?

"Si algo siento es que no haya sido usted mejor para haberlo dejado. Yo sé muy bien que nada puede unirme a Bolívar bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi esposo? ¡Ah!, yo no vivo de las preocupaciones sociales, inventadas para atormentarse mutuamente.

"Déjeme usted en paz, mi querido inglés. Hagamos otra cosa. En el cielo nos volveremos a casar, pero en la tierra no. ¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría yo que usted es muy descontentadizo.

"En la patria celestial pasaremos una vida angélica y toda espiritual (pues como hombre, usted es pesado); allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación (en amores digo; pues en lo demás, ¿quienes más hábiles para el comercio y la marina?). El amor les acomoda sin placeres; la conversación, sin gracia, y el caminar, despacio; el saludar, con reverencia; el levantarse y sentarse, con cuidado; la chanza, sin risa. Todas estas son formalidades divinas; pero a mí, miserable mortal, que me río de mí misma, de usted y de todas las seriedades inglesas, ¡Qué mal me iría en el cielo! Tan malo como si me fuera a vivir en Inglaterra o Constantinopla, pues me deben estos lugares el concepto de tiranos con las mujeres, aunque no lo fuese usted conmigo, pero sí más celoso que un portugués. Eso no lo quiero. ¿No tengo buen gusto?

"Basta de chanzas. Formalmente y sin reírme, y con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa, digo

que no me juntaré jamás con usted. Usted anglicano y yo atea, es el más fuerte impedimento religioso; el que estoy amando a otro, es el mayor y más fuerte. ¿No ve usted con qué formalidad pienso?

"Su invariable amiga, Manuela"

Tiene Manuela dos esclavas negras, esbeltas y hermosas llamadas Jonatás y Nathan, a las cuales conoció desde niñas y con quienes se decía que hacía rumbosas fiestas. Manuela es mujer sensual y seductora, pero hombruna, fuerte y revolucionaria de principio a fin. Es así misma soñadora y emprendedora al mismo tiempo. Maneja la pistola y el sable con destreza y se ha hecho nombrar coronela de los ejércitos libertadores, en los que participa como militar activa.

Tiene una amiga del alma, Rosita Campuzano, hermosa ella también, que en la época de San Martín en Lima era la amante del héroe argentino. A ellos dos se acerca íntimamente Manuela, aun exponiéndose a las habladurías -que nada importan a la quiteña- y que las gentes postulaban como una relación a tres. Y es con base en esa afiebrada pasión americana de la Saénz, que San Martín crea una orden caballeresca que impone sobre el pecho de la quiteña con la banda heráldica azul y blanca de la bandera argentina. Se trata de la Orden de las Caballeresas del Sol, y que ella luce con encanto y altísima satisfacción.

Cuando Bolívar, investido de todo el poder militar llega a Lima aquel 1º de septiembre de 1823, como ya se anotó, comete el error de llevar a Manuela. Ambos están locamente enamorados y él no le niega nada. Es alojado como huésped de honor -tal vez a insinuación de Manuela- en la Quinta de la Magdalena, donde se había hospedado el Libertador José de San Martín desde el año 21 al 22. Precisamente es desde esa vieja casona, próxima a Lima, que el Protector proclama la independencia del Perú el 28 de julio de 1821; y a partir de entonces tal mansión se convirte en una especie de aquella Malmaison, adquirida para Josefina por Napoleón cerca a París.

Precisamente es en esa quinta donde Manuela se siente una emperatriz. Como Josefina. Y crea, como antes lo hiciera con Rosita Campuzano para San Martín, su pequeña corte de

aristócratas y altos oficiales, con vinos y licores franceses y reuniones galantes por las que desfilan, igual que antes con San Martín, las damas hermosas y descocadas de esa clase aristocrática limeña, rimbombante y de rancios linajes, y de los maridos tolerantes que permitían, al estilo de las Cortes de Amor de Eleonora de Aquitania, el devaneo y la coquetería de sus consortes. Ellos también participaban de las liviandades de las damas ajenas.

Rumazo, citado antes[133], expone lo concernitente a esos primeros días de Lima y las traiciones que iba cometiendo, aun por escrito, el señor Riva Agüero:

> *"Había algo más grave todavía. Riva Agüero pactaba secretamente con los españoles, en condiciones como la siguiente: "Quinta. -Se convendrá el gobierno del Perú en despedir a las tropas auxiliares, y en caso de resistencia obrarán de concierto los españoles y los peruanos".*
>
> *"Los cuatro días que siguen a la entrega por el congreso de los poderes dictatoriales casi omnímodos a Bolívar, cuatro días destinados a endiosar al Libertador, en medio de salvas de artillería, de banderas, de iluminación general, de tedeums, no consiguen producir entusiasmo bélico. A lo sumo crece la aureola del héroe. Donde quiera que un jefe colombiano tenía necesidad de tomar medidas enérgicas, se alzaba contra él una grita de nacionalismos que minaba la unión indispensable para la causa común. La animosidad se había convertido en suspicacia contra Bolívar y en el pueblo se hacía camino la idea de que el ejército auxiliar era tan enemigo del Perú como el español"*[134]
>
> *¿Qué hacer? Lo primero que se resuelve, pasadas todas estas realidades, es -probablemente por sugerencia de la astucia femenina de Manuela- intensificar la vida*

---

[133] Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador, autor citado.
[134] Gonzalo Bulnet. OP. Cit. , T. 2, pág. 111, cita de Rumazo.

social, multiplicar las reuniones en los salones, en donde será posible descubrir, entre licores y alegría, a los verdaderos enemigos de la independencia. Manuela vuelve así a la intensa, agitadísima existencia que vivió en los gloriosos días del Protector. (…)"

Ese pues, desde un principio, fue un grave error de Bolívar que contribuyó a acrecentar la imagen negativa que proyectaba a los peruanos, en todo sentido nacionalistas y recelosos de los extranjeros. Y Bolívar y los colombianos lo eran.

Tal vez la primera consecuencia de tan marcado error, a pesar de la brevedad del tiempo transcurrido, se cumplió cuando el anterior presidente peruado, nombrado por el Congreso a la partida de San Martín, José de la Riva Agüero, se ha declarado en rebeldía con el Libertador y ha dividido las fuerzas patriotas. Bolívar descubre pruebas de la traición de éste -a las que se refiere en el párrafo transcrito Rumazo- y lo hace poner preso con algunos de sus cómplices.

A esto hay que agregar que el general peruano (nacido en Bolivia) Andrés Santa Cruz muy cercano a Riva Agüero, por su parte, se niega a reconocer la autoridad de Sucre y divide las fuerzas patriotas, haciendo que se perdieran muchos efectivos. Existe realmente una situación de catástrofe cuando la parte del ejército chileno, que llevó el Protector al Perú, ya sin éste, regresa a su país al igual que muchos argentinos que también desertan y se pierden.

Esta situación también se presenta en la guarnición colombiana, especialmente con los pastusos reclutados a la fuerza, que se escapan por cualquier camino buscando una libertad que no existe. Reina una especie de anarquía.

Bolívar después de esos días de la Magdalena que se repetirán después de las batallas victoriosas de Junín y Ayacucho, anda por todas partes tratando de poner orden en medio de un caos generalizado y el tira y afloje de la guerra. Pierde a Lima por la llegada alternativa de los realistas. Le toca salir hacia otros lugares y llega a Pativilca, región desértica cercana a la capital, donde se establece precariamente; y desde ese lugar

envía correos a todas las regiones. Su situación militar se torna precaria. Es intensa su correspondencia con el encargado del poder ejecutivo de Colombia General Santander y está pendiente de una ayuda importante que ha de autorizar mediante ley el Congreso en Bogotá, corporación en la que existen marcados enemigos del Libertador. Naturalmente la dirección y todas las responsabilidades de la guerra son suyas.

En Pativilca se enferma gravemente el 1º de enero de 1824, pero continúa su labor intensamente a través de unos secretarios y amanuenses a los que dicta simultáneamente varios correos y documentos, hasta donde alcanza. Luego le será imposible hacerlo. Y por supuesto está al tanto, mediante el numeroso correo que recibe, de lo que sucede en todas partes. Su correspondencia con el Vicepresidente Santander es copiosa y con todos los grandes y pequeños jefes que le escriben para hacerle comentarios, a quienes él contesta para impartirles las órdenes correspondientes. Nadie se queda sin una respuesta.

Es admirable cómo, estando en una guerra agitada y extendida, la gente vive al día en las noticias que llegan a través del único elemento -que siempre existió-, que era el correo a lomo de mula por los agrestes caminos de una geografía interminable de montañas escarpadas, cañadas abruptas y ríos tormentosos.

De Pativilca remite a través de uno de sus secretarios al general Salom lo que podría llamarse un nuevo tratado de garantías a los pastusos. Dice así:

> *Al señor General Bartolomé Salom.*
>
> *"Deseando S. E. el Libertador poner término a los males que afligen a una sección interesante de la República de Colombia, cuyos habitantes son reconocidos más bien por enemigos de ella que por adictos al sistema español; y deseando al mismo tiempo calmar el ímpetu de unas pasiones desenfrenadas que han elevado el valor y el coraje de aquellos pueblos hasta el grado de desesperación:*
>
> *"S. E. ha dispuesto que el al dignísimo Obispo de Popayán se le ruegue se dirija a Pasto a exhortar en*

nombre de la Divinidad a los rebeldes y a proponerles una completa amnistía a nombre de S. E. y del Congreso de Colombia, con tal que depongan su furor militar, y se sometan a las leyes de la República y entreguen todas las armas de que se hallan en posesión y que tan hostilmente emplean contra sus hermanos.

"De consiguiente, es necesario que Ud. dispute un comisionado cerca de los Jefes de la División enemiga de los Pastos, el cual debe anunciarles la ida del Reverendo Obispo con el indulto general que les ofrece en nombre de Dios y de la humanidad. Conviene recordarles en una proclama la religiosidad con que S. E. El Libertador ha cumplido siempre sus promesas. Se les ofrecerá no ser molestados en cosa alguna, antes bien, serán tratados con toda consideración como hijos predilectos de la República. Se les procurará inspirarles la más grande confianza en unos ofrecimientos que les hace el cuerpo de Representantes de la nación, por órgano del Ilmo. Prelado de aquella Diócesis.

"No se omitirá medio alguno de hacerles deponer su rencor y de invitarlos a una fraternal y amigable reconciliación. Por último, Ud. añadirá a este intento todo lo demás que crea conveniente en la seguridad y persuasión de la inviolabilidad de estas promesas.

"Así todos los convenios que se celebrasen con los pastusos por el Reverendo Obispo, serán exactamente cumplidos.

"Ud. instará por su parte, al Ilmo. Señor Obispo de Popayán, para que no tarde en verificar esta misión.

"Además, facilitará Ud. al mismo Reverendo Obispo todos los auxilios que necesite para el pronto y mejor desempeño de esta importante comisión.

"Dios, etc. "Pativilca, enero 25 de 1824. JOSÉ D. ESPINAR".

Y es en medio de tan desfavorables circunstancias, en un país extraño cuyas gentes importantes están casi todas en contra

de los colombianos, situación deprimente a la que se agrega la indisciplina de unos cuadros directivos del ejército de origen peruano que hacen alarde de un nacionalismo a ultranza, que se ha creado una sobrecarga de angustias que quebranta la salud física y espiritual del Libertador.

Un hombre tan duro como él, tan hecho a todas las dificultades, siente cómo la enfermedad le invade los riñones, el estómago, los pulmones y el hígado con la bilis, mientras la fiebre sube en un delirio de tristeza y abandono.

Él mismo dice de sí mismo que es un hombre de cuarenta años que se envejece prematuramente y parece de ochenta.

Pero las penas del alma son las que más le allagan con desesperación, perdida como siente la esperanza. Todavía los españoles, piensa, pueden tener un pie de fuerza de catorce mil hombres, mientras las fuerzas patriotas se extravían en la falta de acatamiento y unidad de mando. El tiempo anterior ha sido de grandes agitaciones y peligros, pero no de victorias. Y es allí, en Pativilca, donde Bolívar sucumbe espiritual y físicamente.

Un escritor de actualidad venezolano, Américo Fernández,[135] conocido por haber escrito una serie de crónicas sobre los episodios y personajes de la Independencia, apunta:

> *"El 7 de Enero de 1824 Bolivar se halla en Pativilca, enfermo, y con ganas de abandonar la causa. Sobre ello escribe a Santander en Bogotá porque el problema no es solo su salud complicada y agravada por su intensa marcha por el Sur en manos de fuerzas enemigas poderosas, sino las continuas desersiones y la falta de un ejército numéricamente importante, disciplinado y coherente.*
>
> *"Bolívar pide auxilios a Colombia porque los godos son poderosos y hacen movimientos envolventes. Pero el Libertador se pregunta qué hacer con los auxilios en caso de que lleguen sino son tropas organizadas, sino reclutas sin disciplina, sin moral, sin orden y sin equipo.*

[135] Crónicas de Américo Fernández

Qué pueden hacer sus 7 mil hombres contra 12 mil del enemigo ya vencedores, aguerridos y orgullosos. Bolívar ve el panorama demasiado oscuro. Sobre todo porque el gobierno de Colombia no responde eficiente ni suficientemente con tropas. "Si hay 400 granadinos o venezolanos es lo que más tenemos, y los suranos son tan desertores como no hay ejemplo; tanto es, que hemos perdido ya 3.000 en el ejército del Perú. De todo esto se deduce que yo no me quiero encargar de la catástrofe de ese país" le dice Bolívar al general Santander.

"Además -continúa el Libertador-, no quiero encargarme tampoco de la defensa del Sur, porque en ella voy a perder la poca reputación que me resta con hombres tan malvados e ingratos.

"Bolívar manifiesta a Santander que debido a esta situación no le queda más alternativa que irse a Bogotá tan pronto se restablezca de sus males agravados tras una prolongada marcha por la sierra del Perú. Se trata de una complicación de irritación interna y de reumatismo, de calentura y de un poco de mal de orina, de vómitos y dolor cólico.

"Todo esto – dice Bolívar – hace un conjunto que me ha tenido desesperado y me aflije todavía mucho. Ya no puedo hacer un esfuerzo sin padecer infinito. Ud. No me conocería porque estoy muy acabado y muy viejo, en medio de una tormenta como esta represento la senectud…" Mas Bolívar se restablecerá, permanecerá en Pativilca hasta marzo y en junio con su victoria en la Batalla de Junín cambiará todo el panorama oscuro *que el 7 de Enero en medio de las calenturas de sus males veía con deprimente pesimismo."*

Es realmente desolador este cuadro de un ser humano aparentemente invencible, pero vencido ahora por la enfermedad y las dificultades. Los médicos dijeron que el mal que lo aquejaba era el tabardillo, común en esos lugares. Pero los males que

reflejaba eran mayores. Por eso mismo y para resaltar el genio de ese gran venezolano, nos parece que es muy importante añadir para mejor ilustración de los lectores, lo que anota José Manuel Restrepo[136] relatando la visita que hace a Bolívar en esas condiciones el doctor Joaquín Mosquera y Figueroa, cuando al final de tal encuentro éste pregunta al Libertador qué piensa hacer. Veamos la respuesta.

> *"Trasladose en consecuencia* -Bolívar- *a Pativilca, pequeño puerto situado treinta leguas al norte de Lima. (…) … desgraciadamente, las fatigas del viaje por aquellos ardientes arenales le causaron una fuerte enfermedad de irritación en el estómago y de violenta fiebre, que le tuviera postrado en cama y delirando, desde el 1° de enero hasta el 8. Entonces principió a ceder la enfermedad, aunque por algún tiempo se mantuvo débil en extremo y su ánimo se turbó luego que se disminuyeron las fuerzas físicas. Veía el horizonte político negro por doquiera, y llegó a persuadirse que estaba comprometida fuertemente su reputación en el Perú, y que sería muy difícil salir con lucimiento.*
>
> *"Por fortuna arribó a Pativilca el señor Joaquín Mosquera[137], amigo íntimo del Libertador, quien habiendo tenido noticia en Supe de su enfermedad, fue inmediatamente a acompañarle en aquel peligro de su vida. Hallole convaleciente, flaco y extenuado. "Estaba, dice Mosquera en una carta, sentado en una pobre silla de vaqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco y sus pantalones de guin, que me dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas, su voz hueca y débil, y su semblante cadavérico.*

---

[136] Manuel José Restrepo, Historia de la Revolución de Colombia, ya citado antes.

[137] Joaquín Mosquera y Figueroa, hermano del arzobispo Mosquera y de Tomás Cipriano. A la sazón era agente diplomático de Colombia en el Perú. Más tarde, en 1830, fue presidente.

"Tal aspecto debía causar a Mosquera un profundo sentimiento y cuidado con la vida de Bolívar.

"Aquella terrible enfermedad no podía acaecer en época más peligrosa. El ejército de seis mil hombres que el General Santa Cruz condujo al Alto Perú, se había disipado sin pelear, y huyendo de los españoles desde Oruro hasta el Desaguadero. El de Chile había regresado a su país, abandonando la causa de la Independencia del Perú. Sólo quedaban, pués, para sostenerla, cuatro mil colombianos situados de Cajamarca a Santa, mandados por el General Sucre, y como tres mil peruanos que se organizaban y se disciplinaban en el Departamento de Trujillo. Tan débiles fuerzas debían oponerse a veintidós mil hombres, bien disciplinados y valientes, de que se componía el ejército español en el Alto y Bajo Perú. Para completar este negro cuadro, añadiremos que los peruanos estaban divididos en bandos y partidos políticos que contrariaban la unidad y el vigor de acción.

"En tan críticas circunstancias, pregunta Mosquera a Bolívar: "¿Y qué piensa usted hacer ahora?". "!Triunfar!", fue la contestación del Libertador (…)".

Bueno, allí está el cuadro del hundimiento vital y espiritual de un hombre obsesivo, terco, cruel y duro como Bolívar. Había sido en los comienzos de su vida pública un hombre romántico, pero en sus largas reflexiones en el triste asilo de Jamaica se había convertido en ese ser hecho a una guerra tan brutal como el enemigo que diariamente debía enfrentar. De hecho, todavía deliraba sobre los sueños que acarició al lado de su maestro inolvidable Simón Rodríguez o Robinson, quien le diera a su talento luminoso el cultivo intelectual y los conocimientos de historia que salían apasionados de las Vidas Paralelas de Plutarco y el trasegar por la vida de esa antigua Grecia y de Roma, y de los gerifaltes del iluminismo y la Ilustración de los enciclopedistas, al igual que las nociones del mundo moderno que se esbozan y analizan en la Carta de Jamaica, que en los comienzos analizamos.

Mas lo que lo realza por encima de todo en el cuadro vital de Bolívar, es que, como el ave fénix, después de ese hundimiento de Pativilca, cuando su amigo Joaquín Mosquera, a quien había designado como jefe de la Delegación colombiana ante el gobierno del Perú, hermano de Tomás Cipriano y del arzobispo y quien sería elegido Presidente de la República cuando él renunciara de manera definitiva y abandonara el poder en 1830, le pregunta qué piensa hacer en medio de ese infierno que se ha pintado y él contesta sin vacilar: ¡TRIUNFAR! Ese es, inconfundible, el genio del Libertador Simón Bolívar.

27

CÓRDOVA SALE DE NUEVO DE POPAYÁN. EL VENCIMIENTO DE TODAS LAS VISCISITUDES. EL CONGRESO CONSTITUYENTE Y LA DICTADURA DE BOLÍVAR EN EL PERÚ. EL GOBERNADOR OLAÑATE DEL ALTO PERÚ ES ABSOLUTISTA REAL MIENTRAS EL VIRREY LASERNA ES CONSTITUCIONALISTA. LA GRAN OPORTUNIDAD DE BOLÍVAR. DE LA DERROTA SEGURA PARTE A LA VICTORIA. LA GRAN MOVILIZACIÓN HACIA LOS ANDES

El general José María Córdova sale de Popayán hacia el Sur en el inicio de 1824. Año clave de cosas malas y cosas buenas. Como de costumbre, en medio de la precariedad y escasés de las finanzas colombianas, lleva un pequeño contingente. Pasa por Pasto, donde permanecen en cierta reconciliación los patriotas, después del nuevo trato con los pastusos y de la toma que hiciera el general José Mires, que vimos en capítulo anterior. Nada lo perturba y llega a Quito el 5 de febrero. En esta ciudad se encuentra nombrado Intendente General el general Bartolomé Salom. Es un puesto clave para la campaña del Perú en los actuales momentos. Córdova se reporta ante él y recibe las órdenes que le ha mandado, a través de un secretario, por escrito Bolívar: En ese momento -aun antes de la enfermedad- éste tiene un conjunto grande de amanuenses, a los cuales les dicta de manera simultánea sus órdenes y escritos: La orden decía en lo pertinente:

"Que luego que el general Córdova llegue a los Departamentos del mando de Us. le de orden de venir al Cuartel General de S.E. y que le escriba para que venga si no ha llegado. Lima, octubre 4 de 1823"

Y ya desde Pativilca, donde se encuentra atravesando la crisis de que hemos hablado, ordena:

"Las fuerzas que traiga el General Córdova deben entregarse al Coronel Flores, y aquel vendrá al Perú volando -Dios, etc.- Pativilca, enero 23 de 1824."[138]

Es de suponer que aunque Bolívar naufraga entre la enfemedad y la casi desesperación, la presencia de Córdova le inyecta optimismo. La considera absolutamente necesaria al lado de Sucre, esos dos generales en cuyas manos dignas entrega la suerte de la república.

Botero Saldarriaga[139] pinta con realismo la situación del Perú en el inicio de ese 1824 así:

"Después del alejamiento del Protector del Perú, el Ejecutivo fue desempeñado por un triunvirato compuesto de don José de Lamar, don Felipe Antonio Alvarado y don Manuel Salazar y Baquijano, Conde de Vista Florida. Durante el gobierno de esta Junta vino a Lima la primera expedición colombiana, que mandó el General Paz del Castillo y hemos narrado en qué condiciones y por qué motivos hubo de volver a Colombia. También fue bajo el mismo gobierno cuando se verificó la expedición a Intermedios, dirigida por el General Rudecindo Alvarado, la que fracasó lamentablemente después de las derrotas que le infringiera el General don Jerónimo Valdez en Toratá y Moquegua. A este desastre sucedió

---

[138] Memorias de O´Leary
[139] Autor y obra citada

el golpe militar de Santa Cruz, que concluyó con aquella Junta e impuso como Jefe del Ejecutivo al Marqués de Torre Tagle, para luego darle la presidencia efectiva al señor de la Riva Agüero. Fue durante estos momentos políticos cuando Canterac invadió a Lima y los ejércitos patriotas se vieron en la necesidad de recogerse tras los fuertes de El Callao, a donde los siguió el gobierno y el Congreso. En esta ciudad y con el enemigo a sus puertas fue desconocida la autoridad del Presidente Riva Agüero por el Congreso, pero apoyado por Sucre se embarcó para Trujillo en ejercicio de sus altas funciones. …. (error de buena fe en que incurrió Sucre que después habría de corregir Bolívar al comprobar la traición de Riva) *El Congreso, llamaba con insistencia a Bolívar para que viniera a salvar al Perú.*

"El General Santa Cruz, ciego admirador y secuaz de Riva Agüero, había planeado con éste una campaña sobre el Sur del país valiéndose de la comodidad de su marina, que no tenían los realistas y, seguido de Sucre y las fuerzas aliadas, abrió la campaña con el mismo programa que lo había hecho Alvarado; empero Santa Cruz, lleno de celos por la superioridad en todo campo del General Sucre, se lanzó por una vía de errores que lo condujo a los mismos desastres, si no peores, que al jefe argentino.

"Canterac ante la amenaza de la invasión del Alto Perú por las fuerzas de Santa Cruz abandonó a Lima y destacó buena parte de sus fuerzas para auxiliar a Laserna en aquellas apartadas regiones. Lima fue ocupada inmediatamente por una división del ejército colombiano al mando del General don Manuel Valdez, venezolano."

Las principales fuerzas realistas habían sido desplegadas hacia el Alto Perú en busca de enfrentar al general Andrés de Santa Cruz., quien estaba empeñado en acometer solo él la empresa decisiva al frente de una fuerza peruana muy importante para los

patriotas. A nadie escapaba que la toma del Alto Perú decidiría la suerte de toda esa vasta región peruana, o de todo el Perú.

Santa Cruz era un general nacido en La Paz, Alto Perú, región que, por mandato de Bolívar llegó a ser un país autónomo, que adoptó en homenaje al Libertador, el nombre de Bolivia -dicen que fue imposición de Manuela-. En este país Santa Cruz, pasados unos años, llegó a ser un personaje principal que ostentó el grado de Mariscal y luego fue elegido Presidente de la República.

También es de resaltar en el enjambre de sucesos que se vivían, las intrigas y traiciones de Riva Agüero, quien destituido por el Congreso el 23 de junio, se había trasladado, incluso con la ayuda desprevenida del general Sucre, como se anotó en la última cita, a Trujillo desde donde ejercía el cargo en contra del Congreso y despachaba de apariencia en favor de la causa emancipadora, pero al fondo había entrado en negociaciones secretas y traidoras con los realistas.

Estas felonías habían sido descubiertas con cartas originales que llegaron a las manos del propio Bolívar, quien, muy fastidiado, se puso al frente del ejército patriota y marchó a Trujillo para deponer al presidente desleal. Estando en Trujillo el Libertador tuvo un diálogo con el valiente y patriota coronel Antonio Gutiérrez de la Fuente, muy amigo y seguidor de Riva Agüero. Gutiérrez de la Fuente era un patriota honrado, pero había mostrado su animadversión al ejército colombiano y al propio Libertador.

Bolívar le enseña un documento que acredita la traición de Riva y convence a Gutiérrez, de tales defecciones. Entonces éste, al frente del batallón Cruceros, de inmediato entró a Trujillo para someterlo. El 25 de noviembre el coronel Gutiérrez había cumplido esa misión, y Bolívar pronto lo asciende a General.

Apresado Riva Agüero, Gutiérrez convoca a un cabildo abierto y el pueblo lo juzga condenándolo al fusilamiento a él y a sus amigos más cercanos. Otro grupo importante de peruanos solo habían dispuesto la extradición de Riva a Guayaquil con todos sus amigos Don Manuel Pérez Tudela, don José María Novoa, don Manuel Anaya, don Toribio Dávalos, don José de la Torre Ugarte, don Ramón Novoa y don Ramón Herrera.

Pero Bolívar ordena ponerlos en libertad. Su deseo es crear simpatía dentro de las tropas peruanas, chilenas y argentinas. Por eso también, cuando el general Santa Cruz reconoce sus errores y acata al Libertador, éste lo acoge y reincorpora al mando.

Hay una nota al pie sobre el tema de la captura de Riva Agüero que publica Botero Saldarriaga[140], muy ilustrativa y pertenece al archivo de Santander. Dice:

> *"Otra es la versión que de este golpe que derribara al Presidente Riva Agüero da el señor Vallarino en su Diario de Barranquilla, y con referencia al coronel Wilson: Estaba el Libertador en los mayores apuros en Trujillo y sondeando un día al general Lafuente, que era muy partidario de Riva Agüero, le dijo que se aturdía de ver que sostenía con tanto entusiasmo a un hombre que estaba en inteligencia con los españoles. ¡Cómo! le dijo Lafuente. -Sí señor; no se cómo usted ignora este escándalo. -Pues lo ignoro, señor. -Y si yo se lo compruebo a usted ¿qué haría? -Sería su peor enemigo. -Pues bien, he aquí esta carta. ¿Conoce usted la firma? -Sí, señor. -Pues léala. -La carta contenía ideas de infidencias que S.E. había preparado y hecho interceptar. Después de leída el general Lafuente se manifestó sorprendido, y el Libertador le dijo: -Y bien ¿qué hará usted ahora? -Ponerme a las órdenes de S. E. con mis escuadrones. -Pues, si usted quiere salvar a su país y cubrirse de gloria vaya usted a disponer su tropa para obrar. Desde ese día cayó Riva Agüero como usted sabe."*

Es preciso aclarar que se refiere a la misma persona del coronel Antonio Gutiérrez de la Fuente, que no es general en ese momento sino coronel y tampoco es Lafuente sino de la Fuente, como atrás se vio.

---

[140] Autor, obra citada.

Bolívar ha comenzado a salir de la enfermedad y la larga convalescencia. Ya su espíritu está intacto, como si recién fuera a comenzar la guerra.

Mas es preciso recordar que el inicio de las desventuras del Libertador tuvo lugar el día 13 de octubre de 1823, cuando se encontraba en Lima y recibe una nota desde Quilca de Sucre en la que le informa que el General Andrés de Santa Cruz, del que ya hemos hablado, ha sido vencido en retirada por los españoles en Oruro y Moquegua -situación por cierto que todos preveían; y que de los 5.000 mil hombres efectivos que tenía su ejército solo han quedado 600. Es esa, efectivamente, una noticia muy grave.

Lo han vencido los aguerridos militares españoles José de la Serna, José Canterac, Jerónimo Valdez, Olañeta y Monet. Santa Cruz, en apariencia, seguía las órdenes de Bolívar, pero detrás de él estaba la figura del presidente Riva Agüero quien maquinaba la traición y hacía que Santa Cruz, infatuado de sí mismo, siguiera sus instrucciones. En la siquis del Libertador comienzan a crecer los fantasmas de la desolación.

Como ya se dijo, Santa Cruz ha desatendido a Sucre, de quien se ha separado y cuyo talento militar envidia con odio, al igual que de las órdenes del Libertador, gran Jefe Supremo de las fuerzas armadas del Perú. Santa Cruz, con egoísmo, pensó que la gloria le iba a pertenecer solo a él. Y así fue, pero al contrario. Solo suyo fue el desastre.

Mortificaciones del trato de los hombres y los pueblos, sobre todo con países y tierras extrañas vienen. No fue indiferente para el Libertador Bolívar el comportamiento de unos diputados de Quito al Congreso colombiano de Bogotá a través de una proposición que publicaron ampliamente y aun en carteles en la ciudad de Quito. Dijeron:

> "*En el Cuerpo Legislativo tiene Quito Diputados capaces de acusar aun al mismo Presidente de la República cuando delinca.*"

Bolívar sintió, cuando aun bajo los efectos de la enfermedad, el golpe de la ingratitud que habría de soportar tantas veces en

el curso de su corta vida. Y el 9 de de enero de 1824, es decir un día después de lo peor de la crisis de Pativilca, escribió un oficio al Presidente encargado Santander, que antes vimos parcialmente, y otra carta de renuncia ante aquel Congreso en el que actuaban los diputados quiteños, argumentando como motivo de la dimisión, básicamente, su mala salud. También renunciaba a una pensión de treinta mil pesos que le había asignado por un año la misma Corporación, porque no la necesitaba para vivir. Aun creía que era un hombre rico.

La carta dice en parte:

> *"… Además, mientras que el reconocimiento de los pueblos me ha recompensado exuberantemente mi consagración al servicio militar, he podido soportar la carga de tan enorme peso; mas ahora que los frutos de la paz empiezan a embriagar a estos mismos pueblos, también es tiempo de alejarme del horrible peligro de las disenciones civiles y de poner a salvo mi único tesoro: mi reputación. Yo, pues, renuncio por la última vez la Presidencia de Colombia; jamás la he ejercido; así, pues, no puedo hacer la menor falta. Si la patria necesitase de un soldado, siempre me tendrá pronto para defender su causa. No podré encarecer a vuestra Excelencia el vehemente anhelo que me anima para obtener esta gracia de Congreso; y debo añadir que no ha mucho tiempo que el Protector del Perú me ha dado un terrible ejemplo, y sería grande mi dolor si tuviese qué imitarle."*

Un año se demoraría el Congreso en contestar que no aceptaba la renuncia del Libertador.

Entre tanto hubo una serie de episodios que aumentaron la incertidumbre de éste ante del conjunto de sucesos. Se pierde El Callao porque unos soldados argentinos y chilenos el 5 de febrero de 1824, encabezados por un sargento sureño traidor de nombre Dámaso Moyano, con el pretexto de que no les pagaban la soldada, ni las raciones, ni los gastos de regreso a sus países

si eran extranjeros, se apoderaron de los cuarteles y pusieron preso al gobernador general Alvarado, al Comandante de la Marina general Vivero y a toda la oficialidad y prololongaroron durante varios días la rebeldía contra el gobierno, aun del presidente Torre Tagle, cuya traición todavía no era conocida por Bolívar. Desde el otro día levantaron en el fuerte el pabellón español y dieron libertad a los numerosos presos realistas que había en dicho fuerte, entre ellos al coronel español José María Casariego; y entraron a pedir la suma astronómica de rescate de cien mil pesos. Situaciones todas que aprovecharon los realistas, quienes de entrada ascendieron a coronel al sargento argentino Moyano.

Luego entró a El Callao el teniente coronel Isidro Alaix, enviado por el importante general español Rodil. Alaix llevaba la alta suma de diez mil pesos para entregar a Moyano y a sus cómplices.

Sin embargo, la importante toma de El Callao, oficialmente, solo se realizaría por el propio general Rodil y el brigadier Monet el 29 de febrero. Iban al frente de un ejército de 3.000 hombres.

Todo este conjunto de traiciones se había agudizado cuando Bolívar decidió mandar una delegación encabezada por el propio Presidente José Bernardo de la Torre y Portocarrero, Marquez de Torre Tagle y el ministro de Guerra, don Juan Berindoaga hasta Jauja, ciudad en la que se encontraban los altos mandos del Rey. El propósito era buscar un armisticio que le diera un respiro a la causa republicana. Pero Torre Tagle, sin respeto por la alta dignidad que ostentaba, no propuso armisticio que, desde luego fue negado desde antes con un no rotundo. Los españoles sabían de sobra que su superioridad numérica en ese momento doblaba al ejército republicano. Por lo demás, ese tipo de decisiones, apuntó Canterac, corresponden exclusivamente al Virrey Laserna. Pero lo que sí cabía, era la felonía ruin del presidente Torre y el ministro Berindoaga.

José Manuel Restrepo[141] describe esta felonía así:

---

[141] Autor, obra citada.

"El general Canterac era quien manejaba el hilo de tal negociación, que se adelantaba secretamente. Torre-Tagle ofrecía a los españoles restablecer en Lima la autoridad real, entregar la plaza de El Callao y prestar a su amo el Rey cuantos servicios le fuera posible para remachar las cadenas del Perú, contribuyendo a la destrucción de los auxiliares colombianos, argentinos y chilenos, que derramaban su sangre por dar independencia y libertad a aquel país."

O sea que la primera parte de la traición de José Bernardo de la Torre y Berindoaga se había cumplido. La causa de la Independencia había perdido el más importante puerto del Perú y estaba cerca de perder a Lima.

Esta capital en esos momentos estaba en poder de setecientos hombres de las tropas colombianas, mal instruídos, mal vestidos y mal comidos. Pero allí permanecía el parque y arsenal principal traído de Colombia. La situación para Bolívar era cada vez más desesperante, mientras en Bogotá el presidente encargado Santander hacía juegos negativistas con otros enemigos en el propio Congreso.

Pide ayuda el Libertador a ese Congreso que se niega a aceptarle la renuncia con un odio marcadamente partidista. Necesita que le envíen de diez a dieciséis mil veteranos, especialmente de Venezuela, mil llaneros de esta misma provincia, dos millones de pesos, vestuario, fusiles, cañones, oficiales de la marina y barcos de guerra. Advierte con clarividencia que si se pierde la guerra en el Perú o él abandona, los realistas volverán al Sur de Colombia y de allí pasaran al Centro y a la misma Venezuela. De hecho Pasto se siente ufana de las noticias del Sur. Señala cómo en esos momentos Colombia solo tiene 4.000 hombres efectivos a los que se suman después del desastre de Santacruz unos 3.000 peruanos.

Los golpes constantes y firmes de los españoles y las traiciones han tornado en una causa perdida la emancipación del Perú, que se encuentra empobrecido, víctima de las exacciones y los abusos y además en su mayor parte contagiado de un

nacionalismo contra los colombianos a los cuales llegan a odiar, como se ha visto.

De Bogotá le anuncian la llegada de un contingente de 3.000 hombres, ordinariamente reclutados sobre la marcha, para ir a la lucha librada entre tierras desérticas o elevados picachos de los Andes.

Ese temperamento de Bolívar, recién salido de la enorme crisis de Pativilca, es indomeñable. Y es entonces cuando se reúne el Congreso Constituyente del Perú el 10 de febrero y, en una sola sesión, decide bajo el desepero de la causa perdida, investirlo del poder supremo, como ocurrió con Cincinato en la antigua Roma. Se le otorga la dictadura para que, lejos de la dispersión y las continuas traiciones al más alto nivel, pueda dirigir omnímodamente la guerra y la economía desde el mando supremo. Es teóricamente un mando muy alto, pero reducido por las circunstancias tan adversas que se vivían.

Bolívar calibra el reto y conociéndose suficientemente a sí mismo, el 13 de febrero se presenta al Congreso y en una proclama reúne de nuevo las esperanzas:

"°Peruanos, las circunstancias son horribles para nuestra Patria, vosotros lo sabeis; pero no desesperéis de la República. Ella está expirando, pero no ha muerto aun. El ejército de Colombia está todavía intacto y es invencible. Esperamos además diez mil bravos que vienen de la Patria de los héroes de Colombia. ¿Quereis más esperanzas? ¡Peruanos! En cinco meses hemos *experimentado cinco traiciones y defecciones; pero os quedan contra millón y medio de enemigos catorce millones de americanos que os cubrirán con el escudo de sus armas. La justicia también nos favorece, y cuando se combate por ella, el Cielo no deja de conceder la victoria."*

Tal vez el primer acto como Dictador del Libertador Bolívar fue enviar a Lima al general argentino Mariano Necochea a que tratara de salvar lo que alcanzara. En ese momento la traición de Torre-Tagle y su inicuo ministro Berindoaga se había consumado. Había llamado a los españoles a que ocuparan la capital y todos los poderes les fueron entregados. El infame presidente republicano José Bernardo de la Torre, Marquez de Torre-Tagle -cuyo nombre

inexplicablemente ostenta con honor la Cancillería peruana- lanza una proclama contra Bolívar en la que utiliza los peores términos. Tirano y monstruo lo llama, enemigo de todo hombre de bien y de quien se opusiera a sus monstruosas ambiciones.

Nada fácil le fue a Necochea cumplir su misión en Lima, donde llegó el 27 de febrero. Sin embargo, rescató a cuatrocientos soldados y se percató de todas las infamias cometidas contra los colombianos.

El lector debe llevar su imaginación a un escenario de confluencias tan desatrosas para calibrar el genio del Gran Caraqueño, todavía bajo los efectos devastadores de su enfermedad en Pativilca. Primero, con un gobierno y un congreso en Bogotá creados por él, que lejos de comprender el trance de vida o muerte que se vive en el Perú, le quita la libertad de movimiento a su presidente constitucional y héroe Libertador de media América del Sur, al cual le impide participar en las batallas. Son las últimas medidas adoptadas en Bogotá. Y también prohíbe el envío de refuerzos sin el consentimiento del mismo legislativo, con toda la rémora de los trámites y debates en favor y en contra. Por lo demás, ha perdido la mitad de las fuerzas republicanas por la acción de los propios amigos y de los traidores, entre ellos dos presidentes de la República del Perú. Los españoles lo duplican en fuerzas y en profesionalismo y, casi que de modo simultáneo, pierde el puerto más importante de El Callao, donde posee un equipo de guerra y barcos, mientras que con la misma traición de Torre Tagle, casi que a manera de un puntillazo final, también se pierde la capital Lima con todos los recursos no solo propios, sino peruanos.

El riesgo de que los españoles lleguen a Pativilca donde aun se encuentra Bolívar, es cosa marcada en el tiempo como ineludible. Es por eso que después de meditarlo hondamente, y más allá de cualquier desesperación, Bolívar sabe que debe moverse de inmediato hacia Trujillo, donde existen acantonadas las fuerzas básicas más importantes de los libertadores de Colombia. Allí está Sucre a quien manda a llamar y le da instrucciones terminantes que hay que hacer conocer del comandante de Guayaquil para desviar los barcos. Córdova está próximo a llegar en medio de este desastre.

Botero Saldarriaga[142] narra la llegada de Córdova al frente de los tres mil veteranos que se habían anunciado de refuerzos por parte de Santander, de seis mil fusiles nuevos y los dos millones de pesos, ayudas con las cuales, ciertamente, los recursos del gobierno habían quedado exhaustos. Pero fuera de que era poco frente al mar de dificultades enfrentadas, también se cometieron serios errores que el Libertador recoge y critica con cierta alteración de ánimo. Veamos:

> *"A bordo de la goleta Macedonia[143] que con la Limeña escoltaban las fragatas Monteagudo y Mirror salió el general Córdova del puerto de Guayaquil el 29 de febrero en dirección a las costas del Perú. El 25 de marzo desembarcó en Pacasmayo habiéndose adelantado a los buques que convoyaba y conducían 1.000 soldados colombianos. Terrible y larga navegación en que perecieron 130 hombres de aquellos bravos veteranos; en que los buques hacían agua y se veían amenazados unas veces por los corsarios españoles y otras por la misma inseguridad de sus capitanes y tripulantes, pertenecientes a esos militares cospolitas que tan fácil le volvían las espaldas a las banderas de la patria americana.*
>
> *"Desde Pacasmayo ofició el general Córdova al Libertador su arribo a este puerto peruano a bordo de la Macedonia, y que luego llegarían las fragatas Monteagudo y Mirror con las columnas auxiliares y la corbeta La Limeña con el armamento y parque de aquella.*
>
> *"El 27 recibió el General Bolívar dicho oficio y en la misma fecha contestó al general Córdova, con bastante contrariedad y mal humor por ignorar los antecedentes de la expedición, la siguiente nota:*

---

[142] Autor, obra citada.

[143] Nota al pie de Botero que dice: La Macedonia, goleta de guerra de la flota peruana, fue comandada en el viaje de Córdova y sus tropas por el capitán de marina Mario J. Fluages.

"Al señor General José María Córdova. En este instante acaba S. E. de recibir las comunicaciones que US. conducen de Bogotá, y la nota de Us. de Pacasmayo. Sin duda ha extrañado mucho que la Macedonia, único buque de guerra que escoltaba el convoy de la Monteagudo y la Mirror se haya separado de ellas dejándolas expuestas al peligro de ser tomadas por los corsarios españoles. También ha extrañado mucho que conduciendo la Limeña el armamento de la columna, no lo hubiera Us. tomado a bordo de la Macedonia o a bordo de los transportes, pues ahora resulta el gravísimo mal de que la columna venga desarmada. Así, S.E. con esta fecha, previene al señor coronel Orbegoso, Comandante General de Lambayeque, que mande volando a buscar por tierra a Paita el armamento y cuando tenga a bordo dicho buque perteneciente a la columna y cuanto haya recibido el Guayaquil para conducir a este ejército. (…)"

Esta carta tiene fecha 27 de marzo y está firmada en Trujillo, a donde ya había viajado a instalarse el Libertador en medio de la precariedad y urgencia de la situación. Y es de agregar que, por no haberse tomado las medidas de que habla el Libertador, muchos barcos también se perdieron, consecuencia de la lamentable pérdida de El Callao.

Córdova logra llegar el 4 de abril al Cuartel General de Trujillo, en medio de tantas dificultades. Cada viaje hacia el Perú está rodeado de una gran mortandad en el camino -170 hombres en el último viaje-, más el asedio de los corsarios españoles en aumento y de los propios peligros en el suelo peruano. El Libertador, empero, no se deja aturdir por esas dificultades puntuales y todo lo estudia pormenorizadamente y con gran preocupación sin dejar detalles al azar.

Al señor Intendente de Guayaquíl, con un comportamiento altamente sospechoso de ineficiencia y hasta de deshonestidad, le escribe por intermedio de un amanuense:

"Al señor Intendente de Guayaquil. S. E. el Libertador está enterado de las causas que han producido la terrible mortandad en la última expedición que condujo el General Córdova. Sabe que las tropas y los reclutas han estado depositados mucho tiempo antes de dar la vela en el río a bordo de buques mercantes sufriendo toda la lluvia sobre cubierta; que los víveres que les pusieron fueron casi todos de malísima calidad, viejos, todos salados y aun podridos: que estos mismos víveres de tan mala condición eran muy escasos y apenas suficientes para 15 días, de modo que a fuerza de economía y de privaciones pudieron alcanzar para veinticinco días. Si las sucesivas expediciones son tan felices como las que condujo el general Córdova, valdría más no hacer tantos sacrificios para perderlos inútilmente y no estar despoblando a Colombia para que perezcan, o en la navegación por las faltas que he dicho antes, o en el río en los pontones en que los apiñan para que estén quince o veinte días antes de salir al sol y al agua. Dios, etc. Cuartel General en Trujillo a 8 de abril de 1824 J. Gabriel Pérez".

Éste que firma era el amanuense de Bolívar, quien por esos días se contraba altamente recargado en su correspondencia.

Otra reprensión similar le dirige al mismo Intendente de Guayaquil censurándole las altas sumas que han venido pagándose en la reparación de los barcos, que de nada han servido.

Córdova está muy apenado con el Libertador. Dificilmente comete errores militares. Pero hay unos hechos cumplidos, todos desgraciados. Nada ha mitigado estas desgracias, salvo la terquedad de Bolívar.

Leamos otra vez sobre toda esta penumbra la pluma autorizada de Restrepo[144]:

---

[144] José Manuel Restrepo, obra citada.

"Estos sucesos colmaron la medida de las penas que sufría el Libertador, e hicieron su posición política y militar crítica en extremo. Ligáronse los traidores y los españoles en una causa, para hacer creer al pueblo ignorante que había cesado -Con la toma de Lima- *la guerra en el Perú, y que en su territorio solo quedaban los únicos enemigos de su felicidad, que eran los colombianos, en cuya destrucción debían de trabajar de consuno todos los hijos del país; idea funesta que podía enajenar contra Bolívar y los colombianos el ánimo de los pueblos sometidos a su mando. Por fortuna, muchos patriotas peruanos de influencia se dedicaron a combatir las seducciones de los traidores y de los españoles, consiguiendo restablecer así la opinión de los pueblos, que aun permanecían fieles a la santa causa de la independencia americana.*

"Bolívar, después de trabajar muy activamente en Pativilca para reorganizar las tropas y los pocos elementos que se habían salvado de la catástrofe de Lima, y para rechazar a los españoles en caso de que pretendieran avanzar hacia el Norte, dispuso acercarse a los acantonamientos de su ejército; se dirigió, pues, a Trujillo en los primeros días de marzo. Allí recibió la proclama ya mencionada de Torre-Tagle en que tanto le calumniaba. Contestola con otra (marzo 11) dirigida a los pueblos del Perú, manifestándoles que los intereses de Colombia, íntimamente ligados a los pueblos del Perú, le habían compelido a admitir la odiosa autoridad de Dictador. "Yo hubiera preferido no haber venido jamás al Perú, y prefiriera también vuestra pérdida misma al espantoso título de Dictador. Pero Colombia estaba comprometida en vuestra suerte, y no ha sido posible vacilar.

"!Peruanos! Vuestros Jefes, vuestros internos enemigos han calumniado a Colombia, a sus bravos y a mí mismo. Se ha dicho que pretendemos usurpar vuestros derechos, vuestro territorio y vuestra independencia. Yo declaro a nombre de Colombia, y por el sagrado honor del ejército libertador, que mi autoridad no pasará del tiempo indispensable para prepararnos a la victoria; que al acto de partir el ejército de las provincias que actualmente ocupa sereis gobernados constitucionalmente por vuestras leyes y por vuestros magistrados.

¡Peruanos! El campo de batalla que sea testigo del valor de nuestros soldados, del triunfo de nuestra libertad, ese campo afortunado me verá arrojar de la mano la palma de la Dictadura; y de allí me volveré a Colombia con mis hermanos de armas, sin tomar un grano de arena del Perú; dejando la libertad."

El acucioso y valiente general Canterac aun se encuentra en Jauja. Es allí su cuartel general. Observa y mide el tiro. Comprende que debe acercarse a Huanuco, Humalíes Huamachuco, cercano al rico territorio minero de Pasco, donde se encuentra Bolívar con su ejército. Éste, como todos en la guerra, tiene una red de espías que todo lo informan. Los movimientos de tropas y los planes. Bolívar sabe que no puede perder ninguna batalla. Cualquier retirada supone un desierto como el de Sechura con 32 leguas de arena, sin una gota de agua. Escribe con desesperación nuevamente a Santander insistiéndole en las ayudas que ha pedido antes y en los 1.000 veteranos llaneros. Santander le contesta planteándole las vicisitudes que atraviesa. El gobierno de las tres repúblicas convertidas en una sola agota los impuestos, no hay industrias y solo subisiste la desolación de la guerra pasada. Y el Libertador, a pesar de que tiene rencor contra el Congreso y el propio Santander -que ya no oculta-, sabe que lo que le está contestando éste es verdad.

Santander promete y cumple, llevar al Congreso los proyectos y reclamarles la urgencia manifiesta, los cuales se irían cristalizando en la medida de las posibilidades. Pero eso, ciertamente, no es lo que el Héroe Caraqueño espera dentro del corralón de urgencias en que está metido al Sur del Perú.

Empero, una luz de esperanza llegó de donde nadie esperaba: de los propios españoles. Era una situación que provenía desde la política interna de España. Fernando VII había abolido el régimen constitucional del reino que habían creado unas Cortes de orientación liberal en Cádiz, las que habían entregado la Constitución conocida como la Pepa. Ese rey antiguamente llamado El Deseado, había derogado por medio de una pragmática estas reformas liberales para retornar al absolutismo que regía antes de Aranjuez y de Bayona.

Época tormentosa esta en la que la mano de Fernando VII había producido las mayores persecuciones. Se habían cometido todos los atropellos y asesinatos de los demócratas que habían luchado contra los usurpadores franceses. Como consecuencia directa de estas tropelías del fatídico monarca, había tenido lugar la Revolución de Riego -de la que hablamos cuando la guerra estaba en Venezuela en los tiempos de Morillo, que finalmente fue reprimida, dando inicio a una larga contienda de opinión y armas que traspasó los linderos temporales de las guerras carlistas y liberales medio siglo después.

Ocurre que el Virrey José Laserna pertenecía, al igual que Canterac y gran parte de la alta oficialidad, a los constitucionalistas. Pero no así el gobernador del Alto Perú, general Pedro Antonio Olañeta, quien era absolutista y creía en la última pragmática -y la practicaba- del Rey Fernando. La había hecho reploclamar en sus dominios y por supuesto había entrado en serios enfrentamientos con el Virrey. "Usted manda allá y yo acá" había dicho. Por supuesto las órdenes de ataque a Bolívar se habían dilatado en el tiempo por Olañeta, tiempo que fue precioso para el Libertador.

El historiador Restrepo[145] narra así:

> *"La causa principal de la apatía y poca decisión que manifestaron los jefes realistas en los meses de abril, mayo y junio fue la ruidosa desavenencia ocurrida entre el Virrey Laserna y el General Don Pedro Antonio Olañeta, que mandaba en el Alto Perú. Hallábase desesperado por varios desaires que le habían hecho Laserna, Canterac y otros Jefes españoles de los que vinieron últimamente a las playas del Perú; despreciaban éstos a los que habían hecho la guerra antes de su arribo, porque no sabían la táctica moderna, aun cuando hubieran prestado servicios muy distinguidos a la causa de la Madre Patria. Respecto de Olañeta había otra razón: era la de que éste fue comerciante, profesión que continuara después que abrazó la carrera militar como guerrillero realista. Habíanselo*

[145] Historia de la Revolución Colombiana, tomo V, autor citado

permitido las diferentes autoridades que rigieron al país, considerando que así Olañeta, como sus numerosos agentes en el Alto Perú, hacían grandes servicios, comunicando noticias y proveyendo a la subsistencia de las tropas reales. Sin embargo, el Virrey Laserna puso coto y algunas trabas a las operaciones comerciales del general Olañeta, y esto acabó de enajenar su ánimo

"En los últimos días del año anterior principió Olañeta a ejecutar por sí solo operaciones que no eran de un vasallo sumiso, batiendo al General La Hera, gobernador del Potosí y al Brigadier Maroto, que mandaba en la provincia de Charcas; ambos tuvieron que abandonar sus gobiernos, y habiendo seguido el partido de Olañeta el coronel don Francisco Valdez, apellidado el Barbarucho, y el Gobernador de la Provincia de Santa Cruz de la Sierra, don Francisco Aguilera, quedó dueño de todo el Alto Perú desde el Desaguadero.

"Para colorir (sic) su atrevida empresa, decía Olañeta que el Virrey era un intruso que tenía el proyecto de establecer un imperio independiente que se extendería desde Túmbex hasta Túpiza; plan que también se había atribuído por los exaltados realistas a Abascal y al General Goyeneche. Añadía Olañeta que siendo decididos sostenedores de la Constitución española los jefes Laserna y sus tenientes, no reconocerían al rey Fernando en la plenitud de su poder luego que lo recuperase. En efecto, supo este acontecimiento por la vía de Buenos Aires, y con grande solemnidad proclamó en 21 de febrero, en la ciudad de Charcas o Chuquisaca, a Fernando VII como Rey absoluto."

El genio político de Bolívar recogió en el aire estos sucesos y de inmediato se dio cuenta de que todo estaba más cerca de la gloria que del fracaso. Entonces supo que debía recaudar todo recurso económico y humano utilizando los poderes de dictador que se le habían dado. Y cobijado por un sentimiento místico que extendió a sus hombres, entendió que la organización de la campaña debía ser perfecta. El milagro radicaba en que

de la derrota segura que se tenía, iba surgiendo de modo general el hilo delgadito del triunfo. Las esperanzas de las fuerzas colombianas renacieron, mientras Bolívar con extraña clarividencia, vio anticipadamente lo que ninguno otro podía ver en esos momentos: esa victoria.

Lo que seguía, cuando ya Canterac había comenzado la movilización al frente de 9.000 hombres, era movilizar también él a su ejército hacia las cimas norteñas de los Andes. Entonces febrilmente escalan y bajan en los marcados accidentes de la cordillera. Bolívar comunica entusiasmo, optimismo y mantiene erguida la frase en la que él cree firmemente que ese es un ejército invencible.

Algo más llega en auxilio. En medio de la discordia entre el Virrey y sus jefes y Olañeta, el Virrey le moviliza a éste al general Jerónimo Valdez al frente de cuatro mil hombres. Esto ocurre el día 20 de junio de ese año 24. Valdez tiene la orden de conducir a Olañeta prisionero y a sus comandantes al Cuzco, donde tiene su residencia el Virrey José de Lamar, para ser juzgados con arreglo a las leyes por tan escandalosas insurrecciones. De no obedecer, las órdenes eran proceder militarmente contra él y su gente.

La confrontación entre las dos facciones realistas, tal como estaban los ánimos caldeados por el sentimiento político, se dio, habiendo sostenido sus posiciones los olañesistas. Se demostraba de paso en estos procedimientos la gran ineptitud militar de Valdez. Por supuesto esta confrontación les impidió marchar en ayuda de sus mismas fuerzas realistas hacia el Norte, donde estaban movilizándose los republicanos.

Bolívar, movido por la confianza en sí mismo, ha conseguido recursos entre los pueblos y ha adquirido caballerías de recambio, uniformes, dotación y armas. Están allí al frente de sus divisiones los generales Antonio José de Sucre, General en Jefe de todo el Ejército, el general José La Mar jefe de todas las tropas del Perú[146], el General Jacinto Lara, Comandante de la Primera División de todas las tropas colombianas, el General José María

---

[146] El general José Lamar fue el presidente siguiente del Perú después de Ayacucho. Y fue precisamente él quien encabezó las tropas que intentaron invadir el territorio de sus libertadores en el Portete de Tarqui, al Sur de la Gran Colombia, donde Sucre lo venció.

Córdova al frente de la Segunda División, El General Mariano Necochea al frente de toda la Caballería y el General Guillermo Miller igualmente jefe de un ala de la misma Caballería. El General Andrés de Santa Cruz era el Jefe de Estado Mayor del Libertador y don José Sánchez Carrión era el Ministro Secretario General de Bolívar como Comandante y Supremo Dictador. Todos, como un solo hombre, estaban listos en sus puestos.

Y todo este entusiasmo casi místico se ha logrado transmitir de modo general a los pueblos del Perú. Curiosamente, de siete mil hombres, con los peruanos incluidos que se tenían al iniciar el año 24, los refuerzos llegados de Colombia y los reclutados en el Perú han hecho que los ocho batallones independentistas, a saber Caracas, Pichincha, Voltigeros, Bogotá, Rifles, Vencedor y Vargas, más un regimiento de granaderos y tres escuadrones de caballería, sumaran ahora más de nueve mil hombres.

En los planes de Bolívar estaba llegar a Pasco con toda su tropa. Había que emprender por el camino del indio de treinta centímetros de ancho el largo ascenso, escalofriante a veces, de los Andes. Una mula se descachaba en el paso y rodaba al abismo con toda su carga y el soldado también. La brisa helada, los vientos huracanados, la llovizna lenta o el torrencial aguacero en medio del ascenso pertinaz, vigoroso, helado, donde había que ampliar los senderos con azadón y pica y la planta del hombre escalando. Esa labor ingente, que Bolívar y otros veteranos habían agotado en el páramo de Pisba en la Nueva Granada, consumó todo el mes de junio. Era la gran víspera y se sentía en el aire un hálito optimista de victoria.

En esa dura movilización se encontraba Manuela Saenz, quien cuando Bolívar partió hacia Pativilca se había quedado en Lima, pero después de la enfermedad del Héroe Caraqueño, volvería a su lado y no lo abandonaría en las jornadas que precipitadamente siguieron después de los días de Trujillo y la asunción de la Dictadura.

Manuela, mientras el Libertador viaja ordinariamente concentrado en sus preocupaciones, se convierte en un derroche de energía. En todas partes está animando a la soldadesca, participando en el vivac, calibrando sus palabras para inyectar

mística y sentimiento nacional y patriótico. Luce su espada en el lado izquierdo de su pantalón militar y sus ojos destellan de luz mientras su clara belleza ilumina los campos helados y los días brumosos. Es una verdadera coronela, aunque las gentes la llaman La Generala.

Todos la quieren, menos Córdova que la siente intrigante y coqueta, incluso, según sostienen muchos, en los inicios de conocerla con él mismo, a pesar de ella saber que Córdova, para aquella época, era la flor de la lealtad al Libertador. Otros, entre ellos el historiador Antonio Cacua Prada, al que hemos citado antes, sostiene con argumentos sólidos que ella jamás le fue infiel a Bolívar.

28

LAS BATALLAS DE JUNIN Y AYACUCHO. LA GRAN VICTORIA

El trabajo metódico y ordenado de los patriotas en el ascenso de la córdillera hasta llegar al punto estratégico de Paupa, escogido con su clara visión por el propio Bolívar como punto central de la posición del ejército libertador, lo narra el historiador Restrepo[147] a quien debo acudir, igual que a otros, como una necesidad vital en la narrativa de esta historia en su parte palpitante. Era Restrepo un coetáneo conocedor de todos los momentos de aquellos acontecimientos cruciales que marcaron el destino de estos pueblos indoamericanos. A diferencia del autor de esta obra que solo puede conciliar distintas versiones de historiadores muy anteriores y atenerse a ellas, citándolas con alguna regularidad para darle mayor sustento y fidelidad al relato.

Veamos cómo describe Restrepo aquellos acontecimientos en su desarrollo cronológico:

> *"En todo el mes de junio pasaron los cuerpos los horribles desfiladeros que presentan las altas cimas de los andes. Al fin llegó el Libertador a Huanuco (junio). Los cuerpos siguieron sus marchas por escalones, ocupando la vanguardia la división "Córdoba", el centro*

[147] Historia de la Revolución de Colombia, tomo 5. Autor citado

Lamar, y Lara la retaguardia. Entretando la actividad del General en Jefe, Sucre, preparaba todo por dondequiera para prever al ejército unido de cuanto podía necesitar hasta Pasco, sin embargo de que debía recorrer un país tan frío como desierto, empobrecido por la guerra y las continuas exacciones.

"Canterac mandaba en Jauja el ejército que debía oponerse a Bolívar. Constaba de ocho batallones y nueve escuadrones, con una fuerza que excedía de siete mil hombres. Habíase disminuido por las guarniciones de Lima y de El Callao. Era, es cierto, inferior en números a las tropas independientes; empero se componía en su mayor parte de soldados antiguos, mandados por excelentes jefes, orgullosos con la serie no interrumpida de sus triunfos. Así el choque de estos adversarios debía ser violento, e inmensas las consecuencias en favor del que obtuviera la victoria.

"El Libertador tenía ya las esperanzas más lisonjeras de triunfar de los españoles. A pesar de esto, propocionó sus marchas de tal suerte, que se abriera la campaña en los primeros días de agosto. Con este designio dispuso que los diferentes cuerpos se reunieran en el cerro de Pasco en los últimos días de Julio; él llegó a esa villa el 29."

Sucre, desde antes de que produjera esta movilización general, había escrito al Libertador señalando su interés de que José María Córdova estuviera a su lado al momento de dar inicio a las hostilidades. Supo desde un principio que el General Córdova había llegado en el barco que los transportó a él y a sus hombres desde Guayaquil en condiciones precarias de salud y que el general Córdova, ya repuesto de los quebrantos, iba a comandar la segunda división a su lado, conforme le había pedido al propio Libertador. Conocía muy bien al héroe antioqueño y le era una garantía en el desarrollo de tales operaciones. Y ahora, conforme a la cita anterior, marchaba con su división a la vanguardia de todo el ejército.

Los hechos más trascendentales van a tener lugar en muy corto tiempo. Por eso precisamente, en aras a la mayor fidelidad que anotamos, debemos volver a Roberto Botero Saldarriaga[148] para examinar pormenorizadamente lo que fueron los movimientos, especialmente de Córdova, al finalizar el mes de junio y el comienzo de julio. Veamos:

> *"El 10 de julio el ejército Libertador por órdenes del General Bolívar se movía en distintas direcciones sobre Cerro de pasco.*
>
> *"El 13 le correspondíó el turno a la segunda División, y ese día marchó el General Córdova con los Batallones VARGAS, VOLTIGEROS y PICHINCHA del pueblo de Margos hacia la quebrada de Yanahuanca, de manera de llegar a Caina punto de reconcentración, por Chacallan.*
>
> *"En los pueblos de Chaupihuaranda acampó la segunda División el 17 de Julio.*
>
> *"Para el primero de agosto se señaló la reunión de todo el Ejército en cerro de Pasco. El Libertador se proponía darle la última mano a la organización de aquél y marchar recto al enemigo que se encontraba en Jauja. Contaba Bolívar con hallar en aquel valle a Canterac, acompañado, sólo por siete mil hombres pues los Generales La Serna, Valdés y Ferraz marchanban con sus tropas sobre el General Olañeta, quien en Potosí con la división de su mando se había separado de la obedencia del Virrey.*
>
> *"Y tan persuadido estaba el General Bolívar de que daría un combate decisivo en aquellas pampas al ejército realista que en su Cuartel General de Pasco, el 29 de julio, expidió la siguiente proclama:*
>
> *"¡Soldados! vais a completar la obra más grande que el cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud.*

---

[148] R. Botero Saldarriaga, Córdova, citados antes.

"¡Soldados! los enemigos que vais a destruír se jactan de catorce años de triunfos: ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras que han brillado en mil combates.

"¡Soldados! El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con encanto; porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo. ¿La burlaréis? ¡No, no! Vosotros sois invencibles".

Botero Saldarriga continúa la pintura de aquellos hechos memorables. La última batalla que libraría el Libertador Simón Bolívar sobre la cresta de los Andes, en la altiplanicie de Junín, estaba muy cerca. Allí concurría su fe irreductible, su capacidad de dirección de la guerra que había aprendido a punta de los errores y debilidades del pasado, que aquí en estas mismas páginas se han visto. Y todo se fue dando, como en una epopeya griega. Botero Saldarriaga[149] comenta:

"El 1º. de agosto quedó definitivamente organizado el Ejército unido, así:

"Comandante en Jefe: el General Antonio José de sucre, División de Vanguardia: Comandante: el general Jose María Córdova.

"Batallones de Infantería de Colombia: CARACAS, antes ZULIA; PICHINCHA; VOLTIGEROS, antes NUMANCIA; BOGOTÁ; caballería: el Regimiento de GRANADEROS DE COLOMBIA; el escuadrón GRANADEROS DE LOS ANDES; el escuadrón HÚSARES DEL PERÚ.

"División del Centro: Comandante: General José de la Mar.

"Cuerpos peruanos: LEGION PERUANA; Número 1º. De LA GUARDIA; Número 2º.; Número 3º., Caballería: Primer Regimento de Caballería del PERÚ, antes CORACEROS; artillería volante: seis piezas con su correspondiente servicio personal y material.

---

[149] Autor, ob. Cit.

"División de Retaguardia: Comandante: el General Jacinto Lara.

"Batallones de la infantería de Colombia; RIFLES, VENCEDOR EN BOYACA, VARGAS. Caballería: tres escuadrones de HUSARES DE COLOMBIA.

"Partidas sueltas al mando del General Correa, de 1500 hombres.

"Jefe de Estado Mayor General: General Andrés Santa Cruz.

"Comandante General de Caballería: General Mariano Necochea.

"Comandante de la Columna de Caballería peruana: General Guillermo Miller.

"Comandante de la Columna de Caballería Colombiana: Coronel Lucas Carvajal".

"Contaba el ejército con 7700 hombres de las distintas armas, sin incluir los 1500 guerrilleros que comandaba el General don Cirilo Correa.

*"De aquella hermosa parada militar dice Larrazábal: "El 2 de agosto Bolívar pasó una revista general de su ejército en la llanura del Sacramento, que se extiende entre Rancas y Pasco. Allí hizo leer a las tropas esta hermosa proclama (*que reprodujimos arriba*).*

"El Libertador recorrió luego las filas entre vivas aclamaciones de su ejército. De trecho en trecho arengaba a sus soldados con aquella elocuencia y aquel ardor que inflamaba el pecho americano. Recordó a los colombianos el 7 de agosto en Boyacá, señalándoles con el dedo las pampas de Jauja que se divisaban y se las designó como el lugar del triunfo y les marcó para adquirirle el 7 de aquel mes como presagio más seguro de la victoria. Todos los cuerpos manifestaron vivo entusiasmo a la presencia de su caudillo. La hermosura del lugar tan elevado (12.000 pies)[150], la imponente majestad de los Andes y el brillo del lago silencioso de

[150] 3.600 metros

los Reyes, origen principal del caudaloso Amazonas, que como un espejo inmenso blanqueaba entre aquellas enormes moles, "sentadas sobre bases de oro", realzaba la solemnidad del espectáculo y la alegría de nuestro ejército. "Allí (escribía un testigo presencial) allí vimos todos centellear la gloria colombiana; nos pareció ver ya libre el Nuevo Mundo.[151]".

Ya se ha anotado que Canterac estaba en Jauja al frente de más de siete mil hombres veteranos y altamente adiestrados. Él va a dar la batalla y tiene mucha confianza en sí mismo, sin que lo detengan a pensar los hechos que ha generado la desobediencia del general Olañate. Tiene un poco menos contingente que Bolívar, a quien ya conoce suficientemente y respeta como enemigo, pero cree poseer un ejército mejor adiestrado.

Dentro de estos claros propósitos, salió en búsqueda de Bolívar de Jauja el 1º de agosto de 1824. Se dirigió a Pasco. Pero el Libertador, con el mismo propósito de buscar batalla, se había movido hacia Jauja, y supo por el espionaje, que Canterac el día 4 había llegado a Reyes, una hermosa población sobre la elevada pampa, a cuyo lado corren varios caudalosos ríos y está la hermosa laguna del mismo nombre, también conocida como de Junín y Chinchaycocha, que es el centro de origen del nacimiento del gigante Amazonas. Bolívar pasa entonces el río Conacancha en busca de encontrar al español, que por supuesto busca mejor ubicación para el encuentro. Es el día 5 de agosto. En estos momentos la confrontación es cosa decidida, pero hay que buscar la ubicación estratégica dominante.

Pasado el río Conacancha, Bolívar se dirige hacia Reyes en busca de Canterac. Pero éste, desde el día anterior, ha dado la orden de evacuar desde Carhuamayo. Bolívar aprovecha estas circunstancias y da la orden de atacar de inmediato, tan pronto alcancen a los realistas, que se mueven rápido y ya han logrado

---

[151] Nota al pie del autor citado que dice: "Felipe Larrazabal: Vida del Libertador Simón Bolívar, tomo II." Se trata de un personaje muy importante venezolano, escritor, historiador, abogado y hasta músico

una distancia de ocho leguas. Quizás la rapidez es la mayor virtud en eso que siempre llamaron el arte de la guerra.

Esta última circunstancia aboca al Libertador a ver dividido el ejército, cuya infantería se fue rezagando ante la marcha rápida de la caballería. Por supuesto que ambos ejércitos, también el de Canterac, se mueven guardando las distancias propias de las Divisiones, pero de modo conjunto, es decir, sin que se separen.

Entonces, conforme a las órdenes de Bolívar, la División Córdova marcha a la vanguardia, la División de Lamar con todo el ejército del Perú, marcha por el centro y la División del general Jacinto Lara a la retaguardia. Estas cosas están ocurriendo a la madrugada de ese día 6 de agosto, en que se llevaría a cabo la batalla fundamental de Junín.

Pero a las diez de la mañana, en procura de alcanzar al jefe español, Bolívar le ordena al general argentino Mariano Necochea, a cuyas órdenes va la caballería peruana, que irrumpa en la vanguardia con 900 hombres de caballería listos al ataque.

La infantería debía acelerar para conformar los cuadros de batalla, en un encuentro que en ese momento Bolívar busca tan afanosamente. Ve brillar los arcos de la victoria y entiende que aquel encuentro ha de darse solo con la caballería. Y el propio Libertador, con Lamar y Santacruz, siguiendo los movimientos de ésta, a eso de las dos de la tarde desde un punto despejado que abre vista a la planicie de Junín, ven al enemigo en movimiento hacia Tarma, en dirección contraria a la de los patriotas. Entonces Bolívar, jugándose el destino, manda avanzar siete de los nueve escuadrones de caballería. Los otros dos escuadrones, con la infantería, quedaron a una legua de los realistas a la expectativa.

Son las cuatro de la tarde. Canterac, que tiene una caballería mayor y muy bien entrenada, ve propicia la ocasión y considera que Bolívar ha cometido un grave error al iniciar las acciones, y ordena el ataque violento de frente contra ese primer escuadrón que está bajo el mando directo del general argentino Mariano Necochea. Es terrible el ataque español y el primero en caer con siete heridas es el valiente general Mariano Necochea, al que además toman prisionero. De inmediato asume el mando el general inglés William Miller, o Guillermo Miller, quien había llegado al Perú haciendo parte del ejército de San Martín.

Los del primer escuadrón sobrevivientes del feroz ataque, se desparraman en desorden en medio de tantos muertos y heridos, siendo perseguidos por los españoles que también se desordenan por la misma causa en la persecución. Es entonces, cuando todo parece perdido y Bolívar siente la derrota.

El escritor colombiano, payanés, Manuel Antonio López Borrero[152] coronel entonces del ejército libertador y miembro del estado mayor, quien se encontraba al lado de Bolívar en esos momentos, cuenta que:

> *"… Cuando el General* (Bolívar por supuesto) *reunía nuestros maltrechos jinetes, llegó el general Lara y le preguntó:*
>
> ¿Qué hay, General?
>
> *"-Que ha de haber, respondió el Libertador, que nos han derrotado nuestra caballería.*
>
> *"-¿y tan buena así es la del enemigo?*
>
> *"-Demasiado buena, cuando ha derrotado la nuestra, replicó Bolívar.*
>
> *"-¿Quiere que yo vaya a dar una carga con esta caballería ? propuso (Lara señalando a los arrollados)*
>
> *"- No, (concluyó el Libertador) porque eso sería quedarnos sin caballería para concluir la campaña."*

O sea que el resultado de la arremetida de Miller al asumir el mando tuvo todos los aspectos de un gran descalabro, que quebrantó, como se ve, en ese momento el ánimo de Bolívar. Pero la suerte deparaba una sorpresa absolutamente inesperada. Mientras los españoles perseguían a las fuerzas de caballería del primer contingente republicano, quizás por la estrechez del campo limitado por la laguna, el teniente coronel argentino Manuel Isidoro Suárez, al mando del contingente Húsares del Perú, que estaba bajo la dirección de Miller, se ubicó con sus jinetes en uno de los accidentes geográficos del terreno, ocultándolo de modo que se

---

[152] El coronel payanés Manuel Antonio López Borrero, toca este tema en su libro "Recuerdos históricos Colombia y Perú 1819-1823".

sustraía de la acción y allí permaneció, seguramente esperando órdenes, mientras sucedía el brutal ataque de los españoles, a los que Suárez vio pasar en la persecución de los patriotas.

Ya en ese momento, cuando todo tenía el aspecto de la derrota que el propio Bolívar sentía, el mayor peruano José Andrés Razuri, de propia iniciativa, le comunica a Suárez la orden, que no existió por cierto, de que atacara a la caballería española por detrás. Y Suárez atacó con ardentía y furor; y mientras los jinetes patriotas estimulados por este inesperado ataque al enemigo volvían las grupas, los españoles se vieron atacados por el frente y por detrás, ataque al que se sumaron los Granaderos de Colombia, Regimiento de Granaderos a Caballo y Húsares de Colombia.

Allí fue el desastre para los realistas. Nadie podía creer lo que veía. Y en el desorden de una fuga colectiva, dentro de la estrechez del movimiento, los españoles al mando de Canterac, emprendieron una retirada terrible en la mayor confusión. Eran las cinco de la tarde. La lucha había durado una hora. Según algunos, cuarenta y cinco minutos. Habían muerto 148 republicanos por 254 realistas. Y no se había disparado un solo tiro.

Cuando se daba esta retirada, fue rescatado el pundonoroso general Necochea a quien curaron sus heridas; y en el propio campo de batalla el Libertador, embargado de la mayor emoción, cambió con honores el nombre al contingente Húsares del Perú por el de Húsares de Junín.

El múltiple intelectual venezolano Felipe Larrazábal, después de estudiar veinte años a Simón Bolívar, escribió en dos tomos su biografía. Transcribimos la narración que hace de la batalla de Junín [153]:

> *"Nuestra caballería debía salir a la pampa de Junín por el medio de unos pequeños cerros cubiertos de paja, situados a la orilla de la Laguna. El General Canterac a la sombra de estos mismos cerros, dejando el camino que llevaba su infantería, descabezó la Laguna con su*

[153] Felipe Larrazábal, "Vida de Bolívar", tomo. 2.

caballería, varió de dirección por una pronta maniobra, y formando una línea de batalla, reforzada por otra de reserva, esperó el momento en que asomase la nuestra para cargarla. Al salir de la Pampa, el General Necochea, que vio al enemigo en aquella formación, sin perder un instante y al trote, mandó entrar en batalla nuestra caballería por retaguardia de la Primera División; pero aun no se había acabado de ejecutar esta maniobra, cuando el enemigo aprovechándose de este movimiento para arrollar nuestra caballería, a todo galope, enristradas las lanzas y con sable en mano, se arrojó sobre la línea, rompiendo algunos cuerpos de los que habían entrado en batalla, y envolviendo parte de las columnas que sucesivamente iban entrando. Sin embargo de que este primer impulso fue violento, el desorden no se prolongó más allá de los escuadrones que sufrieron el choque. Allí mandaba el Libertador. Los otros cuerpos, con aquella serenidad hija del valor, refrenando sus caballos sin perder terreno, formaron a discreción de sus jefes una nueva línea, y vengaron bien pronto a sus camaradas. El enemigo, aunque triunfante al principio, no pudo conservar su formación por la más o menos resistencia que experimentó en los cuerpos arrollados, y por grupos empezó a cebarse, a rienda suelta, en aquellos que habían vuelto grupas. Entonces el resto de nuestra caballería, que no había abandonado su posición ni la habían atacado, los cargó por retaguardia: algunos de los arrollados volvieron caras, y la victoria se disputó palmo a palmo, en la Pampa de Junín, cerca de una hora. Al fin, el enemigo cedió el campo a nuestros valientes, que adquirieron el triunfo a precio de los esfuerzos más heróicos."

Sin duda alguna esta derrota inesperada de los realistas constituyó un gran motivo de desaliento para el ejército español que, seguramente por la indignidad de la retirada en tal desorden cuando ya tenían una victoria asegurada, sintió que la derrota final se les venía encima.

Los generales Córdova con la infantería y Jacinto Lara con los dos contingentes de caballería que Bolívar había dejado por fuera del ataque, por el retraso que traían que antes se comentó, solo logran llegar cuando el curso de los hechos apenas va a cambiar, según la cita de Manuel Antonio López Borrero consignada atrás. En realidad todo fue muy rápido para una batalla de tanta importancia y trascendencia.

Canterac, pues, con el alma lastimada, corrió distancias y evacuó terrenos a un paso rápido. Se alejó de Jauja donde había permanecido varios meses y no descansó hasta haber pasado el corrientoso río Apurímac. Por supuesto iba destruyendo puentes y lo que pudiera serle útil a su enemigo. Sabía que Bolívar lo estaba persiguiendo para un nuevo encuentro que sería definitivo.

Bolívar por su parte entró a Reyes y descansó varios días, luego siguió a Huancayo donde tuvo su cuartel general Canterac y prosiguió hasta el río Apurímac. La avanzada del general Córdova hizo entrada el día 23 de ese mismo mes de agosto en la hermosa población de Huamanga, capital desde antes de la provincia de Ayacucho. Cinco días después hizo entrada, con vítores, el Libertador y su estado mayor para después entrar todo el ejército a un merecido descanso que duró un mes, el que pasaron repartidos también en Tambobamba, Jáquira y Mara. En esos sitios llegó a aglutinarse todo el ejército libertador. Pero se esperaban los otros tres mil refuersos colombianos enviados por Santander.

Para el 23 del mismo agosto Córdova con todas las tropas de vanguardia se movió Bolívar a la ciudad de Huamanga. Luego el general Sucre se traslada igualmente para recibir los refuersos y el personal de hospital. El tiempo de descanso y espera se había terminado y Bolívar ordena el movimiento del ejército hacia la ciudad de Challhuanca, en espera de poder efectuar un ataque a los realistas por la retaguardia.

Pero Bolívar debe trasladarse a Lima por un motivo urgente que luego veremos.

Entre tanto Canterac, sin que Sucre como comandante se haya enterado en detalle de sus movimientos, ha informado al virrey José Laserna de su desastre. Éste le ordena al general

Jerónimo Valdez, quien como se recordará, había ido a someter en el Alto Perú a Olañeta con resultados negativos, que se haga presente y se incorpore al ejército total de España, cuyo mando directo asumió el mismo virrey, delegando la segunda posición a Canterac.

Sucre, por rivalidades que le fue planteando el general peruano José de La Mar, ha asumido por órdenes directas de Bolívar y del Vicepresidente Santander la Comandancia General de todo el conjunto de tropas colombianas, argentinas y peruanas. Mientras La Mar ha hablado de renuncia. Y es posible que en las causas de esta desavenencia hubiere estado metida la mano de Manuelita, quien estaba participando de todos escenarios patriotas. Mandaba infinitas cartas, incluso de mando, amiga como era del general cumanés.

Cierto es decir que Manuela se ha tomado un mando que no le correspondía, quizás por su entrega absoluta a la causa libertadora y su cercanía a Bolívar. En efecto fueron centenares de cartas, sobre todo a Sucre, cuyas copias ella misma entregó en custodia al general Daniel Florencio O´Leary, de las que solo se salvaron cuarenta y seis. Veamos esta dirigida a Sucre y suministrada por el irlandés[154]:

> *"Obre usted con absoluta libertad y como convenga; pero tome usted en cuenta las siguientes consideraciones: que de la suerte del cuerpo que usted manda depende la suerte del Perú tal vez para siempre, y la de la América entera tal vez por algunos años; y que las circunstancias prescriben una extrema circunspección y un gran tino en las operaciones. No divida usted nunca su ejército. Procure conservarlo a todo trance".*

El que llegará a ser el Gran Mariscal de Ayacucho es cauteloso y hace un solo movimiento de toda la guarnición desde Challhuanca, donde lo dejó Bolívar, hacia Mamará. Lo hace sobre todo en busca de información; y escribe a su jefe

---

[154] O´Leary

solicitándole permiso para moverse a Corpa. Éste le contesta, como lo observa Botero Saldarriaga, dándole unas instrucciones terminantes, solo dentro de las cuales se puede mover y ejercer sus altas atribuciones. No podía aventurar ningún avance sin la seguridad de no tener que retroceder, y en las posiciones que obtuviere debían caber tanto la posibilidad de la ofensiva como de la defensiva. Con estas advertencias Sucre se mueve hacia Sañaico, Loraya, Capaya, Toraya y Pichirgua o Pichirhua. En este último pueblo había montado su cuartel de todas las fuerzas de vanguardia el general José María Córdova.

Botero[155] describe los movimientos y cálculos de Sucre en esos días de tan alta tensión:

> *"Sin embargo, en los planes del General Sucre entraba el mover el ejército unido después de unos veinte días en que las subsistencias se hubieran agotado, acercando su línea sobre la ribera izquierda del Apurímac, y prolongando su ala derecha atraer al enemigo hacia Mamará, a fin de arrojarlos definitivamente sobre la ribera derecha de aquel río Apurímac; y de lograrlo, amenazar con un movimiento serio por San Agustín para tentar la posesión del Cuzco mismo. Sucre advertía al Libertador que haría estos esfuerzos dado caso de que ciertamente supiera que el ejército enemigo sólo contara con los contingentes de Canterac y Valdés, pues si ese ejército hubiera sido reforzado por el del General Olañeta, no sólo no se movería sino que conservaría su línea detrás del Pachachaca.*
>
> *"El invierno se había declarado crudo y constante sobre aquellos páramos y pampas que ocupaban ambos combatientes. El teatro de la lucha era una sucesión de altísimas cumbres, estrechos valles cruzados por pésimos caminos, ríos que corren encañonados y en veces se precipitan veloces desde lo alto para excavar un profundo cauce de escarpados accesos. En resumen:*

[155] Autor, obra citada.

en ese territorio las maniobras militares implicaban terribles fatigas para el soldado y el peligro de constantes sorpresas, inevitables en aquella topografía laberíntica. Evidentemente que el éxito iba a ser de aquel jefe que desplegara el mejor conocimiento en la táctica de semejante campaña.

"Sucre, ateniéndose a renovadas órdenes del Libertador, conservó su línea detrás del río Pachachaca, pero avanzó fuertes reconocimientos sobre las orillas del Apurímac.

"De manera que para fines de octubre el ejército patriota ocupaba con su infantería el terreno comprendido entre Sirca y Lambrama, y toda la caballería se encontraba veinticinco kilómetros atrás de la infantería. Sucre avanzaba con algunas compañías en un reconocimiento a fondo de los pueblos de Mara, Jaquira, Tambobamba. Como se ve, concentraba sus siete mil hombres y los tenía a mano para cualquier evento."

En estos movimientos se encontraba el general Sucre cuando, estando en Mamará, en la mañana del 2 de noviembre, recibió un parte alarmante pero esperado del general William o Guillermo Miller en que se le informaba que el enemigo venía encima con su célebre marcha de *pasitrote* después de un largo camino y que entendía que la batalla se daría máximo al día siguiente. Sucre, sin perder un minuto, de la población de Lambrana donde estaba concentrada la mayoría de sus tropas, se movió hacia el río Pichirgua o Pichirhua donde era mejor el terreno y había buenos pastos para la caballería; y se preparó, bien posicionado, para enfrentar al ejército español. Supo entonces que los realistas habían pasado por Agchá para ocupar el pueblo de Challhuanca, Sanaico y Pampachiri y se dirigían velozmente a Huamanca para provocar el enfrentamiento. Están al mando el propio virrey José de la Serna, el general José de Canterac y otros jefes como el general Jerónimo Valdez, el general Juan Antonio Monet y Alejandro González Villalobos; y hay un ejército que supera en ese momento los 9.000 hombres, en posición

de combate. Sucre, que ya conocía bien aquellos lugares, se quedó quieto. Sabía que en esa marcha de los españoles y a ese paso, así precipitada, había un gran error que deberían pagar. Y así fue. En las tortuosidades de los caminos, entre la escarpa y el abismo, los realistas perdieron muchas vidas humanas, caballerías y equipos.

Bolívar, como atrás se dijo, había marchado a Lima para atender problemas muy serios que se presentaban a todo el ejército patriota, sobre todo en los puertos del Pacífico. Como si fuera poco, el Congreso colombiano había dictado la ley de 28 de julio de ese año 24, por medio de la cual se le quitaba el mando al Libertador, por su calidad de Jefe del Estado colombiano, de las tropas en el exterior. Es realmente un agravio de tipo político que nadie entiende. El Congreso, como cuerpo político desconocía el cúmulo grande de dificultades que debía atender Bolívar en Lima, aunque era fácil suponerlo, atendiendo sus mensajes casi desesperados que había enviado al Vicepresidente.

Ese despojo de autoridad significaba un insulto de interés político. Y es de resaltar que en esos momentos de creación de un nuevo estado libre, Bolívar también era el Jefe de Estado del Perú al asumir la totalidad de los poderes que esa nueva patria le había entregado, como se comentó atrás.

Tampoco se ocultaba que había un nido de odio en quien ejercía el poder ejecutivo, general Santander. Este mismo vicepresidente encargado del poder ejecutivo, vuelve a nombrar al general Antonio José de Sucre como Jefe de las Fuerzas Republicanas Colombianas, aunque es Bolívar quien sigue dirigiendo, por cartas, los movimientos de la guerra en el Perú y es acatado por toda la oficialidad en su condición de Dictador, con autoridad suprema en el campo militar y administrativo.

Pero sin duda la trascendencia de esa ley es tan rigurosa, que Bolívar ya no podía ponerse al frente de las operaciones, a pesar de tener la autoridad suprema del Perú, sin violar la ley colombiana. Menos mal que Sucre tenía todo el talento y experiencia para dirigirlas.

Sabe pues éste que la batalla debe ser inminente. En ese orden, el día 13 de noviembre ocupa Andahuaylas. Todos sus

hombres desean entrar en la batalla decisiva y reina la ansiedad y el buen ánimo. El mismo día 13, según lo cuenta O´Leary [156], Sucre escribe al Libertador:

> *"Cuando supimos ayer que los españoles iban a llegar hoy a Andahuaylas, no puede usted pensar el contento del ejército juzgando ya que una batalla iba a terminar la campaña; algunos que decían que estamos cortados eran contestados por la tropa: "mejor, pues estamos ciertos de que nos esperan". Con esta clase de gente no dudo de que batimos en cualquier parte a los enemigos".*

Es necesario adicionar que cuando Bolívar viaja a Lima, según se dijo atrás, sus planes eran, por un lado, recoger a los soldados que estaban en los hospitales, ya repuestos, con los que alcanzó un número superior de mil hombres y le pidió al coronel Luis Urdaneta que al frente de ellos se trasladara a Lima en busca de la recuperación de la capital. El propósito era que los españoles de Lima, al ser atacados, se trasladaran a El Callao donde quedarían encerrados en las fortalezas, y como los patriotas esperaban de un momento a otro el refuerzo colombiano de tres mil hombres -Bolívar había pedido seis mil- con ellos se debería tomar este puerto principal. Los soldados que esperaba, por cierto, no habían podido incorporarse porque los barcos patriotas estaban encarenados, es decir en reparaciones en Guayaquil.

Mal le fue a Urdaneta a quien el general español José Ramón Rodil, con fuerzas superiores, había derrotado. Y lo peor, la flota española sobre el Pacífico establecía un rígido control en todo el mar y su litoral.

Pero ocurre que cuando Urdaneta inicia la operación sobre Lima, los españoles previsivos que había allí, la abandonaron y pasaron a las fortificaciones de El Callao, tal como el Libertador lo había previsto. Entonces Bolívar, con sus pocos hombres, se

---

[156] Memorias, D. F. O´Leary

atrevió a llegar a la capital y a entrar en ella, con el aplauso de la población que para entonces ya odiaba profundamente a los españoles por sus crueldades.

Veamos cómo cuenta José Manuel Restrepo[157] este episodio:

> *"Cuando ocurrían estos sucesos, el Libertador se aproximó a Lima abandonada por los realistas encerrados ya en las fortalezas del Callao. Tenía por objeto su visita a la capital organizar su administración y meditar lo que sería posible emprender contra la plaza, pensando regresar sin tardanza a Chancay. Bolívar no pudo realizar su proyecto. Los habitantes de Lima le rogaron con el mayor encarecimiento que no los abandonara, entregándolos de nuevo a los desordenes y venganzas de los españoles, que tan cruelmente los habían tiranizado. Fue tanto el gozo y el entusiasmo de los moradores de Lima con la presencia del Libertador, que todos se atropaban a su derredor y le llevaban en peso de un lugar a otro; hubo momentos en que Bolívar corrió peligro de ser ahogado por el tumulto. Su habitación estuvo rodeada toda la tarde y la noche del 7 de diciembre por un numeroso pueblo que vitoreaba a la Patria y a su Libertador; éste era el alborozo de la libertad. Los patriotas se veían ya con esperanzas de escapar de la cuchilla española y de los atentados que habían cometido los realistas en aquella capital mientras la dominaron y devastaron sin piedad.*
>
> *"Ocupado siempre Bolívar en meditar y adelantar grandes proyectos que aseguraran la independencia y la futura prosperidad de los Nuevos Estados de la América antes española, dirigió en aquel día tan agitado una célebre circular a los diferentes Gobiernos, firmada por su Ministro General don José Sánchez Carrión. Tratábase en ella el establecimiento de una gran confederación americana, cuya asamblea de plenipotenciarios residiera*

[157] Restrepo, Historia de la Revolución de Colombia

en Panamá,[158] asamblea "que debía servir de consejo en los grandes conflictos; de punto de contacto en los peligros comunes; de fiel intérprete en los tratados públicos, y de conciliadora, en fin, de nuestras diferencias". El Libertador promovió siempre la realización de tan importante proyecto, y puso los medios que estuvieran a su alcance para que produjese todos los bienes que en su concepto debían emanar de aquella augusta Asamblea.

"El Libertador ofreció a los moradores de Lima que pertenecería allí entre tanto que se lo permitieran las operaciones militares. Las más importantes en que Bolívar y todos los patriotas del Perú tenían fijas sus miradas eran las de la Sierra".

Pero unos días antes el propio Libertador le había enviado a Sucre, con su propio edecán coronel Celedonio Medina, una comunicación dramática en la que le hablaba de la Flota española que dominaba el Pacífico, de los múltiples problemas de Lima y de que ya no se recibirían por esas causas más refuerzos de Colombia. La batalla decisiva era vital y tenía que darse cuanto antes.

Sucre transmitió una parte de estas comunicaciones de Bolívar y la tropa lo ovacionó cuando les dijo que el encuentro con los realistas debía ser inminente. Ese era ya un hecho decidido.

Pero hay unas circunstancias en la historia de raras similitudes, que algunos han llamado *imponderables históricos.* El Virrey en sus análisis de la situación y en la larga y accidentada marcha también había llegado al mismo punto final de resistencia. Había perdido más o menos la mitad de la tropa con la que salió del Cuzco, bien por muerte o por deserciones sobre todo del personal americano, que eran como en el campo patriota, muchas. La situación se había tornado demasiado penosa para esos españoles que trataban a sangre y fuego de sostenerse en el dominio de un país que habían explotado por tanto tiempo.

---

[158] El Congreso Anfictiónico. Este era el proyecto más importante de Miranda, que concebía desde Panamá un gran gobierno federal para América Latina, y que Bolívar había acogido como propio, según se ha visto en las páginas iniciales de este libro.

Y en esa desesperación, Laserna buscaba dar la batalla, pero Sucre estratégicamente lo había venido esquivando con extraña malicia, que obligaba a Laserna, detrás de cada persecución, a volver a dar la vuelta y proseguir aquella marcha interminable. Así el Virrey pensaba: que sea lo que ha de ser, bueno o malo, pero que sea.

Ambos comandantes debían, pues, escoger en lo posible, la mejor posición en la que habría de darse, sin más dilaciones, ese encuentro final. El punto exacto donde estaban los republicanos, fue acogido por el Virrey. Se trata del pequeño valle de Ayacucho, en la bajada del empinado pico del Cunduncurca. Laserna escogió la bajada que era aparentemente suave.

Leamos cómo relata aquellos momentos trascendentales el historiador Restrepo[159]:

> *"El Virrey examinó cuidadosamente con su Estado Mayor la posición ocupada por los independientes. Todos fueron de opinión que no se podía atacar por el frente del norte sin muy graves dificultades, a causa del barranco y profunda cañada que separaban a ambos ejércitos. Dispuso entonces que trepando el ejército real a las alturas, descabezara aquella cañada (diciembre 8), situándose al Oriente, en el declive del cerro de Cundurcunca, que presentaba un descenso bastante cómodo sobre la llanura de Ayacucho.*
>
> *"Tiene ésta mil doscientas varas de largo y mil de ancho; está flaqueada a derecha e izquierda por dos profundos y escabrosos barrancos. A poniente se encuentra el pueblo de Quinua, desde el cual hay una bajada suave de dos leguas hasta el camino de Huamanga, ciudad que dista como tres leguas. Al oriente del llano de Ayacucho se eleva majestuosamente la alta cima de Cundurcunca, que corriendo de Norte a Sur domina aquel célebre campo, hasta el cual hay una bajada de buen declive. La llanura se halla partida oblicuamente por una quebrada practicable por la infantería, dejando*

[159] Historia de la Revolución de Colombia, T. 5, Antonio José Restrepo

libre para que pase la caballería una extensión unida como de trescientas varas a la parte septentrional.

"Por la noche se hallaban los dos ejércitos tan inmediatos que las avanzadas conversaban unas con otras. A las nueve el General Córdoba, con permiso de Sucre, dio una alarma al ejército real, al que hizo creer que iba a ser atacado; pero en breve se restableció la tranquilidad.

"Amaneció el día 9, y desde luego los rayos vivificantes de un sol hermoso, que tan dulcemente se hacen sentir en las altas y frías cimas de los Andes, restituyen el vigor y la energía a los miembros entorpecidos de los combatientes. El ejército republicano solo contaba cerca de seis mil hombres de infantería y caballería, con una pieza de artillería. Tenían los realistas nueve mil trescientos veinte hombres disponibles de todas armas, y once piezas de campaña. Hallábanse éstos orgullosos con sus conocimientos estratégicos de la moderna táctica militar, con su disciplina y con catorce años de victorias ganadas en el Perú por las tropas reales. No eran menos fuertes los motivos de orgullo y de entusiasmo que tenían los patriotas. Los colombianos habían conducido triunfante la bandera tricolor desde las riberas del Atlántico y selvas del Orinoco hasta el apurímac. Los argentinos, desde el Río de la Plata a Chile y al país de los incas, y los peruanos habían contribuído eficazmente al glorioso triunfo de Junín; en fin, todo el ejército libertador acababa de marchar ochenta leguas en retirada, burlando por primera vez los esfuerzos y hábiles maniobras de los jefes realistas, que se lisonjearon en vano de envolverlos y destruírlos con sus rápidas y bien calculadas marchas".

Fue Córdova, igualmente, el que se jugó esa noche una treta, aparentemente galante. Estando tan cerca los españoles, les entregó una serenata de pasillos, bambucos y guabinas que interpretaban las bandas colombianas del ejército. Pero su objetivo no era el esparcimiento de los españoles sino hacerles tanta bulla que no pudieran dormir.

Eran las diez de la mañana del aquel 9 de diciembre de 1824. Sucre arengó a sus tropas, e igual hicieron el Virrey José Laserna y el general Canterac con las suyas. Como siempre Sucre ordenó tres grandes divisiones. A la cabeza de la vanguardia estaba el general José María Córdova al mando de siete batallones. Este iba a ser el día más glorioso de su vida, en el que se se consagraría como el gran héroe de nuestro ejército y el Comandante en Jefe lo sabía.

Por el lado izquierdo estaba el general José La Mar con igual número de batallones. Al centro estaba toda la caballería al mando del inglés William o Guillermo Miller, y Lara estaba al mando del batallón de reservas en la retaguardia. Solo tenían un cañón de artillería.

Los realistas se formaron en tres grandes columnas que bajaban del cerro de Cunduncurca casi paralelas. A la vanguardia y a la derecha se hallaba el virtuoso general Jerónimo Valdez con cuatro batallones, dos escuadrones y seis piezas de artillería. El general Juan Antonio Monet al mando de cinco batallones estaba al centro y el general Alejandro González Villalobos a la izquierda al frente de la División. Los batallones Gerona y Fernando VII estaban en la retaguardia bajo el comando del general José de Canterac. Tal distribuación había sido hecha en forma directa por el Virrey José Laserna.

Mas antes de iniciarse las acciones bélicas los españoles intentaron un diálogo a través del general Juan Antonio Monet, quien ostenta el grado máximo de Mariscal. Apareció en su caballería con bandera de diálogo y pidió hablar con Córdova. Sucre aceptó el diálogo y estuvo presente en él. Monet dijo que de manera civilizada evitaran el terrible combate. Buscaba un armisticio. Córdova contestó que la única manera de evitarlo era que los españoles reconocieran la libertad de América y regresaran a su tierra. Y agregó: "La opinión del Perú, general, es la de todo el mundo, que cada cual quiere mandar en su casa."[160] Monet contestó que eso era imposible, porque ellos eran simplemente vasallos del Rey de España. Se teminó la

[160] César García Rosel, Batalla de Ayacucho, El Tiempo de Lima

entrevista y Monet volvió a su caballo. Un rato después regresó ataviado con un vistoso uniforme y desde lejos dijo: "General Córdova, vamos a dar la batalla".

El primero en atacar con órdenes directas del virrey Laserna fue Valdez, quien había hecho un largo rodeo para colocarse a la derecha. Arremetió con toda la fortaleza a la izquierda donde estaban los peruanos bajo el comando de La Mar. Éste recibió los certeros golpes en retroceso y pérdidas serias de su personal que comenzaba a ceder. Sucre observa que las divisiones de izquierda y derecha de los españoles no estaban todavía formadas y que, además en la larga bajada del Cundurcunca había desorden. En realidad en cualquier tiempo es más fácil subir en un caballo una ladera que bajarla.

Producidos pues ya esos primeros hechos, llama el general Sucre al general Córdova y le da la orden de que entre al combate atacando al centro y la derecha aun no formadas. Es un momento exacto. Al mismo tiempo Miller recibe así mismo la orden de entrar, en auxilio del General José de La Mar. Córdova se pone al frente de su vanguardia. Él y Sucre y todos los demás visten sencillamente sus uniformes sin vistosidades de paradas. Sucre en su informe dice:

> *"Observando que aun las masas del centro no estaban en orden y que el ataque de la izquierda se hallaba demasiado comprometido, mandé al señor general Córdova que lo cargase rápidamente, con sus columnas, protegido por la caballería."*

Pero veamos además cómo cuenta Botero[161] este momento culminante de toda esta historia, cuando después de la orden militar magistral, Córdova y sus tropas, que lo siguen como a un iluminado, avanza con rapidez de rayo hacia el enemigo:

> *"… Y luego, fijando sus miradas sobre ese centro enemigo erizado de bayonetas y en donde flamean los más hermosos estandartes de Castilla, contra el*

[161] Botero Saldarriaga, Córdova.

cual irá a chocar con sus veteranos, da la orden de ataque con esta voz calmada y sonora, que los jefes de los batallones repiten como un eco de ese juicio de Dios: "!DIVISIÓN, ARMAS A DISCRECIÓN, DE FRENTE, PASO DE VENCEDORES!!" La columna se estremece de entusiasmo y de coraje y a lo largo de la llanura, como una serpiente de acero desarticula sus anillos, arrogante, consciente de su deber para con la patria y la libertad de América. El bambuco colombiano deja oír sus notas íntimas y quejumbrosas; son los recuerdos familiares, lejanos, que en esa hora de las embriagueces de la lucha sangrienta hieren el corazón del soldado con los adioses, las promesas,…"

Y cae sobre la División al mando del general Alejandro González Villalobos, o simplemente el general Villalobos. Montado en su caballo castaño claro arremeten un poco en subida contra el escuadrón realista San Carlos, y muy poco tiempo después el terreno se llena de la sangre y de cadáveres de este grupo. Es arrasador el empuje de Córdova y sus tropas.

Pero el contingente de La Mar, que ha sufrido como se vio la primera acción de los españoles a cargo del valeroso general Jerónimo Valdez, se ve envuelto en el mayor peligro cuando éste irrumpe con la totalidad de sus fuerzas. Sucre le envía de apoyo inmediato al batallón Vencedor y luego al Vargas y no solamente se equilibra el combate, sino que Valdez es rechazado.

Y así, en un corto tiempo más, el batallón Pichincha enarbola sobre el cerro del Cundurcunca la Bandera bicolor del Perú, la de Argentina y la tricolor de Miranda con los colores de Colombia.

El brigadier español Andrés García Camba, perteneciente a una Logia liberal española y participante en la acción, citado por Botero, describe lo que fue la parte final de la batalla de Ayacucho y los errores cometidos por los españoles. De estas palabras se desprende la genialidad de Sucre en la dirección estratégica de la misma y el valor, coraje y talento de Córdova en la edificación de la victoria:

"Los tres escuadrones formados recibieron orden de cargar desde sus respectivos puestos, los que animados por todos sus jefes, ejecutaron con la mayor prontitud y orden, y los lanceros de Colombia los esperaron a pie firme enristradas sus enormes lanzas. Esta novedad, por segunda vez presentada, y sin que hubiese mediado tiempo y lugar bastante para meditarla y contrariarla, detuvo a nuestros soldados delante de sus engreídos adversarios y en medio del fuego y de sus infantes y de nuestros dispersos. Allí comenzó sin embargo un combate encarnizado aunque desigual, que acabó por dejar en el campo la mayor parte de los jinetes españoles, imposibilitando del todo la continuación del descenso de esta caballería. Al Brigadier Camba[162], en el momento que dirigía la carga del escuadrón reunido y formado de la brigada que mandaba, le mataron el caballo que montaba quedando al caer cogido de una pierna del animal. Poco después de desembarazado de tan aflictiva situación, le tomó en ancas del suyo don Antonio García Oña, segundo ayudante de Estado Mayor, y le sacó de en medio de aquel espantoso cuadro a tiempo precisamente que la izquierda y centro de la línea estaban totalmente vacíos, y las siete piezas de artillería en poder de los dichosos vencedores."[163]

La confrontación final de Ayacucho, en la que salieron heridos de alguna gravedad el propio Virrey Laserna, quien además cayó prisionero, duró apenas tres horas. También estaba herido el arrogante Monet. Y cuando todo estaba perdido para los españoles, el virrey quiso capitular, pero como estaba prisionero, asumió el mando el general José de Canterac, quien se opuso y a cambio pedía una retirada. Las acciones habían cesado. Pero la guerra había minado todas las resistencias y esperanzas para los españoles y así, mientras discutían si capitulaban o no,

---

[162] Habla él mismo en tercera persona.
[163] Andrés García Camba, Memorias

la tropa española se rebeló y dio muerte a uno de sus jefes. Frente a esta situación Canterac aceptó la capitulación, mientras paulativamente el campo era abandonando por las tropas rasas en busca de otros horizontes, hasta no quedar sino la oficialidad que finalmente aceptó la derrota.

En el mismo campo de batalla, concluídas las acciones, el que ya para ese momento había ganado el derecho de llamarse para la historia Mariscal de Ayacucho, se despojó de sus charreteras de General de División y con orgullo y emoción, él mismo, las colocó sobre los hombros heróicos de José María Cordova. Encima del escenario, tinto de sangre y de cuerpos humanos y de caballos, han quedado 1.800 españoles por 500 republicanos, mientras una suma brutal de heridos siembran un solo lamento sobre el aire frío y limpio de la cordillera.

Al otro día elaboran el acta de la capitulación que se extiende a todo el territorio del Perú, incluido el Alto Perú de Olañeta. El tratado lo firma por los españoles el general José de Canterac Jefe del Estado mayor , sin que lo hubiera hecho el Virrey José Laserna por hallarse prisionero; y el general Antonio José de Sucre, Comandante en jefe de las Fuerzas Republicanas, quien había redactado en asocio con Canterac el documento.

En ella se comprometían ambas partes a lo siguiente:

La capituación únicamente correspondía al ejército bajo su mando.

La permanencia realista en El Callao y el nacimiento de Perú a la vida independiente, con una deuda económica a los países que contribuyeron militarmente a su independencia.

La entrega de las plazas realistas a las autoridades peruanas.

El reconocimiento peruano de la deuda que las guerras independentistas generaron en España.

El estado peruano cubriría los gastos del retorno de los españoles.

Hubo por supuesto alguna inconformidad en el lado patriota, por lo relativo a El Callao y al reconocimiento de los gastos de la guerra que ordinariamente corren por cuenta del perdedor. Pero los realistas entregaban de inmediato todo el territorio y nada menos que se reconocía la existencia del Estado peruano y el

regreso a su país de los españoles. Olañeta protestó y se negó de momento a entregar el Alto Perú, cosa que finalmente ocurriría cuatro meses después, en abril de 1825. En cuanto a El Callao, el brigadier José Ramón Rodil, que se lo había tomado como se vio antes cuando derrotó al coronel Luis Urdaneta en Lima, resistió allí hasta que el general Bartolomé Salón, por órdenes de Bolívar, lo derrotó un año después, el 22 de enero de 1826.

Hay un hecho curioso y un poco irónico: ese día de la gran victoria patriota del 9 de diciembre de 1824 ha recibido el Virrey una pragmática del Rey Fenando VII en la que se le otorga el título nobiliario de Conde de los Andes, como a Morillo le fue concedido en su momento el de Conde de Cartagena. Precisamente el día que había perdido para España los Andes y todo el conjunto de países suramericanos.

Córdova, con su sencillez, describe el momento glorioso de su actuación en la batalla de Ayacucho en una carta a su amigo don Sinforoso García:

> *"Se anunció el combate por una guerrilla nuestra que impedía establecer una batería de seis piezas de artillería y yo marché a la francesa con seis columnas, cuatro de infantería y dos de caballería; digo a la francesa, porque hice llevar armas a discreción hasta medio tiro de pistola. Todo fue romper los fuegos y rechazar dos columnas de caballería y hacer pedazos con dos mil hombres a más de cinco mil que tenía a mi frente."*[164]

La batalla se había cumplido conforme la ideó el Gran Mariscal de Ayacucho y la ejecutó Córdova. Fue la última de un proceso de catorce años, que llegó a todos los extremos de la insania criminal. Se cumplía lo que el criminalista alemán Hans von Hetting esquematizó como la primera gran causal del asesinato: por el poder. Y al cerrar este capítulo me parece que se torna necesario acudir a la pluma y el gran concepto de historiador de Roberto Botero Saldarriaga en la obra citada, quien a manera de epígrafe de todo el capítulo, dice:

---

[164] Cita de Botero Saldarriaga, ob. Cit.

"El 10 de diciembre, luego de puesta en práctica la capitulación firmada la noche anterior, Sucre ordenó la marcha del ejército para Huamanga con el objeto de que descansara allí unos pocos días, y él mismo con todos los jefes españoles capitulados se dirigió a la misma ciudad.

"Con la nobleza que le era peculiar el gran Mariscal de Ayacucho alojó a sus vencidos lo mejor que pudo y su mesa estaba lista para recibirlos a diario. De noche se hacía la tertulia en el Cabildo de la ciudad y, como es muy natural, se llegó entre hombres de armas, a cierta intimidad, y las preguntas y respuestas sobre los incidentes de la pasada campaña llenaban las veladas en esas frías noches de diciembre en Huamanga.

"Eran los contertulios del General Sucre los Generales La Serna, muerto años después en su casa solariega de Cádiz; Canterac, que fue Gobernador de Valladolid, Capitán General de Madrid, donde murió asesinado por sus propios soldados en un motín militar en enero de 1835; don Jerónimo Valdés, más tarde Gobernador de Cartagena[165] y Valencia, Ministro de Guerra en 1835, Capitán General de la Isla de Cuba, senador del reino, muerto en Oviedo en 1855, con el título de Conde de Villarín; don José de Carratalá que llegó a ocupar varias gobernaciones, el Ministerio de la Guerra, fue Teniente General y era diplomado en Derecho; el General Monet, que vivió en Lima; Villalobos, Bedoya, Ferraz, Camba, Somocurcio, Cacho, Atero y otros. Como Sucre inquiriera con ellos cuál había sido el esfuerzo definitivo que les dio la derrota de Ayacucho, ellos sin vacilar le contestaron que la carga de Córdova. Así que Sucre le escribía a Santander desde aquella ciudad de Huamanga cuatro días después de la batalla de Ayacucho: "Creo haber aprovechado cuanto podía esta victoria; la paz de América ha sido sellada sobre este campo de fortuna. La batalla ha sido ejecutada con un orden y

[165] España

regularidad que jamás se describirá; durante tres horas de combate, nadie ha vacilado; una carga firme decidió todo; los españoles me han dicho que nunca ellos vieron las tropas francesas marchar con más gallardía ni con tanto entusiasmo".

Los españoles se fueron de inmediato, salvo el General Juan Antonio Monet, cuyo título de Mariscal le había sido concedido en ese año de 1824 el Rey Fernando VII, de quien era rabiosamente fanático. Monet partió unos meses después en 1825.

Sucre, por supuesto, le envía un correo especial a cargo del capitán Pedro José Alarcón comunicándole la victoria al Libertador, quien como ya se ha dicho, se encuentra en Lima y ha asumido como Jefe de Estado, civil y militar, el gobierno pleno del Perú. Es posible que con ese emisario haya partido Manuela[166], ansiosa de celebrar con su amante Bolívar esa victoria grandiosa. Pero en Lima la espera su esposo Mr. Thorne, quien ha buscado una vez más rehacer su matrimonio, a pesar de la ardorosa carta de Manuela de octubre de 1823 cuando lo rechaza airada y burlonamente, que dejamos transcrita antes.

El Libertador ha permanecido enterado de cuanto ha ocurrido en la sierra, como se ha dicho antes, por los correos especiales que le enviara su discípulo y aventajado militar Sucre.

Manuela llega a Lima. Como se he dicho, ha participado en el frente como una alta oficial y es poco lo que tiene que ver ahora con Bolívar, porque éste en realidad no quiere continuar esa relación que desdice de su alta posición y que además rompe la unidad de una familia.

En un momento le envía una expresiva carta a Manuela que dice en parte:

"…Al arrancarme de tu amor y de tu posesión, se me ha multiplicado el sentimiento de todos los encantos de tu alma y de tu corazón sin modelo. Cuando tú eras

---

[166] Manuela, como se ha comentado, ha tenido una participación muy a fondo en la batalla de Ayacucho participando aquí y allá.

mía, yo te amaba más por tu genio encantador que por tus actrativos deliciosos. Pero ahora ya me parece que una eternidad nos separa, porque por mi propia determinación me veo obligado a decirte que un destino cruel pero justo nos separa de nosotros mismos. Sí, de nosotros mismos, puesto que nos arrancamos el alma que nos da existencia, dándonos el placer de vivir. En lo futuro tú estarás sola, aunque al lado de tu marido; yo estaré solo en medio del mundo. Sólo la gloria de habernos vencido será nuestro consuelo. El deber nos dice que no seamos más culpables. No, no lo seremos más. Bolívar".

Conmovedora carta en la que Bolívar, con un poco de poesía en las manos, describe la compulsiva intensidad de su amor, pero rompe con la armonía y el consuelo que le depara y entra en las solitarias regiones de la separación.

Éste, dueño de la nueva situación, sale del encierro que ha mantenido en Lima y se va hasta el Cuzco, donde Sucre se ha trasladado en vía de descanso con sus divisiones. Esta ciudad fue la capital del imperio inca y de los españoles, después de que Francisco Pizarro y su hermano Diego agotaron el alevoso crimen contra el que fue el último emperador inca, Atahualpa. No obstante que Sucre quiere terminar la guerra y proceder a la evacuación del territorio peruano en cumplimiento de la arenga del Libertador al aceptar la Dictadura, el Libertador le insiste en que hay necesidad de dejar arreglado el asunto del ahora también Mariscal Olañeta, nombado igualmente Virrey de esas regiones.

Hay que volver a movilizarse hacia la sierra, manteniendo la lucha para recuperar el territorio que usurpó Olañeta y aun mantiene bajo su dominio con gran tenacidad. Es un asunto vital.

Botero Saldarriaga[167] narra con gran propiedad lo relativo al final del general Pedro Olañeta:

---

[167] Autor que hemos visto tantas veces "Sucre"

"Las fuerzas de Olañeta se evaporaban rápidamente al paso de avance del ejército libertador. En Cochabamba el comandante de Dragones Americanos, Coronel Araya proclamó la causa de la libertad; en Valle Grande un grupo de oficiales puso preso al Brigadier Aguilera y se pronunció por la República; la guarnición de Chuquisaca, compuesta por el escuadrón Dragones de Charca proclamó la independencia. El mes de febrero, en que se cumplieron esos acontecimientos, fue fatal para la causa del Rey. Olañeta ante estas defecciones vióse obligado a replegar hacia Potosí, donde acompañado por el Coronel don Francisco Valez, Barbarucho, logró reunir hasta dos mil hombres. El General don Pedro de Olañeta, cuyo carácter era incomprensible, según lo afirmara el General Canterac al Gran Mariscal de Ayacucho, había resistido a todas las ofertas, a todos los halagos que Bolívar y Sucre le habían avanzado para que se entregase, vista la imposibilidad de resistir al ejército patriota; pero fiero castellano, leal a sus juramentos, fiel a su rey y a su patria, en el último extremo desnudó su alma de soldado de toda contemplación, de todo equívoco, y juró morir batiéndose por su bandera; y al efecto, después de una junta de guerra que celebrara en aquella ciudad de Potosí, resolvió marchar a la extrema Provincia de Chichas, donde se proponía hacer la guerra desesperada de partidas hasta el último instante. (…)"

Y efectivamente, ese general brioso, de principios, y armado de su gran coraje, se hizo matar el 1º de Abril de 1825 en la Villa de las Chichas, cuando sus hombres habían defeccionado y lo habían dejado solo.

Sucre había entrado en Potosí el 29 de Marzo y había consolidado definitivamente la derrota de los españoles en el Alto Perú. En ese momento el ejército de la libertad que comandaba el valiente Mariscal de Ayacucho había alcanzado la suma de 17.400 soldados y 1.198 oficiales.

Hay que entender que si al principio los peruanos veían a las tropas Colombianas como extranjeras, ahora, así fuera por poco

tiempo, eran los libertadores de todo el vasto país. Pero además se levantan voces de independencia en las tierras altas.

Allí es reclamada la presencia de Simón Bolívar, precisamente cuando sus naturales han pensado en llamar a tales territorios la República de Bolívar -aunque dicen que quien sugirió ese nombre fue Manuela-. Y allá llega el Libertador en medio de las aclamaciones generales. También llega al Cuzco, donde Laserna había instalado hasta ayer la capital del Virreinato.

Volvemos al gran historiador ecuatoriano Alfonso Rumazo González[168], quien describe estos movimientos bolivarianos y hasta donde se había subido el ego al Gran Caraqueño, que hacía solo un año había sentido la muerte anticipada y la derrota de la vida:

> *"En el Cuzco, al mes siguiente, las mujeres más bellas le ponen en las sienes* -al Libertador- *una corona de perlas y brillantes. La acepta, pero la remite de obsequio a Sucre. Sigue luego hacia La Paz. Una delegación de la Asamblea Constituyente, creadora legal de la nueva república, viene a saludarle y a poner en sus manos la resolución en cuya virtud el nuevo país ha dejado de llamarse Alto Perú, para tomar el nombre de República Bolívar. El héroe, a la sazón de solo cuarenta y dos años de edad se infla en delirio y escribe estas nerviosas palabras a Santander:*
>
> *"Mi derecha estará en las bocas del Orinoco y mi izquierda llegará hasta las márgenes del Río de la Plata. Mil leguas ocuparán mis brazos. Si usted se desagradó por la Ciudad Bolívar, ¿que hará usted ahora con la Nación Bolívar?"*

---

[168] Alfonso Rumazo, "Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador", citado antes.

29

VUELVE MANUELA. LIMA Y LA MAGDALENA DE NUEVO. DIFICULTADES E INTRIGAS. PÁEZ SE LEVANTA EN VALENCIA. SANTANDER Y EL CONGRESO APREMIAN A BOLÍVAR AL REGRESO

Bolívar recorre Bolivia. Llega a La Paz donde es recibido con apoteosis. Pasa a Chuquisaca y permanece un tiempo. En todas partes se están celebrando asambleas constituyentes y reciben al Gran Caraqueño con fiestas y arcos triunfales y regalos significativos como las coronas de diamante y espadas de empuñadura de oro y piedras preciosas.

Y cuando el General de División José María Córdova logra llegar a La Paz con un reconocimiento total de los pueblos y alegres regocijos públicos, éstos le hacen también sujeto de honores y fiestas que halagan la vida de joven y glorioso general de veinticinco años.

Y ocurre que días antes Sucre se ha sentido desautorizado por Bolívar cuando éste imprueba las órdenes que expidió el Mariscal desde La Paz por decreto de 9 de febrero, por medio del cual convocaba una asamblea de representantes de las provincias que habían sido libertadas para que soberanamente escogieran su destino. Y ofendido con su jefe, Sucre notifica a Bolívar que se va para Arequipa y encarga a Córdova como su reemplazo en la Jefatura General del Ejército; y es así que éste, al llegar a La Paz, lo hace en esta última condición.

Dos meses después de haber asumido Córdova ese comando y de estar en la capital de Bolivia, el 18 de agosto de aquel año glorioso de 1825 hace su entrada triunfal el Libertador. Su gloria es inconmensurable; y en medio de toda la gente de La Paz, en un acto público al que por supuesto asiste el general de división José María Córdova, en nombre de todo el pueblo le hacen entrega al Libertador de una diadema con brillantes. Bolívar lleno de emoción, antes de que se la colocaran a él, la tomó en sus manos y pasó al sitio donde estaba Córdova y la colocó en sus sienes. Lleno de grandeza y orgullo, Córdova donó esa corona al pueblo antioqueño de Rio Negro.

No hay un momento estelar más grande en la vida de nuestro héroe Córdova que éste. Es el reconocimiento máximo hecho por el Libertador que lo conoció en la lucha desde que era un adolescente. En esa lucha marcada por el valor e inteligencia militar de aquel muchacho que llegó a recorrer los llanos venezolanos bajo el comando de Paez -quien como se ha contado atrás en una oportunidad lo quiso fusilar- y conoció con Bolívar los momentos amargos de la derrota, de las largas marchas casi clandestinas, de los extremos sacrificios y de la muerte embriagada de pasión. Pero también de las victorias significativas que fueron marcando un camino hacia el triunfo final, de cuyo resultado fue él, Córdova, un factor decisivo como hoy lo reconoce sin discusión la historia.

El Alto Perú quiere ser, como ya se dijo, una nación independiente, pero como esta parte geográfica ha pertenecido al virreinato de Buenos Aires, los argentinos desean anexarse ese rico territorio de dos millones de kilómetros cuadrados y preparan armas para lograrlo.

El Libertador, sin ninguna reticencia, apoya la creación del nuevo estado, pero procura no meterse en discusiones localistas. Es él el Libertador de gran parte de Sudamérica y su genio está cargado de gloria para inmiscuirse en pequeños asuntos. Ese en esos días era su pensamiento exterior. Pero sus órdenes a Sucre son terminantes para impedir que sucedan desafueros. Su política en relación con ese territorio, que él y sus tropas han liberado, es la de la independencia.

Además, bajo el impulso de una pasión que no ha podido desaparecer, le escribe desde Bolivia -olvidándose de la elocuente carta de separación que vimos unas páginas atrás- a Manuelita una nueva carta de amor pidiéndole que vuelva a su lado, y allá le llega Manuela con renovada pasión.

Pero también le llega otro personaje inolvidable, que aparece en esos días por Bogotá después de trotar por Europa. Cuando Bolívar recibe la noticia de que ha llegado a esta última ciudad su maestro Simón Rodríguez o Robinson como ahora se apellida, con cartas llenas de emoción le expresa su ardiente deseo de verlo y tenerlo cerca. Y le hace ir hasta Bolivia. "¡Oh mi maestro!". Exclama el Libertador, al encontrarse con él en Chuquisaca.

Le debe el cambio de su vida, su formación, su cultura, sus sueños en una estrecha compañía en aquella Francia decimonónica en la que un Bolívar, lastimado por los peligros carnales de París después de su prematura viudez, se haya bajo los efectos de la depresión y sin ver un destino claro en esa convalescencia desoladora. Robinson le levanta el ánimo, le muestra el futuro promisorio que le aguarda y que él ve con especial claridad, al tiempo que le encarrila nuevamente por la cultura, los libros, el estudio y una plática permanente de maestro a alumno.

Se van en largo viaje a pie, como una peregrinación, a Ginebra para vivir la vida de Voltaire y después, siempre a pie, sobre el lomo de Los Alpes, rumbo a Roma donde, bajo sus auspicios, hace jurar al joven caraqueño en el Monte Sacro lo que sería su misión en América, vista con la visión sagrada del maestro. También ha visto la consagración de Napoleón.

Y escribe en esos días, quizás con la ayuda de Rodríguez, la Constitución, muy mediocre por cierto, para el nuevo país, que ha sido reconocido primero como la República de Bolívar, después, por haberla nombrado así el propio Mariscal de Ayacucho, Bolivia.

Veamos lo que expresó Bolívar en un mensaje a la Asamblea Constituyente del 3 de octubre de 1825, día en que finalmente se adoptó ese apelativo que orgullosamente conservará por siempre el país andino:

"Mi desesperación se aumenta al contemplar la inmensidad de vuestro premio, porque después de haber agotado los talentos, las virtudes, el genio mismo del más grande de los héroes, todavía sería yo indigno de merecer el nombre que habeís querido daros, ¡el mío! ¡Hablaré yo de gratitud, cuando ella no alcanzará jamás a expresar ni débilmente lo que experimento por vuestra bondad que, como la de Dios, pasa todos los límites! Sí: sólo Dios tenía potestad para llamar a esa tierra Bolivia… ¿Qué quiere decir Bolivía? Un amor desenfrenado de libertad, que al recibirla vuestro arrobo, vio nada que fuera igual a su valor. No hallando vuestra embriaguez una demostración adecuada a la vehemencia de sus sentimientos, arrancó vuestro nombre, y dio el mío a todas vuestras generaciones. Esto, que es inaudito en la historia de los siglos, lo es aún más en la de los desprendimientos sublimes. Tal rasgo mostrará a los tiempos que están en el pensamiento del Eterno, lo que anhelabais la posesión de vuestros derechos, que es la posesión de ejercer las virtudes políticas, de adquirir los talentos luminosos, y el goce de ser hombres. Este rasgo, repito, probará que vosotros erais acreedores a obtener la gran bendición del Cielo -la Soberanía del Pueblo- única autoridad legítima de las Naciones. Simón Bolívar".

Regresa el Libertador a Lima a finales del mes de febrero de 1826. Entre tanto se ha producido la entrega de El Callao, después de un sitio a la plaza tendido con gruesa artillería por el general colombiano Bartolomé Salom. Finalmente el valiente y terco general español José Ramón Rodil, quien tomó la plaza como se recordará y la ha defendido con especial ahinco, hace capitulación el 23 de enero y la totalidad del territorio del Perú queda completamente libre de enclaves realistas.

Bolívar se hospeda en la que ya es su casa: la quinta de La Magdalena, donde estuvo antes de Pativilca. Y allí, como si fuera Napoleón y estuviera en la Malmaison, establece una corte de

amor cargada de protocolos paganos y excesos. Manuela se ha quedado en Bolivia un tiempo, organizando el archivo de Bolívar que habría después de pasar ella misma, de manera voluntaria, a O´Leary.

Por la Magdalena desfilan las lindas mujeres de la nobleza peruana, esas mismas que andan "tapadas" -el rostro- buscando la aventura de la noche en el paseo de la Alameda, cada una de las cuales quería devorar al Héroe. Y lo devoraban.

El gran escritor colombiano de los años 40 del 1900, Bernardo Arias Trujillo[169], describe ese momento de la Quinta así:

> *"En esta mansión de La Magdalena todo convida al sabroso vivir y nada al dolido meditar. Todo convida al amor como en un serrallo oriental: la temperatura grata, los fulgores diáfanos del cielo, los follajes y las fragancias de arboledas y jardines, la sonata de los surtidores, el ambiente yodado del cercano mar, la piel tibia de una tierra seca y táctil, y el pabellón militar de un sol grávido de vitaminas y de cantáridas. La Magdalena o La Voluptuosidad debe ser el nombre y el subnombre de la castiza mansión que Lima dio en reconocimiento a su enmancipador y padre.*
>
> *"¿Cuántas mujeres le amaron aquí? Nadie podría saberlo. Lo cierto es que en Lima las hembras y los vinos se les sirvieron en bandejas de plata para que el héroe las bebiera hasta las más exquisitas embriagueces. Y él, nada corto, apuró ávidamente ambos licores hasta extenuarse de voluptuosidad".*

Cuando Manuela llega trata de poner orden en la casa, no obstante lo cual hay desórdenes y escenas de celos con otras mujeres y con el mismo Bolívar, aletargado por la fantasía de ese nuevo imperio romano. Rumazo[170] describe a Bolívar y a Manuela en este escenario:

---

[169] Retablos Bolivarianos, Arias Trujillo, citado por Rumazo González
[170] Alfonso Rumazo, ob. Cit.

"Se pierde en un cúmulo de aventuras galantes que sólo en perfumes le costaron al héroe más de diez mil pesos. Él lo presidía todo; ella lo hermoseaba todo, aureolada también de heroísmo, participante también en las campañas, bella cual ninguna, imperiosa y alegre, de frases bellamente mordaces, audaz por sobre todas. Tuvo la inteligencia suprema en esos días de no estorbar los placeres de su amante. Se contentó con la total satisfacción de su orgullo femenino.

"(…) No decae el remolino de pasión de La Magdalena, pero aumenta por momentos el descontento en el Perú. Se resienten con los postulados de la constitución boliviana; sufren el peso de varios miles de soldados colombianos. El concepto primitivista y de (extranjeros) sale a flor de labios por todas partes. Y al mismo tiempo desde Bogotá le exigen perentoriamente a Bolívar que regrese para que solucione los problemas surgidos por la actitud del General Páez en Venezuela, quien se ha negado a obedecer las disposiciones emanadadas de Bogotá y comienza a actuar por propia cuenta, encastillado en Valencia, armas en mano, en actitud de franca rebeldía y en intento evidente de independizarse de la Gran Colombia. Y ruedan las olas en las playas vecinas a la quinta, como comienza a rodar la tormenta; suave al principio, casi discreta, pero insistente, tenaz. Manuela siente el soplo del vendaval, atisba, se informa, en medio de los salones, en las calles de Lima, en las vecindades; es una admirable observadora que defiende a su hombre con solicitud, con orgullo, con pasión. En sus manos están todas las cartas. También las publicaciones de prensa que critican la constitución boliviana y que sirve de base para acusar al Libertador de pretensiones dictatoriales. Creen que el genio aspira a una dictadura vitalicia".

Están llegando las complicaciones. En verdad, después del gran esfuerzo que significó la guerra, el gozo de Bolívar ha durado poco. La dicha es pasajera. Y dentro de ese Perú que lo

aclamaba agradecido, han surgido las voces de inconformidad que se van transformando en odio. Primero porque ha alentado el desprendimiento de un territorio tan vasto como el Alto Perú, segundo por la absurda constitución política que ha dejado al pueblo que ayer era parte de su mismo destino, y tercero porque había incumplido sus juramentos al asumir la dictadura de entregar el mando después de agotada la lucha.

El año de 1825 había pasado y todo indicaba que vendría el siguiente, sin que el propio Bolívar y sus tropas anunciaran o mostraran su intención de partir.

Todos piensan que desea continuar indefinidamente como dictador y hay por supuesto muchos jefes interesados en su deprestigio. Entre ellos el general José Domingo de La Mar. Las habladurías sobre la vida licenciosa de Bolívar en la Magdalena, por supuesto, han crecido como los vientos alisios en verano.

Mientras estas desventuras tienen inicio, veamos lo que está pasando en la vida de Córdova, que ha permanecido varios meses en La Paz, y le escribe una carta fechada el 8 de septiembre de 1825 a su amigo el doctor José Manuel Restrepo:

> *"La segunda (División) de mi mando, que ha estado en esta ciudad seis meses pasa toda para Cochabamba, porque en aquella ciudad se goza de mejor temperamento, de más abundancia de víveres, más comodidad hay para alojar las tropas e instruírlas y como es un movimiento adelante, sin haber ya españoles que combatir, el emperador del Brasil tomará cuidado en la conquista que intenta de las provincias unidas del Río de la Plata".*

Ha de recordarse que el rey de Portugal ha trasladado su corte al Nuevo Mundo a raíz de las guerras napoleónicas en 1807. El heredero príncipe Pedro tenía entonces 9 años. Y habría luego de asumir el trono de Portugal como Pedro IV -trono al que renunciaría después- y el del Imperio de Brasil como Pedro I. O sea que para el 1825 tenía treinta y cuatro años y, por supuesto, deseos de gloria y de conquista. Y Desde luego ve propicia la

ocasión de entrar a apoderarse de un territorio extenso limítrofe que, en ese momento también disputan los argentinos.

El asunto con los brasileños que plantea en su carta Córdova pudo haber tomado ribetes muy graves si se enciende y extiende una contienda con el Emperador Pedro I.

Veamos para mayor objetividad el comentario que hace al respecto nuestro gran orientador Roberto Botero Saldarriaga[171] y la forma como se desarrolló el incidente:

> *"Referíase Córdoba en esta carta a un asunto bastante grave acaecido en las provincias alto-peruanas limítrofes con el Mato-grosso brasilero. Cuando el ejército libertador avanzó sobre las provincias alto-peruanas, después de Ayacucho, Charcas y Cochabamba se levantaron por la causa de la Emancipación e interceptaron toda comunicación entre el cuartel general de don Pedro Olañeta y las extremas provincias del oriente del Alto Perú. Entonces el gobernador español de la provincia de Chiquitos, Comandante don Sebastián Ramos pidió a las autoridades imperiales del Mato-grosso, y luego fue hasta celebrar un tratado con aquéllas por el cual sometió y anexó al Brasil la provincia de su mando. Aceptaron esta cesión las autoridades del imperio y enviaron a someter a los patriotas de aquellos lugares al Comandante Araujo é Silva, que con toda la fachenda de un oficial portugués intimó rendición al Gobernador patriota don José Videla, de Santa Cruz de la Sierra; y luego, al mismísimo Gran Mariscal de Ayacucho le notificó se abstuviese de todo acto de hostilidad contra aquella Provincia de Chiquitos.*
>
> *"No sufrió Sucre con paciencia la audaz intimación y contestó airadísimo al oficial brasilero; después, como primera provincia movilizó la segunda División hacía Cochabamba, al mando de Córdova".*

---

[171] Autor, ob. citada

El asunto, que pintaba grave, fue arreglado con una gran diplomacia por Bolívar, aunque tentado estuvo de haber pasado a Brasil, único país que en América ostentaba una corona tradicional europea, con todos los odiosos privilegios del absolutismo, para seguir luchando por la libertad y la democracia, como lo intentara hacer después el italiano masón Giuseppi Garibaldi contra esa misma corona.

Pero veamos un episodio perturbador en la apacible vida de Cochabamba y en relación con el general José María Córdova. Este hecho constituyó un motivo de escándalo alrededor del mal genio que los diferentes mandos menores atribuían, con razón o sin ella, al comportamiento de Córdova especialmente con sus subalternos. Se trató de un incidente con un oficial de apellido Piñeres y con otros dos de apellidos Cuervo y Vallejo, que trascendió a Bolívar y por supuesto a Sucre.

Fue en comienzos de año 26, cuando el general de división Córdova, con su tropa, estuvo cuatro meses de expectativa y descanso en Cochabamba, sitio privilegiadamente hermoso, de ríos y planicies donde el tiempo pasaba de forma bucólica y sencilla. A la Segunda División que como hemos referido varias veces era la que comandaba el general Córdova, pertenecía el hijo de próceres cartageneros Vicente Gutiérrez de Piñeres. Y un buen día, según lo cuenta el propio héroe de Ayacucho, al realizarse una carrera de caballos, el de Gutiérrez de Piñeres perdió. Entonces algunos civiles asistentes preguntaron quien había perdido. Cuando uno de ellos contestó que el caballo del oficial colombiano, éste montó en cólera y sacó la espada con la que golpeó el rostro del parroquiano y brotó sangre. En ese momento Córdova reaccionó contra el abuso y encalabozó al oficial. Luego vinieron acusaciones por arbitrariedad contra Córdova a quien algunos oficiales y parte de la tropa tenían en mala estima por su mal genio, y enviaron mensajes a Bolívar. Posteriormente Córdova fue acusado formalmente ante el Libertador por su violencia.

Pero veamos lo que dice el mismo Córdova en un mensaje de 26 abril de 1826 al Libertador:

"Grandes son los motivos que me obligan a escribir a V. E. particularmente. Yo no tendría este atrevimiento si no estuviese persuadido de la bondad de V. E. sobre dos puntos. El primero sobre Piñeres; V. E. adivinó cuando me dijo que este oficial me causaría alguna vez grandes inquietudes; no tanto, pero algo parecido. Este oficial, después de concluída una carrera de caballos que él perdió, a un paisano porque le preguntaba a otro qué caballo había perdido, y contestándole aquél que el de Piñeres, a lo que dijo éste que no podía ser; a mi presencia, a la de los demás Jefes de la División y a la de un pueblo, saca su florete y le da con él dos o tres golpes en la cara, de lo que resultó sangre; por supuesto que yo me volé (quiere decir que se le voló el genio)*, y le dije que era un insolente y atrevido, que fuese arrestado a la prevención de su cuerpo, pronto, al galope y yo no creo que Jefe alguno vea que se le falte así tan atrevidamente sin encenderse y reprender agriamente al que ha atropellado todo respeto, toda consideración; si lo hay, es mejor para mandar frailes que soldados; pues, el señor Piñeres, en su prevención con el Comandante Cuervo y Teniente Vallejo, que V. E. conoce muy bien, intrigaban para que los oficiales de estos cuerpos intrigasen contra mí, quejándose de yo haber vejado a todos los oficiales por las palabras que dije a Piñeres; Cuervo hizo la representación de los oficiales de su batallón y Piñeres la de Ayacucho, los nuevos oficiales que firmaron las tres representaciones de estos tres cuerpos marchan de orden del señor General en Jefe, a presentarse a V. E. a exponer su queja; ya he dicho a V. E. que Cuervo, Piñeres y Vallejo fueron los autores de este bochinche; y aquellos oficiales firmaron por su antigüedad: ellos han faltado, hablo de todos los oficiales y más que todos Cuervo, porque aun cuando tuviesen razón no lo debían haber hecho de modo tal, que tiene aire de motín; pero yo suplico a V. E. no separe de sus Cuerpos a los Capitanes Bernaza*

y Grueso, y a los demás tampoco, porque no saben lo que han hecho; al Comandante Cuervo sí: he pedido al señor General en Jefe me lo cambie por un Jefe de la primera División, ahora será Moran; sí V. E. ha leído esta relación, se habrá molestado, lo siento mucho".[172]

El asunto es que los tres oficiales, Gutiérrez de Piñeres, Cuervo y Vallejo armaron un gran escándalo enviándole representaciones acusatorias al propio Bolívar. La representación -que ya no se usa- es un memorial petitorio. Sucre, ante la perspectiva del injusto escándalo, le envío una carta oficial el Libertador, que cita en sus memorias O'Leary, la cual en lo pertinente dice:

"De oficio le mando a U. un parte de una ocurrencia en Cochabamba en que Piñeres ha motivado unas representaciones de los oficiales en contra del General Córdova y las cuales van a U. originales junto con los oficiales que las firmaron. Si no fuera porque en Bogotá están amolando a todo Jefe que toma una medida severa habría hecho fusilar a Piñeres; pero lo tengo en un calabozo con un par de grillos. Este muchacho es insoportable, y por eso luego que se termina la causa lo mandaré a U. junto con ella. Tengo carta del General Córdova hasta 4 del corriente y nada me dice de mal resultado ni de novedad; de manera que creo que todo irá bien."

Este asunto, como era de preverse, no paró en nada. Estos tres oficiales fueron retirados de la Segunda División y algunos emprendieron el regreso de sus respectivos batallones hacia Bogotá. Por cierto que Gutiérrez de Piñeres, ya en la capital colombiana, al pedírsele una opinión sobre el comportamiento de Córdova en el Perú, fue elogioso en señal del gran señorío familiar del que procedía. Pero este conjunto de hechos vanales

---

[172] Esta carta la aporta O'Leary en sus Memorias, por supuesto del archivo que le entregó Manuela.

sí sirvió para que creciera un ambiente en contra del general antioqueño, al fondo del cual campeaba la envidia que suscitaba un héroe de tanta consagración y tan joven como Córdova.

Empero, por ese y otros motivos, la situación desenvocó en una rebelión de ciento sesenta hombres en el escuadrón de Granaderos Montados de Colombia, de la caballería de la Segunda División cuyo comandante, se repite, era Córdova. A la cabeza de tal rebelión estaba el comandante venezolano Domingo Matute, discutible héroe que un corto tiempo después pasó a la Argentina protegido por el gobernador de Salta, donde cometió asaltos y matanzas, según lo dicen algunos historiadores en contra de lo que afirmó don Rufino Blanco Fombona, quien destacaba el gran heroísmo de ese comandante.

Córdova estuvo tentado a haber penetrado al territorio argentino para someterlo al orden, pero Sucre se lo impidió. Matute en su aventura fue enfrentado por el batallón argentino Facundo Quiroga, con un número mucho mayor de tropa, en la misma ciudad de Salta. En ese incidente el venezolano peleó ferozmente y rechazó a los argentinos hasta donde pudo; pero terminó solo con diez hombres, al cabo de lo cual fue fusilado por los los australes.

BIBLIOGRAFÍA

1. *Los dioses hechiceros*, Armando Barona Mesa, Editora Feriva, 2008
2. *Nariño y Miranda, dos vidas paralelas*, Armando Barona Mesa, Ediciones Anzuelo Ético, 2010
3. *Simón Bolívar más allá del mito,* Guillermo Ruiz Rivas, Librería Piñango, Caracas.
4. *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada,* José María Groot.
5. *Diario de la Patria Boba,* José M. Caballero
6. *Córdova*, Roberto Botero Saldarriaga, edit. Bedout.
7. *Biografía de Salvador Córdova*, Alejandro Mesa Nichols.
8. *Bicentenario de la Independencia vallecaucana,* Alberto Silva Scarpeta, Edit. Cargraphicsa.
9. *Diario de Bucaramanga*, Luis Perú de la Croix.
10. *Bolívar*, Indalecio Liévano Aguirre, edit. Oveja Negra, Bogotá
11. *Carta de Jamaica,* Simón Bolívar, edit. La oveja negra.
12. *Los papeles de Bolívar*, Vicente Lecuna, Caracas 1917.
13. *Memorias del general Pablo Morillo*, publicadas en francés, traducidas por el senador Arturo Gómez Jaramillo, publicadas por el Senado de la República, 1985 Gráficas Margal, Bogotá.
14. *Sucre, ciudadano de América*, Jesús Antonio Cova, Sociedad Impresora Americana. Buenos Aires.
15. *Crónicas de Bogotá*, Rafael Sevilla, 2a edici. T III.
16. "*Apuntaciones para la Memoria sobre Colombia y la Nueva Granada*, Francisco de Paula Santander.
17. *Historia de Venezuela*, Rafael María Baralt, Tomo 1º

18. Archivo del general Santander, tomo XIII.
19. *Documentos para la historia política del Libertador*, 14 volúmenes, publicada en 1875 a 77 en Caracas.
20. *Memorias*, Daniel Florencio O´Leary.
21. *Historia de la Revolución de la República de Colombia,* José Manuel Restrepo, edit. Bedout Colombia.
22. *Diario de Campaña*, Francisco de Paula Santander, Biblioteca de la Presidencia de la República, 1983
23. *Obras completas*, Simón Bolívar, volumen 1, Librería Piñango, Caracas.
24. *Hermógenes Maza,* Carlos Delgado Nieto, Instituto Colombiano de Cultura
25. *Memorias del General Morillo*, traducidas del francés por Arturo Gómez Jaramillo, Gráficas Margal, septiembre de 1985 Bogotá
26. *Carta de Santander a Bolívar de 20 de febrero de 1823*. Epistolario del general Francisco de Paula Santander
27. *Biografía de Córdova*, Eduardo Posada.
28. *Estudios sobre la vida de Bolívar*, José Rafael Sañudo, Edit. Bedout S.A. Medellín Colombia
29. *Tres momentos históricos: La Regeneración y la pérdida de Panamá, algunos aspectos de la entrevista de Bolívar y San Martín en Guayaquil y ¿Abjuró Bolívar de la Masonería?*, Armando Barona Mesa, editorial Feriva Cali, 2003
30. *Agustín Agualongo y su tiempo*, Sergio Elías Ortiz, editado por Talleres Gráficos Banco Popular.
31. *Estudios sobre la vida de Bolívar*, José Rafael Sañudo, Bolsilibros
32. *Manuela Sáenz, La Libertadora del Libertador,* Alfonso Rumazo González, Ediciones Mundial Bogotá.
33. *Bolívar en el Perú*, Gonzalo Bulnes
34. *Recuerdos históricos Colombia y Perú 1819-1823*, Manuel Antonio López Borrero.
35. *Vida de Bolívar*, Felipe Larrazábal, tomo. 2.
36. *Batalla de Ayacucho,* César García Rosel, El Tiempo de Lima
37. *Memorias*, Andrés García Camba.

... En menos de un segundo vuela el siguiente golpe sobre el cráneo descubierto del general y entra profundo entre la piel y el hueso a la masa encefálica, mientras el cuerpo del Héroe de Ayacucho se desplaza del rústico lecho en que se encuentra hacia el piso. La herida es mortal, lo sabe perfectamente el agresor y sale haciendo sentir sus tacones sobre el rústico piso de madera.

Lo que siguió fue el abandono y el dolor. Toda la gente de la casa fue saliendo con sus heridas, seguidas por los vencedores arrogantes. Córdova aun con habla, pedía un poco de opio, que desde antes se usaba como paliativo para el dolor intenso, mientras su mente divagaba por los viejos recuerdos expresando órdenes delirantes en las batallas vividas. Era la agonía precediendo la muerte.

Entre tanto una hermosa y joven mujer llamada Fanny Henderson, en medio de la bruma y el frío bogotano, formulaba al aire su pregunta: ¿Dónde estará mi amado?, ¿Por qué tardará tanto en llegar a sellar nuestro amor ante Dios?...

ISBN: 978-958-48-7145-9

9 789584 871459